Romy Hausmann
MARTA ESTÁ DORMIDA
AdN

Romy
Hausmann

MARTA ESTÁ DORMIDA

Traducción de Laura Manero Jiménez

AdN Alianza de Novelas

Para ti, Karl.
Que tu gran corazón luminoso y colorido
te muestre siempre el camino correcto.
Gracias por dejarme ser tu madre.

hope is a dangerous thing
for a woman like me to have
— but I have it.

LANA DEL REY

Ángel mío:

Te he escrito decenas de cartas y nunca he lamentado más que hoy no haberte enviado ninguna de ellas. Ojalá lo hubiera hecho. Debería haberlo hecho. Tienes derecho a saber lo que ocurrió de verdad. Y saberlo por mí, con mis palabras, aunque siempre he pensado que las palabras no bastarían. No sé cuánto recordarás, si en algún recoveco de tu memoria se esconderá todavía algún retazo de la última vez que nos vimos. Cuando te prometí que atraparía al malo. Cuando te ilusioné con la idea de ver el mar y tú debiste de pensar que podías confiar en mí. Que todo se arreglaría y que sería yo quien se encargara de ello.

De nada sirven ahora todas estas palabras, porque ya solo puedo escribirte mentalmente esta, la que tal vez sea mi última carta.

Todo ha terminado, ángel mío.

Hoy voy a morir.

Igual que ella.

Ha ganado él.

Nadja

Un ataque de pánico es estar al borde de un precipicio blanco. «No mires abajo», me digo, echo la cabeza hacia arriba, intento respirar. Por encima de mí, unas nubes gris pizarra recorren el cielo, que hace un instante aún era de color lavanda. Oigo un ruido. Recuerda al estacato de la lluvia acribillando el cristal de una ventana.

Enseguida comprendo que no es lluvia. Es la roca que se desmenuza bajo mis pies. Quiero dar un paso atrás. No puedo. Me tambaleo, pierdo el equilibrio. Agito los brazos porque no quiero creerlo. Porque siempre pienso que tendré una oportunidad.

No la tengo.

Caigo gritando en silencio.

El agua…

Parpadeo. Un expositor de chucherías flota hacia mí, las olas me acercan un congelador de helados. Mi cuerpo yace retorcido sobre un suelo de baldosas frías. Un suelo que se mece. Estoy mareada, me atraganto con un reflujo de bilis. A lo lejos percibo voces confusas y un ajetreo nervioso. «¿Qué ha pasado?», quiero preguntar… Menuda tontería. Sé perfectamente lo que ha pasado. Que me he caído por el precipicio, por cuarta vez este mes. Hoy es sábado 20 de julio; cuatro caídas en veinte días. Tendría que dar gracias, las ha habido peores. Me toco un punto de la frente donde siento el pulso, noto una ligera inflamación, un chichón, también algo mojado. Sangre. Debo de haberme golpeado la cabeza. La tensión. Los párpados me tiemblan como las alas de un insecto. El desmayo me reclama. Pediría ayuda si no me hubiera ahogado ya hace tiempo. En el agua roja.

«No pasa nada, solo está dormida.»

Despierto.

Vuelvo a notar el suelo firme bajo mi cuerpo; debo de estar varada. Alguien tira de mí para incorporarme.

—¿Se encuentra mejor? —pregunta.

Creo que asiento con la cabeza. Intento orientarme. El expositor de chucherías, el congelador de helados. La tienda de una pequeña gasolinera de la A13 bastante venida a menos. Súper por 1,51 euros, diésel por 1,43. He dejado el viejo Land Rover junto a uno de los dos surtidores, me he apeado, he mirado mecánicamente alrededor.

No había nadie. Ningún otro vehículo que entrara en la gasolinera detrás de mí, ningún otro que estuviera esperándome. Qué alivio. A través del cristal de la tienda he visto que el cajero alargaba el cuello con curiosidad. Así que he hecho algo normal, poco llamativo. He llenado el depósito, he cerrado el coche, he ido a pagar.

—Seguro que solo ha sido la tensión —oigo que dice un hombre.

Al principio su rostro no es más que una mancha borrosa, aunque imagino que se trata del cajero de la gasolinera. Recuerdo una camisa de cuadros rojos y azules, de manga corta, y la risa estridente que salió de debajo de su bigote teñido de nicotina cuando soltó una gracia al darme el cambio. «Esos vejestorios chupan una barbaridad, ¿eh?» Se refería al Land Rover.

—No me extraña, con el bochorno que hace hoy —añade. Esta vez se refiere a mí: la mujer que, de golpe y porrazo, se ha caído redonda delante de la caja. De nuevo una risa chillona, y luego—: ¡Annelies! ¡Trae una botella de agua, anda!

Poco a poco se me aclara la vista. Intento ponerme en pie, me siento torpe.

—¡No tan deprisa! —El hombre del bigote me agarra del brazo para sostenerme porque la rodilla derecha me tiembla como si me hubieran arrancado de cuajo la articulación y hubieran rellenado el espacio vacío con gelatina—. Ay, vaya, pobre… —dice al reparar en la sangre de mi frente.

Abro la boca para asegurarle que me encuentro bien. Que probablemente solo estoy sensible y muy nerviosa, que, sin contar con ayer por la tarde, no había vuelto a conducir un coche desde que me saqué el carnet, que el trayecto hasta aquí ha sido un infierno —cada estrechamiento de carril me hacía pensar que iba a tener un accidente; cada coche que veía detrás, que me seguían—, y que, en resumidas cuentas, sin duda solo era cuestión de tiempo que el miedo acumulado acabara provocándome un ataque de pánico. Una caída desde el borde del precipicio, directa al agua roja.

Fragmento de: carta n.º 9

La nueva terapeuta me ha aconsejado que escriba lo que sueño. No sé qué sacaré con eso. Sigo soñando siempre con lo mismo, de todos modos. Las salinas de Aigues-Mortes una y otra vez… ¿Te acuerdas todavía de aquella foto? El paisaje de Aigues-Mortes inmortalizado en el calendario, en la hoja de junio. Todo lo que se veía en la fotografía parecía estar mal, como si lo hubieran coloreado de la forma más demencial posible. Un cielo de color lavanda bajo el que una montaña de sal de un blanco hiriente se elevaba por encima de unas aguas rojo sangre. Me preguntaste cómo era posible aquello: un agua roja. «Parece sangre —dijiste—. Todo un lago lleno de sangre.»

«No, no», repuse yo, y te expliqué que adoptaba esa coloración tan extraña a causa de ciertas bacterias halófilas, y que halófilo derivaba de la palabra griega halos, «sal». Solo me callé que Aigues-Mortes, traducido del francés, significa «aguas muertas». No quería asustarte.

Nadja

Cierro la boca de golpe sin haber dicho nada. En vez de eso, decido contestar a la inquietud del hombre del bigote con una simple sonrisa. Por supuesto que solo ha sido «el bochorno» lo que me ha provocado el desmayo, como ha dicho él. No hay motivo para desconfiar de mí.

Pero la sonrisa se me congela en ese mismo instante, cuando el sobresalto hace que una corriente eléctrica me recorra todo el cuerpo. En el suelo, ante mí, veo tirado mi bolso y, a su lado, desparramada como los flecos de una fregona vieja, la peluca rubia. Levanto las manos en un acto reflejo, me toco la cabeza, palpo un pelo bien recogido y tirante: el mío. El atento hombre del bigote se inclina, me acerca la peluca y se vuelve hacia otro lado con educación mientras me la recoloco con manos temblorosas. Antes me había imaginado muchas veces de rubia y, por tanto, como una persona completamente nueva. Ahora que el recto flequillo rubio claro cuelga torcido por encima de mi ojo derecho, solo me siento tonta a más no poder.

—¡El agua! —Una mujer con una colorida bata de flores sin mangas llega corriendo desde el frigorífico con una botella. Su grueso cuerpo tiembla con cada uno de sus pasos inquietos y apresurados.

Tengo ganas de echarme a llorar. En lugar de alcanzar la botella de agua, pido que me acerquen el bolso. Lo abro y rebusco dentro. Monedero, llaves de casa y del coche, la nota con las indicaciones del camino, móvil, chicles. Por fin, lo que estaba buscando: el blíster de mis pastillas. El cajero me observa. Su mirada de curiosidad hace que vuelva a guardar la medicación. No quiero que piense que estoy enferma y, además, seguro que es mala idea tomar nada ahora mismo. Tengo que ser capaz de conducir, todavía no he llegado a destino.

—¡Beba, aunque solo sea un poco! —insiste la mujer de la bata, que sigue con la botella de agua en una mano mientras, con la otra, me acaricia la mejilla. Cada vez que mueve el brazo, huele a sudor dulzón y a aceite de freír—. Está muy pálida, Herbert —le dice al hombre.

—A lo mejor deberíamos llamar a una ambulancia —señala él.

—No, por favor, no —pido yo.

Herbert y su mujer, Annelies. Ella me recuerda a la tía Evelyn, a quien

jamás vi llevar nada que no fuera una de sus batas sin mangas. La imagino con las manos clavadas en las anchas caderas y esa expresión en su rostro lleno de arrugas, que por lo general siempre estaba alegre: «Dios mío, pero ¿qué has hecho esta vez, niña?». Ambos apartan los ojos del agua y opinan que, en su lugar, podría venirme bien un traguito de algo. De aguardiente de ciruelas, casero. Mucho mejor, me dicen, que el matarratas industrial de las botellitas que Herbert tiene a la venta junto a la caja.

—No necesito ninguna ambulancia, ya estoy mejor —vuelvo a asegurar, aunque al matrimonio de la gasolinera debe de sonarle incongruente, porque ninguno de los dos ha insistido.

—Bueno, como usted quiera —dice Herbert de todos modos.

Me acompañan a un despacho que está en la parte de atrás del establecimiento y huele a humo frío. Apenas es lo bastante grande para que quepamos todos, más que nada porque el escritorio ocupa casi la mitad. Tras él hay un niño sentado en una silla de oficina. Debe de tener seis o siete años. Delicados rizos de un rubio rojizo, una cara fina y pálida, barbilla puntiaguda. Una plantita frágil que intenta desarrollarse entre los efluvios de la nicotina. En la mesa hay material de dibujo, un cuaderno y una caja de lápices de colores. Está muy concentrado y ni nos mira hasta que Annelies dice:

—Levanta de ahí, Timmy, que necesitamos la silla para esta pobre señora.

El niño se pone de pie sin decir palabra. Nos observa con unos enormes y penetrantes ojos azules. Primero me toqueteo la peluca, algo avergonzada, después la camiseta. Me siento como un payaso. Herbert hace rodar la silla desde el otro lado del escritorio y me invita a sentarme con un gesto: «Por favor».

Ocupo el asiento y giro para evitar la mirada de Timmy. No lo consigo. También él rodea ahora la mesa, sin apartar los ojos de mí. Annelies explica que es su nieto y le da unas palmaditas en la cabeza. Están cuidando de él mientras su hija, la madre del niño, acude a unas clases de formación en una fábrica de plásticos de Zossen. Asiento con energía aunque en realidad no quiero saber nada de esta familia, y mucho menos quiero que el pequeño me mire de esa forma en que me está mirando. En sus ojos adivino cientos de promesas rotas. Y la muerte.

Abril de 2014
(cinco años antes)

A Nelly Schütt le encantaban las películas. Siempre le habían gustado. Sus padres eran la tercera generación que regentaba una fonda en el paisaje rural de Mecklemburgo. Nada especial: cuatro habitaciones para huéspedes, comida decente y un nivel aceptable de limpieza. Un sitio en el que solo recalaban viajeros de paso o demasiado tacaños para pagarse un hotel. De la cornamenta de ciervo que hacía las veces de perchero junto a la puerta de cristal plomado del comedor colgaban los sueños de su madre; allí, junto a los abrigos de los contados clientes, siempre había sitio de sobra. A veces Nelly la oía llorar. Su padre disfrutaba de la vida siendo «el joven Schütt del Becerro de Oro»; en cuanto acababa de fregar las jarras de cerveza, se sentaba a presidir la mesa de los habituales y despotricaba con ellos de lo «frescales» que eran los de la gran ciudad. En la película de sus padres, Nelly nunca había interpretado más que un papel secundario. Incluso de niña estaba siempre por en medio, estorbando. Corría a sus piernas en los momentos más inoportunos —«¡Caray, Nelly!»— y les hacía derramar la cerveza o esa salsa marrón tan viscosa, los cortes de asado aterrizaban en el suelo con un ruido sordo, algo acababa hecho añicos. Pasaron un tiempo apartándola de un lado a otro como si fuera un accesorio de las mesas, uno de esos jarroncitos con rosas artificiales, el salero o el pimentero, hasta que por fin encontraron el lugar perfecto para ella lejos de la cocina y del comedor: detrás del mostrador de recepción. Allí se sentaba con su abuelo, el encargado de llevar las habitaciones, primero sobre sus rodillas y más adelante en una silla propia. Juntos pasaban el rato viendo las viejas películas en blanco y negro que el hombre adoraba y que reproducía sin pausa en un pequeño televisor de tubo gracias a su aparato de VHS. Nelly aprendió deprisa. El abuelo decía: «La mujer del cuadro», y ella, con seis años, contestaba de carrerilla: «1944, dirigida por Fritz Lang. En los papeles protagonistas, Edward G. Robinson y Joan Bennett». El abuelo se reía y le daba un caramelo del cuenco que tenía en el mostrador, de esos que primero se pegaban a los dientes y luego a las encías. Acto seguido, metía la cinta en el reproductor y le daba al

botón.

En *La mujer del cuadro,* Richard (Edward G. Robinson) era un profesor universitario que se enamoraba del retrato de una hermosa joven al verlo expuesto en el escaparate de una galería de arte. Poco después, tras visitar un club de caballeros, conocía a la mujer (Joan Bennett) en persona: se llamaba Alice. Richard, cuya esposa e hijos estaban visitando a unos familiares, y quien seguramente andaba falto de autoestima, acompañaba a la preciosa Alice a su apartamento. Allí, estaban tomando una copa cuando de pronto aparecía Claude, el amante de ella, que, ciego de ira, se abalanzaba sobre Richard. Este mataba a Claude en legítima defensa con unas tijeras y, desesperados, Alice y él decidían encubrir el asesinato; Richard prometía ocuparse de todo.

El abuelo decía: «La mujer del cuadro» y una Nelly de quince años contestaba: «Menudo idiota, el tal Richard. ¿Cómo pueden cometerse tantos errores seguidos?».

Porque Richard los cometía a puñados. Primero transportaba el cadáver de Claude en el asiento trasero de su coche. Su plan era llevarlo a una zona boscosa para allí deshacerse de él. Sin embargo, ya de camino, en un puente con garita de peaje, su torpeza llamaba la atención del vigilante que estaba de servicio: le lanzaba la moneda para cruzar de tal manera que esta caía al suelo y el vigilante, al intentar recogerla, casi veía el cadáver por la ventanilla. Llegado al bosque, Richard dejaba montones de rodadas y huellas, y además se enganchaba con un alambre de espino que le rasgaba el traje e incluso le hacía una herida. Un jirón de tela y su sangre: pruebas, todas ellas, que la policía recopilaría en cuanto hallara también el cadáver de Claude. Y luego no hacía más que irse de la lengua con su mejor amigo, que participaba en la investigación policial en calidad de fiscal.

El abuelo se encogía de hombros y decía: «Richard es profesor, chiquilla. Un tipo la mar de normal a quien jamás se le habría ocurrido matar a otra persona, así que se deja llevar por el pánico. No estamos hablando de un criminal curtido que comete asesinatos y se deshace de cadáveres todos los días».

Nelly opinaba que el abuelo tenía mucha razón, pero, aun así, Richard la exasperaba de una forma inexplicable. Igual que la exasperaba todo a esas alturas. La vida limitada del pueblo. Su madre, que no hacía más que pasearse por la casa llorando sin ton ni son. Su padre y sus amigotes habituales, que despotricaban contra la ciudad sin haber estado allí ni una sola vez. Su propia película, ese drama lento, interminable y nada entretenido. Los huéspedes de la fonda, que llegaban sabiendo muy bien cuándo se marcharían. Cuándo podrían

marcharse. Y a veces incluso el abuelo, que se dedicaba a perder el tiempo con sus estúpidas películas antiguas.

El abuelo ya no volvió a decir: «La mujer del cuadro»; había muerto. A sus veintidós años, Nelly solo podía imaginar la voz del anciano cuando apretaba el botón del reproductor de vídeo, y entonces soltaba un hondo suspiro. Por el abuelo y porque lo echaba tanto de menos que le dolía. Porque, sin él, se sentía muy sola detrás del mostrador de recepción. Y por Richard, que era un buen hombre pero de alguna forma acababa metido hasta el cuello en aquel lío con Alice y Claude. Para entonces, la propia Nelly sabía cómo eran esas cosas: verse metido en algo sin pretenderlo y sin mala intención. Le habría encantado decirle eso a la mujer que una mañana aparcó el coche en el patio delantero de la fonda y poco después se acercó a la recepción para anunciar que no quería ninguna habitación, sino solo hablar con Nelly. Dejarle algo claro. Y lanzarle una advertencia.

Por la cabeza de Nelly rondaron las frases oportunas. Las explicaciones, las disculpas, también las cosas que habría podido alegar para justificarse. El contraataque. Sin embargo, no dijo nada. Ni una palabra. Se quedó muda. Solo asintió, avergonzada, y esperó que la mujer, cuando se hubiera marchado, no volviera a presentarse allí nunca más.

Fragmento de: carta n.º 11

He medido el pasillo con el metro plegable que el inquilino anterior se dejó en el alféizar de la ventana de la cocina cuando se marchó. Me encantaría comprarme una alfombra. Siempre tengo frío en los pies cuando salgo del dormitorio por las mañanas y recorro el pasillo hasta el cuarto de baño. Las baldosas están tan heladas que me duelen las plantas de los pies; el frío me cala hasta los huesos por mucho que me ponga dos pares de calcetines, uno encima de otro. He apuntado la medida y luego he arrugado el papel. Nada de alfombras. El dolor me parece adecuado. No hay nada lo bastante doloroso.

Me pregunto cómo vivirás. ¿Tenéis un piso grande? ¿Ya lo habéis amueblado? Yo puedo contar todos mis muebles con los dedos de una mano. En la cocina hay una mesa y una silla; en el dormitorio, una cama, una cómoda, un armario y el televisor. El salón está vacío. Siempre tengo esa puerta cerrada. Solo en alguna que otra ocasión, cuando despierto sobresaltada, me levanto y entro en él. Entonces me siento en el centro, en pijama, sobre el desnudo suelo de parqué, y respiro echándole el hálito a la oscuridad. De vez en cuando pasa un coche por la calle y la luz de sus faros proyecta formas en el techo. En ellas veo muchas cosas: peces con la aleta caudal atrofiada, rayos, hachas de combate o el contorno de África en miniatura.

Mi terapeuta dice que seguramente necesito algo más de tiempo, eso es todo. Pero ¿cuánto más? ¿Cómo se consigue ser normal? Me refiero a que yo ya lo intento. Tengo un piso y un trabajo. «Debería relacionarse con otras personas —me dice también la terapeuta—. Se es normal cuando se hacen cosas normales.»

Normal… Si ni siquiera soy capaz de comprarme una alfombra.

Nadja

Timmy no deja de mirarme, yo cierro los ojos. De pronto recuerdo una historia. La historia de la mujer que era capaz de ver a través de paredes y puertas, incluso a través de las numerosas capas de una persona, hasta lo más profundo de su interior. Un día, una niña le pidió que mirara dentro de ella; tenía mucha curiosidad por saber cómo era por debajo de la piel, conocer su esqueleto y la maraña que formaban sus venas. Oigo que Timmy arrastra los pies con impaciencia, como si pudiera leerme la mente y me insistiera para que le contara cómo sigue la historia. Mi hermano Janek era igual. Apenas había empezado a contarle algo, ya estaba con sus constantes «Y luego, ¿qué más?».

Parpadeo. Compruebo que la mirada de Timmy ya no me atraviesa a mí, sino que se pierde en el vacío. No deja de retorcerse las manitas contra la tripa. Mi presencia lo incomoda. «No te creas, a mí me pasa lo mismo contigo», me encantaría decirle.

Herbert y Annelies nos han dejado solos para ir a buscar el aguardiente y el botiquín. Por lo menos eso último es mentira, porque el botiquín está aquí, en el despacho, colgado en el revestimiento de madera de la pared, justo al lado de uno de esos calendarios de chicas en biquini que caducó hace dos años y está amarillento. Además, los oigo cuchichear al otro lado de la puerta. Annelies dice que algo no le cuadra. Le pregunta a Herbert si no se ha fijado en lo nerviosa que me he puesto al rebuscar en mi bolso, y luego lo de la peluca… Es de lo más extraño. Herbert no contesta; lo imagino encogiéndose de hombros como si la cosa no fuera con él. Aun así, Annelies no parece dispuesta a rendirse. Dice que ha visto pastillas en mi bolso, que seguro que son drogas, lo cual podría explicar mi peculiar conducta.

—A lo mejor es peligrosa.

—¿Y qué quieres hacer ahora? ¿Llamar a la policía? —Parece que a Herbert le hace gracia y eso debería tranquilizarme, pero esta vez es Annelies la que guarda silencio.

Tal vez haya asentido con la cabeza. Se me corta la respiración. La policía querrá ver mi documentación. Alegaré que me la he dejado en casa, pero al final les bastará con una breve consulta por radio para comprobar que el Land Rover no es mío.

Me encuentro mal. No debería estar aquí. Debería estar en casa, como cualquier otro sábado. Limpiando e inhalando el relajante aroma del Ajax. Después haría un esfuerzo para acercarme a la pequeña tienda de alimentación de Charlottenburg. Compraría una coliflor, un pomelo, un par de manzanas y una bolsa de mirabeles y, volviendo el rostro hacia un lado, me reiría del triste intento del dueño por descubrir cómo me llamo. Una vez me dijo que soy la única clienta habitual a la que no puede saludar por su nombre, y como, aun así, seguí sin dar mi brazo a torcer, decidió imaginar un nombre nuevo para mí cada semana. El sábado pasado me llamó señora Schmidt; la semana anterior, señorita Wagner.

—Déjate estar de todo eso, Anne —oigo que dice Herbert antes de que la manija se mueva y él regrese con una botella de un líquido transparente.

Annelies entra detrás de él, tambaleándose con una manopla de baño en la mano. Me la ofrece para que me limpie la herida de la frente. Su mirada es insistente; casi puedo sentir cómo memoriza hasta el último detalle para, llegado el caso, poder describirme con exactitud.

«Medía uno sesenta y cinco más o menos, señor comisario. Llevaba una de esas pelucas baratas que venden en grandes almacenes y una camiseta estridente con un loro estampado que, en lugar de pupilas, tenía cosidas dos piedras falsas de color verde neón del tamaño de una uña de pulgar.»

La herida me escuece. Dejo la manopla a un lado y les doy las gracias. Annelies asiente, luego corta un trozo de esparadrapo del botiquín. Aparto la cabeza cuando se acerca a mí.

—Prefiero no ponerme esparadrapo, gracias —digo—. Es mejor que le dé el aire. —Eso decía la tía Evelyn siempre que llegábamos con rasguños en las rodillas después de jugar.

Annelies no parece muy convencida.

—Pero si igual tendrían que ponerle hasta puntos.

Asiento… con demasiada vehemencia. El dolor sigue latiendo dentro de mi cabeza.

—Me iré directa al primer servicio de urgencias que encuentre y haré que me lo miren.

Ella ladea la cabeza, me analiza.

—Ay, quédate tranquila de una vez, Anne —dice Herbert, que mientras tanto ha desenroscado el tapón de la botella de aguardiente y ríe—. Ya ves que se encuentra bien.

Me tiende la botella y yo la acepto.

El aguardiente de ciruelas me cauteriza la garganta. Me acuerdo de

anoche, del caro chardonnay que compartí con Laura. Me sentí feliz… Debo de estar loca.

Annelies hace chascar la lengua.

—Es que me da no sé qué dejar que conduzca en ese estado…

—Bobadas —la interrumpe Herbert—. Mírala bien: ya le ha vuelto un poco de color a la cara.

—Tú no eres médico —sisea su mujer—. ¿Y si tiene una conmoción cerebral? Aún nos buscaremos problemas por omisión de auxilio. ¡Imagínate que la dejamos ir con el coche y provoca un accidente! Si pasara eso, nosotros también seríamos culpables.

—Pero qué dices… —replica Herbert, y hace un ademán con la mano dirigido a mí.

Interpreto que quiere que le devuelva la botella de aguardiente, lo hago y él enseguida me sonríe y se la lleva a los labios.

—¿De dónde es usted? —quiere saber entonces Annelies.

—De Berlín.

—Berlín… —repite Herbert alargando la palabra con asombro, como si se tratara de una ciudad de un exótico país mágico, lejos, muy lejos de allí, cuando en realidad no está a más de una hora, ni siquiera para mí, que no me he saltado ningún límite de velocidad en todo el trayecto.

—¿Y adónde se dirige?

—Al bosque del Spree —respondo—. Una salida de fin de semana.

—Vaya —dice Annelies—. El bosque del Spree, es muy bonito.

—El bosque del Spree… —repite Herbert después de dar otro trago considerable. Hace que parezca un comentario trascendente—. ¿Conoce la historia de cómo se formó el bosque del Spree?

Niego con la cabeza, llevando cuidado esta vez.

—Solo sé lo que dijo Fontane sobre él: que era como Venecia hace mil quinientos años, cuando las primeras familias de pescadores se asentaron allí.

Herbert levanta una poblada ceja, la derecha.

—Fontane, el poeta —aclaro.

Silencio, solo el ventilador del techo susurra.

—Bueno —dice Herbert—. Pues, según la leyenda, el bosque del Spree lo creó el diablo en persona. Aunque fue sin querer. —Bajo el bigote le tiembla una risa alentada por el aguardiente—. Parece ser que puso a dos bueyes del infierno a tirar de un arado para reventar el cauce del río Spree, pero se le escaparon y echaron a correr desbocados por todas partes, con lo que el arado dejó miles de hondos surcos que acabaron llenándose de agua y… ¡Tachán! El bosque del Spree con su extensa red de arroyos y canales. —Me guiña un ojo con

ánimo conspirativo—. ¿Está segura de que quiere ir allí?

—Herbert… —Annelies pronuncia su nombre con lentitud y alarga la mano hacia la botella, que su marido está a punto de llevarse otra vez a la boca—. Ya vale. Es sábado por la mañana, aún no son ni las diez y media.

Es pleno día, tiene razón. Otra tontería. Yo enseguida propuse esperar a que oscureciera un poco, pero Laura dijo que no teníamos tanto tiempo. Se me escapa un eructo y noto el sabor de las ciruelas. Herbert lo toma como un cumplido a sus habilidades de destilador casero y vuelve a reír. No me gusta la mirada de Annelies.

—Creo que ya puedo seguir camino —anuncio—. Me encuentro mejor, de verdad. Muchas gracias por su ayuda. —Me señalo la frente y, sonriendo, añado—: No se preocupe, me lo haré mirar.

Annelies niega con la cabeza.

—De ninguna manera. Usted se queda aquí.

En un abrir y cerrar de ojos vuelvo a verme al borde del precipicio. Allí abajo me esperan el agua y las rocas desmoronadas. El viento arrastra nubes grises como a cámara rápida por el cielo de color lavanda. Lo oigo susurrar. «¡Tú!», susurra el viento. Doy un paso atrás, pero a mi espalda se ha plantado Annelies con los brazos extendidos hacia delante, dispuesta a empujarme. «Usted se queda aquí», repite, y estalla en una horrible carcajada. Parpadeo sin parar, parpadeo para regresar a la realidad. Sigo sentada en el despacho de la gasolinera. Tengo que marcharme de aquí, y cuanto antes.

Pero Annelies dice que primero debería comer algo, patatas salteadas que les sobraron de la cena de ayer. Annelies sonríe; a mí se me cierra la garganta porque sospecho que quiere entretenerme con esas patatas mientras avisa a la policía a escondidas. La idea de que vengan y me interroguen. De que vengan, me interroguen y se me lleven. De que me encierren en una celda sin catre, con solo un colchón desnudo y desgastado, rodeada de paredes de hormigón que me miran y, en el suelo agrietado, una fina capa grisácea de polvo de cemento y trocitos de pintura desconchada; polvo de cemento y partículas de pintura también bajo mis uñas.

Algo se desgarra en mi interior.

—¡Déjenme en paz! —grito.

Annelies se estremece, Timmy desaparece tras las piernas de Herbert, asustado. Me levanto bruscamente de la silla, alcanzo mi bolso… Tengo que marcharme de aquí. Salgo del despacho, atravieso la tienda, cruzo la puerta de cristal, recorro la zona de surtidores hasta el coche. Me siento al volante, arranco a toda velocidad y durante un

momento me siento aliviada. Hasta que por el retrovisor veo a Annelies, que está debajo del cartel de precios del combustible y me sigue con la mirada. En una mano tiene un papel o una libreta pequeña; en la otra, un lápiz. «La matrícula», pienso, y doy un puñetazo en el volante.

«¿Qué demonios has hecho, chiquilla?»

Fragmento de: carta n.º 12

Se cumplen años.
Cuánta sangre, por todas partes.
En el suelo. En la alfombrilla. En la pared.
Incluso ha salpicado en el techo.
El agua está roja. Aguas muertas.

Mayo de 2014

Nelly Schütt estaba nerviosa desde hacía días. Por lo menos igual de nerviosa que Richard en *La mujer del cuadro,* cuando de pronto Alice y él eran víctimas de un chantaje. Resultaba que a Claude lo estaba siguiendo un hombre que lo había visto entrar varias veces en casa de Alice y había acabado deduciendo, con acierto, que ella estaba involucrada en su asesinato. Sobre todo porque, buscando pruebas en el piso, el hombre encontraba el reloj de bolsillo de Claude, que relacionaba a Alice con este sin lugar a dudas. Por miedo, y para evitar futuros intentos de extorsión, Alice y Richard decidían matarlo a él también. Alice tenía que envenenarlo, pero como el plan no salía bien y, además, todas las investigaciones policiales señalaban a Richard, este no veía otra salida que tomarse una sobredosis de somníferos con la intención de suicidarse.

Al contrario que Richard, sin embargo, Nelly no pensaba rendirse jamás, por mucho que en algunos momentos su situación pareciera desesperada. Enamorarse no era ningún delito. Eso era lo que se repetía cada vez que sonaba el teléfono y al otro lado de la línea estaba la misma mujer que se había presentado en la recepción aquel día, recordándole la conversación que habían tenido. Que le quitara las manos de encima a su marido, que Nelly lo estaba estropeando todo. Que le quitara las manos de encima a su marido, que estaba destruyendo una familia. Que le quitara las manos de encima a su marido o lo lamentaría. Y, en todas esas ocasiones, Nelly le colgaba.

La primera vez que Paul reservó una habitación en la fonda, justo medio año antes, ella enseguida intuyó que estaba casado: un hombre simpático y encantador que le recordaba físicamente a Victor Mature (*El beso de la muerte,* 1947, dirigida por Henry Hathaway), alguien que ya a primera vista parecía demasiado bueno para ser verdad, o para estar soltero. Por el formulario de registro que les hacía rellenar a los huéspedes supo que tenía cuarenta y un años y era de Berlín. Le asignó la habitación número cuatro, la que para ella tenía las cortinas más bonitas. Eran de color crema y con un estampado de florecitas, al contrario que las otras tres habitaciones, cuyos cortinajes de pana de un ocre amarronado debían de colgar allí desde mucho antes de que la propia Nelly naciera.

Paul cenó en el comedor de la fonda, y después Nelly coincidió con él en el patio, adonde había salido a encenderse un cigarrillo. Ni ella misma sabía qué la impulsó a dejar su lugar en la recepción y salir justo en ese momento; sin duda fue un pálpito. Que siguió creciendo y floreciendo cuanto más rato pasaban charlando. Él le contó que viajaba por trabajo, que iba de Berlín a Lubeca. Que estaba casado y tenía una hija, y que envidiaba a Nelly por vivir allí, en aquel lugar tan tranquilo e idílico. Que a veces la vida en Berlín resultaba muy estresante, acelerada, una absoluta locura, como un carrusel de sillas voladoras que se ha descontrolado. Nelly comentó que no le importaría montarse en esa emocionante atracción y dar un par de vueltas, porque había momentos en los que se aburría mucho allí. Paul repuso que el aburrimiento no tenía nada que ver con dónde vivías, sino más bien con las personas que te rodeaban.

Parecía saber de lo que hablaba; también se lo veía aburrido. Cuando volvió a recalar en la fonda de los padres de Nelly para hacer noche durante el viaje de vuelta, se besaron por primera vez y fue excitante. Después, tumbados en la cama de la habitación número cuatro, corridas las cortinas de florecitas, él le dijo que hacía mucho que no era feliz con su mujer. Que era muy absorbente, controladora, dominante. Nelly pensó en Gene Tierney interpretando a Ellen Harland en *Que el cielo la juzgue* (1945, dirigida por John M. Stahl); así debía de ser la mujer de Paul, una arpía malvada e insidiosa. Solo que ni de lejos tan guapa como Gene Tierney, claro. Nelly la imaginaba más bien del montón, en absoluto atractiva. Al fin y al cabo, debía de haber algún motivo por el que, según Paul, hacía años que no se acostaban juntos. Por lo menos Gene Tierney, en su papel de Ellen Harland, se suicidaba al final de la película, y así su pobre marido podía ser feliz con un nuevo amor.

Nelly esperó. Esperó en vano.

Él pensaba seguir algo más con el matrimonio, por su hija. Pensaba seguir algo más porque todavía no habían acabado de pagar la casa que tenían en común. Su mujer se había quedado sin trabajo y luego había enfermado de repente, y él no podía abandonarla en esas circunstancias, claro. En esos últimos meses, Nelly había oído de todo cada vez que quedaba con Paul a medio camino, en un hotel de la A24. Cuando estaba entre sus brazos, en la cama, apretando la mejilla contra su cálido pecho, o cuando salían a pasear por el bosque que había junto al hotel y él le apretaba la mano con fuerza. Y ella lo había creído, le había dejado tiempo.

Hasta aquel día en que su mujer se presentó en la fonda con pinta de estar la mar de sana y ser muy resuelta y, sobre todo, por lo menos

igual de guapa que Gene Tierney. Probablemente fuera eso lo que más disgustó a Nelly.

De pronto, quiso que todo quedara claro, que Paul escogiera. Y él le prometió arreglarlo, esta vez de verdad. De eso hacía ya casi un mes.

Nelly decidió ayudarlo.

Fragmento de: carta n.º 13

Ahora sueño en negro. Debe de ser por las nuevas pastillas. Consiguen que duerma tranquila y de un tirón, pero al mismo tiempo tienen un efecto tan fuerte y tan rápido —casi inmediato— que, cuando las tomo, me pierdo todo el proceso de conciliar el sueño. Ya sabes, esa fase en la que estás en la cama y sientes como si el cuerpo y los pensamientos te pesaran cada vez más. Como si te deslizaras con suavidad. Ya no me entero de nada de eso. Estoy muy despierta y, un instante después, he caído. Hace poco cometí el error de tomarme las pastillas en la cocina, cuando aún estaba sentada a la mesa, escribiendo. Te escribía a ti. No fue hasta la mañana siguiente, al despertar, cuando vi que me había dado de bruces contra el tablero. El médico me diagnosticó una fractura nasal leve, que se me curó en poco tiempo. Aun así, me pareció bastante simbólico que mi sangre goteara precisamente en cierto punto de la carta. Justo sobre tu nombre.

«Pero si le había especificado la dosis con exactitud —dijo mi terapeuta en la siguiente sesión—. Media cuando se presenta el pánico, y una entera si por la noche no puede dormir.» Me dirigió esa mirada suya tan extraña. Como si me hubiera saltado la dosis a propósito. Tal vez tuviera razón. Mis sueños son negros, en efecto, pero las preguntas siguen estando ahí, no hay manera de acallarlas.

¿Qué sintió ella al final? ¿Tuvo miedo?

Quiero pensar que no. Prefiero imaginar que el dolor hizo estallar fuegos artificiales ante sus ojos. Que vio fogonazos de colores y unas estrellas preciosas, casi como si, por descuido, hubiese mirado directamente a un sol cegador. O a unos faros. Quiero convencerme de que en esos últimos segundos fue feliz.

No lo consigo.

Nadja

Parpadeo, el mundo me deslumbra, el calor hace temblar un fuego invisible sobre la calzada. Para protegerme los ojos, bajo el parasol. Han pasado doce minutos justos desde que he salido de la gasolinera como si me persiguieran. La calefacción está a tope, pero no me doy ni cuenta. Tengo frío, el aire del interior del coche es pegajoso, desabrido y extrañamente dulzón. Como si en las rendijas del aire acondicionado llevara años acumulándose el polvo y ahora se estuviera quemando. Los ojos se me van todo el rato al retrovisor. El Golf rojo que me ha seguido durante varios kilómetros ya no está. Ahora llevo detrás una furgoneta de color azul oscuro, pero no por mucho tiempo; voy tan despacio que me adelanta. Alargo la mano hacia el espejo para reajustarlo un par de milímetros por enésima vez. Al hacerlo, veo mi reflejo durante una fracción de segundo: ojos desorbitados y, debajo, regueros secos de rímel negro corrido. En la frente, a la izquierda, tengo una herida de tres o cuatro centímetros, como un corte preciso hecho a cuchilla. Compruebo con alivio que ya se está formando la costra; no hará falta que vaya al médico. Devuelvo la mirada a la carretera y decido que, de todos modos, me detendré en la primera ocasión. Necesito aire fresco; si no, me asfixiaré.

Conduzco hasta que un cartel me indica una salida hacia una zona de descanso. No hay estación de servicio, ni quiosco, ni gasolinera, ni siquiera una de esas casetas de plástico con retretes que se instalan donde se necesitan; solo un espacio para aparcar un par de vehículos y, más allá, un prado reseco y pisoteado, un contenedor de basura y tres mesas con dos bancos atornillados cada una. Me imagino a un camionero solitario sentado allí, con un cigarrillo en la comisura de los labios y un termo lleno de insípido café de máquina. O a una familia. Madre, padre, dos hijos: un niño pequeño y una niña algo mayor. Aposentados junto a sus fiambreras de trozos de manzana y verduras cortadas, y el sonido del papel de aluminio cuando desenvuelven los bocadillos que con tanto amor han preparado para el camino. Se van de vacaciones al mar. Una voz delicada pregunta: «¿Qué se siente al respirar aire salado? ¿Los granitos de sal no hacen toser?». A lo que otra responde: «El aire no tiene granitos de sal, tontaina. Es solo aire y ya». Vuelvo a pensar en el camionero; lo

prefiero.

En realidad, lo que mejor me viene ahora mismo es que no haya nadie aquí parado. Tanto el aparcamiento como las mesas están vacíos. Dejo el Land Rover al fondo y me apeo. Como siguiendo una orden secreta del aire fresco, me fallan las rodillas. Con una mano busco apoyo en el tirador de la puerta del conductor, con la otra me froto la nuca. Tengo el cuello de la camiseta empapado de sudor frío. Debo tranquilizarme, concentrarme, ordenarme. Ahora no puedo vacilar ni doblegarme, como quieren obligarme a hacer mis rodillas. Debo ser fuerte. Pensar en Laura. Recordar que todo esto sucede por ella y que no hay alternativa. Así que evoco una imagen: Laura, tal como se presentó en el bufete ayer por la tarde, poco antes de la hora de cerrar. Tal como la vi en el vano de la puerta de mi despacho, tambaleante y pálida, aferrando con fuerza las asas de su bolso. Laura, antes Laura Brehme y secretaria en el bufete igual que yo, ahora Laura van Hoven, casada con mi jefe. Hacía años que no la veía.

—Hola, Nadja.

Su boca formó una sonrisa espantosa e irreal; la mía apenas se abrió, muda, mientras yo seguía paralizada en mi mesa, intentando asimilar su aparición. La cara blanca como la pared. Los ojos empequeñecidos, la mirada empañada. El pelo rubio echado hacia atrás por una diadema negra y recogido en una trenza, de modo que su rostro parecía más plano de lo normal y su cabeza casi resultaba gigantesca sobre su fino cuello y su delgado cuerpecillo. Enseguida recordé que una vez había estado a punto de teñirme de rubio, del mismo tono que ella, y que incluso pedí cita en la peluquería, pero en el último momento sufrí un fuerte ataque de pánico que me impidió llegar a entrar. De pronto me resultó inimaginable pasarme dos horas o más sentada delante de un espejo, mirándome a la cara mientras a mi alrededor sonaban unos ruidos espantosos: el zumbido de los secadores, los chorros de agua, el frío chasquido de unas tijeras al quedar tiradas en el borde cerámico de un lavabo. Hasta ese momento, para mí Laura era la segunda mujer más guapa del mundo, pero de repente casi parecía un monigote dibujado por la mano de un niño, un triste monigote de pelo amarillo.

—¿Todavía no ha vuelto Gero? —preguntó—. Llevo todo el día intentando hablar con él, pero no me contesta al móvil.

Comprobé que, por mucho que hubieran pasado años, seguía sin acostumbrarme a que llamara por el nombre de pila al que yo conocía como señor Van Hoven. Algo me dolía al oírlo. No era un dolor terrible ni mucho menos, más bien una sensación parecida a cuando te haces un rasguño, a una aguja que te roza un punto sensible de la piel;

soportable, sí, pero desagradable de todos modos. Aunque algo tarde, conseguí encontrar una fórmula de saludo en los recovecos de mi mente y enseguida me levanté. Nos abrazamos un segundo y con torpeza. También eso fue diferente.

—Entonces, ¿está aquí?

Negué con la cabeza. El señor Van Hoven estaba en Magdeburgo desde el día anterior, en un congreso de abogados que duraba dos jornadas, y no regresaría hasta última hora de la tarde. Me extrañó que Laura no estuviese al tanto de su agenda.

—Según el programa del congreso, la última conferencia termina a las siete. —Me subí la manga de la blusa para echar un vistazo al reloj —. O sea, dentro de una hora más o menos.

—Vaya.

—¿Puedo ayudarte yo en algo?

Su rostro blanco se retorció como si fuera a echarse a llorar.

—¿Ha pasado algo con Vivi? —pregunté, y sentí que se me aceleraba el corazón.

Vivi, la hija de los Van Hoven, de tan solo cuatro años. Laura me dirigió una mirada que me costó soportar.

—Vivi está bien —respondió con frialdad—. Está con sus abuelos.

Sonreí, avergonzada.

—Ah, qué bien. —No se me ocurrió nada más que decir, así que bajé la mirada a los pies. Mis zapatos empezaban a necesitar un poco de betún.

Oí respirar a Laura.

—¿Puedo…? ¿Podría tomarme un café? ¿Sería mucha molestia?

Enseguida negué con la cabeza.

—No, no, en absoluto. Ahora mismo lo preparo.

Un café con Laura, igual que antes. En realidad no me había pedido explícitamente que nos tomáramos ese café juntas, pero de todas formas aprovecharía la oportunidad. Me puse a dar saltitos delante de la máquina de la cocina que había al final del pasillo, casi como si bailara la danza de la lluvia, como si mi nerviosismo pudiera influir en la lentitud exasperante con que el aparato, emitiendo un zumbido monótono, vertía el líquido marrón en una taza y luego en otra.

—Venga, venga… —siseé.

Me daba miedo que, si tardaba mucho más, Laura pudiera cambiar de opinión y marcharse. Saqué la leche de la nevera y derramé un poquito en la encimera al acabar de llenar las tazas con ella. Aunque tuve el reflejo de alcanzar la bayeta del fregadero para limpiarla, lo dejé correr. Laura estaba esperándome.

Cuando salí de la cocina, la puerta que conectaba mi antesala con

el despacho del señor Van Hoven estaba abierta. Laura se había sentado en su sillón y miraba al techo. Intenté hacer un chiste tonto.

—Dos cafés para tomar aquí, para Laura y la amiga de Laura.

Se sobresaltó como si mi voz le hubiera dado corriente y me miró como si fuera la primera vez que me veía ese día, sorprendida, asustada, como a través de los ojos de otra persona. Abrió la boca y la movió un par de veces sin decir nada. Estuve a punto de preguntarle otra vez qué ocurría, pero entonces habló:

—Te lo agradezco. Aunque quizá sea mejor dejarlo para otro día.

En cuestión de segundos, se levantó con brusquedad y pasó junto a mí para salir del despacho. Yo me quedé allí plantada como una idiota, con un café en cada mano.

La alcancé en los ascensores.

—¡Laura, por favor, habla conmigo!

«Insúltame. Dime por dónde puedo meterme el café y la conversación, y que ya hace mucho que no somos amigas. Recuérdame lo que te hice, pero, por lo que más quieras, dime algo, joder.»

Y eso hizo. Después de derrumbarse directamente en mis brazos.

—Tengo un problema, Nadja.

Ahora el problema está en mi maletero.

Mayo de 2014

Nelly Schütt estaba preparada. Había reservado un billete de tren para el domingo porque no se atrevía a meterse en el tráfico de Berlín con su pequeño y viejo Twingo. Se había apuntado la dirección y se había asegurado de lavarse el pelo la noche anterior para poder llevarlo suelto. A menudo le hacían cumplidos por su melena, sobre todo en los días buenos, cuando se le formaban tirabuzones de un tono avellana. Le había dado muchas vueltas a qué ponerse y había decidido no llevar su vestido de verano preferido, porque temía parecer demasiado juvenil con él. Quería dejar claro que no era ninguna jovencita. No era una muchacha de pueblo, ingenua e inocente, sino una mujer capaz de desenvolverse por Berlín y por el mundo, que sabía perfectamente lo que deseaba. De manera que escogió una falda negra de tubo, una blusa blanca de manga corta y los zapatos negros de tacón con puntera abierta que había encargado por internet hacía varios años y que desde entonces solo se había puesto un par de veces en su habitación para dar unos elegantes pasos de pasarela. La clase de zapatos que usaban las mujeres que tanto idolatraba. Joan Bennett, Ava Gardner, Rita Hayworth… Gene Tierney. Cogió un taxi en la Estación Central y se detuvo en una esquina antes de llegar a destino para poder recomponerse y retocarse el pintalabios rojo. Mientras avanzaba por la calle prestó atención a su porte, a llevar la espalda bien erguida y los hombros rectos, a balancear las caderas. Paseó la mirada por aquella zona residencial y se imaginó viviendo allí. No era el Berlín que le había venido a la cabeza al leer el formulario de registro que Paul tuvo que rellenar aquella vez para hospedarse en la fonda. No era un Berlín de rascacielos modernos con pinta de que los hubieran diseñado arquitectos que podrían haber sido niños grandes jugando a lo loco con piezas de Lego sobredimensionadas, tampoco una ciudad de edificios antiguos cuyas ornamentales fachadas ascendieran formando volutas. No había tiendas, no había bares, solo jardines de césped bien segado, separados por vallas y sembrados de juguetes; y al final de todos ellos, casas unifamiliares o adosadas que parecían salidas del mismo catálogo de muestra. Aquel barrio casi le resultó demasiado burgués, y decidió que Paul y ella se irían a vivir a otro sitio en cuanto

pudieran. Preferiblemente a un precioso edificio antiguo del centro de Berlín. Un piso de tres habitaciones con techos altos, paredes de estuco y un balcón con barandilla de forja, por un lado para Paul, que fumaba —cosa que a Nelly no le molestaba en absoluto, ya que, al fin y al cabo, todos los hombres de sus adoradas películas en blanco y negro lo hacían—, y por otro para desayunar al aire libre los meses de verano. Cocina, baño y salón, y un estudio para Paul que también les serviría de habitación de invitados. Ella haría nuevos amigos en Berlín, gente interesante y segura, artistas, médicos, todos de clase alta y familia adinerada, y cuando organizara fiestas para esos nuevos amigos, tendrían la posibilidad de quedarse a dormir en esa habitación de invitados. Lo que no necesitarían sería una habitación para los niños; Nelly no tenía ninguna intención de seguir ese camino. No quería cargar con hijos enseguida y verse obligada a renunciar a la independencia que acababa de descubrir. Quería encontrar trabajo, algo relacionado con la gastronomía, y luego, al cabo de unos años, abrir su propio pequeño café al estilo de los años cincuenta. Sin embargo, lo que quería por encima de todo era a Paul, y si ese día conseguía aclarar las cosas, el mundo entero podría enterarse al fin de que estaban juntos. La promesa de mantener su relación en secreto, esa que Paul le había sacado mirándola con seriedad, carecería ya de sentido. Ese mismo día les comunicaría a sus padres quién era en realidad el ocupante de la habitación número cuatro; se moría de impaciencia. Su padre pondría el grito en el cielo, desde luego. Él habría preferido que Nelly saliera con algún chico del pueblo. Y su madre se echaría a llorar, pero no de ira ni de decepción, no. Por primera vez desde que tenía memoria, Nelly vería llorar a su madre de alegría, porque su hija se habría lanzado a vivir la vida, algo que ella misma solo se había atrevido a soñar.

Por fin. Nelly había llegado a la dirección correcta. Enfiló con caderas bamboleantes el camino de hormigón con piedrecitas que cruzaba el jardín delantero y subió los tres escalones que llevaban a la puerta principal. Inspiró hondo una vez más, irguió los hombros y llamó al timbre, junto al que un cartel de arcilla informaba del nombre de los habitantes de la casa en letras grabadas con torpe trazo infantil.

A Paul se le descompuso el rostro en cuanto abrió. Se le desencajó la mandíbula, pero de su boca no salió ninguna palabra. Nelly sonrió con más reserva de lo que habría querido, y estaba a punto de decir algo cuando de repente oyó una voz de mujer:

—¿Paul? ¿Quién es?

Segundos después, ella apareció tras su espalda: la mujer de Paul,

quien, en cambio, enseguida encontró palabras.

—¿Cómo te atreves a presentarte aquí? —soltó, y al instante se volvió hacia el recibidor.

Nelly, que, por mucho que enseguida recobrara la compostura, se estremeció involuntariamente al oír la brusquedad de su tono, supuso que su hija estaría por allí cerca.

—He venido porque quiero aclarar las cosas de una vez por todas. —Clavó la mirada en su adversaria e intentó no parpadear—. Paul me ama. Eso no puedes cambiarlo. Déjalo marchar.

—Pero ¿qué estás diciendo? ¿Paul?

Este empezó a agitarse, inquieto.

—¿Paul? —preguntó Nelly también.

—Vete, Nelly, por favor —dijo sacudiendo la cabeza—. Lo nuestro ha terminado. Cometí un error.

—¿Qué? —Su voz no fue más que un suspiro, apenas se oyó—. ¿Qué has dicho?

—Dice que te largues de aquí —tradujo su mujer, y le tiró de la manga de la camisa para hacerlo entrar de nuevo en la casa.

La puerta se cerró y Nelly cayó en un profundo agujero negro.

Más adelante apenas recordaría cómo había regresado al pueblo aquel día. Solo conservaba retazos: recuadros de asfalto bajo sus pasos apresurados; el clac-clac-clac de sus tacones; su cuerpo desmoronado sin fuerza en el asiento trasero de un taxi; personas que esperaban junto a ella en el andén, que la empujaban y la apartaban; el adormecedor traqueteo del vagón y, fuera, al otro lado de la ventanilla, edificios que pasaban a toda velocidad y que acabaron transformándose en paisaje rural.

Y de nuevo estaba en casa.

Los días siguientes los vivió como si le hubieran puesto una gruesa campana de cristal sobre la cabeza. Entregaba las llaves de las habitaciones por encima del mostrador de recepción y archivaba los formularios de registro. Mullía la ropa de cama y rellenaba los dispensadores de jabón de los baños de los clientes. Veía sus películas preferidas y no entendía una palabra. Quedaba con Hannes, que estaba colado por ella desde que iban al colegio, y le dejaba hacer todo lo que le apetecía. Un par de veces pensó en llamar a Paul. Conseguir hablar con él. Insultarlo. Pedirle que volviera con ella. Pero rechazó la idea porque temía que pudiera repetirle esas palabras: «Lo nuestro ha terminado. Cometí un error».

Nelly quería morirse, tan retóricamente como quería morirse alguien a quien acabaran de romper el corazón. Pero entonces, como si el destino por fin se compadeciera de ella, Paul le envió un mensaje

de texto en el que le proponía que se vieran. Donde solían quedar, en el hotel de la A24 que estaba a medio camino. «Mañana mismo, cariño, a las 16. Te echo de menos.»

Nelly Schütt quería morirse, esta vez de felicidad.

Fragmento de: carta n.º 15

La vendedora del KaDeWe ha dicho que tengo muy buen tipo, claramente una talla 36, y que debería probarme algún conjunto con algo de color. Yo le he dicho que en mi trabajo se exige seriedad. Blusa blanca, traje gris. Incluso he afirmado que se trata de un deseo explícito de mi jefe. Ella ha seguido tirando de las costuras de los hombros del blazer que acababa de ponerme y ha dicho: «Entonces, pruébese por lo menos una 36. Aquí dentro se pierde». He intentado controlarme, de verdad. No quería gritarle, pero justo eso es lo que he hecho. Le he gritado que me dejara en paz, que no necesitaba ayuda. Me he quitado el blazer de mala manera y he vuelto a meterme en el probador hecha una furia para cambiarme y salir cuanto antes de los grandes almacenes. Hasta he echado a correr. Desde entonces la imagino al llegar a casa, contándole a su marido que hoy ha atendido a una loca. Una enferma mental.

«Eres lo que eres.»

Nadja

Sigo conduciendo, no sé cómo. Había decidido parar. Me había arrastrado hasta uno de los bancos del área de descanso, me había sentado allí, había buscado el móvil en el bolso y había resistido la tentación de encenderlo para llamar a Laura. No le habría contado nada del incidente de la gasolinera, solo me habría gustado oír su voz. Pero entonces ha llegado otro vehículo al aparcamiento, así que he corrido de vuelta al todoterreno y he arrancado otra vez.

«Tomar la A13 en dirección Dresde/Cottbus (aprox. 60 km), mantenerse a la izquierda en la A15, tras aprox. 4 km tomar la Salida 2-Boblitz, luego el carril de la derecha para incorporarse a la L55 y desde ahí seguir las indicaciones hacia Lübbenau/Lehde.» Eso dice el papel con la descripción de la ruta. Lo cierto es que el Land Rover viene con GPS, pero luego la policía podría examinarlo, igual que los datos de mi móvil.

Música.

Pongo la radio a todo volumen. Quiero que la música acalle el caos de mi cabeza y me distraiga, aunque solo sea un rato. A mi madre siempre le funcionaba. Cuando ponía los viejos discos de Johnny Hallyday era capaz de olvidarse de cuanto la rodeaba. Se olvidada de quién era, se olvidaba de quién le habría gustado ser, se olvidaba de sí misma hasta que, durante un breve y terapéutico instante, ya no quedaba absolutamente nada de ella. Giraba como un avión cayendo en barrena, con los brazos extendidos y los ojos cerrados contra el sol estival que entraba por la ventana de nuestro salón. Todavía la veo con esa sonrisa ensimismada en la cara, varios mechones alborotados sobresaliendo despeinados de su cabeza, e incluso veo las diminutas motas de polvo que flotaban a su alrededor como si quisieran unirse a ese baile delirante. Todavía oigo el crepitar que se percibía por debajo de *Retiens la nuit,* y su voz, que solía desafinar en las notas más graves porque se le daba fatal cantar. Pero eso no importaba cuando ponía a Johnny Hallyday. Entonces era una mujer feliz…

No funciona, la música solo me está sacando de quicio. Vuelvo a bajar el volumen y pienso en Laura.

Ayer por la tarde, delante de los ascensores, no dijo más que: «Tengo un problema, Nadja», y al instante salió corriendo hacia los

servicios. La seguí. Oí sus arcadas a través de la puerta cerrada del compartimento; cada nueva náusea me hacía sufrir. Lo mismo había ocurrido cinco años y medio antes, solo que con los papeles intercambiados. Mi primer día en Abramczyk & Van Hoven, mi nuevo comienzo. Acababa de sentarme en mi sitio y todo iba bien. Un segundo después me invadió el pánico y, con él, la sensación de haber cometido un tremendo error, una atroz injusticia. Esa sensación me arrancó de la silla, se abalanzó sobre mí y me escupió en la cara. Me zafé de ella y corrí por el pasillo en dirección a los servicios, donde me encerré y me acuclille a llorar hundida en la miseria. En aquella ocasión fue Laura quien llamó a la puerta y preguntó si podía ayudarme. Una mujer a la que no conocía de nada, cuya voz amable y cálida me sacó del compartimento. Luego me refrescó la cara, hinchada de tanto llorar, con una toallita de papel humedecida, como si fuese la cosa más natural del mundo. Así fue como nos conocimos.

—Laura —intenté tranquilizarla yo esta vez. Los ruidos que llegaban del otro lado de la puerta cerrada eran graves y huecos; debía de tener el estómago vacío desde hacía tiempo—. Sal, Laura, por favor.

No sé cuántas veces lo dije antes de que el pestillo se abriera por fin y ella saliera tambaleándose, tan débil que tuve que sostenerla.

—¿Me acompañarías a casa en coche, Nadja? Por favor, tengo que volver a casa.

—Quizá sería mejor que te pidiera un taxi.

Negó insistentemente con la cabeza.

—No, un taxi no. Olvídalo. Ya volveré de alguna forma.

—Si el taxi no tardará ni cinco minutos… Puedo esperar fuera contigo.

—No, de verdad, no pasa nada. No te preocupes, ya me las apañaré. —Ahí estaba de nuevo esa espantosa sonrisa falsa.

Y entonces fui yo quien alargó la mano y dijo:

—Dame la llave del coche.

El enorme chalé de los Van Hoven está en Westend, la que se supone la parte más bonita de Charlottenburg, y es la ostentosa demostración arquitectónica de que algunas personas sí pueden tenerlo todo. Más allá de la terraza trasera, el silencio sin igual del bosque de Grunewald, que te hace olvidar que estás en medio de una metrópoli de tres millones y medio de habitantes, con todo su ajetreo, su bullicio y su acelerado pulso colectivo. Y ante la puerta de entrada, a solo unos minutos a pie, la Reichsstrasse con su amplia selección de tiendas, restaurantes y cafés, y el ajetreo, el bullicio, el pulso y demás:

todas esas cosas que la gente siempre dice que lo hacen sentir a uno vivo. La casa de aquel rinconcito increíble de Berlín la había construido un conocido arquitecto a finales de los años ochenta, siguiendo sus ideales. El señor Van Hoven se la compró a este después de casarse y la modernizó. Una casa bonita, una casa cara. Una casa donde todo tenía su sitio y se vivía en familia. Una casa en la que yo, la verdad, no quería poner un pie.

—Entra conmigo. —Laura no tuvo que decir más.

Ella pasó primero, yo la seguí. Cruzamos el vestíbulo, que era fresco y silencioso, y bajamos los tres amplios escalones de mármol blanco hacia el salón, donde ella se derrumbó en el sofá y hundió la cara en las manos. Lo primero que me llamó la atención fue la penumbra, que no parecía propia de un día soleado como ese; luego, las cortinas corridas, que ocultaban toda la pared acristalada hacia la terraza. Pero supuse que Laura habría querido impedir que entrara el calor. Después me fijé en una Barbie que estaba en la mesita, y a la que por lo visto Vivi le había cortado el pelo. La muñeca me hizo pensar en el perrito de peluche rosa que le había comprado a la niña en su momento para disculparme…. y que seguía en el cajón superior de la cómoda de mi dormitorio, de donde alguna vez lo sacaba para acariciarlo con nostalgia. Solo entonces me sentí preparada para mirar lo que seguramente ya había percibido hacía rato con el rabillo del ojo. Estaba tirado en la parte izquierda de la sala, justo delante de la chimenea abierta, debajo de las alegres fotos familiares de la repisa: el cadáver.

Me sobresalto. El coche acaba de pasar por una irregularidad de la calzada. El susto me ha hecho soltar el volante, pero lo recupero enseguida. Reduzco la velocidad con cuidado. Aquí, las carreteras son estrechas y están asfaltadas solo a medias. Reconozco algunos puntos de referencia que Laura ha anotado en el papel con la descripción de la ruta. El frontón de la iglesia de un pueblo, oculto tras unos árboles a la izquierda; más allá, a unos diez metros a la derecha, un cartel que indica un embarcadero. Por entre los diversos claros que se abren en la vegetación del talud atisbo una barca con turistas que recorre el laberinto de canales. Imagino que la travesía será muy silenciosa y que solo se oirá un suave chapoteo cuando el barquero saque la pértiga del agua para, un momento después, volver a clavarla en el fondo cenagoso. Un movimiento siempre igual, tan armonioso y monótono que a los pasajeros debe de resultarles hipnótico. Y los alisos, que se alzan gigantescos a lo largo de la orilla y quizá no dejen entrever más que una estrecha franja de cielo por encima del canal. Como si fuera

un túnel, un túnel interminable hacia una preciosa nada verde. Me encantaría detenerme un momento, apearme del coche, quedarme solo un instante bajo ese cielo y respirar lo más hondo posible. Nunca había estado en un lugar como este. Conozco el cielo de mi ciudad, siempre algo tapado a causa del polvo metálico que salía de las chimeneas de la acería, y el cielo de Berlín, con las estelas de condensación de los aviones durante el día y sus luces intermitentes por las noches. Qué absurdos resultan los pensamientos con que el cerebro humano intenta rellenar los huecos en algunas situaciones. Como si algún cielo pudiera ayudarme. Seguramente, ni Dios podría.

Vuelvo a girar el control del volumen. La mujer de la radio vocifera la predicción meteorológica. Nos espera un fin de semana con un tiempo estival de ensueño. La gente irá a las piscinas descubiertas o saldrá a los parques para tumbarse en una manta mientras parpadea para protegerse del sol. Habrá quien quede para disfrutar de un pícnic o de una barbacoa. Otros, en cambio, se dirigirán al bosque del Spree para deshacerse de un cadáver.

Fragmento de: carta n.º 17

Puede que fueras demasiado pequeño para darte cuenta de lo diferentes que eran las cosas en nuestra casa. O quizá solo hacías como que no lo veías, igual que yo. Incluso a la mujer de Protección de Menores le dije: «No sé qué le preocupa tanto», a lo que ella contestó muy claramente señalándome las montañas de colada pendiente y comentando que los niños tenían que ponerse ropa limpia, haciéndome ver el polvo y las pelusas, las botellas de cerveza que los invitados habían vaciado y dejado tiradas por ahí, y el juguete que teníamos delante y que no estaba pensado para niños ni mucho menos. Me llevé un dedo a la sien como diciendo que estaba loca y la eché de casa de mala manera. Después me senté en nuestra cama y me puse a llorar. Sabía muy bien que tenía razón; yo misma me había propuesto mil veces hacer algo de una vez por todas. Siempre que entraba en la cocina y olía la peste del desagüe decidía que, en cuanto pudiera, le pediría dinero a mi amiga Aniela para comprar detergente, productos de limpieza, algo lo bastante fuerte para desatascar a fondo las viejas cañerías. Y pintura, también compraría pintura para las paredes, para adecentar un poco el piso. Primero tendría que arrancar el antiguo papel pintado, claro, aunque eso no podía ser muy difícil, porque de todas formas la mayoría de las tiras empezaban a despegarse solas del hormigón. Y cuando hubiera terminado con eso, colgaríamos cuadros, pósteres de paisajes franceses o dibujos hechos por ti. Seguro que estarías orgulloso de que tu mamá colgara tus dibujos en lugar de limitarse a arrugarlos y tirarlos a la basura.

Sin embargo, sentada allí, en nuestra cama, una vez más comprendí que, por mucho que encontrara las fuerzas y el dinero para poner en marcha todos mis planes, nunca serían más que soluciones temporales. En algún momento volveríamos a tener la nevera vacía, el desagüe volvería a apestar, la pintura nueva amarillearía por culpa de la nicotina y se desconcharía. Jamás lograría darte una infancia normal, no en ese piso, no en esa ciudad, no en esa vida. En momentos como ese —sí, es cierto, lo reconozco—, en momentos como ese la odiaba…

Mayo de 2014

Nelly Schütt estaba cómodamente tumbada, casi podría decirse que sobre blando de no ser por la raíz de un árbol, o puede que una piedra, que se le clavaba en la nuca; algo duro, en todo caso, que le provocaba un dolor llameante. El tráfico de la autopista rugía a lo lejos, y eso también le molestaba un poco, pero al menos se veía recompensada por una vista maravillosa. Por encima de ella, el cielo hacía pasar bandadas de nubes blancas como la nieve por su lienzo azul cobalto, y a la imagen se le añadían unas agujas de abeto que, a contraluz de la claridad vespertina, parecían negras, casi como siluetas de papel.

Nelly pensó en el final de *La mujer del cuadro,* cuando la situación de Richard y Alice daba un giro inesperado. El hombre que los había chantajeado moría en un tiroteo con la policía y, al descubrir que llevaba encima el reloj de bolsillo del difunto Claude, deducían que se trataba del asesino. Richard, sin embargo, no llegaba a enterarse; se había tomado una sobredosis de somníferos y yacía en su lecho de muerte. Pero como no era un final feliz —no era lo que debía pasar, porque la muerte no resultaba realista, no podía ser, no en ese momento ni en ese lugar, se trataba solo de un recurso estilístico dramático para llevar la historia a su punto culminante—, Richard despertaba justo entonces, y al final resultaba que todo había sido un sueño. Nada más que una horrible pesadilla.

«Sí —pensó Nelly—. Estoy soñando, nada más.» Le sonrió al azul cobalto del cielo, cansada y aliviada a partes iguales. De repente, incluso el dolor de la nuca había desaparecido, y ni siquiera las manos que le rodeaban el cuello significaban nada. Lo único importante era la voz de su abuelo, que sonaba cálida al preguntar: «¿Quieres que veamos una película, chiquilla?». Antes aún de poder contestarle mentalmente, oyó los chasquidos de la cinta de vídeo que entraba en la ranura del reproductor, y entonces la pantalla se iluminó y Nelly se vio a sí misma. Era Lizabeth Scott en el papel de Coral Chandler, herida de gravedad en el hospital tras haber sufrido un accidente de tráfico en *Callejón sin salida* (1947, dirigida por John Cromwell).

«Todo se desploma —le decía una delirante Coral a su amado Warren Murdock, también conocido como Humphrey Bogart—. Todo

cae… en mi interior.»

«Déjate caer —replicaba Warren con suavidad—. Como un salto en paracaídas. Coge aire y déjate caer.»

Nelly cerró los ojos. Y cayó.

*

Paul Heger se desplomó en la cama de la habitación 231. Las ideas rebotaban en el interior de su cabeza como la metralla de unas bombas que iban detonando y dejando cráteres profundos. En el transcurso de apenas seis meses, toda su vida había quedado patas arriba; diecisiete años de matrimonio, junto con todas sus promesas y sus convicciones, se habían desvanecido en el aire. Antes de ese asunto con Nelly, sus amigos lo habrían descrito como un hombre «formal». Paul, que siempre había existido únicamente en conjunción con Simone. Recordaba invitaciones a fiestas de cumpleaños, bodas, bautizos, actos del Club de Remo del que era miembro desde hacía por lo menos diez años. Invitaciones dirigidas a «Paul y Simone». Tan indivisibles como si en realidad se tratara de una sola palabra: Paulysimone. Paulysimone, vosotros también venís, ¿no? Paulysimone, ¿os apuntáis a la barbacoa de este fin de semana?

¿Era eso lo que lo había empujado hacia Nelly? ¿Que parecía haber dejado de existir como individuo? ¿Haberse disuelto en algún punto del camino y solo resultar viable ya en simbiosis con Simone?

Paul sacudió la cabeza con cansancio y se levantó. Menudo idiota había sido al creer que se podía hacer algo así como si tal cosa: poner su vida del revés y empezar de cero. Contención de daños; eso era todo lo que le quedaba ahora.

Se acercó a la ventana, que, seguramente por motivos de seguridad, solo se abría unos centímetros en posición basculante, y miró hacia la A24. Hacia la corriente de coches tras cuyos volantes se sentaban personas que accionaban los botones de la radio, tarareaban canciones conocidas o incluso se desgañitaban cantando. Personas que consultaban la pantalla del GPS cada minuto, porque estaban impacientes por llegar. Personas que ni siquiera habían programado el GPS porque se conocían el camino de memoria. Porque sabían dónde estaba su lugar. Paul se sacó un paquete de cigarrillos arrugado del bolsillo del pantalón y se encendió uno. Un par de caladas más por el resquicio de la ventana para calmar los nervios, que tenía a flor de piel, y luego se iría. De vuelta a su antigua vida, esa en la que era una parte indivisible de Paulysimone.

Nadja

Kaupen, las llaman. Conozco la palabra por un reportaje que vi en la tele sobre el bosque del Spree. Son islotes de arena sedimentaria desperdigados aquí y allá, que apenas sobresalen del agua como la joroba de un animal acuático sumergido, y en ellas se levantan las casas de los pobladores de la zona desde el siglo XVII. Algunas siguen sin estar conectadas a la red de caminos y solo se puede acceder a ellas en barca. No es el caso de esta, por suerte para mí, con la carga que transporto en el maletero. Me acerco con el coche hasta que alcanzo a verla. Los últimos metros tendré que recorrerlos a pie, según me ha dicho Laura, por un estrecho puente de madera deteriorada que lleva directamente a mi destino: una vieja cabaña de madera rodeada por la vegetación, que en su día perteneció a la abuela de Laura y lleva varios años vacía.

Aparco con el corazón desbocado. Parece que Laura no ha llegado aún; también ella habría tenido que dejar el coche antes del puente. Decidimos ir cada una por su lado —yo con el Land Rover, ella con el Porsche de su marido—, para que ningún posible testigo nos viera juntas de camino. Testigos. Personas que ven algo y luego le añaden poesía.

Retiro la llave del contacto, me bajo del coche. El aire es limpio y respiro hondo, pero no sirve de nada. Sigo encontrándome mal. Los árboles se mecen a mi alrededor. «Pero ¿qué has hecho, niña?», pregunta la tía Evelyn en mi cabeza.

«Yo, nada», quiero responder, aunque no me crea.

«No haces más que dar problemas, Nadja, desde pequeña. Apenas si te tenías en pie y yo ya vi que un día nos traerías la desgracia a todos.»

«Pero si solo era una niña —insisto, muda—. Y, aunque de vez en cuando hiciera alguna tontería, ¿acaso no me porté mejor después de que naciera Janek, para darle buen ejemplo a mi hermano pequeño?»

«Y qué más —dice la tía Evelyn. Su risa suena amarga—. Solo fingías ser buena. —Sus palabras me duelen como puñetazos en el estómago. Jadeo—. Todos sabemos muy bien cuál es tu verdadera naturaleza, Nadja Kulka.» Niego con la cabeza y huyo hacia el puente, que queda a pocos pasos. Apoyo los brazos en la barandilla y miro

abajo, donde el agua abre un caminito en la exuberante vegetación. Un surco demoniaco, para quien crea la leyenda del cajero de la gasolinera. La tía Evelyn no me da tregua: «Eres lo que eres, Nadja». Me cabrea, quiero defenderme.

«Ah, ¿sí? Pues, venga, dime qué habrías hecho tú en mi lugar, tía Evelyn.» Le muestro mentalmente lo que me estaba esperando ayer por la tarde en casa de los Van Hoven. El cadáver tirado allí, en el caro mármol blanco del salón. El caro mármol que ya no era blanco, sino rojo; todo rojo, y más rojo aún en las manchas granates que se habían extendido por la tela de su camiseta gris. Una visión que me anuló el juicio y me secó todo sentimiento. Me acerqué al cuerpo como accionada por control remoto, le levanté la camiseta temblando, vi cuatro puñaladas.

—No sé cómo pudo pasar —oí decir a Laura—. Es como si tuviera una laguna. De repente me vi ahí, con el cuchillo en la mano y el camisón lleno de sangre. —Sollozó—. ¿Qué voy a hacer ahora, Nadja? Me he destrozado la vida.

Sí, eso había hecho.

—Vivi… Voy a perder a Vivi.

Sí, iba a perderla.

—¡Nadja, por favor! ¡Di algo!

Me tocó el hombro con la mano, pero no reaccioné.

El muerto, sus ojos.

—¡Nadja!

Laura me abrazó desde atrás; a mí me faltaba el aire. No podía separarme de esos ojos. Sé que a partir de ahora la perseguirán el resto de su vida. Los verá en sueños, e incluso despierta. Cualquiera que la mire, de ahora en adelante, lo hará con esos mismos ojos.

—Tienes razón —dije con una voz extraña y monótona, como la de una máquina—. Vas a perderlo todo. A tu hija, a tu marido, tu casa. No te quedará nada, absolutamente nada.

Igual que a mí.

«Así que… ¿qué habrías hecho tú en mi lugar, tía Evelyn?»

La tía Evelyn no dice nada. Claro que no, porque en realidad no está aquí. Estoy sola. Aquí no hay nadie más que yo, y el cadáver del maletero.

Mayo de 2014

Paul Heger daba vueltas en la cama; tenía calor, se abrasaba. Bajo la tela del pijama habían empezado a salirle ampollas. Entonces notó un roce. Una mano fría y agradable que se colaba bajo la parte de arriba y le acariciaba con suavidad los puntos donde sentía dolor. Y había algo más. Un peso sobre su cuerpo. Paul parpadeó. Al principio la vio borrosa. Estaba montada a horcajadas sobre él y en ese momento inclinaba el torso hacia delante. Paul notó su respiración en la cara. Después, sus labios sobre los de él mientras sus suaves rizos castaños le hacían cosquillas en la nariz. Entonces lo entendió.

«Nelly.»

Nelly, cuyo rostro apenas había reconocido porque estaba completamente embadurnado. Parecía una máscara, una máscara de sangre reseca y marrón, hecha costra. Lo invadió una repugnancia enorme. Agarró a Nelly de las muñecas y le sacó las manos de debajo del pijama. También en ellas había sangre seca, y Paul se preguntó durante un instante si era posible que fuese de él. Nelly soltó una risita.

Abrió los ojos y se incorporó de golpe. Alguien tomó una jadeante bocanada de aire; él, había sido él mismo. «Solo es un sueño», constató, y volvió a dejarse caer exhausto. Se palpó la frente. La temperatura sí era real. Quizá tuviera fiebre. Se quedó mirando el techo e intentó calmar la respiración. Simone ya se había levantado, su lado de la cama estaba vacío. Eso le pareció estupendo porque, aunque no habría podido compartir su sueño con su mujer, de todas formas le habría preguntado, lo habría atosigado hasta sacarlo de quicio, y a él no le habría quedado otra que inventarse alguna historia de terror. Igual que todas las noches de la semana anterior que se había despertado sobresaltado por culpa de Nelly.

Cerró los ojos. Tal vez pudiera dar alguna cabezada más hasta que Simone volviera y lo levantara para desayunar, porque al fin y al cabo era domingo. Otra vez domingo. También era domingo el día en que Nelly se presentó en la puerta sin avisar y lo estropeó todo. Simone había descubierto lo de su aventura un mes antes; le había cogido el móvil y leído los mensajes que había cruzado con Nelly. Pero él le había jurado que pondría fin al asunto y, pasados unos días, ella acabó

creyéndolo. Igual que Nelly, con quien había seguido viéndose. Pero entonces llegó aquel domingo de hacía tres semanas. Quién le habría mandado a Nelly presentarse allí… Paul dio vueltas sobre la almohada y le pidió a Dios media hora de un sueño profundo, negro y sin pesadillas.

—¿Paul? —Una voz desde muy lejos. Sí, debía de haberse dormido otra vez—. ¿Paul? —La voz de Simone.

Abrió los ojos. Simone estaba de pie junto a la cama. Algo no iba bien, lo supo enseguida.

—¿Qué pasa?

Pudo oír a su mujer tragar saliva antes de contestar:

—Ha venido la policía, Paul. Quieren hacerte unas preguntas.

Fragmento de: carta n.º 18

Me faltan las palabras. Cuesta tanto… Quiero escribirte por fin una carta que no rompa al terminar. Que consiga llegar a ti y explicártelo todo. Sí, la odié… a veces. Y sí, en mi imaginación le ocurrían muchas cosas. Resbalaba en un escalón recién encerado, se caía y se partía la nuca. Se precipitaba desde la ventana, se lanzaba delante de un coche o moría por culpa de los caprichos de un invitado perverso, a golpes o jugando a asfixiarse. Solo que su muerte nunca era el punto culminante de mis fantasías; la introducción, como mucho. Ella moría y entonces… pasteles. Sé que parecerá una locura, pero de eso se trataba: de comer pasteles. Pensaba en bizcochos con glaseado de limón y fideos de colores, en bollitos y tartas de nata, en hojaldres fritos espolvoreados con azúcar glas, en todos esos dulces que las mujeres del vecindario llevaban a los funerales para consolar a los familiares del difunto. Siempre horneaban con motivo de ataques al corazón, fallecimientos por edad avanzada, muertes súbitas infantiles. Yo imaginaba que acudían a nuestra casa con fuentes llenas a rebosar de pastelitos y dejaban sus generosas confecciones en la mesa de la cocina, donde ya no se veía ni un milímetro del viejo mantel de hule agrietado. Imaginaba mi plato lleno y la sensación de saciedad, unos brazos amplios que me estrechaban, palabras de ánimo. Pasteles y consuelo. Calidez, la sensación de formar parte de la comunidad. Y, a veces, que me sentaba en nuestro viejo sofá del salón con un plato en las rodillas, rodeada de vecinos, y entonces… Entonces aparecía mi padre. Podía ser un hombre de la ciudad que al fin se daba a conocer, pero también un completo desconocido que se había enterado de su muerte por casualidad y había cogido el coche para llegar cuanto antes. Se acuclillaba ante mí, me tomaba de las manos. Lloraba. No por ella, sino por mí. Me pedía perdón por no haberse involucrado nunca en la vida de su hija, por no haber estado presente, por no haberme dejado ni una fotografía siquiera. Y me decía: «A partir de ahora no volverás a estar sola. Yo me ocuparé de ti».

Sí, esas fantasías me gustaban, no me avergonzaba tenerlas, no entonces. Porque, al fin y al cabo, solo eran los sueños de una niña, constructos de la mente, tontos e infundados, que no hacían ningún mal a nadie. Porque, por supuesto, en realidad no deseaba que le pasara nada malo. Incluso la quería, a pesar de todo. La quería muchísimo. Cuando bailaba ensimismada y estaba tan guapa. O cuando caía enferma y me necesitaba.

Una vez, yo acababa de cumplir los diez años, pilló una gripe muy fuerte. Por lo menos pensé que era una gripe. Era lo que me había dicho ella, igual que a todos los demás. Que solo era una gripe. De manera que le preparé infusiones para que no tuviera frío y le llevé la bolsa de agua caliente para calmarle los dolores. Fui a pedir leche y copos de avena para hacerle gachas. Le humedecía la frente con un paño frío cuando, después de haber estado helada, volvía a subirle la fiebre, y le sostenía la mano cuando gemía de dolor. Y al final, incluso conseguí practicarle el corte vital

gracias a mi increíble resolución, usando mucha fuerza y las tijeras de la cocina. Porque, verás, la sangre no siempre implica algo horrible…

Nadja

Ayer por la tarde en casa de los Van Hoven.

—¿Quién es ese?

No hubo respuesta.

—¡Que quién es!

Todavía nada. Laura parecía completamente apática.

—Tenemos que llamar a la policía.

Fue entonces cuando abrió mucho los ojos.

—¿Qué? ¡No, no podemos! Vendrán y me detendrán. ¡Me encerrarán! —Se le entrecortaba la respiración—. Primero tengo que hablar con Gero. ¡Seguro que a él se le ocurre algo para que no acabe en la cárcel!

Bajé la mirada hacia el cuerpo sin vida. No aguanté mucho. Los ojos abiertos de par en par, la boca entornada como si le hubiera gustado decir algo más pero no le hubiera dado tiempo. Ni una última palabra ni una despedida. Volví a mirar a Laura.

—Si os estabais peleando, entonces ha sucedido en un arrebato. Ha sido así, ¿verdad?

Asintió de una forma tan enérgica que, durante un segundo absurdo, temí que su fino cuello de monigote fuera a romperse con tanto movimiento.

—¿Puede que incluso en legítima defensa? —sugerí. Ella volvió a asentir. La agarré de los brazos—. Tu marido lo arreglará. Es un buen abogado, puede que el mejor. Seguro que encontrará la forma de solucionarlo.

—¡Todo eso es mentira y lo sabes!

Se echó atrás con brusquedad, así que la solté y me volví de lado.

—Lo siento. No pretendía…

—No —dijo Laura en voz baja—. Soy yo quien lo siente. Tú no tienes la culpa, pero es que… —De reojo vi que gesticulaba en dirección al cadáver—. ¡Joder, Nadja! ¡Homicidio! Eso son cinco años, con suerte. ¡Puede que incluso diez!

«Siete, siempre que el juez tenga un buen día y por algún motivo se compadezca de ti.»

—Vivi es muy pequeña todavía. —De nuevo empezó a sollozar—. Seguro que un día ya ni se acordará de mí, y entonces todo habrá

desaparecido. Las incontables horas que me he pasado sentada con ella en el suelo de su habitación, jugando. La cantidad de charcos que hemos saltado cogidas de la mano. O esa vez, cuando tuvo el sarampión, que me dibujé puntitos rojos en la cara con un pintalabios para que no se sintiera tan sola estando enferma.

Me volví y vi a Laura. Una madre que iba a perder a su hija. Vivi, la tierna y pequeña Vivi, que ya siempre padecería un dolor para el que no existía medicación.

—¿Cómo me mirará mi hija cuando se entere de que soy una asesina?

Los ojos de Vivi, su mirada de decepción. Intenté borrar esa imagen de mi cabeza, pero no lo conseguí; hacía rato que el pasado había aflorado a la superficie como un viejo trozo de madera podrida. El dolor y todas las promesas rotas…

—Algún día iremos al mar.

—¿Es bonito el mar?

—Huy, sí, mucho. Allí no hay gritos. Los de las gaviotas, como mucho. Y el viento susurra historias de otros tiempos.

—¿Historias de vikingos?

—Sí, de vikingos también. Muchas historias diferentes, pero todas con final feliz.

—¿Y cómo es el aire?

—¿Qué quieres decir?

—Bueno, que si de verdad es salado el aire del mar.

—No lo sé, sí, supongo. Eso es lo que dice la gente, al menos.

—¿Qué se siente al respirar aire salado? ¿Los granitos de sal no te hacen toser?

—El aire no tiene granitos de sal, tontaina. Es solo aire y ya. Bueno, y ahora basta, que, si no, mañana por la mañana no habrá quien te levante de la cama.

—¿Cómo hace una gaviota cuando grita?

—Cra-cra-cra. Así. O eso creo.

—Pues a mí me suena como el canto de un cuervo.

—Los cuervos no cantan. Cantan los gallos. Un cuervo grazna, más bien. Bueno, qué más da. A ver, no tengo ni idea de qué sonido hacen las gaviotas, pero pronto lo averiguaremos. ¿Has hecho las inhalaciones para el asma?

—Sí.

—Vale, pues a dormir.

—Buenas noches. Te quiero mucho, mamá.

—Que no me llames «mamá».

—¿Quieres que intente llamar a tu marido? A lo mejor a mí sí me contesta al teléfono. Podría haber pasado algo en el bufete y… —Me interrumpí al darme cuenta de que Laura, que primero había asentido con la cabeza, de repente la sacudía con pequeños movimientos bruscos.

Tenía las pupilas enormes y le centelleaban mientras miraba fijamente más allá de mí, hacia el cadáver. Entonces gimió.

Di media vuelta. Casi esperaba ver algo moverse, que alguien se nos echara encima con furia, como en una de esas escenas de película, pensadas para impactar, en las que el personaje a quien se creía muerto vuelve a incorporarse de repente, movido únicamente por la idea de vengar lo que le han hecho. Pero el cuerpo seguía echado igual que antes… Por supuesto. La verdad es que los muertos solo reviven en el cine. O en los sueños.

—Ay, Dios mío, casi pensaba que… —susurré con alivio.

Ella seguía sin apartar la mirada.

—¿Laura?

Le toqué un brazo con cuidado. Se estremeció.

—Ahora lo sé.

—¿Qué sabes?

—Que será muy diferente.

—¿A qué te refieres?

—Claro que será diferente.

—Laura, de verdad que no sé qué quieres decir.

Ya no lloraba.

—Gero. —Pronunció su nombre con firmeza, su voz casi sonó dura.

—¿Qué?

—Gero —repitió—. No me sacará de esta. No me defenderá. No hará absolutamente nada por mí. —Profirió un extraño sonido, un quejido lastimero; luego puso los ojos en blanco como si fuese a desmayarse en cualquier momento—. Y si se hace cargo de mi defensa, solo será para asegurarse de que me condenen a la pena máxima.

Yo seguía sin entenderlo.

—Pero ¿qué estás diciendo?

—Manipulará al juez. No sabes de lo que es capaz. Solo fingirá que pretende ayudarme. En realidad…

—Eso son tonterías, Laura. Es tu marido. —Y mi jefe, a quien yo, además, consideraba una de las personas más bondadosas del mundo.

Habría tenido muy buenos motivos para despedirme, más que de sobra, y sin embargo me enseñaba fotos de Vivi en su móvil de vez en cuando. Me encantaba cómo se le iluminaba la cara cuando hablaba

de sus progresos. «Vivi ya sabe escribir su nombre. Esta es Vivi haciendo de viento en su obra de teatro. Vivi riendo, Vivi llorando, Vivi construyendo un castillo de arena.»

No, no lo entendía en absoluto.

—¿Por qué iba a hacer algo así?

Laura gesticuló en dirección al cadáver y gritó:

—¡Pues por eso, joder!

Mayo de 2014

Paul Heger todavía no sabía nada con seguridad. Solo una cosa: que en cuanto Simone, de pie junto a la cama, le había comunicado que la policía estaba allí, algo inexorable se había puesto en marcha, algo en lo que probablemente él apenas tendría capacidad de influir. Medio aturdido, se echó encima el mullido albornoz de rizo verde oscuro, regalo de Navidad de su mujer. Simone había querido que se sintiera cómodo con él, había escogido su color preferido e incluso había mandado bordar sus iniciales. Bajó la escalera hacia el comedor, en la planta baja, donde lo esperaban los agentes, como si se dirigiera al cadalso, arrastrando los pies escalón tras escalón. De pronto, cada uno de ellos parecía simbolizar una anécdota familiar, y la suma de todas ellas componía la historia de sus últimos años como marido y padre.

El tercer escalón desde el descansillo, que crujía de una forma tan escandalosa; antes, cuando Simone y él todavía salían de vez en cuando, siempre se lo saltaban al regresar a casa —riendo, algo achispados por el vino, enamorados y hambrientos el uno del otro— para no despertar a la niña sin querer. Otro escalón a mitad de la escalera, que tenía una manchita de sangre en el borde, aunque solo se veía si sabías que estaba ahí; era donde Julia, con tres años, se había dado un golpe en la cabeza al caerse. Cada vez que lo recordaba sentía su débil cuerpecillo en los brazos, oía a la pequeña lloriqueando y a sí mismo intentando tranquilizarla con voz serena, veía a su mujer, blanca como la pared y temblorosa, una réplica de lo que había sentido él al comprender lo deprisa que podía irse una vida, lo frágil que era. Y la escalera entera, que su hija, con catorce años ya, había subido a zancadas en plena rabieta adolescente porque Paul le había prohibido quedar con sus amigas una noche entre semana, lo mismo que cuando Simone se negó a comprarle los vaqueros que había que llevar para ser alguien en su clase.

Su escalera, su casa, su familia, su vida.

Paul arrastró los pies hasta el comedor y se detuvo en el marco de la puerta. Había dos hombres de paisano sentados a la mesa. No sabía si eso era buena señal. Simone estaba al fondo de la sala, junto a la ventana. Se había vuelto de espaldas, cosa que al instante lo inquietó más aún que la presencia de ambos hombres. Le habría gustado poder

interpretar su expresión.

—Banzbach —se presentó el agente de más edad, que se levantó.

Paul asintió con la cabeza.

—Este es mi compañero, Hartwig. Siéntese, por favor, señor Heger. Nos gustaría hablar con usted de un incidente que ha tenido lugar en las inmediaciones de Suckow. ¿Le dice algo ese lugar?

—Sí —respondió con cierta vacilación, aunque siguió inmóvil en el vano de la puerta—. Está en algún punto de la A24. Me queda de camino cuando voy a la central de la empresa, en Lubeca.

El comisario Banzbach asintió.

—Correcto. —Miró a Simone, luego otra vez a Paul—. Si lo prefiere, podemos tener esta conversación los tres solos.

Simone se volvió con los brazos cruzados, el rostro inexpresivo.

Paul carraspeó.

—No es necesario. No tengo secretos con mi mujer.

—Mucho mejor —repuso Banzbach, y lo invitó a acercarse con un gesto—. Pues siéntese, por favor.

Paul obedeció, tomó asiento y unió las manos encima de la mesa. También Hartwig cobró vida entonces. Se llevó una mano al bolsillo interior de la cazadora vaquera y sacó una libreta.

—¿Conoce a una tal Nelly Schütt?

Simone entornó los ojos hasta convertirlos en dos ranuras.

Paul bajó la mirada a sus manos, esas con las que había hecho tantas cosas mal. Con esas manos había tocado a Nelly y con esos dedos le había escrito mensajes de texto, los mismos dedos que había cruzado cuando le juró a Simone que no volvería a ver a Nelly nunca más.

—Sí.

Hartwig pasó páginas de su libreta.

—Encontraron muerta a Nelly Schütt hace tres días, señor Heger. En una pendiente de un bosque que limita con la A24 a la altura de Suckow. Suponemos que se precipitó por el talud y resultó herida de gravedad en la caída. —Hartwig se aclaró la garganta—. Aunque al final murió estrangulada.

Paul no apartó la mirada, fija en sus manos, que se difuminaban ante sus ojos.

Nelly. Muerta.

La sala empezó a dar vueltas, cada vez más y más deprisa. La fuerza centrífuga lo arrancó de la silla y lo estampó contra la pared. Desde algún lugar muy lejano oyó sollozar a Simone.

—Pero ¿qué has hecho, Paul? ¿Qué has hecho?

Fragmento de: intento n.º 20

¡Feliz cumpleaños, cielo!

Dios mío, pero qué cosita más bonita eras… Tus preciosos piececitos, con esos dedos tan pequeñitos. Los deditos de tus manos, que me agarraban el pulgar con fuerza. Tus maravillosos ojos azules, grandes y redondos. Te cogía en brazos, caminaba y me detenía para acunarte como a Bella, la muñeca que me regalaron cuando cumplí cinco o seis años. A Bella la seguí queriendo incluso cuando ya no tenía cabeza, y durante mucho tiempo me pregunté si le habría dolido perderla. Que se la arrancaran. Dijeron que se lo había hecho yo, pero no era verdad. Fue mi castigo por molestar en un momento inoportuno. Aun así, me vengué. Seguí llevando a Bella a todas partes, incansable, como una acusación, una decapitada advertencia de plástico duro y con un vestido de florecitas mal cosido. La cabeza la dejaba siempre en sitios diferentes del piso, cosa que durante una temporada provocó varios sobresaltos, hasta que una mañana desapareció. Igual que su cuerpo, al final. Estuve días llorando de rabia hacia mí misma. No había cuidado de Bella lo bastante bien.

Pero de pronto te tenía a ti, y a ti sí que te protegería. Mientras yo estuviera contigo, jamás te pasaría nada malo. Eso, ángel mío, te lo juré por mi vida.

Nadja

Desde los árboles llega una risa demencial. «Un carpintero verde», me digo. En la televisión vi que están muy extendidos por el bosque del Spree. Un carpintero verde o algún otro pájaro que se lo pasa en grande viendo lo tensa que estoy. Doy una vuelta sigilosa a la casa de la abuela de Laura, intento ver algo a través de las ventanas bajas, pero están cegadas y no me muestran más que mi propio rostro. No lo soporto. Me aparto, me arranco la ridícula peluca de la cabeza. En lugar de observar la casa, levanto la mirada hacia el cielo e intento encontrarlo bonito. No lo consigo. Laura tendría que haber llegado hace rato. ¿Y si no viene? ¿Y si algo ha salido mal?

Entonces, la culpa sería mía.

«Otra vez.»

—¡Pero la tía Evelyn dice que es bueno que le dé el aire!

—Se refería a las heridas de rozadura. Esas se curan mejor al aire.

—A lo mejor los morados también.

—No, los morados no. Además, ya sabes que no puede vértelos nadie. O aún pensarán que tenemos problemas en casa, y entonces tendremos que marcharnos y puede que no volvamos a vernos nunca más. Venga, ponte el jersey, por favor.

—Sí, mamá.

—Que no me llames así.

—Lo siento…

«No, cielo, la que lo siente soy yo…»

Volví a proponerle a Laura que llamáramos a su marido, pero ella solo me miraba fijamente sin decir nada. Temí que hubiera entrado en una especie de estado de shock, así que la llamé varias veces por su nombre, como para mantenerla a mi lado, en la realidad. Los párpados le temblaron un poco, después se apartó y regresó al sofá para sentarse.

—Como has dicho antes —se pronunció al fin—, de cualquier

forma lo perderé todo. Llama a la policía o a Gero, lo que te parezca mejor. Ahora ya todo da igual.

Tragué saliva un par de veces y volví a mirar el cadáver del suelo. Estaba muerto. De todas formas estaba muerto y no resucitaría, por mucho que encerraran a una madre y le quitaran la libertad y a su hija.

Homicidio, diez años.

«Siete, siempre que el juez tenga un buen día y por algún motivo se compadezca de ti.»

Después, ya nada sería como antes. Jamás. Vi a Laura, sola y perdida. Primero en una celda austera. Vi cómo, al no soportar la mirada fija de las paredes, empezaba a rascar la pintura del hormigón con los dedos desnudos, porque en su universo atemporal no habría nada más que hacer. Vi cómo el tiempo pasaba al fin, cómo transcurrían esos muchos, muchísimos años, después de los cuales la soltaban y le devolvían algo que, con arrogancia, llamaban «libertad». Vi que la libertad, a fin de cuentas, no era diferente de una celda con paredes que miraban fijamente. Vi a Laura, sentada a la mesa de la cocina de un apartamento, amueblado solo con lo imprescindible, escribiéndole cartas a Vivi para explicarle lo que había ocurrido en aquel entonces —ahora—, luchando por encontrar las palabras, cada vez más desesperada porque no había ninguna, ni ningún motivo, ni ninguna disculpa que pudiera justificar el hecho de que ella, Laura, en un momento fugaz e irreflexivo, lo había destruido todo. Y vi cómo se la tragaba una tristeza negra y abismal que ya nunca la escupiría.

También yo me arrastré hasta el sofá y me hundí junto a ella.

—No voy a dejarte sola —le prometí—. Da igual lo que pase, yo estaré contigo.

Laura suspiró y luego hizo un ademán con la cabeza en dirección al muerto.

—Es Aron Bruckstätt… Era. Jugaba al tenis con Gero de vez en cuando. Era artista, fotógrafo. Nos conocimos en la fiesta de Navidad del Club de Tenis. —Sonrió—. Me pareció simpático, se interesó por mí. Gero nunca piensa más que en el bufete, y desde que llegó Vivi… Gero ha cambiado, Nadja. Todo ha cambiado. También, bueno, ya sabes, el sexo.

Asentí como si supiera de lo que me estaba hablando, aunque por dentro me sentía como una niña pequeña.

—Y tu marido no sospechaba nada.

—No —confirmó, negando con la cabeza—. Claro que no. Me habría matado. —Me miró con insistencia—. ¿Lo entiendes? Por eso no querrá ayudarme. Lo he traicionado y no me lo perdonará jamás.

Querrá que pague por lo que he hecho.

—Laura…

—No, Nadja, será así, estoy convencida. Tú solo conoces una parte de él. En la universidad tuvo una novia que lo engañó, y él perdió los papeles por completo. —De nuevo hundió el rostro entre las manos, sus hombros se estremecieron a causa de unos tenues sollozos.

Recordé nuestro primer día, cuando Laura se puso a llamar a la puerta del compartimento de los servicios como si hubiera oído mi súplica muda, como si de algún modo estuviéramos conectadas de una forma inconsciente, invisible. Luego, ese mismo día al acabar la jornada laboral, me sorprendió presentándose en mi antesala para llevarme a rastras a la cafetería de la esquina. Le pidió al camarero dos capuchinos para llevar, «para mi amiga y para mí», y cuando el chico le preguntó los nombres que debía escribir en nuestros vasos ella respondió solo con un «Laura», de manera que en el suyo ponía eso, y en el mío, «la amiga de Laura». No quería recordar que solo lo había hecho por compasión, ni que había sido lamentable por mi parte llevarme ese vaso a casa, para lavarlo y conservarlo. Prefería centrarme en que después empezamos a comer juntas al mediodía, y en que Laura fue la razón por la que me atreví a entrar en el comedor de empleados, cosa que jamás habría hecho sola. Demasiados desconocidos, demasiados ojos. A su lado, sin embargo, nadie parecía fijarse en mí. Todo el mundo la veía solo a ella. Con sus largos vestidos hippies de colores, su montón de bisutería y su pelo rubio, destacaba como un rayo en una noche negra entre la masa de uniformadas personas de traje, y perderse a su lado y volverse insignificante resultaba maravillosamente reparador. Prefería centrarme en la vez que me preguntó si quería ir con ella a un club nuevo de Kreuzberg ese fin de semana, y estuve a punto de decirle que sí. Y en que quizá otro día podría haber aceptado, y entonces habríamos tenido algo más de tiempo antes de que conociera al señor Van Hoven, porque tras eso, de repente, todo se aceleró. De pronto empezó a llamarlo Gero cuando hablaba de él. Y Gero opinaba que Laura haría mejor concentrándose en los preparativos de la boda, en lugar de pasarse ocho horas al día sentada en un despacho, ordenando expedientes. En su fiesta de despedida del bufete, acabé otra vez acuclillada y con las rodillas encogidas en el mismo compartimento de los servicios, intentando llamarla a través de nuestro vínculo invisible. Laura no acudió. Estaba brindando por su nueva vida con los demás compañeros, y yo me conformé pensando que tal vez algunas cosas no tenían que ser y punto.

En esta ocasión, sin embargo, al verla ahí sentada, tan destrozada,

tan sola, tan triste que casi me partía por dentro, tuve la absoluta certeza de que haría cualquier cosa por ella. Por Laura, que me había devuelto la vida de una forma tan inesperada, tan brutal y mágica.

—Tenemos que deshacernos del cadáver.

Se apartó las manos de la cara y me miró con sorpresa.

—¿Qué has dicho?

Dudé. ¿Qué había dicho? Probablemente lo único que parecía correcto.

—Que tenemos que deshacernos del cadáver.

Laura negó con la cabeza.

—Gero me dijo una vez que el noventa y cinco por ciento de los cadáveres acaban reapareciendo en algún momento, en algún lugar. A menudo décadas después, pero reaparecen. ¡El noventa y cinco por ciento! Y en cuanto tengan el cadáver…

—… descubrirán también lo sucedido —dije, terminando su frase, y recordé un documental de televisión que había visto hacía poco.

Trataba sobre John Haigh, un asesino en serie inglés de los años cuarenta que también había comprendido que lo único que motivaba una investigación policial era el hallazgo del cadáver. Así que buscó un método para deshacerse de sus víctimas y de todas las pruebas incriminatorias, y se le ocurrió que podía disolverlas en ácido sulfúrico. Pero el ácido sulfúrico no descomponía la grasa orgánica, lo cual significaba que Haigh acababa con litros de grasa humana que simplemente vertía en el alcantarillado. Esa idea me había estremecido: qué poco podía quedar de la vida de una persona si uno se lo proponía. Apenas un par de cubos de grasa.

—Entonces, tenemos que hacer todo lo posible para que nuestro cadáver forme parte de ese cinco por ciento restante.

Una sobria sonrisa hizo temblar las comisuras de los labios de Laura.

—Has dicho «nuestro».

Asentí. Busqué su mano y la estreché con toda la fuerza que pude para que notara que hablaba muy en serio. No tenía acceso a ningún producto químico que nos permitiera deshacernos del problema de Aron Bruckstätt tirándolo por el desagüe; en mi interior no se había encendido ni la chispa de una idea siquiera, pero sí una furiosa determinación: ayudaría a Laura costara lo que costase.

—Si no hay cadáver, oficialmente tampoco habrá ocurrido nada.

—¡Pero sí ha ocurrido! —Apartó la mano con brusquedad y siguió gesticulando—. ¡Míralo, Nadja! ¡Está muerto! ¡Lo he matado!

—Sí, lo has matado.

—¿Y cómo voy a arreglármelas ahora? ¿Cómo voy a seguir

viviendo si sé lo que he hecho?

—Tampoco te resultará más fácil en la cárcel. —Negué con la cabeza—. No, nunca olvidarás lo que has hecho, pero te quedan muchos años para compensarlo de alguna forma. Serás para Vivi la mejor madre que cualquier niño pueda desear. La acompañarás a lo largo de su vida y la protegerás siempre. Te sentarás en primera fila en sus funciones del colegio y aplaudirás bien fuerte cuando terminen. La abrazarás y la consolarás cuando tenga la sensación de que el mundo entero está en su contra. Aquí te necesitan, Laura. Y por eso, sí, tienes razón, no puedes ir a la cárcel. —Me limpié la nariz con la manga de la blusa—. De manera que, si de verdad deseas esto, si de verdad quieres deshacerte del cadáver, puedes contar conmigo.

Sonrió un instante, luego se levantó tan de golpe que me sobresalté.

—¡Ay, Dios! —exclamó con los ojos muy abiertos—. ¡Tenemos que hacer algo con él antes de que Gero vuelva a casa!

Miro otra vez el reloj. La una menos cuarto. Tengo que llamarla, no hay más remedio. Tengo que saber dónde se ha metido. Si se encuentra bien. Echo a andar de vuelta al coche para buscar mi móvil. Los reparos por la policía y sus posibilidades de rastreo, por si comprueban las conexiones telefónicas o alguna otra cosa, han quedado relegados por un mal presentimiento. Un pálpito que se ha apoderado de mi cuerpo y que de repente tira de todo mi ser. No es miedo; no solo. El miedo lo conozco, sé cómo me hace sentir. A veces llega por la noche, sale arrastrándose de debajo de la cama, se me posa en el pecho y me hace resollar bajo su peso mientras se ríe en mi cara con una mueca. No, esto es otra cosa. La peor sensación después de la soledad, una sensación de irreversibilidad, de pérdida de control. Como un brazo extendido que ya ha tomado impulso para asestar el golpe. O una palabra que ya ha salido de la boca y no puede desdecirse. Se me encoge el estómago, me rodeo el torso con los brazos, acelero el paso. La madera del puente cruje bajo mis pies; en lo alto, ese desquiciado carpintero verde que no deja de graznar.

Ha ocurrido algo, lo sé y punto.

Tal vez lo he sabido todo este tiempo, pero no quería aceptarlo.

«Igual que entonces.»

Llego al coche. El móvil está dentro mi bolso, en el asiento del copiloto. Me detengo. Lo dejo donde está, rodeo del vehículo y deslizo una mano temblorosa bajo el tirador del maletero. ¿Y si mi cerebro ha tergiversado la historia de Aron Bruckstätt o incluso se la ha inventado?

«Es un mecanismo de defensa», oigo decir a mi terapeuta. «Eso te lo

has imaginado, Nadja», oigo decir a la tía Evelyn, y luego a una chica de quince años que grita: «¡Tenéis que creerme, es la verdad! ¡Existe, no me lo he inventado!».

Sacudo la cabeza con fuerza. «No me lo he inventado», repito mentalmente, dispuesta a abrir el maletero. Dispuesta a encontrarme a Aron Bruckstätt metido ahí dentro, igual que ayer por la noche: un cadáver envuelto en una manta de lana azul oscuro de la que solo sobresalía una mano cerúlea. Lo principal era que tuviera la cara tapada, los ojos tapados.

Entonces la oigo. Otra voz. Solo que esta vez no procede de mi cabeza. Es real.

Una voz a mi espalda.

Una voz que dice:

—Ese es uno de tus mayores problemas, ¿verdad, bonita?

Ya no respiro. Mi mano derecha está paralizada en el tirador del maletero, la izquierda aferra la peluca.

—Uno de tus mayores problemas es que no puedes confiar ni en ti misma. ¿A que sí? Cada vez que respiras, dudas de estar en tu sano juicio. Y no me extraña, claro, con tu historia.

Junio de 2014

El sospechoso Paul Heger había conocido a Nelly Elisabeth Schütt durante una estancia en la fonda de Bettina y Klaus-Peter Schütt, padres de la futura víctima. Entablaron una relación amorosa, demostrada entre otros medios gracias a los mensajes de texto encontrados en los móviles de ambos, tanto en el del supuesto asesino como en el de la víctima. Asimismo, las reservas y los recibos de la tarjeta de crédito hallados en posesión de Paul Heger (ocultos en el escritorio de su estudio, cajón inferior izquierdo), además de las declaraciones unánimes del personal del hotel, documentaban que Heger y Schütt se habían reunido en trece ocasiones entre noviembre de 2013 y mayo de 2014 en el hotel Zervenwald, junto a la autopista A24, en las inmediaciones de Suckow (testimonios de: Heinz Höppner, recepción; Caroline Brehbeck, recepción; Anatol Bork, servicio; Lena Marie Maybach, servicio; Simar Bikum, servicio). Según las declaraciones de la esposa de Paul Heger, Simone, esta supo de las relaciones extramatrimoniales en abril, tras lo cual fue a ver a Nelly Schütt, además de contactar varias veces con ella por teléfono. Esta, sin embargo, nunca se expresó con respecto a la relación. La señora Heger exigió entonces a su marido que pusiera fin a su aventura, cosa que él supuestamente hizo. En mayo, sin embargo, Nelly Schütt se presentó sin previo aviso en el domicilio de la familia Heger y afirmó que la relación seguía existiendo. El señor Heger, según su esposa, «se enfadó» al verla aparecer allí. No se había podido constatar ningún contacto entre Heger y Schütt durante las dos semanas siguientes, pero, según su esposa, el señor Heger parecía «tenso y distraído».

Sí se encontraron pruebas de un contacto por parte del señor Heger el día anterior a la muerte de Nelly Schütt en forma de mensaje de texto, tanto en el móvil de la víctima como en el del propio Heger, pidiéndole que se vieran. Se desconocía cómo la había llevado hasta el bosque aledaño al hotel Zervenwald el día de autos, pero suponían que la interceptó nada más llegar al aparcamiento del hotel, donde se montó en su coche y le indicó el camino. Después de que la víctima dejara su vehículo en el aparcamiento del bosque, debieron de dar un paseo, en cuyo transcurso Heger la atacó y la empujó por una pendiente. El Instituto de Medicina Forense de la Charité,

representado por el doctor Ansgar Littmann, dictaminó posteriormente, durante el examen del cadáver, que la base del cráneo se había separado de la columna vertebral (dislocación atlanto-occipital), de lo que se desprendía que Nelly Schütt, a consecuencia de la caída, no habría sobrevivido mucho tiempo sin asistencia inmediata. Como causa directa de la muerte, no obstante, el forense estableció la asfixia por medios externos.

Tras los hechos, Heger regresó al hotel, donde varios empleados lo reconocieron, y pasó alrededor de media hora en la habitación que había reservado. Después bajó a recepción y realizó el *check-out*. A la pregunta de la recepcionista que lo atendió, Caroline Brehbeck, Heger respondió que tenía una emergencia familiar y por eso debía marcharse antes de tiempo.

Por último, Heger regresó a su domicilio de Berlín, adonde llegó sobre las 19 horas y, según declaraciones de su esposa y de la hija que tenían en común, Julia Estelle Heger, cenó con ellas. Espaguetis a la boloñesa y ensalada de pepino.

Paul Heger estaba derrumbado en una silla de la Sala de Interrogatorios 2. Las palabras que el comisario Banzbach acababa de utilizar para resumirle los hechos le habían parecido vocablos de una lengua extranjera que no dominaba ni a medias. Las había oído, habían flotado por la sala, su sonido le había resultado absolutamente impresionante. Y, sin embargo, Paul no sabía qué sacar en claro de ellas. Banzbach, que hasta entonces había estado sentado frente a él, se levantó, se apoyó en la mesa con ambas manos y se inclinó un poco hacia delante.

—Móvil del crimen: una ira desatada. A su entender, Nelly Schütt había cometido un craso error al presentarse en su casa aquel domingo. Con eso, en su opinión, había traspasado una línea que ponía en peligro su forma de vida. De pronto, su esposa lo amenazaba con el divorcio y usted temió perderlo todo. Su matrimonio, a su hija, la casa, su buena reputación. Es probable que durante las semanas siguientes intentara hacer cambiar de opinión a su esposa, que se esforzara por calmar los ánimos, pero ella ya no lo creía. Empezó a faltarle el aire, señor Heger. —Banzbach hizo un gesto brusco con la cabeza—. Tal vez pensó que podría librarse de todos sus problemas yendo a la raíz del asunto: Nelly Schütt. En cuanto se la hubiera quitado de en medio, todo volvería a enderezarse.

Paul lo miraba con los ojos muy abiertos mientras todo le daba vueltas. Lo que Banzbach acababa de exponer tenía sentido de una forma terrible y, no obstante, muy comprensible también. Intentó

recordar algo, pero la noticia de que habían encontrado a Nelly muerta le había dejado la cabeza ofuscada. Desde entonces no conseguía pensar con claridad, un extraño velo lo cubría todo.

—No estuve en el bosque. —Se miró las manos—. La esperé en el hotel, pero no llegaba, así que supuse que había cambiado de opinión. No podía recriminárselo, después de todo lo que había pasado las últimas semanas.

—¿No abandonó el hotel desde las 15.45, cuando se registró, hasta su salida sobre las 18 horas?

Paul sacudió la cabeza con vehemencia.

—No. Estuve en la habitación. Eso significa que tengo coartada, ¿verdad?

—Intente recordar, señor Heger —dijo Banzbach, pero lo único que Paul tenía para ofrecerle era una mirada de desconcierto—. Es curioso… —señaló el comisario—. La recepcionista dice que ese día lo vio a usted tres veces: al registrarse y al dejar la habitación, pero también sobre las cinco, cuando cruzó el vestíbulo desde la entrada hasta el ascensor.

Paul rebuscó en su memoria. No encontró nada.

—Estuve en la habitación —insistió, a lo que el comisario se limitó a gruñir y mirarlo a los ojos unos segundos antes de hacer un gesto hacia atrás, donde Hartwig aguardaba junto a la puerta, con el móvil de Paul en una bolsita de plástico transparente.

Entonces se lo acercó a Banzbach.

—¿Qué haría alguien normalmente si la otra persona no se presenta a una cita, señor Heger? ¿No llamaría para preguntar qué le ha pasado? —Balanceó la bolsa—. Pero usted no llamó a Nelly Schütt. No hemos encontrado ninguna llamada saliente. Y no la llamó porque sabía muy bien que no podía contestar al teléfono.

Paul lanzó una mirada desesperada a la izquierda, donde estaba sentada su abogada, Tabea Lenggries, a quien le habían recomendado como una profesional curtida y hábil. No lo tranquilizó ver que se mordía el labio inferior unos segundos antes de sentirse aludida por fin.

—Mi defendido no llamó a la señorita Schütt porque no quería que le diera plantón también por teléfono —dijo entonces—. Le pareció que, con no presentarse, ya le había dicho todo lo que necesitaba saber. Además, han examinado a mi defendido en busca de marcas de defensa y no tiene ni un solo rasguño. ¿De verdad creen que Nelly Schütt se dejó estrangular sin ofrecer ni una mínima resistencia?

Banzbach suspiró.

—Viene usted muy poco preparada, señora Lenggries. Según

establece el informe del forense, la víctima se había partido la nuca en la caída. No podía defenderse, habría sido físicamente imposible ya.

Paul se estremeció por dentro.

—Yo no la llevé al bosque.

Banzbach le devolvió a Hartwig el móvil en su bolsa sin apartar los ojos de Paul. Unos ojos en los que se veía satisfacción.

—Una cosa más que antes no he mencionado: hemos recuperado un mechero cerca del lugar donde se encontró el cadáver. Y adivine, señor Heger, qué huellas dactilares se han encontrado en él.

Nadja

Estoy temblando. Ojalá me encontrara al borde de mi precipicio blanco. Miraría a las profundidades, sentiría cómo se desmenuza la roca, me entregaría a la gravedad y me dejaría caer voluntariamente. Aunque el agua de abajo fuese roja. Y después, después despertaría de mi desmayo, justo delante de la caja de la gasolinera, y comprendería que esto de aquí, este momento, no ha sucedido de verdad, solo ha sido una broma de mal gusto que me ha gastado mi mente mientras me tenía inconsciente y a su merced.

Parpadeo. El ataque de pánico no llega y el momento sigue tal cual. Es real. Igual que esa voz a mi espalda. Todavía estoy de pie junto a la parte trasera del Land Rover. Retiro la mano del tirador del maletero con cuidado, intento comprender, pero al mismo tiempo sé que no lo conseguiré.

La voz ríe.

—No pasa nada, Nadja. Por mí no te preocupes. Comprueba tranquilamente si sigue ahí, no vaya a ser que al final te lo hayas imaginado.

Doy media vuelta poco a poco. Nos separan unos tres metros. No sé cómo ha llegado aquí, no se ve ningún otro vehículo por ninguna parte.

—Debe de ser bastante horrible dudar del sano juicio de uno mismo. Creía que tomabas medicación para eso, ¿no?

Las hojas secas crujen bajo sus zapatos cuando se acerca a mí. Quiero retroceder un paso, pero no puedo. Mi cadera topa con la parte trasera del Land Rover.

—¿Dónde está Laura? —consigo preguntar.

—¿Laura? Por desgracia, ahora mismo está ocupada. Yo, en cambio, estoy aquí.

—¿Y eso qué quiere…?

—Sé perfectamente lo que os proponéis. —Su voz es ahora un susurro—. Laura me lo ha contado todo.

—No me lo creo.

—No me crees, vaya. Es una lástima. —Ladea la cabeza.

De nuevo el sonido de las hojas secas bajo sus zapatos. Mis ojos miran con brusquedad a derecha e izquierda. Enseguida lo tendré

justo delante, tan cerca que podrá agarrarme.

—Por favor…

—«Por favor» —repite con voz aguda y un sufrimiento fingido—. Hablas igual que Laura. «Por favor» —dice, imitándola ahora también a ella, según parece.

—¿Dónde está? —exijo saber—. ¿Qué le ha pasado?

—Bueno, bonita, quién sabe… Vamos a jugar a un juego.

Niego con la cabeza.

—No quiero jugar. Quiero saber dónde está Laura.

Él solo ríe. Da un paso adelante y yo salgo de mi aturdimiento y echo a correr. Unas zancadas apresuradas resuenan sobre la madera del puente; primero las mías, las suyas después. También en mi pecho se oye un redoble salvaje. Sé que he tomado la dirección incorrrecta, por delante solo tengo la casa del islote. Demasiado tarde, ya no puedo dar la vuelta, tengo que seguir corriendo. La rama de un matorral crecido me golpea la mejilla como si me diera una bofetada. Tropiezo.

—¡No te servirá de nada, Nadja! ¡No escaparás de aquí! —retumba su voz tras de mí.

Esa voz tiene razón, y lo sé antes de que su mano me agarre del pelo y tire de mi cabeza hacia atrás. Grito, caigo, el cuero cabelludo me arde como si se estuviera quemando. Me doy un fuerte golpe contra el suelo y él aterriza sobre mí. Su respiración en mi oído, y un susurro:

—Ya te tengo. Ahora vamos a jugar.

Me retuerzo, gruño bajo su peso.

—¿A qué vamos a jugar?

—A celebrar un juicio.

Fragmento de: intento n.º 21

¿Qué iba a hacer? ¡Tenía que ayudarla! Había sufrido una bajada de tensión mientras se bañaba. O al menos eso me pareció: estaba inconsciente en la bañera, con el brazo derecho colgando inerte por encima del borde. Seguramente el agua estaba demasiado caliente, le había provocado un mareo y la había arrastrado a las profundidades del desvanecimiento. Me alegré de que tú te hubieras ido ya al jardín de infancia y, así, no tuvieras que ver cómo agarraba su débil cuerpo desnudo por debajo de las resbaladizas axilas para sacarlo de la bañera y arrastrarlo por el pasillo en dirección al dormitorio. Sus aparatosos brazos como de madera se balanceaban y me daban molestos golpes en las rodillas, sus tobillos producían unos sonidos rechinantes al arañar el linóleo amarillento. Intenté pensar en Milosz Nowak, un compañero de clase con el que me había peleado en el recreo la semana anterior porque la acusó de haberle contagiado la clamidia a su padre. Me dije que, si había sido capaz de tumbar de un solo puñetazo a Milosz Nowak, que era una mole como un árbol de grande, también conseguiría llevarla a ella a la cama, maldita sea, delicada y etérea como era. Porque tenía una fuerza de voluntad increíble; incluso ella solía decir eso de mí, ¿o no? Una fuerza de voluntad increíble, que a veces la impresionaba y a veces la encolerizaba. No sé si tardé horas, no sé si fueron solo minutos, pero por fin la tumbé en la cama. En nuestro universo ya no existía el tiempo. Le puse el camisón a su cuerpo obstinado, recoloqué la almohada bajo su cabeza y la tapé hasta lo alto de la barbilla remetiendo bien las mantas. Incluso tarareé la melodía de su canción preferida. Tarareé hasta que creí ver una tenue sonrisa en su rostro, y luego fui a la cocina y puse agua en un cazo para la bolsa de agua caliente. Mientras esperaba junto a los fogones, miré alrededor. Los agujeros de quemaduras en el mantel de hule. Las colillas frías en el cenicero, con marcas rojo frambuesa en el filtro. El calendario de pared que colgaba junto a la nevera y cuyas imágenes siempre nos hacían soñar. «Los paisajes más bonitos de Francia 1999.» Recordé las rosaledas de Alès, que decoraban la hoja de abril, y Montmartre en la de mayo. Por entonces ya era junio, y en el calendario se veían las salinas de Aigues-Mortes. «Aguas muertas.» Me estremecí, arranqué la hoja, la rompí en pedazos y la tiré a la basura. Al hacerlo, entre el papel de plata de una tableta de chocolate, más colillas y el periódico del día anterior, en el que yo había buscado ofertas de trabajo sin encontrar nada, descubrí uno de tus dibujos. Rescaté el papel y lo alisé. Nos habías dibujado a los tres. Una familia de monigotes cogidos de la mano mientras paseaban por una playa. Por encima de nosotros se distinguían pequeñas formas negras: gaviotas, supuse. Con ver tu dibujo me bastó para reunir la determinación necesaria. Cuidaría de ella hasta que se recuperara, igual que había hecho aquella otra vez que tuvo la gripe. Igual que había hecho siempre que se encontraba mal. Cuidaría de ella hasta que se recuperara y todo volviera a ir bien.

Junio de 2014

Al principio, Paul Heger solo se había sentido vacío, como hueco por dentro; ahora, en cambio, lo consumía una ira abrasadora. Estaba furioso con su mujer, Simone, que, según lo que sabía por el comisario Banzbach, parecía estarse tomándose los constantes interrogatorios como sesiones de terapia personal. A Paul, decía, siempre le había gustado mirar a otras mujeres y coquetear mucho, tal vez incluso demasiado, lo cual había sido duro para ella. Aunque siempre había intentado entenderlo. La madre de Paul murió bastante joven, y por eso él se había pasado la vida enfrentándose al miedo a la pérdida y, al mismo tiempo, intentando conseguir el reconocimiento que le había faltado al crecer medio huérfano. Era, decía, como una ardilla que en lugar de nueces acumulaba amor y atención de una forma enfermiza. Sí era un buen padre, por lo menos cuando las necesidades de su hija cuadraban con su agenda de representante farmacéutico. La vez que Julia se golpeó la cabeza en la escalera, él regresó al trabajo al día siguiente, como si no pasara nada. Y sí, era capaz de imaginarlo haciendo aquello de lo que lo acusaban. Sobre todo porque —¡cómo no le daba vergüenza decir esas cosas!— de vez en cuando le gustaba jugar algo duro en la cama, y también a ella —¡qué vergüenza!, ¡qué vergüenza!, ¡qué vergüenza!— le había puesto las manos en el cuello en varias ocasiones. Además, tenía tendencia a los arrebatos de cólera cuando se encontraba acorralado, y era evidente que Nelly Schütt lo estaba acorralando.

También estaba furioso con Banzbach, ese pedazo de idiota con nariz de borracho y cazadora de cuero mugrienta, que no tenía más que un par de indicios y aun así seguía creyendo que Paul había convencido a Nelly para ir al bosque, la había empujado pendiente abajo y, como la fractura de la nuca no se la había cargado lo bastante deprisa, aun la había estrangulado.

Y por último estaba furioso con Tabea Lenggries, su abogada, que al parecer era demasiado incompetente para llevar el caso. Ni siquiera había conseguido sacarlo de prisión preventiva. Por eso estaba sentada esa mañana frente a él en la sala de visitas de la cárcel de Moabit. Impecable, eso sí, un detalle que solo consiguió enfurecerlo aún más. Más le valdría haber empleado el tiempo que había pasado delante del

espejo del baño, maquillándose y recogiéndose el pelo en un aparatoso peinado, en estudiar su expediente.

—Pero ¿es que la policía tiene algo más sobre el día de los hechos? —quiso saber Paul.

Lenggries pasó varias hojas de un archivador. Paul se puso las manos bajo los muslos, por precaución, porque sintió el impulso de agarrar a esa mujer por el cuello de su elegante blazer y tirar de ella para hacerle comprender la gravedad de la situación sin ningún género de dudas.

—Tienen el mensaje de texto en el que quedaba usted con Nelly Schütt el día de autos, la confirmación de la reserva del hotel para la habitación 231 y también los testimonios de los empleados, que demuestran que estuvo allí ese día, y a qué hora, así como el mechero que se encontró en la parte superior de la pendiente.

—Algo más, he preguntado —repuso él, muy cortante. Lenggries levantó sus párpados maquillados con sombra rosada y lo miró perpleja—. Todo eso ya lo sabía —aclaró Paul—. Algo nuevo. ADN o algo así.

La abogada siguió pasando hojas.

—No. Bueno, en cuanto a células epiteliales, pelos o fluidos corporales, nada por el momento… —dijo al cabo de unos segundos.

Paul la interrumpió.

—Venga ya, en serio. Nada de eso puede bastar para acusarme. —Sacó las manos de debajo de los muslos, las entrelazó en la mesa, ante sí, y se inclinó hacia su abogada—. Si hubiera estrangulado a Nelly, es evidente que habría dejado algún tipo de rastro en su cuerpo, ¿no?

—Bueno, Banzbach argumenta que entre la muerte y el descubrimiento del cadáver pasaron tres días, y que en el transcurso de esos tres días se ha comprobado que llovió varias veces y con intensidad. Además, Nelly Schütt se encontraba en una depresión del terreno donde el agua quedó estancada. El cadáver estaba muy embarrado.

Paul cerró los ojos un instante porque ante él se apareció la imagen del rostro de Nelly cubierto por una costra marrón. La imagen de su pesadilla.

—Eso significa que la mayoría de las pruebas se perdieron —concluyó la abogada.

Paul parpadeó. Había dicho «la mayoría».

—Salvo por un par de fibras que, por lo visto, quedaron atrapadas en la chaqueta de punto de la víctima.

—¿Qué tipo de fibras?

—Todavía lo están investigando. De momento, solo saben con

seguridad que se trata de fibras ajenas, que no se corresponden con la ropa de Nelly Schütt.

Paul negó con la cabeza y suspiró.

—Tiene que comprobar eso, por mí. Sáqueme de aquí de una vez.

Lenggries cerró el archivador.

—No es tan fácil, señor Heger. Su mujer ha declarado a la policía que usted le daba miedo.

Paul sintió que los ojos querían salírsele de las órbitas.

—Que ha dicho… ¿qué?

*

Un dolor intenso había clavado sus afiladas fauces en la nuca de Tabea Lenggries; con la esperanza de contenerlo, se soltó el pasador que sostenía el prieto recogido de su melena pelirroja e hizo un par de movimientos rotatorios con la cabeza.

—¿Tensa?

—Ni te lo imaginas —dijo Tabea, y se frotó la nuca—. Ese Heger me pone de los nervios.

—Siéntate aquí un momento.

Ella asintió, se dejó caer en el sillón que había delante del escritorio de Gero van Hoven y estiró las piernas. Definitivamente, los tacones de sus zapatos nuevos eran un par de centímetros demasiado altos para un día como ese, en el que solo deseaba una cosa: desaparecer. Durante el trayecto de vuelta desde el centro penitenciario, mientras las sombras de los bloques de pisos junto a los que pasaba se turnaban con el sol deslumbrante que se colaba por entre los espacios vacíos de arquitectura y la deslumbraba, había repasado sus listas de reproducción en busca de la más adecuada. Con The Mamas and the Papas, su imaginación la trasladaba a una pequeña casita de campo donde, todas las mañanas, todavía en camiseta y braguitas, se ponía unas botas de lluvia, cruzaba un jardín repleto de flores silvestres y entraba en el gallinero a recoger huevos frescos para el desayuno mientras su amor preparaba ya el café, a la antigua, con molinillo y filtro de porcelana.

—¿Quieres que nos tomemos un café?

—Sí, por favor —dijo Tabea, y sonrió sin querer.

Gero había alcanzado el auricular del teléfono para transmitirle su deseo a su secretaria cuando ella le propuso ir en persona a por ese café y subir luego a tomárselo a la azotea del bufete.

—Creo que lo que necesito es un poco de aire fresco.

La azotea del edificio, que hasta principios del siglo XX había sido

una fábrica de calderas, se convertía en una terraza donde disfrutar de la pausa del mediodía durante los meses de verano. Con el tiempo incluso habían subido algunos muebles, un par de mesas con bancos y sombrillas. Todavía eran poco más de las once, así que tendrían el espacio para ellos solos.

—Se te ha atragantado el caso —comentó Gero cuando se sentaron a una de las mesas con sus tazas.

Tabea se encogió de hombros.

—Heger lleva bastante razón: no tienen mucho contra él. Lo que tienen, sin embargo, parece construir una imagen perfecta. Y además, por lo visto el comisario Banzbach se lleva muy bien con ese nuevo fiscal… ¿Cómo se llama?

—Mertens.

—Mertens, sí. El mismo que, incluso antes de su nombramiento, siempre declaraba que Berlín tenía una mentalidad demasiado blanda en cuanto a persecución penal.

Gero sonrió por encima del borde de su taza.

—Me cae bien.

—No, Gero. Lo que te gusta es el juego. Si tú disfrutas saltando al ring con Mertens, pues me alegro por ti.

—Pero ¿tan mal me conoces? —Le guiñó un ojo—. No creo que sea una cuestión de egos, sino de justicia, y eso es lo que valoro de Mertens. Para él también se trata únicamente de justicia. Nunca hace concesiones, y eso, en el fondo, me parece una buena característica.

—Si tú lo dices. Aun así, te lo digo en serio, no me apetece nada enfrentarme a él. —Tabea bebió un poco de café—. Mertens y ese lameculos de Banzbach quieren presentar sus acusaciones a toda costa.

—¿Y qué? ¿No será que te preocupa no estar a la altura del caso? Eres una abogada de garra, una de las mejores de este bufete.

—Eso ya lo sé, y por supuesto que estoy a la altura del caso. Hasta ahora, siempre he sacado a todos mis defendidos.

—¿Qué ocurre, entonces?

—Pues que me da absolutamente igual. ¡Eso ocurre! Seguro que podría jugar al juego de Mertens sin problema… Si quisiera. Pero no me apetece, y ese es el quid de la cuestión. Ya no me motiva. No soy como tú. —A Tabea le habría gustado sonreír, pero no lo consiguió. Las comisuras de sus labios se curvaron hacia abajo, sus ojos se llenaron de unas lágrimas salidas de a saber dónde.

Dirigió la mirada hacia el *skyline* de Kreuzberg y esperó que Gero no notara nada, pero ya era tarde.

—Eh… —Le tomó la mano.

Su tacto era cálido y firme. Tabea nunca había entendido que algo

que sentaba tan bien tuviera que acabarse de pronto.

—También eso cambiará. Ahora mismo atraviesas una fase difícil.

Entonces sí que sonrió, aunque a duras penas.

—¿Te acuerdas de cuando fantaseábamos con mandarlo todo al garete y largarnos de aquí? Tú y yo solos, nuestra casita en el campo, unas gallinas que cloqueaban con alegría, café recién hecho y The Mamas and the Papas sonando todo el rato.

—Tabea… —empezó a decir Gero.

—No, déjalo. —Se sorbió la nariz, apartó la mano y desapareció de la azotea tan deprisa como le permitieron sus tacones un par de centímetros demasiado altos.

Nadja

No sé muchas cosas. No sé nada del mar, del aire salado, de las gaviotas. No sé lo que es caminar por una acera tranquilamente, sin volver la cabeza cada pocos pasos. Que te llamen por tu verdadero nombre en la tienda donde compras siempre y alegrarte, en lugar de sentirte descubierta o atrapada. Estar en una cafetería sin estremecerte por el barullo ensordecedor del molinillo de café o por los sonidos sibilantes del espumador de leche. No sé ir en metro. Cada mañana se me vuelve a olvidar cómo dar ese único pasito para subir a la escalera mecánica. Tiene que venir alguien con prisa y empujarme desde atrás para que lo consiga. A veces es el hecho de descender en sí lo que me provoca sudores fríos. Abajo, abajo, cada vez más abajo, hasta el subsuelo, donde los túneles del metro se me antojan una tumba de muros gigantescos. Apenas consigo agarrarme con fuerza al pasamanos y quedarme lo más quieta posible, a la derecha, mientras a mi izquierda pasa la gente; cuerpos cargados con carteras y mochilas que no hacen más que chocar contra mí. Temo perder el equilibrio en cualquier momento, caerme de bruces y quedar tendida en el último escalón, con la cabeza abierta y las extremidades retorcidas. Hay días en que es la espera en el andén lo que acaba conmigo. Estar ahí abajo, junto a la vía, donde todas esas personas que hace un momento eran meros vectores de empujones y golpes, de pronto no tienen nada mejor que hacer que esperar. Y mirar fijamente. Miradas ajenas que me atraviesan la piel hasta llegar a mi interior gris pizarra. Me da miedo que puedan ver mi pasado como una purulenta erupción cutánea que me cubre el rostro. Y el tren, cuyos frenos chirrían como un griterío agudo al entrar en la estación. La línea amarilla de seguridad, que se difumina. Otra vez empujones, golpes, empellones, el estrecho vagón, esos pitidos tan estridentes antes de que las puertas se cierren, verme allí encerrada, más miradas, a veces incluso de niños. Hace poco coincidí con una clase entera en el vagón. Treinta o más niños. Treinta o más promesas rotas, treinta veces la muerte.

No sé lo que es que la noche te engulla y no vuelva a escupirte hasta el alba, después de haber reído y bailado hasta la extenuación, sudorosa y resacosa, en un lugar que no conoces, junto a una persona que te ha amado durante un instante maravilloso e intrascendente. Yo

soy la que se sienta junto a la ventana abierta de la cocina cuando repara en que es sábado por la noche y su vecina vuelve a tener amigos en casa. La que se queda allí a escuchar las conversaciones y las carcajadas que llegan desde la ventana contigua, abierta también, y se imagina cómo sería que la invitaran. Yo soy la que da un respingo y camina a hurtadillas hasta la puerta del piso cuando comprende que los amigos se despiden ya. La que acto seguido espía por la mirilla y envidia sus noches de sábado y sus vidas despreocupadas y libres.

No sé lo que es ser normal, pero hay algo que sí sé: sé de qué son capaces las personas. Y tengo miedo. El pasado me atrapa y me hace pedazos.

«Jugamos a celebrar un juicio.»

Antes, delante de la cabaña. He gritado y suplicado, aunque sabía que todo era en vano. Él se ha apartado de encima de mí, me ha puesto de pie, me ha arrastrado al interior de la casa. Primero hemos cruzado el pequeño vestíbulo, hemos dejado atrás la cocina y un salón abierto para llegar a una desgastada escalera de madera, y diecisiete escalones para arriba. Ahora estoy aquí, sola y encerrada en esta habitación, el dormitorio de la abuela de Laura o un cuarto de invitados. Hay una cama doble, de postes de madera torneada, con el cabecero apoyado en la pared de la izquierda. No tiene sábanas, solo el colchón pelado. En la pared de la derecha están el ropero y una cómoda sobre la que cuelga un espejo con orlas doradas. Desde la ventana, enmarcada por unas cortinas de color beis, se ve el canal crecido. Tengo las manos atadas a la espalda con cinta de embalar; se me clava en la piel cuando tiro de ella. He gritado su nombre unas veinte veces por lo menos y he golpeado la puerta con el hombro, para nada. No consigo ni llegar a él ni atravesar la inamovible madera de la puerta.

Me acerco a la ventana. Veo un gato con manchas grises y blancas que justo ahora desaparece en la maleza, y me gustaría estar en su lugar. Calculo que habrá unos dos metros y medio de alto; podría arriesgarme. Saltar. Y luego correr, correr, correr. Intento accionar el tirador de la ventana con el hombro. Está atascado. Miro a mi alrededor. Tendría que estar más elevada, con la espalda hacia la ventana y subida a una silla lo bastante alta para que mis manos pudieran alcanzar el tirador a pesar de las ataduras. En esta habitación no hay ninguna silla. Entonces se me ocurre arrastrar la cama hasta la ventana. La pesada cama de madera, que no se mueve ni un centímetro. O la cómoda. La cómoda que, al cargar todo mi peso contra ella, se arrastra por los tablones del suelo con unos chirridos estrepitosos y agudos. Me estremezco; imposible, él me oirá e pondrá

fin a mi intento de fuga antes aún de que haya podido acercarla un poco a la posición necesaria. Me dejo caer en el suelo. Me retumba la cabeza, la tengo a punto de estallar. Recuerdo el incidente de hace un rato, en la gasolinera, cuando me he golpeado la cabeza al caer y la mujer del cajero le ha dicho a su marido: «¿Y si tiene una conmoción cerebral?». Entonces comprendo lo tonta que soy. Y lo egoísta. ¿Cómo puedo volver a pensar solo en mí en un momento como este?

Laura… La ha matado.

«Eso no lo sabes.»

Sí, lo sé.

Precisamente porque es lo único que sé con certeza: sé de qué son capaces las personas. Y Laura también lo sabía. Sabía muy bien lo que nos esperaba. Incluso me lo dijo, solo que no le presté atención porque estaba demasiado ocupada en ser una amiga. Mejor dicho: en volver a tener una, por fin. A cualquier precio.

Fragmento de: intento n.º 23

Hoy mi terapeuta me ha preguntado cómo llevo la carta. La verdad habría sido decirle que todavía no tengo ninguna. Solo existen estos intentos lamentables. Apenas hay una tarde en la que no me siente a la mesa de la cocina con un lápiz en la mano y una hoja en blanco ante mí. Y escribo, sí, escribo hasta muy entrada la noche. Al final, sin embargo, cuando leo todo lo que he redactado en esas horas, lo único que hago es constatar una vez más que sencillamente no hay palabras para todo lo que quiero decirte en realidad.

Solo que hoy la terapeuta me ha mirado con unos ojos llenos de esperanza y de pronto, por algún motivo, he sentido una mala conciencia horrible a causa de las innumerables horas que me he pasado sentada delante de ella sin soltar prenda mientras me bebía su café a litros. Así que he dicho: «Tengo la carta casi lista», y he sonreído. Mentira, pero ¿qué importa? Eso es lo único que la gente ha visto siempre en mí: a una mentirosa.

«¿Qué ocurrió en vuestra casa el 17 de junio de 1999?», me preguntaban siempre, pero ¿qué habría podido contestar, salvo que Marta se había puesto enferma y yo me había quedado en casa sin ir al colegio para cuidarla? Y de verdad que me esforcé. Quería que todo saliera bien, más que ninguna otra cosa. Cuando sufrió la bajada de tensión, la saqué de la bañera y la llevé a la cama. Después fui a la cocina a hervir agua para hacerle una infusión y llenar la bolsa de agua caliente. Estaba asustada, por supuesto, pero también me acordaba de aquella gripe terrible que había tenido hacía varios años, y de que al final todo salió bien.

Cuando regresé al dormitorio, ella estaba mirando el techo. En el piso de arriba se había producido una fuga de agua hacía unos años, y desde entonces teníamos unas manchas marrones. Allí en lo alto retozaban una mariposa y un pez con la aleta caudal atrofiada, también se veían algo que parecía un rayo, un hacha de combate y el contorno de África en miniatura.

«Manzanilla —susurré, y dejé la taza en la mesita—. Todavía está muy caliente.» No reaccionó; detestaba las infusiones. Le parecía que sabían a enfermedad, y también detestaba estar enferma. Al contrario que yo. Cuando iba a tercero tuve una pulmonía y todavía recuerdo dos cosas de entonces: que ella se sentó en el borde de mi cama y me sostuvo la mano, y que la penicilina sabía a fresa. Las dos cosas me encantaron.

«Ya lo sé, ya lo sé —dije, y sonreí—, pero tienes que tomártela si quieres recuperarte pronto.» Me quedé unos instantes frente a la cama sin saber qué hacer, y entonces —«¡Ay, sí!»— recordé que debajo del brazo llevaba la botella de agua caliente envuelta en un paño de cocina. Se la puse en el vientre con cuidado y me metí en la cama con ella. El contacto —¿no era eso lo que decía siempre la gente?—, el contacto y el cariño curaban a veces más que ningún medicamento. Estiré el índice derecho en dirección al techo de la habitación y pregunté: «¿Ves esa forma de

ahí, justo debajo de África? Parece un corazón, ¿a que sí?».

No respondió. Se le habían cerrado los párpados. Seguro que dormir la ayudaría a curarse pronto. Hundí la nariz en el hueco que quedaba entre su cuello y su hombro. Su olor tenía algo que me inquietó, pero no le di más vueltas. También yo estaba cansada. Exhausta. Cerré los ojos y murmuré: «Que duermas bien, Marta».

Junio de 2014

Tabea Lenggries tomó aire bruscamente antes de pulsar el botón que interrumpió la llamada. «Van Hoven», había contestado la mujer del otro lado de la línea, aunque ese no era ni mucho menos su apellido. Ni siquiera era su número de teléfono. Se apellidaba Brehme. Laura Brehme. Era una secretaria cualquiera en Abramczyk & Van Hoven, de la que se esperaba que perforara las hojas de los expedientes y consultara artículos jurídicos. «En qué estaría pensando Gero para liarse con alguien así», se dijo Tabea con acritud. Como en trance, dejó el auricular de nuevo en su sitio, en el aparador del pasillo, y fue al salón, donde se hizo un ovillo en el sofá, igual que un gatito aterido. Salvo por las coloridas imágenes mudas que se movían en la pantalla del televisor, la sala estaba a oscuras. Era tarde, más de las once de la noche, lo cual sin duda quería decir que esa Brehme pasaría la noche en casa de él. Pues claro que dormiría allí… Para algo era su novia. La mujer con quien él escuchaba a The Mamas and the Papas y con quien soñaba irse al campo. Ahora sería ella la que se calzaría las botas de agua todas las mañanas, se acercaría con paso torpe al gallinero pisando las flores silvestres y recogería huevos para el desayuno mientras él, dentro, ya estaba sirviendo el café.

A Tabea le vino a la memoria un accidente de tráfico que había sufrido cuando tenía ocho años. Sus padres y ella iban hacia Lido di Jesolo a pasar las vacaciones de verano. Aún recordaba que su padre exclamó «¡Oh, oh…!» y su madre ahogó un grito, y que ella misma, en el asiento de atrás, resbaló hacia delante y de pronto asomó por entre los dos reposacabezas.

Los tres vieron venir lo que sucedería un instante después.

El coche que acababa de adelantarlos por el carril izquierdo quiso adelantar también al vehículo que tenían delante, que en ese mismo momento inició su propio adelantamiento. Acero contra acero, que se arrugó como el papel bajo el ímpetu recíproco, piezas que salieron volando, un estruendo terrible y luego un extraño silencio que lo abarcó todo. Su padre logró frenar a tiempo; a ellos no les ocurrió nada. Acabaron detenidos en el arcén, donde durante un rato solo estuvieron sentados en el coche, respirando, hasta que su padre se desabrochó el cinturón y salió a ayudar.

Tabea consideraba que lo de Gero y la tal Brehme había sido algo similar: dos vehículos que se habían abalanzado el uno contra el otro sin frenos. Y precisamente ella tuvo que presenciarlo. Podía señalar el momento con exactitud, fue un viernes que había quedado con Gero al mediodía en el comedor para trabajadores del bufete. Estaban los dos en la cola, frente al mostrador de la comida y justo detrás de Laura Brehme, cuando esta se volvió con el plato que la cocinera acababa de pasarle… y chocó con Gero. El encontronazo hizo que la salsa rebosara del borde del plato y, en un abrir y cerrar de ojos, provocara una enorme mancha marrón en la elegante camisa blanca de Gero, aunque no protestó. Ni se inmutó siquiera. Miró la mancha de la camisa y luego a Laura Brehme, y ya no apartó los ojos de ella. En esa mujer vio… lo que fuera. Y Laura Brehme le sostuvo esa mirada extraña e interminable. Ese fue el momento, Tabea lo sabía perfectamente. Aquel fin de semana no se vieron. Se suponía que Gero estaba de caza con su jefe, Ludwig Abramczyk, pero el lunes por la mañana se pasó por casa de ella y se lo comunicó. Que había estado reflexionando, dijo. Que lo suyo había sido bonito, pero que no podía seguir con la relación. Quería ser sincero con ella: se había enamorado de la mujer que le había manchado la camisa. Tabea creyó que era una broma.

—O sea que eso es lo que has estado haciendo en realidad el fin de semana, ¿verdad? —le preguntó cuando comprendió que no lo era—. ¿De caza? ¡Y una mierda! Has ido a comprobar si también había interés por su parte, para saber si merecía la pena cortar conmigo.

Él negó con la cabeza.

—No, no ha sido así. No he quedado con ella. Apenas la conozco. Ni siquiera sabría decirte en cuál de nuestros departamentos trabaja.

Tabea no se lo podía creer.

—¿Y aun así quieres poner fin a lo nuestro? ¿Por una mujer a la que no conoces de nada?

Tampoco ella la conocía más que de vista, pero recordaba que Laura Brehme le caía mal incluso antes del incidente del comedor de empleados. Como si ella misma fuese una fea mancha marrón en una elegante prenda blanca. Un cuerpo extraño. Alguien que no encajaba allí. Que, en lugar de llevar el traje de chaqueta o de sastre que vestían todas las colaboradoras del bufete sin excepción, se paseaba por los pasillos con vestidos de colores, descalza y con las uñas de los pies pintadas de azul. Que con su larga melena rubia y sus montones de pulseras, que a cada paso que daba tintineaban como si alguien hubiera abierto el cajón de los cubiertos deprisa y corriendo, a Tabea le parecía una niña que había perdido el último autobús de vuelta a

los años setenta, no una mujer a quien hubiera que tomarse en serio. Ni siquiera una por la que Gero pudiera sentirse atraído. A él le gustaban las mujeres que representaban algo, elegantes y cultas, con las que podía medirse intelectualmente y sentirse superior por poquísimo. O eso había creído Tabea, pero era evidente que se había equivocado.

—Que la conozca o no carece de importancia —respondió Gero—. Por muy duro que suene, Tabea, si de verdad fueras la mujer de mi vida, ninguna otra habría podido estremecerme de esta manera. Y menos aún tirándome comida encima. —Rio por lo bajo.

A ella le habría gustado darle una bofetada.

—Y ahora, ¿qué? ¿Le vas a pedir una cita o cómo va la cosa?

—Por eso estoy aquí. Sí, quiero pedirle una cita, pero no a tus espaldas.

Tabea se echó a reír.

—O sea, que además debo elogiar tu sinceridad.

—No, no tienes por qué, pero quizá algún día me lo agradezcas. Hay tantos mentirosos en este mundo… Nosotros tratamos con ellos a diario. Cobardes que solo quieren salvar su propio pellejo. —Le tomó la mano, aunque ella la retiró enseguida—. No hay que engañar a las personas que aprecias. Dan igual las consecuencias que tenga eso para uno mismo.

—¿Y qué pasa con las consecuencias para mí? ¡Acabas de desmontarme la vida!

—Lo siento mucho, Tabea, pero no puedo evitarlo. —Dicho eso, se fue.

Ya habían pasado cuatro meses desde entonces. Cuatro meses en los que Tabea había esperado que Gero entrara en razón y volviera con ella. En los que se dedicaba más tiempo en el baño por las mañanas, haciendo un esfuerzo especial para maquillarse y peinarse. En los que se había comprado ropa nueva y zapatos de tacón demasiado alto, que luego se ponía para que él, cuando se la cruzara en el trabajo, viera lo que se estaba perdiendo. Tenía que arrepentirse, echarla de menos.

Cuatro meses y Laura Brehme ya contestaba al teléfono con el apellido de él.

Cuatro meses de dolor y nada más.

Tabea ni podía ni quería aguantarlo más. Irguió la cabeza, sacó fuerzas de flaqueza y alcanzó el mando a distancia para poner fin al desquiciado juego de luces de la pantalla. Suspiró con alivio y disfrutó de esa oscuridad en la que sus pensamientos por fin parecieron volver a hacer pie. ¿Qué había dicho Gero? ¿Que estaba dispuesto a asumir las consecuencias? «Muy bien», pensó Tabea. Entonces, sería

precisamente eso lo que tendría que afrontar: la consecuencia que le supondría ella.

Fragmento de: carta n.º 24

¿Recuerdas la historia de la mujer que podía ver a través de paredes y puertas? Te la conté cuando tenías unos cuatro años y empezabas a sentir curiosidad por lo que ocurría en el dormitorio de Marta. Yo te entendía perfectamente porque a tu edad me había pasado justo lo mismo. Pero, claro, no quería decirte lo que me había pasado a mí cuando Marta me pilló espiándola. Al contrario que los huesos de los adultos, los de los niños no se astillan al romperse. El esqueleto infantil todavía está en crecimiento y por eso todo es más elástico, de modo que también se recupera antes. Aun así, una fractura en la articulación de la muñeca sigue siendo dolorosa; tú no debías experimentarlo. Tenía que enseñarte a ser cauteloso, y por eso te conté la historia de la mujer que podía ver a través de todo. Paredes, puertas e incluso personas.

—No me lo creo —dijiste.

—La niña de la historia tampoco quería creérselo al principio, por eso le pidió a la mujer una prueba de sus habilidades. La mujer entornó los ojos, miró a lo más hondo de la niña y dijo: «Por dentro eres de color gris oscuro, como una vieja placa de pizarra».

Soltaste una risilla.

—Qué gracioso.

—No, cielo, no es nada gracioso. Las niñas pequeñas deberían ser de color blanco por dentro, y no gris oscuro, casi negro.

—¿La niña se volvió gris oscuro por ser demasiado curiosa?

Te dije que sí, que a lo mejor. Que quizá la niña se había vuelto gris oscuro porque había metido las narices en cosas que no eran de su incumbencia. Aunque la verdad era otra: a ojos de Marta, la niña había sido gris oscuro desde que nació. Con su primer aliento le había destrozado la vida. Por culpa de esa niña tuvo que dejar su carrera como bailarina.

Por culpa de esa niña vivía en un piso pequeño y miserable de un edificio cutre en Polonia, y no en un precioso apartamento junto a los Campos Elíseos. Esa niña le había caído encima como un castigo. Primero se había adueñado de su cuerpo. Le había puesto la barriga gorda y le había estriado la piel de los muslos, que hasta entonces siempre habían sido firmes y esbeltos. Y luego se había atrevido a meterse con sus sueños, con su nevera, con su dinero y con sus nervios.

Por supuesto que nunca creí que Marta poseyera de verdad un poder sobrenatural, pero a veces —no, a menudo— me invade la idea de que quizá tenía miedo de mí. Miedo de que algún día pudiera traerle una desgracia aún mayor. Y me temo que no era la única que me veía así. Yo era una mocosa insolente con los puños muy sueltos. Gris pizarra para todo el que me conocía.

Excepto para ti.

Nadja

Ayer por la tarde, en casa de los Van Hoven.

Laura dijo que no sería capaz de llevarlo «por delante». «Por delante» significaba por donde Aron Bruckstätt tenía la cabeza. Lo entendí; se trataba de sus ojos. Su mirada debía de perturbarla. Todo su rostro, que no parecía desencajado por el espanto ni por la ira, tal como creo que ella había esperado, sino que estaba completamente relajado. Supuse que Laura había tenido muy poca experiencia con la muerte hasta entonces y no sabía que en el último instante de una vida todos los músculos, y con ellos los rasgos de la cara, se relajan. Da igual el horror que acaben de sufrir. Aun así, preferí no explicárselo en detalle porque me pareció poco apropiado. En lugar de eso, agarré a Aron Bruckstätt de las axilas, Laura lo sostuvo por las piernas, y entre las dos lo sacamos del salón jadeando del esfuerzo. Recorrimos un pasillo estrecho, dejamos atrás la cocina abierta y llegamos a la puerta metálica que comunicaba la zona de vivienda con el garaje. Pesaba una tonelada, los brazos se le balanceaban y me golpeaban las rodillas. Laura se sorbió la nariz.

—¡Contrólate! —siseé.

Delante del garaje tuvimos que dejarlo en el suelo para primero abrir la puerta, que estaba cerrada con llave, y luego calzarla con una cuña e impedir que se cerrara de golpe otra vez. Mientras Laura encajaba la cuña con la punta del zapato, yo volví a observar a Aron Bruckstätt. Estaba sucediendo algo, su cuerpo inerte se desdibujaba y se deformaba. Incluso los rasgos de su rostro se estaban transformando, se volvían delicados, como los de una mujer. Eché la cabeza hacia atrás y respiré hondo. En cuanto consiguiéramos meterlo en el maletero del Land Rover me tomaría una de las pastillas que me había recetado la terapeuta por si sufría un ataque de pánico grave y que siempre llevaba en el bolso para casos de emergencia.

—¿Estás bien? —Laura pasó a mi lado y se agachó para levantarlo otra vez de las piernas.

—Estoy bien —respondí mecánicamente, y volví a deslizar las manos bajo sus axilas.

El maletero del Land Rover nos quedaba a la altura de las caderas, así que el esfuerzo adicional que tuvimos que hacer para alzar el

pesado cuerpo nos obligó a gruñir como animales furiosos. Laura lo tapó con una manta azul de lana que cogió del asiento trasero del vehículo. Me pregunté cuándo había cambiado su adorado Mini Cabrio rojo por esa monstruosidad de todoterreno, y si habría sido decisión suya o de su marido, ya que también fue él quien decidió que dejara de trabajar en el bufete. Por mucho que Laura lo pintara en su momento como si hubieran sido los dos juntos quienes habían decidido ese paso, yo no creí su versión ni por un segundo. A ella le encantaba su trabajo; nunca me había dado la sensación de que quisiera dejarlo a las primeras de cambio para hacerse ama de casa. Además, disfrutaba demasiado de su público. De ser el centro de atención. Si no, no acababa de explicarme que en todos esos años de vida laboral no se hubiera adaptado a llevar traje. Miré de reojo a lo que había quedado de la vivaracha chica de las flores, siempre con largos vestidos de colores y cargada de bisutería, y la palabra que me vino a la cabeza fue «practicidad». El pelo recogido con una diadema y luego en una trenza, vaqueros, camiseta, una casaca de punto color amarillo mostaza que hacía palidecer su tono de tez más aún de lo que ya estaba. Me resistía a pensar en ella como en un pajarillo al que habían atrapado y recortado las alas para meterlo en una jaula, pero justo eso parecía. De pronto fue así como la vi.

—Detesto este coche —dijo, como si me hubiera leído el pensamiento—, pero Gero dijo que teníamos que pensar en que fuera útil, por Vivi y para hacer la compra. —Soltó una risa brusca que sonó igual que una tos seca—. En realidad, no compró este cacharro para mí, sino para él y sus cacerías.

Las dos nos estremecimos al unísono cuando oímos retumbar la puerta del maletero al caer y cerrarse. Después nos quedamos unos segundos allí, ambas mirando la parte trasera del vehículo, paralizadas.

—Y ahora, ¿qué? —preguntó Laura al cabo.

No teníamos ni idea de cómo seguir; solo teníamos miedo. Un poco antes, con Aron Bruckstätt tirado todavía en el salón, nada había parecido más lógico que la decisión de deshacernos del cadáver y, con él, de aquel aciago suceso. De pronto, sin embargo, ni siquiera yo, que había convencido a Laura de que esa era la mejor opción para todos, estaba segura de que seríamos capaces. Oí unos chasquidos junto a mi oreja. Laura se mordía la uña del pulgar, a mí me remordía la conciencia.

—Nos hace falta un plan —declaré—. La menor equivocación nos llevará a la cárcel.

—Lo sé.

—Y, entonces, solo habríamos empeorado las cosas más aún.

—Sí.

—¿De verdad quieres seguir adelante?

Asintió.

—Tienes que estar muy segura.

Asintió una segunda vez.

—De acuerdo.

Salimos del garaje y decidimos que Laura intentara llamar otra vez a su marido, que en esta ocasión contestó al teléfono enseguida. Laura debía averiguar cuánto tiempo nos quedaba antes de que regresara a casa.

Nada. El señor Van Hoven ya estaba volviendo de Magdeburgo, a la altura de Brandemburgo/Havel, a poco más de una hora de camino. Ella le dijo que no se sorprendiera de encontrar visita.

—Es tu secretaria —explicó, y soltó una risa tonta. Le dijo que sí, que de todas formas la cena estaría lista a la hora de siempre—. Hoy Nadja cenará con nosotros. —Se apartó el móvil de la oreja y lo miró extrañada—. O se ha quedado sin cobertura o me ha colgado.

—No parece que le haya entusiasmado que esté aquí.

—Creo que ahora mismo ese es nuestro menor problema —repuso Laura, y tenía razón.

Si el señor Van Hoven ya estaba de camino, sería imposible sacar a Aron Bruckstätt de allí esa misma noche. Y, además, ¿para llevarlo adónde?

—¡Mierda! —exclamó Laura—. ¡Tenemos que limpiar el salón!

Ajax, varios cubos de agua roja y las rodillas doloridas. Laura sollozaba y no hacía más que temblar mientras su bayeta trazaba círculos descoordinados sobre el mármol. Le dije que mejor se ocupara de la cena, que yo seguiría sin ella; una oferta que estuvo encantada de aceptar. Al mismo tiempo, sin embargo, habría deseado que se quedara conmigo. Verme sola de rodillas en medio de la sangre de Aron Bruckstätt me transmitía la extraña sensación de ser responsable de su muerte. «Yo no tengo nada que ver con esto —me repetía mentalmente a modo de mantra—. Solo estoy ayudando.» Sin embargo, la sensación persistía con tenacidad. Me concentraba en los golpeteos que llegaban desde la cocina, pasaba el estropajo por la piedra con movimientos bruscos y nerviosos, lo escurría en el cubo, me recordaba: «Solo estoy ayudando». No funcionaba. Lo único que veía era más agua roja, agua roja y marcas en el mármol, cada vez más marcas y rastros, como si siempre volvieran a aparecer, como si nunca fuese a dejar el suelo otra vez limpio, como si todo fuese inútil.

—¿Nadja? —Laura, desde la cocina. Interrumpí mi labor y volví la

cabeza hacia ella—. Quería darte las gracias.

Asentí, seguí frotando con más decisión y lo conseguí. El suelo estaba limpio. Vacié el último cubo en el servicio de invitados, tiré varias veces de la cadena, levanté el asiento para comprobar que no hubieran quedado delatoras salpicaduras rojas, volví a tirar de la cadena y aclaré el cubo. Estaba a punto de meter el estropajo y la bayeta en una bolsa de plástico que me había dado Laura cuando me percaté de que ya había algo dentro. Una tela blanca machada de sangre. Me sobresalté.

—Es el camisón que llevaba puesto cuando… —No consiguió terminar la explicación.

Asentí; la había entendido. Metí los utensilios de limpieza en la bolsa.

—¿Podrías llevarla tú al coche, por favor? Creo que no soy capaz de acercarme otra vez al maletero.

Asentí de nuevo. Nos desharíamos del contenido de la bolsa junto con Aron Bruckstätt, aunque todavía no teníamos ni idea de dónde sucedería eso. De modo que volví a meterme en el garaje. Fui a la parte de atrás del Land Rover. Deslicé la mano bajo el cierre del maletero. Y lo hice, lo abrí.

Ahí estaba, envuelto en su manta azul. Dos dedos cerúleos sobresalían. Contuve la respiración. Alargué la mano y aparté la manta con cuidado.

Esos ojos. Esos ojos que no dejaban de mirarme. Ya no a Laura y a mí; solo a mí, a nadie más. Esa mirada que decía: «Sé quién eres. Te conozco». Mi cuerpo dio un respingo involuntario, volví a meter la mano derecha en el maletero y tiré de la manta para devolverla a su sitio mientras con la izquierda lanzaba la bolsa al interior. Levanté un brazo hacia la puerta, que cayó y se cerró de golpe, y en mi cabeza oí a la tía Evelyn, a quien no se le ocurrió nada más que un débil «Ay, niña». Después regresé a la cocina, donde Laura había estado pelando patatas mientras yo limpiaba, y en esos momentos preparaba una ensalada. Al verla cortar el pedúnculo de un tomate se me ocurrió preguntarle por el cuchillo.

—Ya sabes cuál.

Hizo un gesto indeterminado con la cabeza en dirección al fregadero.

—Lo he lavado y luego lo he escondido en la caseta del jardín, debajo de un saco de sustrato vegetal.

—Tiene que desaparecer del todo —decidí—. Igual que el camisón, los utensilios de limpieza y, sobre todo…

—… él. Lo sé —replicó, y se mordió el labio inferior, ensimismada

—. A lo mejor deberíamos hundirlo. En algún lago.

—No es buena idea —opiné—. En el agua, el cuerpo se descompondrá más deprisa, sí, pero eso también producirá gases que lo devolverían a la superficie. Será mejor enterrarlo.

—No sé. Tendría que ser un agujero enorme. ¿Te acuerdas del caso Witzleff?

Negué con la cabeza.

—Debió de ser antes de llegar yo.

—Sí, bueno, pues el tal Witzleff, un tipo turbio del sector inmobiliario, había matado a su socio y luego lo había enterrado en el bosque de Spandauer Forst. Solo que allí cerca hay una reserva de fauna salvaje, y un par de jabalíes se escaparon y acabaron encontrando el cadáver. Son capaces de escarbar hasta medio metro de profundidad como si nada. —Miró el reloj—. Gero llegará pronto. ¿Podrías lavar un poco la carne? Está en la nevera, abajo del todo. Bueno, eso, que da lo mismo adónde lo llevemos, pero no puede ser por aquí cerca.

—No, de ninguna manera.

Abrí la nevera y me incliné hacia un paquetito de carne al vacío. Cuando cerré la puerta y di la vuelta tenía a Laura delante; sostenía el cuchillo de los tomates a la altura de la tripa y apretaba el mango de acero inoxidable con tal fuerza que los nudillos le sobresalían blancos. Durante un segundo pensé que apenas harían falta un par de centímetros, solo un pequeño movimiento, un estremecimiento, para que lo hundiera también en mi cuerpo.

—¡Ya sé dónde, Nadja! Lo llevaremos al bosque del Spree.

Me explicó que allí estaba la casa de su difunta abuela, y que estaba vacía. Era una buena zona si sabías mantenerte apartado de los lugares más turísticos. Saldríamos al día siguiente a primera hora y allí buscaríamos el lugar adecuado para Aron Bruckstätt. Un lugar para su tumba.

—¿No sería mejor conducir de noche para que nadie nos vea?

—No, no podemos tenerlo tanto tiempo en el maletero, sobre todo porque dicen que mañana estaremos a treinta grados. Además, Gero podría sospechar.

—Bueno. Entonces, mañana a primera hora nos iremos al bosque del Spree.

—Y cuando estemos allí, siempre podemos decidir sobre la marcha si lo hundimos en uno de los canales más pequeños y desconocidos o si preferimos enterrarlo en el bosque —añadió mientras yo secaba con papel de cocina la carne que acababa de lavar.

Laura miró de nuevo el reloj, murmuró una maldición y me pidió

que también cortara la carne. Alcancé el cuchillo que me señaló del taco de madera con una sensación extraña. Al hacerlo me fijé en que había otra ranura vacía, seguramente la que había ocupado el cuchillo con el que había atacado a Aron Bruckstätt. Me habría gustado preguntarle por qué se habían peleado de esa manera, qué le había dicho o hecho él para provocar que fuera corriendo a la cocina a buscar un cuchillo, pero lo dejé estar; no era el momento oportuno. No quería arriesgarme a que, por pasarme de curiosa, volviera a ponerse histérica. No cuando su marido podía llegar en cualquier instante.

—Gracias —dijo al ver que le pasaba por la encimera la tabla de madera con los trozos de carne. Y añadió—: Ya has hecho tu trabajo, siéntate tranquila.

Obedecí. Me senté a una preciosa y enorme mesa de madera que había en la cocina de Laura. Escuché los intensos sonidos siseantes que hizo la carne al dorarse en la sartén. Me bebí la copa de chardonnay que me había servido Laura y fui siguiendo las vetas de la madera con las yemas de los dedos. Estaba invitada a cenar. Inspiré; lo inspiré todo. El olor de la carne. La sensación de intimidad. Y casi olvidé de qué iba todo aquello en realidad. Durante un instante, mientras el vino se mezclaba en mi cabeza con el efecto de la pastilla que me había tomado a escondidas después de regresar del garaje, me sentí incluso… feliz. Contemplé a Laura, trajinando en los fogones, y deseé que el tiempo se detuviera por una vez en el momento justo. Entonces oímos el rugido de un motor ante la puerta de la casa; el momento había pasado.

*

Se acerca. Oigo sus pasos en la madera que cruje, luego el metal que rechina en la cerradura. Respiro a trompicones, intento ponerme en pie antes de que entre en la habitación; lo consigo.

—¿Te has tranquilizado un poco? —pregunta sonriendo.

Se me tensa la mandíbula.

—Que si te has tranquilizado.

—¿Laura está muerta?

—¡Ay, venga ya, Nadja! —Ahora se ríe.

Se acerca. Siento la presión del borde del alféizar en la espalda.

—¿Por qué crees que estamos aquí tú y yo? ¿Quién, si no Laura, debe comparecer ante el tribunal? ¿Tú, acaso?

Trago saliva, él se encoge de hombros.

—En lo que a ti respecta, yo diría que lo tuyo ha sido colaboración

en el encubrimiento de un crimen. Bueno, está bien, digamos que «intento de colaboración». ¿Te parece bien que nos tuteemos? He pensado que ya va siendo hora, dado que nos conocemos desde hace bastante. Y un asesinato es algo que une, ¿no crees?

No le respondo, no a eso. También intento hacer caso omiso de la expresión autocomplaciente de su rostro. Solo quiero saber una cosa:

—¿Qué le ha pasado a Laura?

Laura, que muy al principio me había dicho: «No sabes de lo que es capaz». Y yo, que no había hecho caso de sus palabras, como si nada.

—Se encuentra bien. Y que siga así depende de ti.

Me agarra de los hombros y me da la vuelta con brusquedad, de manera que quedo de espaldas a él mientras empieza a desatarme. Me muerdo el labio inferior cuando la cinta adhesiva me desgarra la piel y me arranca el vello.

—¿Qué quiere decir que depende de mí?

—Que tú y yo vamos a decidir su destino —responde con naturalidad—. El hecho es que Laura ha cometido un crimen. Uno que en ciertas partes del mundo se castiga incluso con la pena de muerte.

—Pero aquí no. Aquí no se condena a muerte a nadie.

Con un sonido seco, arranca el último trozo de cinta de embalar de mi piel. Me vuelvo. Solo sonríe, no dice nada. Todavía no. Tengo ganas de vomitar. Niego con la cabeza.

—No entiendo nada de todo esto.

Gero van Hoven, a quien yo consideraba una de las personas más bondadosas del mundo. El que habría tenido miles de buenos motivos para despedirme y, en lugar de eso, me enseñaba fotos de Vivi en su teléfono móvil. El que ahora tengo delante como si fuera un desconocido. Un monstruo.

—Lo cual, sin embargo, no ha impedido que te involucraras. Te he dado una oportunidad para que cambiaras de opinión. Habrías podido dar media vuelta, Nadja.

Lo miro sin entenderlo.

—Te he seguido hasta la gasolinera —explica—. Pensaba que me habías visto cuando estabas en la caja y has mirado al espejo de vigilancia del rincón superior. Te has puesto muy blanca y un instante después te has desmayado. He aprovechado la confusión para marcharme enseguida de la tienda y he esperado detrás del edificio hasta que has vuelto a salir. No podía creer que de verdad siguieras adelante con el viaje. Pero eso es justamente lo que has hecho, Nadja. Has tomado una decisión y ahora debes afrontar las consecuencias. Así es la vida.

Intento hacer memoria, rebusco en mi cabeza. Yo, conduciendo el

viejo Land Rover y entrando en la gasolinera. Yo, con una sensación extraña durante todo el trayecto y comprobando el retrovisor cada poco. Yo, apeándome y mirando alrededor, pero sin ver ningún otro vehículo. Yo, llenando el depósito y yendo a pagar después. Y, entonces, el momento en que me han fallado las piernas, la caída desde el precipicio… No, basta, en algún lugar de todo eso tiene que haber ocurrido algo más. Sigo rebuscando, más al fondo, hasta que encuentro algo. Una imagen que destella. La imagen de un hombre que entra en la tienda de la gasolinera, deformada por la curvatura del espejo. El motivo de mi ataque de pánico. El hombre que me ha empujado por el borde del precipicio blanco.

—Pero si no lo he reconocido.

—Y aun así, debes de haber sentido algo, porque si no seguramente no te habrías desmayado. —Se señala la frente—. ¿Todavía te duele?

Niego con la cabeza, aturdida.

—Ahora viene algo malo, ¿verdad?

Me acaricia el brazo con un repugnante gesto de consuelo y, sonriendo, contesta:

—Sí, Nadja. Me temo que ahora viene algo malo.

Fragmento de: carta n.º 27

Anteanoche volví a soñar algo por primera vez en mucho tiempo. Soñé con Marta, que flotaba boca arriba en el rojo lago salado de Aigues-Mortes. Llevaba un vestido blanco y largo que el agua había vuelto casi transparente y solo despedía un ligero brillo rosado. De repente abrió sus ojos azules y me miró. Me despertó mi propio grito. O por lo menos pensé que había sido eso, hasta que vi al hombre de pie junto a mi cama. Tenía la cara borrosa, lo único que distinguí con claridad fue su uniforme. Y entonces sí que desperté de verdad; no gritando, solo jadeando con resignación. En la sesión de ayer le hablé de ello a mi terapeuta.

—¿Qué siente cuando piensa en ese hombre? —quiso saber—. ¿Le da miedo?

—Miedo —repetí, y asentí para confirmarlo. Pero un instante después negué con la cabeza—. Ira. Lo odio.

—¿Por lo que le hizo a Marta?

Su expresión, un instante antes compasiva, se transformó y se volvió recelosa. Sospeché hacia dónde iba todo aquello. Si le daba una respuesta errónea, lo siguiente que oiría serían las palabras «mecanismo de defensa», un concepto que odiaba casi tanto como al hombre del sueño.

—Nunca fue solo mala —dije para reconducir la conversación, por si acaso—. Al contrario.

Recordé una vez que, de muy pequeña, estaba arrodillada junto mi cama con las manos unidas, rezando. Incluso había esparcido granos de arroz por el suelo, porque creía que el único sacrificio que podía ofrecerle a Dios era mi propia disposición a sufrir, y en efecto, los duros granos dolían al clavarse en mis rodillas, donde me dejaban marcas profundas, a veces incluso con sangre. Así que estaba arrodillada, pidiéndole a Dios que me llevara de vuelta con él para que Marta se librara por fin de mí y pudiera vivir la vida que merecía, y pronuncié mi plegaria en voz alta sin darme cuenta de que ella había entrado en mi habitación. «¡Nadja! —exclamó horrorizada, y me levantó de mi lecho de arroz para estrecharme contra su pecho—. Eso no debes pensarlo siquiera, ¡y mucho menos rezar por ello! ¿Qué haría yo sin ti?» Me meció en su abrazo, me besó la frente y la cabeza y me dijo que me quería mucho.

—¿Y usted lo sentía sí? —siguió hurgando la terapeuta—. ¿Se sentía querida?

—Me quería —insistí a pesar de su estúpida pregunta—. Me quería todo lo que sabía.

—Pero, aun así, le hacía daño.

Me encogí de hombros y eludí su mirada volviendo los ojos hacia el techo de la consulta.

—Debe de ser muy duro querer a alguien cuando te odias a ti mismo. Las personas maltratadas maltratan a los demás. ¿Quién puede reprochárselo?

Me estremecí cuando la terapeuta me tomó de la mano y apretó con fuerza.

—Usted, Nadja. Tiene todo el derecho. Puede hacerle reproches a Marta. Incluso debería, si es lo que siente. No se reprima.

Aparté la mano y la escondí en mi regazo, entre las piernas cruzadas.

—Creo que me gustaría probar una medicación nueva —pedí, pensando en el hombre del uniforme.

No lo quiero en mis sueños.

¿A ti no te pasa, ángel mío? ¿Puedes dormir? ¿Tienes sueños bonitos? ¿Pesadillas? ¿O no sueñas nada? Me lo pregunto a menudo. ¿Sabes qué? Esta noche voy a enviarte un sueño del mar.

Que duermas bien, ángel mío.

Julio de 2014

Cuando Tabea Lenggries llegó al bufete esa mañana, llevaba vaqueros, un jersey sencillo y una cola de caballo descuidada, algo insólito en ella. Tampoco había cogido el bolso; la llave del coche y la tarjeta magnética que le permitía el acceso al bufete los tenía en el bolsillo trasero de los vaqueros. En la mano llevaba un sobre. El viejo Kohn, de recepción, que en ese momento estaba firmando un albarán de entrega de unos documentos jurídicos para un mensajero, la siguió extrañado con la mirada. Llegaba muy tarde para lo que tenía por costumbre.

Tabea subió a la segunda planta en ascensor. Su destino era el despacho de Gero van Hoven. Mientras iba en el coche había llamado desde el móvil, con el número oculto, para asegurarse de que estaba allí. Al ratoncillo gris de la antesala que pretendió quitársela de encima, porque por lo visto él estaba preparándose para una negociación, le explicó con pocas palabras que era urgente y acto seguido llamó a la puerta de su despacho sin dar tiempo a la siguiente objeción.

—¡Tabea! —Gero parecía sorprendido.

Ella se sentó en el sillón que había delante del escritorio sin esperar a que se lo ofreciera.

—Tú solo escucha —dijo.

*

Gero van Hoven había subido a la azotea a tomarse un café. Pero el café había quedado sin tocar en una mesa, y él, en cambio, estaba en el borde del tejado, con los antebrazos apoyados en la barandilla y la mirada perdida en su ciudad. A que las cosas salieran rodadas. A que, si por una vez no era así, de algún modo se dejaran recolocar, reordenar, reajustar. A que todo dependiera únicamente de él y estuviera solo en sus manos. A eso se había acostumbrado durante los últimos años.

Entró en Abramczyk con veintitantos años para hacer unas prácticas, recién salido de la universidad. El bufete, ya entonces, era uno de los más reconocidos de Berlín y, con sus más de cien

trabajadores, de los más grandes. Un lugar que ofrecía posibilidades y en el que uno, según su entrega y su determinación, podía acabar siendo una pieza insignificante o un engranaje imprescindible para la maquinaria de Ludwig Abramczyk. Al principio, Gero solo le servía cafés, le consultaba artículos legales y le llevaba el portafolios, pero Ludwig siempre había sido un tipo justo. A todo el mundo le daba una oportunidad, en especial a quienes resultaban ser un público atento. Le encantaba explicar sus heroicidades al final de la jornada laboral, acompañado de un vaso de whisky, hasta que se le encendían las mejillas y empezaba a entrarle sueño. Gero había demostrado paciencia, había seguido escuchando incluso cuando las historias empezaron a repetirse cada vez más a menudo. Y, desde hacía casi cinco años, su nombre estaba grabado junto al de Ludwig en el letrero dorado de la entrada del bufete. Tenía cuarenta y dos años, era socio, lo había conseguido.

A pesar de ello, ahí arriba, en la azotea, se sentía otra vez como el joven larguirucho que no servía más que para hacer cafés y llevar portafolios. Y eso era culpa de Tabea. Tabea, que siempre lo había idolatrado. Tabea, con quien siempre había podido contar. Tabea, que de pronto se había marchado.

Al principio, un rato antes, se había echado a reír al verla entrar en su despacho para entregarle la tarjeta magnética del bufete y un sobre con su dimisión.

—Venga ya, Tabs —le había dicho—. Esto no puede ir en serio. Entiendo que estés enfadada conmigo, pero eso no debería ser motivo para una decisión que sin duda lamentarás, pasado mañana como muy tarde.

—Comprendo que esto te parezca un acto irreflexivo —había replicado ella—, pero no lo es. Es la única opción correcta.

—Es una tontería y una terquedad. —Él se había levantado, había rodeado el escritorio y se había puesto a darle un masaje en los hombros. Tabea había soltado un suspiro de satisfacción—. No te pega nada.

No pegaba, sobre todo, con la imagen que Gero tenía de ella. Tabea siempre había sido fiable, una persona de palabras y actos congruentes, atenta, que nunca pensaba primero en sí misma, sino siempre en él y en su bienestar. La mujer que él se habría hecho tallar a medida siguiendo su ideal de relación perfecta. Con ella podía sentir que formaba parte de una unidad. Aunque, si de verdad hubiera sido así, si Tabea hubiese sido obra suya y él la hubiese mandado tallar, tenía que reconocer que había pasado por alto un detalle decisivo, un punto tosco, lleno de obstinadas astillas que ya no se habían dejado

lijar a posteriori: a consecuencia de una enfermedad de la mucosa uterina, Tabea no podía tener hijos. Y cuando él, unos nueve meses antes, le había comunicado que se sentía preparado para dar el siguiente paso y formar una familia de verdad, y ella acto seguido le había comunicado que no podía darle eso, Gero comprendió que su búsqueda de la compañera perfecta no había terminado aún. De todos modos, seguiría con Tabea hasta que le encontrara una sustituta adecuada, y después pasarían a ser solo amigos, muy buenos amigos. Sucedería así, sin duda. Tabea no lo había decepcionado nunca. Siempre sería su refugio, su red de seguridad, su doble fondo.

Le soltó los hombros bruscamente.

—No puedo permitirlo.

—No tienes más remedio. —Se levantó, fue a la ventana y miró a la calle—. Verás, Gero, no se trata solo de Laura Brehme y estos cuatro últimos meses. Eso puede que haya sido el detonante. —Dio media vuelta—. Me he preguntado cuándo fue la última vez que fui feliz de verdad y, por mucho que me esfuerce, no consigo encontrar ese momento. Me acerco un poco cuando voy en mi coche escuchando música que me hace soñar con otra vida. Y en esa vida no soy abogada. En ella no hay ningún traje que me ciña el cuerpo como un corsé que apenas me deja respirar. En ella, el sentido de mi existencia no consiste en justificar delitos que en realidad yo misma condeno. —Se encogió de hombros—. Creo que en algún momento perdí el norte. Me equivoqué.

—Conmigo, quieres decir.

—Contigo… Sí, también. Con todo. Esta ya no es mi vida. Siento el enorme deseo de encontrar algo más sencillo, algo… No sé, auténtico. Estoy pensando en darme un tiempo y mudarme de verdad al campo durante una temporada, ocuparme de un huerto y cuidar de unas cuantas gallinas rebeldes.

Gero volvió a reír.

—Bueno, pues yo lo que veo es esto: eres una mujer herida en su orgullo a la que no se le ha ocurrido nada mejor que entregarle su dimisión al hombre que la ha dejado y que, además, es su jefe. Para castigarlo. —Sacudió la cabeza—. No pienso aceptarlo.

—No lo entiendes.

—Y tú no te vas. Punto. El bufete te necesita. Sabes que en estos momentos tenemos muchísimos más casos que abogados. Vas a encargarte del caso Heger, por lo menos. Después te tomas unas vacaciones, hasta que tu cabeza recupere cierta sensatez, y entonces…

—Me marcho, Gero. Hoy mismo, además. Tengo un montón de horas extras y vacaciones pendientes. Cumplo de sobra el plazo de

preaviso, ya lo sabes.

—De eso ni hablar, Tabea.

—Bueno, entonces me buscaré un médico que me dé una baja. *Burn-out,* síndrome de agotamiento. —Cruzó los brazos ante el pecho —. Seguro que encontraré a alguien que me lo diagnostique.

—¿Me haces chantaje? ¿A esto hemos llegado? ¿Solo por lo de Laura?

Tabea suspiró y luego se acercó a él. Extendió las manos y se las puso en las mejillas.

—Te lo repito: no se trata solo de Laura.

—Pero es sobre todo por ella.

—Sí —reconoció—. Verás, yo… —Se interrumpió, sus labios formaron sonrisa solo por un lado—. Lo eras todo para mí. Por ti habría sido capaz de hacer cualquier cosa. Solo por eso, no puedo quedarme. ¿Cómo voy a soportar verte todos los días? ¿Veros a los dos juntos? —Volvió a negar con la cabeza—. No quiero acabar siendo como tantos de nuestros defendidos, como ese Heger, por ejemplo. No quiero volverme loca de amor y luego, un día, hacer algo que nos traiga la desgracia a todos.

—Pues déjate de tonterías de una puta vez —siseó Gero—. Eres adulta, por el amor de Dios. No todo el mundo se convierte en un psicópata porque le hayan roto el corazón.

—Te deseo lo mejor —dijo ella en voz baja, y quiso darle un abrazo para despedirse, pero Gero ya se había apartado.

Tabea acababa de apuñalarlo por la espalda, lo había dejado tirado. Se sintió solo al instante: una sensación que, ya desde el jardín de infancia, le costaba mucho soportar, porque la soledad te hacía vulnerable. Y débil.

Gero se retiró de la barandilla y se sentó a la mesa. Hacía rato que el café se había quedado frío, pero se lo bebió de todas formas. Necesitaba un rato más allí arriba, solo en la azotea. Tenía que reflexionar.

Siempre era más sencillo para el que se iba que para el que se quedaba. Gero no era hombre de aventuras amorosas, pero esa no era la única razón por la que había puesto fin a su relación con Tabea en lugar de empezar a verse con Laura a escondidas, cosa que Tabea habría descubierto de todos modos tarde o temprano. No había que olvidar que los tres trabajaban en la misma empresa. Ella se habría enterado y habría roto con él; así que había preferido adelantarse y había sentido que hacía lo correcto, incluso le había sentado bien. Siempre sentaba bien ser quien tomaba las decisiones. Lo único con lo que no había contado era con que Tabea siguiera su ejemplo.

Se frotó la frente. Había dos cosas que tenía que hacer. Primero: encontrar a alguien que sustituyera a Tabea en el caso Heger. Segundo: proponerle matrimonio a Laura.

Nadja

Salimos del dormitorio de la abuela de Laura y bajamos a la planta baja por la escalera. Me hace ir a mí delante, como si fuera su escudo de protección. Siento su mano firme en mi brazo derecho y su aliento en la nuca, cubriéndome la piel con su fría humedad. Sigo esperando a que el pánico me ataque en cualquier momento, volver a encontrarme al borde del precipicio blanco, pero no llega, no ocurre nada. Camino despacio para ganar tiempo y proteger mi cabeza, que me duele y retumba a cada paso. Estoy segura de que el señor Van Hoven ha preparado algo, es como si lo intuyera; si no, ¿por qué me ha tenido tanto rato encerrada en el dormitorio? Desde los últimos escalones alcanzo a entrever el salón. Distingo brevemente la parte de atrás de un sofá de cuero, una lámpara de pie con una pantalla metálica semicircular, un perchero torcido que me recuerda al tallo encorvado de una flor que ha crecido demasiado, una librería con todos los estantes vacíos menos uno y una estufa de leña. Por lo demás, cajas de mudanza, calculo que al menos una decena.

—A la derecha, Nadja.

Obedezco. A la derecha, donde está la cocina. Una mesa de patas torneadas, rodeada por un banco esquinero y dos sillas que parecen proceder de una vieja fonda. Ya solo quedan armarios bajos de cocina, un fregadero y unos fogones de gas. Han desmontado los armarios superiores; unas marcas de un tono marrón en la pared blanca delatan dónde estuvieron colgados durante años. Debajo de la ventana hay más cajas de cartón que me hacen suponer que Laura, o algún otro miembro de la familia, empezó a recoger la casa de la abuela en algún momento.

—Siéntate. —Lo miro—. En el banco, por favor —añade, y hace un gesto—. Ah, sí. Te he traído una cosa, para que no pienses que íbamos a jugar en desigualdad de condiciones.

Sale de la cocina, solo que durante un momento demasiado breve para que me dé tiempo a hacer algo más que examinar el entorno. Busco la ventana, que podría ser una vía de escape, algún arma o algún objeto que pueda usarse como tal. No quiero hacerle nada. Solo quiero que me deje marchar.

—Te había pedido que te sentaras.

Digo que sí con la cabeza y me deslizo hacia el centro del banco. Él me pasa un libro muy grueso y sonríe.

—Derecho penal, la última edición.

No sé por qué, pero le doy las gracias. Ya no sé nada. Solo que este no puede ser el hombre para el que llevo trabajando cinco años y medio. Este no es Gero van Hoven. Si me paro a pensarlo, puede que ya me diera cuenta anoche, solo que le hice tan poco caso a mi intuición como a las palabras de Laura. «Gero ha cambiado, Nadja.»

Sí, anoche estaba diferente, algo raro y frío cuando llegó a la casa, entró en la cocina y me tendió la mano con un sucinto: «Me han dicho que esta noche cena usted con nosotros».

—Sí —repuse yo, y que Laura me había invitado.

Luego, él:

—Bueno, pues bienvenida.

Solo que no sonó precisamente a «bienvenida».

—Pensaba que la cena ya estaría lista —fue lo único que le dijo a Laura, que estaba poniendo la mesa.

—Enseguida, cariño. —Sonrió con temor—. Diez minutos como mucho.

¿Acaso no me había recordado a mi madre, que también sonreía de esa forma a menudo, cuando no había motivo suficiente para llorar?

—Bien —señaló el señor Van Hoven, y dijo que iba a cambiarse.

No me atreví a respirar de nuevo hasta que salió de la cocina.

—Ay, Dios —susurró Laura, y yo asentí para darle la razón.

No teníamos ni idea de cómo íbamos a hacer que no notara nada durante toda la cena.

—¿Y si entra en el garaje? —pregunté bajando la voz mientras ella ponía los cubiertos a lado y lado de los platos.

Negó con la cabeza.

—Por lo menos no tiene ningún motivo para acercarse al coche.

Esperé que no se equivocara.

Después cenamos.

Se oían repiquetear los cubiertos en el silencio agobiante, la carne me pareció correosa, y cada vez que tragaba percibía el sonido de mi garganta a demasiado volumen. En cierto momento, el señor Van Hoven levantó su copa de vino para brindar por mi visita.

—¿Y cómo se os ha ocurrido? —preguntó, mirándome con insistencia.

Fingí que seguía masticando, aunque hacía rato que había tragado el último bocado.

—Nadja está haciendo reformas en su piso —salió Laura en mi ayuda—. Lo tiene hecho un desastre, ¿verdad, Nadja?

—Un desastre —corroboré.

—Así que hoy se quedará a dormir aquí.

De eso no habíamos hablado. Aun así, asentí. Comprendí que la tranquilizaba saber que me tenía cerca.

—Vaya —comentó el señor Van Hoven—. ¿Se queda?

Intenté sonreír.

—Solo si a usted le parece bien, por supuesto.

—Claro que sí —confirmó Laura antes de volverse hacia su marido y preguntar—: ¿Verdad, cariño?

El señor Van Hoven gruñó.

—El caso es que le he prometido a Nadja que la ayudaría —explicó Laura—. Mañana queremos salir a primera hora y tenemos que ir a la tienda de material de construcción, por eso quería preguntarte si podría coger tu coche.

—Pero si ya tienes el tuyo, que debería ser lo bastante grande para cualquier compra de material. ¿Para qué quieres el mío?

—Sí, bueno, es que hemos pensado que tal vez Nadja podría quedarse con el Land Rover todo el fin de semana. Porque también quería llevar un par de cosas al vertedero, ¿a que sí, Nadja?

—Sí, así es —dije con vacilación, y me froté la frente al comprender que Laura estaba pensando en ir al bosque del Spree en coches separados.

También deduje que prefería evitar que nos vieran juntas. Por otro lado, no quería ni pensar en cómo iba a conducir yo sola toda ese trayecto, y menos aún con el cadáver de Aron Bruckstätt en el maletero. La mayoría de los días ni siquiera conseguía ir en metro, y de pronto me estaba planteando conducir un coche que no conocía, con cadáver incluido, durante cien kilómetros y por autopista. Sentí que me sonrojaba y solo esperé no haberme puesto tan colorada como para que el señor Van Hoven lo considerara indicio de nada. Intenté convencerme, me dije que esa tarde había llevado a Laura a su casa enfrentándome al tráfico de Berlín, así que también al día siguiente podría realizar el trayecto si conseguía no olvidar por qué hacía todo aquello: por ella.

—El caso es que —dijo Laura mientras tanto, dirigiéndose a su marido—, si yo pudiera coger tu coche, tendríamos más flexibilidad.

—Si a ti te lo parece…

—¿O vas a necesitarlo mañana?

—No, no pasa nada. Mañana temprano quería ir a jugar al tenis, pero también puedo pedir que pasen a buscarme, no hay problema.

—Ah —dijo Laura. Su intento de sonrisa acabó en una mueca torcida—. ¿Y con quién vas a jugar?

—¿Por qué lo preguntas?

—Por preguntar… ¿Con Aron Bruckstätt?

El señor Van Hoven dijo que no, que no había podido localizar a Aron en todo el día, así que había quedado con Fred Mertens, el fiscal.

—Luego le enviaré un mensaje para que venga a recogerme, y así tú puedes llevarte el Porsche. Pero ya lo sabes: como le hagas una abolladura, te mato.

Se suponía que era broma; nos reímos con torpeza.

Sentí alivio cuando el señor Van Hoven se retiró después de cenar. Dijo que quería ducharse y acostarse ya, que había tenido un día agotador. Laura y yo nos encargamos de fregar los platos.

—Bueno —empezó a decir a media voz mientras oíamos el agua de la ducha en la parte trasera de la casa—. Mañana esperaremos a que Gero se haya marchado y luego tú saldrás hacia la casa de mi abuela. Te anotaré las indicaciones exactas para que no tengas que encender el GPS. Tampoco podemos llamarnos por teléfono, porque la policía podría rastrearlo todo después.

—¿Y tú?

—Yo iré a casa de Aron y comprobaré si allí queda todavía algo mío. Después me reuniré contigo en el bosque del Spree. De todas formas, seguramente tardaré menos que tú, porque me sé el camino y me conozco la zona como la palma de la mano.

—A lo mejor deberías limpiar su piso, por lo menos pasar un trapo por todas las superficies, para que no encuentren tus huellas dactilares, si es que las buscan. ¿Os veíais siempre en su casa?

—Sí. —Bajó la mirada—. Bueno, casi siempre. Salvo esta última vez.

—¿Nunca en un hotel ni en ningún otro sitio?

—No, solo… —Se interrumpió.

—¿Laura?

—Una vez estuvimos en un bar de carretera. Pero queda a treinta kilómetros de aquí, y la gente que lo frecuenta… En fin, no creo que esa gente suela hablar con la policía.

Intenté imaginar a Laura en un bar con una clientela a la que no le hacía gracia hablar con la policía… y no lo conseguí. Debía de ser un sitio muy cutre, con gente muy cutre.

—¿Y sus vecinos?

—¿Te refieres a posibles testigos? —Negó con la cabeza—. Es un complejo de apartamentos enorme, en la Potsdamer Platz. Allí viven más de doscientas personas, nadie llama la atención.

—Vale.

De pronto parecía pensativa.

—¿Qué ocurre?

—Es que estoy pensando… Quizá deberíamos disfrazarnos. Bueno, me refiero a que…

—Ya te entiendo —repuse—. A que nuestro aspecto no debería ser el de siempre, para que luego nadie pueda identificarnos.

Sonrió.

—Exacto. ¿Crees que podrías prescindir de tu ropa de ratón de biblioteca?

Me aliso la camiseta del loro que me ha dado esta mañana con las palabras: «De todas formas quería tirarla hace tiempo, porque es un absoluto horror». Después se ha reído, aunque la risa no ha alcanzado sus ojos. Seguro que se ha dado cuenta de que anoche los oí, por mucho que he intentado que no se me notara.

En estos momentos, el señor Van Hoven se ha puesto a preparar café y comenta que va a ser un día largo para los dos. Al verlo de espaldas mientras llena el filtro con el café molido que ha sacado de la nevera he pensado en eso, en la noche anterior. Me he recordado en la habitación de invitados, que estaba justo al lado del dormitorio de los Van Hoven, tumbada en la cama, apretando mucho los párpados y con la almohada encima de la cabeza.

Ella gritaba, él gruñía.

—¿Le está haciendo daño?

—No, ángel mío. Ella está bien, no te preocupes. Duérmete ya.

—Entonces, ¿por qué grita?

—No está gritando exactamente. Es solo que hace mucho esfuerzo. Tú cierra los ojos y duerme.

—¿Y qué son esos chirridos?

—Eso es la cama.

—No puedo dormir si hacen tanto ruido.

—Pues tienes que hacerlo, cielo. Los dos tenemos que dormir. Si no, mañana por la mañana volveremos a no oír el despertador, y entonces tú llegarás tarde al jardín de infancia y yo al colegio.

—¿Por qué le dice esas cosas tan feas?

—No se lo dice en serio. Es como si fuera un juego.

—Pues no es un juego bonito.

—¿Quieres que te cante para que te duermas?

—Sí.

—¿Alguna canción en especial?

—La de los hijos de reyes.

—*Ay, cielo, no. Esa canción es muy triste.*

—*Pero es que quiero esa.*

—*Vale. «Había dos hijos de reyes, que enormemente se amaban, pero reunirse no podían, el agua profunda los separaba, el agua profunda los separaba…»*

Carraspeo.

—¿Señor Van Hoven?

Se vuelve con la cucharilla del café en la mano.

—Íbamos a tutearnos, Nadja. Llámame Gero.

Bajo la mirada a mi regazo. No quiero mirarlo, no después de haberlo oído anoche montando a Laura como un animal. Tampoco quiero porque seguiría buscando en sus ojos al hombre a quien he creído conocer durante cinco años como mi jefe. Como una buena persona.

—Solo quiero saber dónde está Laura.

—Te he dicho que está bien. No necesitas saber más.

Asiento, angustiada. Oigo repicar la cucharilla en la encimera. Un momento después arrastra una silla por el suelo de baldosas. Cuando se ha sentado frente a mí, alarga una mano por la mesa con la palma extendida hacia arriba. Sus dedos hacen pequeñas flexiones.

—Venga —dice. No quiero, pero aun así pongo una mano sobre la suya y aguanto que me la estreche—. Mírame. —Lo hago—. No soy ningún mentiroso, Nadja, ¿vale? A nadie le importa la verdad más que a mí. Por eso estamos aquí, al fin y al cabo. Te he dicho que Laura está bien, y así es. De lo demás nos encargaremos tú y yo. Yo seré la acusación; tú, la defensa.

Niego con la cabeza.

—No puede hablar en serio.

—Ya te lo he dicho —replica él encogiéndose de hombros—. Jugamos a celebrar un juicio.

—¿Y quién dictará sentencia?

—Yo. —Sonríe con ironía—. Pero te prometo una cosa: seré justo.

Profiero un sonido de incredulidad a la vez que libero mi mano y me la limpio en la tela de los vaqueros.

—Esto que está ocurriendo aquí es cualquier cosa menos justo.

—Lo que hizo Laura tampoco lo fue. —Se reclina contra el respaldo de su silla y cruza los brazos—. Ni siquiera tú has sido justa, Nadja. Te tenía por más leal. No olvides que soy tu jefe, y sabes perfectamente lo que podría haber hecho aquella vez, después del incidente con Vivi.

Aprieto los labios cerrados. El incidente con Vivi tuvo lugar solo unas semanas después de que la pequeña naciera, cuando Laura fue al

bufete para presentarla a los compañeros. La mayoría de los días consigo reprimir el recuerdo; solo a veces, cuando veo el perrito de peluche rosa en mi cómoda, resurge de nuevo y me avergüenza.

—Sabes muy bien que podría haberte echado a la calle al instante. Es más: podría haberte denunciado.

—Pero no lo hizo —contesto enseguida, antes de que sienta la necesidad de explicar el incidente con más detalle—. Porque es usted una buena persona, señor Van Hoven. Y por eso mismo tiene que poner fin a esto, antes de que ocurra algo que acabe lamentando el resto de su vida. Piense en su hija.

Sonríe.

—Aprecio tu intento, Nadja, pero ya he tomado una decisión. Tú y yo veremos hoy el caso de Laura van Hoven, adúltera y asesina.

Tardo un poco, no lo consigo enseguida. Primero tengo que masticar bien esa cruda palabra y tomar conciencia de mi cobardía. Verme esperando en el metro todas las mañanas hasta que llega alguien que me empuja por detrás para conseguir dar ese ridículo primer paso y subir a la escalera mecánica. Sentándome junto a la ventana abierta de la cocina los sábados por la noche, imaginando que me invitan, en lugar de llamar por fin al timbre de mi vecina y presentarme. Siempre escribiéndole a mi hermano cartas que nunca envío. Qué cobarde soy, qué cobarde soy… Y entonces la digo, sin más, la pronuncio en voz bien alta y con toda la seguridad de la que soy capaz:

—No.

El señor Van Hoven me mira molesto.

—Me parece que no tienes elección, Nadja.

—Sí, sí que la tengo.

Nada más decirlo, empujo la mesa de madera y se la clavo en el abdomen. Me levanto bruscamente, salgo a trompicones de la cocina y echo a andar por el pasillo en dirección a la puerta de la casa. La manija. Mi mano la empuja hacia abajo una vez, otra, cuatro veces, más y más deprisa. La puerta. La puerta está cerrada con llave. Pero no hay ninguna llave en la cerradura. Hasta que, por fin, una sombra se cierne a mi espalda y oigo el tintineo metálico de un llavero.

—¿Estás segura de que quieres irte ya, Nadja?

Vacilante, vuelvo la cabeza. El llavero tintinea de nuevo.

—Lo que pasa es esto: si decides renunciar a tu cometido antes de tiempo, dictaré sentencia sin juicio.

—¿Y eso qué significa?

Se encoge de hombros.

—Que Laura morirá.

Fragmento de: carta n.º 28

¿No lo he dicho ya? ¡Necesito cambiar de medicación urgentemente! Se lo pedí a mi terapeuta en la última sesión, después del último sueño, pero no quiso recetarme nada nuevo, consideró que debía continuar con el fármaco de siempre. Que un único sueño en meses no era significativo, al fin y al cabo. Yo enseguida sospeché que se equivocaba, pero cedí.

¿Y ahora? Los sueños vuelven a amontonarse. Anoche vi a Marta, de pie con la cabeza gacha en nuestro viejo cuarto de baño. Su pelo era una cortina mojada que le tapaba la cara. También llevaba el vestido blanco mojado, la tela goteaba en las baldosas del suelo. Gotas rojas. De pronto levantó la cabeza y me miró fijamente con sus grandes ojos azules, acusándome. Habría tenido que despertarme en ese momento, pero no sucedió. Marta extendió la mano y comprendí que me encontraba justo frente a ella, que no nos separaba ni medio metro. Sentí que se me aceleraba la respiración y, aun así, tuve la sensación de que iba a asfixiarme en cualquier momento. Sacudí la cabeza, presa del pánico. No podía permitir que me tocara, no quería, así que di un paso atrás con torpeza… y enseguida choqué con un obstáculo insalvable. Me volví deprisa y ante mí estaba el hombre del uniforme. Intenté distinguir su rostro, pero no tenía ojos ni nariz, solo una boca que abrió en ese momento. Sentí frío al instante, me puse a temblar. El hombre habló: «Pobre pequeña. Nadie te cree».

Fue entonces cuando me sobresalté y desperté de repente. En el eco del sueño todavía oí reír al hombre del uniforme. Estaba riéndose de mí.

Julio de 2014

Cuarenta y ocho abogados, treinta y dos de ellos especializados en derecho penal, todos sobrecargados de trabajo y, además, ninguno tan bueno como Gero van Hoven. Así que tuvo que ocuparse personalmente del caso Heger. Un motivo más para dedicarle un par de insultos mudos a Tabea de camino al aparcamiento subterráneo del bufete. Decidió que aquello no había acabado… «Así no, señorita.»

Ya hubo una mujer que quiso tomarlo por tonto una vez: Lillian Kössling. Lilly, como la llamaba él. La había conocido en la universidad. Lilly, que estudiaba literatura y escribía unos poemas preciosos. Lilly, que era tan especial, tan guapa, tan poco complicada y tan alegre. Lilly, su primer gran amor, un primer «para siempre» que se tomó muy en serio. Sin embargo, después de casi dos años, llegó aquella noche de invierno que habían quedado en Savignyplatz. «Qué maravilla», pensó él al principio. Era como si estuvieran dentro de un poema salido de la pluma de Lilly. Las luces resplandecientes del mercadillo de Navidad, los gruesos copos blancos que flotaban a su alrededor mientras paseaban del brazo cual figuritas dentro de una bola de nieve, aisladas del estruendo y el caos del mundo. Hasta que se dio cuenta de que Lilly temblaba cada vez más y se ponía muy tensa. Lo achacó al clima, al tremendo frío invernal. Sin embargo, ella levantó la cabeza de su hombro y lo miró con una expresión que nunca le había visto. Y luego su voz, que sonó muy diferente cuando anunció: «Gero, tengo que decirte una cosa…». Así fue como se abrió la primera fina grieta en la bola de nieve, que se fue haciendo cada vez más gruesa a medida que Lilly le confesaba que se veía con otro desde hacía unas semanas. Había ocurrido de repente, bueno, no sabía muy bien cómo, y no tenía nada que ver con él, por supuesto. El amor, le dijo, esa criatura salvaje e imprevisible, nunca preguntaba, sino que avanzaba tropezando con torpeza por caminos insospechados, caía y quedaba allí tirada como si la hubiera tumbado una borrachera. «Lo siento muchísimo, Gero.» Dicho eso, se marchó sin volverse siquiera para mirarlo una última vez, y él se quedó allí plantado como un idiota, solo en su bola de nieve, cuyas paredes de cristal crujían y se resquebrajaban, hasta que la esfera estalló y se hizo pedazos, igual que su estúpido corazón. Desde que tenía memoria, siempre había deseado

encontrar esa pareja indestructible que salía en las pelis cursis y las canciones de amor, pero que sin duda debía de existir también en la realidad, porque, si no, habría sido imposible escribir películas y canciones sobre ella, ¿no? Y aunque la industria del espectáculo exagerara, sí debía de existir algo diferente a lo que él había vivido en su casa, con sus padres. Su madre y su padre parecían llevar décadas luchando el uno contra el otro, algo que a Gero le había parecido un crimen ya de niño: desperdiciar de esa manera el tiempo de una vida. No, él jamás tendría una relación de ese tipo, y con Lilly había creído encontrar a su otra mitad. Hasta la tarde en que la bola de nieve se rompió. ¿Cómo había podido equivocarse tanto con ella? ¿Cómo había permitido que le hiciera eso? Pasó semanas encerrado en su habitación del piso compartido, sin ir a la universidad, lamiéndose las heridas, degustando la sangre y la sal de sus lágrimas. No comía nada, solo bebía, bebía demasiado, y solo cerveza. Todavía tenía una de esas botellas en la mano cuando por fin se levantó a duras penas para salir como buenamente pudo de su habitación. Era tarde. Fuera, la noche era fría y negra. El asfalto helado gruñía bajo sus pesados pasos; ante él, la mortecina luz de las farolas proyectaba su sombra con una longitud absurda. Ya no tenía que pensar, solo seguir su sombra, que parecía saber adónde conducía el camino: a la residencia en la que vivía Lilly. Estuvo un buen rato allí delante, llevándose la botella a la boca sin quitarle ojo a la ventana de su dormitorio, en la cuarta planta, uno de los pocos donde aún se veía luz. Era una luz cálida, amortiguada, la de la lámpara de la mesilla de noche. Gero sabía muy bien en qué ocasiones encendía Lilly esa lámpara. Alumbrados por su brillo habían yacido muchas veces en la cama, enredados el uno en el cuerpo del otro, los labios de ella sobre los de él, las manos de él sobre la piel de ella. «Conque tienes visita, Lilly», constató en silencio, y notó que le rechinaban los dientes. El otro estaba allí…

Gero puso la marcha atrás y salió de la plaza de aparcamiento que estaba rotulada con su nombre. Sorprendido por la brusquedad de su dueño, el Porsche aulló como un animal herido. Ese ruido hizo que las garras mentales de Gero soltaran a Lilly y se clavaran en su padre. «Estos coches solo los conducen acomplejados», había comentado el viejo con sorna. «Eso dicen los que jamás podrán permitirse uno», contestó Gero, igual que en aquella otra ocasión, la primera vez que visitó a sus padres con el coche nuevo, en realidad con la intención de invitar a su padre a hacer una escapada. Lo habría levantado con cuidado de la silla de ruedas y lo habría sentado en el coche, habría bajado la capota, habría jugado con las marchas y la velocidad y le

habría oído decir: «Estoy orgulloso de ti, hijo». En lugar de eso, el viejo se había limitado a salpicarlo con su veneno, como siempre, antes de volver a meterse en la casa empujando la silla.

«Ya basta», se reconvino Gero, y sacó el coche del aparcamiento subterráneo. Tenía cosas mejores que hacer que andar hurgando en viejas heridas por culpa de Tabea. Además, ¿no había sido siempre ese su punto fuerte? ¿Saber centrarse en las cosas importantes, establecer prioridades y ocuparse de ellas, ser inflexible como el acero mientras todos los demás se doblegaban como el plástico barato con el calor?

Así que se dirigió al centro penitenciario a conocer a ese tal Heger. Para eso, a Gero le bastó con su laxo apretón de manos y un vistazo a sus ojos acuosos. «Falso, cobarde, culpable», sentenció mentalmente. Algo antes, en su despacho, había estudiado las fotografías del lugar de los hechos y había consultado el informe forense.

—Voy a serle sincero, señor Heger —dijo, y le indicó a su nuevo defendido que tomara asiento. Este, que parecía aliviado al ver que el caso había pasado de Tabea a Gero, asintió con insistencia y obedeció —. Tenemos entre manos un problema considerable.

Heger parpadeó con nerviosismo.

—¿Qué quiere decir?

Gero estuvo casi una hora entera explicándoselo una y otra vez, como a un niño corto de entendederas. No se trataba solo de que los indicios se alinearan a la perfección como las perlas de una gargantilla, sino ante todo de la extendida falsa creencia de que la justicia era ciega. No lo era en absoluto. Algo miope, como mucho. Sin embargo, también era mujer y, por tanto, fácilmente impresionable. Estudiaría las fotos igual que había hecho Gero un rato antes, y en ellas vería lo mismo que él. Una carita de muñeca, de un blanco cerúleo debido a la muerte, sí, pero por lo demás preciosa, como lo era toda esa joven muchacha, que tenía la vida entera por delante hasta que se topó con Heger. La pequeña, que con sus párpados cerrados casi parecía contenta, como si se hubiera entregado por completo, exhausta pero aun así convencida de que, tras el sueño, volvería a despertar. Varios corazones se harían añicos con un doloroso estrépito, los corazones del juez y de los magistrados. Luego, el esbelto cuello con las marcas de estrangulamiento, que habían adoptado una coloración marrón, y ese cuerpo hermoso y delicado, tirado ahí, en un terraplén fangoso en la primera imagen, en la fría mesa de disección del Instituto de Medicina Forense en la segunda. Para la fiscalía sería pan comido. Mertens solo tenía que convencer a los padres de la víctima para que le dieran un par de fotos de su encantadora hija tal como era cuando estaba viva y trabajaba en la

fonda familiar, risueña, alegre y confiada, y pasárselas a la prensa, y con eso ya habría repartido las cartas y las simpatías. Ningún juez del mundo dejaría salir a Heger sin castigo en contra de la unanimidad de la opinión pública.

—Y el trabajo de la prensa ya ha comenzado —explicó Gero—. De momento, la joven sigue siendo un cadáver anónimo en un bosque junto a la autopista. Pero ¿qué cree que pasará cuando publiquen su rostro? Cuando sus padres se recuperen de la conmoción y decidan compartir su sufrimiento con el mundo.

Heger ya estaba lloriqueando, y eso solo hizo que Gero lo despreciara más aún.

—¡Pero soy inocente!

—Muy bien —suspiró Gero—. Entonces, explíqueme cómo acabó un mechero con sus huellas dactilares en el lugar de los hechos.

—Puede que se lo diera a Nelly en algún otro momento.

—¿Ella fumaba?

—No, pero… A veces encendíamos velas en la habitación del hotel, para que fuera un poco más romántico. A lo mejor…

Gero levantó las cejas, Heger enmudeció.

—También está la declaración de la recepcionista —prosiguió Gero —. En algún momento, entre su llegada y las cinco de la tarde, abandonó usted brevemente el hotel. La recepcionista, por lo menos, afirma haberlo visto a su regreso. ¿Dónde estuvo, señor Heger?

El hombre se agitó.

—Debe de confundirse. Estuve todo el rato en mi habitación.

—Parece una mujer creíble. —Gero se inclinó sobre la mesa—. En derecho penal tenemos un viejo dicho: el culpable es, en primer lugar, quien tiene un móvil, cosa que en su caso es incuestionable. En segundo, quien dispone de los medios para cometer el crimen. —Señaló las manos de Heger—. Y, en tercero, quien tiene la ocasión de llevarlo a cabo. De manera que, si usted salió del hotel en algún momento entre su llegada y las cinco de la tarde, parece que también tuvo la ocasión.

—¡Ah, sí! —Heger se golpeó entonces la frente con la mano—. ¡Sí que salí del hotel un momento por la tarde! ¡Para comprar cigarrillos! En el aparcamiento hay una máquina de tabaco, ¡es ahí adonde fui! — Se le iluminó la cara.

«Menudo imbécil.»

—Y lo recuerda ahora de repente —constató Gero—. Después de que la policía le haya preguntado media docena de veces por lo que hizo en ese intervalo de tiempo.

—¡Soy inocente! —A Heger se le quebró la voz.

—Pero todos los indicios dicen lo contrario, señor Heger. ¿Cómo explica, por ejemplo, las fibras que se han encontrado en la chaqueta de punto de la víctima? Proceden de uno de sus jerséis. El jersey que, según su mujer, llevaba usted el día de autos.

Se oyó a Heger tragar saliva. Aun así, no parecía querer darse por vencido.

—Es posible que llevara ese mismo jersey algún otro día que quedé con Nelly. Las fibras pudieron pasar a su chaqueta en esa otra ocasión.

—Es cierto —reconoció Gero—. Y también que todo lo que lo señala a usted como asesino podría ser una serie de desafortunadas casualidades. Solo que, y de eso debería ser usted muy consciente, seguramente nadie creerá esa posibilidad.

Heger tenía toda la cara congestionada.

—¡Su trabajo es sacarme de aquí! ¡Es usted mi abogado!

—El mejor que podría tener.

—Y como abogado mío debería…

—¿… creer su versión? —Gero negó con la cabeza—. Solo puedo asesorarlo siguiendo mi mejor criterio. Y mi consejo, para ahorrarnos tanto a usted como a mí una energía y un esfuerzo innecesarios, es muy claro: ofrezca una confesión, para que así podamos negociar una reducción de la pena con la fiscalía.

—¡Pero es que no fui yo! —De repente, Heger se puso en pie. Su ira era tan evidente como el sudor que salía por todos los poros de su frente enrojecida.

Gero no se movió ni un milímetro. Solo sintió reforzada su primera impresión.

—Usted citó a Lilly en el lugar de los hechos, señor Heger. Lo vieron allí. Tenía un motivo, tuvo los medios y la ocasión. No sea imbécil, hombre. ¿No ve que dejó demasiadas pistas?

A Heger le temblaban los labios. Todo él se paralizó de pronto, como un pequeño electrodoméstico que hubieran desenchufado en pleno funcionamiento.

—Nelly —gimió.

—¿Cómo? —Gero levantó una ceja.

—La ha llamado Lilly, señor Van Hoven. Se llamaba Nelly, y yo la amaba.

Nadja

Hace un momento, en la puerta de la casa. Al otro lado estaba el bosque del Spree, la libertad. Apenas tres o cuatro centímetros de estúpida madera y, sin embargo, insalvables. La puerta, cerrada con llave, y la llave, tintineando en la mano del señor Van Hoven. Una elección que no lo era: «Si decides renunciar a tu cometido antes de tiempo, dictaré sentencia sin juicio».

Iba a matar a Laura.

Así que he dado media vuelta. He pasado a su lado a toda prisa sin decir palabra y he regresado a la cocina, donde me he sentado en mi sitio con la cabeza gacha mientras él retomaba los preparativos del café.

—Casi tengo la sensación de que no me tomas demasiado en serio —dice, y llena de agua el depósito de la cafetera—. Aunque, bueno, la verdad es que hasta cierto punto te entiendo. La situación sí que es algo… ¿Cómo podría describirse? Insólita. También entiendo que intentes poner a prueba tus límites y, Nadja —se vuelve hacia mí y sonríe—, eso es bueno.

Aparto la mirada, me retuerzo las manos en el regazo. Oigo cómo cae la tapa del depósito de agua y se acciona el interruptor de puesta en marcha.

—En especial para alguien como tú.

La cafetera profiere un silbido prolongado, luego sonidos de burbujeo.

Se sienta.

—Hablo muy en serio cuando digo que puedes sentirte orgullosa. Mira todo lo que has conseguido hasta ahora. —La fingida emoción de su expresión y la euforia simulada de su voz hacen que me repita el aguardiente de ciruelas de la gasolinera. Me encantaría escupirle en la cara—. Has conducido un coche, Nadja. Nada menos. Te has subido a un coche extraño y has conducido todo el trayecto hasta aquí sin GPS y sin nadie sentado a tu lado para ayudarte. Sé sincera, ¿lo habrías creído posible?

Guardo silencio.

—Bueno, pues yo no —afirma—. Con eso me has sorprendido de verdad. Teniendo en cuenta que normalmente no eres capaz ni de ir

en metro sin sufrir casi un ataque de nervios…

Levanto la mirada. ¿Cómo sabe eso?

—Has superado tus miedos para ayudar a Laura. Aunque no debemos olvidar que has incurrido en un delito, por no mencionar toda la dimensión moral del asunto. Pero —de nuevo una sonrisa— ahora sabes que eres capaz de más de lo que crees si de verdad te lo propones. Y estoy convencido de que serás una buena abogada para Laura solo con que te esfuerces un poco. Puedes salvarla. —Agranda su sonrisa, susurra—: Sálvala, Nadja.

Niego con la cabeza, desconcertada, y en ese mismo instante lo lamento, porque el dolor vuelve a estallar ahí dentro.

—Señor Van Hoven, creo que tengo que ir al médico. Puede que la caída en la gasolinera me haya provocado una conmoción cerebral.

—Ay, Nadja.

—De verdad que me encuentro mal.

—Podrás ir al médico cuando hayamos terminado.

Quiero sacudir la cabeza de nuevo, pero me contengo y, en lugar de eso, vuelco toda mi perplejidad en una pregunta:

—Pero ¿a usted qué narices le pasa?

Me sostiene la mirada durante un par de segundos, después golpea la mesa con la palma de la mano y se levanta.

—Solo estoy cumpliendo mi deber. Y tú el tuyo.

Se saca el llavero del bolsillo de los vaqueros y lo deja en el centro de la mesa. Me quedo mirándolo.

—Ah, sí, el café —dice antes de salir de la cocina—. Busca dónde hay tazas. Necesitaremos tres, tenemos una invitada.

—Ahora no puedes entrar ahí, cielo. Tiene un invitado.

—¿Y qué está haciendo ese hombre en nuestro baño?

—Tiene que ducharse antes de irse a su casa, y ella lo está ayudando.

—¿Eh? ¿Por qué tiene que ducharse?

—No se dice «¿Eh?», se dice «¿Cómo?»… Porque, si no, olerá a ella.

—Pero ella siempre huele bien, a rosas.

—A lo mejor hay personas a quienes no les gustan las rosas, y les parece que apestan. Y otras que incluso les tienen alergia. Por su culpa se ponen enfermas de verdad. Venga, aparta de la puerta de una vez.

—¡Pero es que tengo que ir al baño!

—Yo te llevo a casa de la tía Evelyn, ¿vale? Allí podrás ir.

—¡Pero es nuestro cuarto de baño!

—Ya lo sé, cielo. Venga, vamos, antes de que se te escape.

—No me gusta cuando tiene invitados.

«Tampoco a mí.»

Tengo frío, me encuentro mal, no puedo moverme. Lo único que consigo hacer es echar la cabeza hacia atrás y mirar al techo cuando percibo el estrépito de la planta superior. Lo sé. Sé lo que pasará ahora mismo. Pienso en el móvil, que está en mi bolso, en el asiento delantero del Land Rover, y en las llaves que tengo a un brazo de distancia, encima de la mesa. No conseguiría cogerlas, abrir la puerta, correr al coche, sacar el móvil y marcar el número de emergencias.

Pasos en la escalera, los gemidos ahogados de una mujer.

Me pongo a temblar. Me pregunto cuándo habrá descubierto nuestro plan. Y, sobre todo, cómo. Esta mañana he oído que pasaban a buscarlo. Hacía rato que estaba despierta, solo que no me atrevía a salir de la habitación de invitados de los Van Hoven. La idea de cruzármelo y tener que mirarlo a los ojos me resultaba insoportable. Después de haberlos oído por la noche, habría preferido no ver ni a Laura siquiera, solo que eso no tenía forma de evitarlo. Así que me he quedado sentada en la cama, esperando. Pasaban pocos minutos de las ocho cuando han llamado al timbre. He oído dos voces masculinas amortiguadas y, al mirar por la ventana poco después, he visto al señor Van Hoven y a Fred Mertens subirse al coche del fiscal y marcharse. Laura no ha tardado ni un segundo en llamar a la puerta de la habitación de invitados y preguntar si ya estaba lista.

Solo hay una explicación posible: debió de oírnos anoche. Cuando creíamos que estaba en la ducha, quizá. Eso le habría dado toda la noche para preparar este plan.

—¿Y bien, Nadja?

Me sobresalto.

—Pero si te había pedido que te encargaras del café.

No quiero mirar, y tampoco hago caso de los sonidos, unos jadeos entrecortados y ahogados.

—¿Nadja? —Su tono es un canturreo repugnante.

Me hago la sorda.

—Qué poco amable por tu parte. Saluda a nuestra invitada, por favor.

Empiezo a mecerme.

—Estás desperdiciando un tiempo valiosísimo, Nadja.

Muevo la cabeza con lentitud.

Están en el vano de la puerta, él detrás de ella, apretándola contra sí. Con la mano derecha le rodea la cadera, la izquierda le sostiene el cuello, que estira al máximo hacia atrás, sobre el hombro de él. No alcanzo a ver el rostro de Laura, solo la mordaza. Lleva un camisón

blanco y fino. Está manchado de sangre. El corazón se me desboca. «Está herida», pienso al principio, pero enseguida comprendo que con las lesiones que habrían dejado esas manchas ya no podría mantenerse en pie, así que debe de ser la sangre de Aron Bruckstätt. Es el camisón que llevaba cuando lo atacó. El camisón de la bolsa de plástico.

—Laura —susurro, y al oírme profiere otro gemido ahogado.

—Venga, entra —dice el señor Van Hoven con satisfacción, y la empuja hacia la cocina.

Va descalza, avanza de puntillas y a pasitos por delante de él, sin ver adónde va; él no la suelta del cuello. La guía hacia la silla que hay en la cabecera de la mesa y la sienta a la fuerza. Laura me clava su mirada, el escote le brilla a causa del sudor, su pecho se eleva y desciende a un ritmo demasiado rápido. Incluso creo ver cómo le late el corazón. Él se coloca tras ella y le quita la mordaza.

—Nadja —jadea Laura al tiempo que alarga una mano por encima de la mesa.

La alcanzo y aprieto con fuerza. En la frente tiene pegados algunos cabellos que se le han soltado de la diadema. Me encantaría tocarle la cara, acariciarle las mejillas enjutas y arrasadas por las lágrimas, asegurarle que todo saldrá bien. Pero sospecho que mentiría.

—Qué conmovedor —se mofa el señor Van Hoven, que recupera las llaves de la mesa y se las guarda en el bolsillo trasero de los vaqueros —. Ahora que, con suerte, Nadja estará lo bastante motivada, creo que por fin podemos empezar.

Agosto de 2014

La noche se desplegaba ante sus ojos como si la hubieran vertido sobre el bosque. En el cielo, la luna proyectaba unas finas bandas grises que no se veían hasta que la mirada se acostumbraba a la oscuridad. Nada crujía, nada se partía bajo sus pesadas botas. Eran silenciosos como fantasmas. Dos hombres ante los que incluso la imprevisible naturaleza capitulaba; se doblegaba bajo sus pasos y su determinación. El primero de los dos hombres era Gero van Hoven; el segundo, su socio, Ludwig Abramczyk. No les hacía falta hablar. Les bastaba con una mirada, aun en la oscuridad. Aquel era el lugar adecuado para esperar a que se levantara la noche y dejara paso al alba. Ludwig se sacó una petaca de la cazadora, dio un trago y se la pasó a Gero, que también bebió. Una cálida sensación se deslizó por su garganta durante unos instantes y luego se extendió por todo su cuerpo: whisky puro de malta. Gero pensó en su padre, que siempre estaba con una botella de cerveza en su silla de ruedas. Tenía más o menos la misma edad que Ludwig; la única similitud. «Por suerte.» Le devolvió la petaca a su socio, que se la guardó de nuevo en la cazadora. Y esperaron. Aquel era el verdadero truco: saber esperar sin impacientarse. Igual que él había esperado durante años a su compañera ideal y la había encontrado en Laura. Estaban hechos el uno para el otro, se complementaban, eran un «para siempre» sincero por ambas partes; con Laura sí estaba seguro. «Mis padres se separaron cuando tenía tres años», le contó al principio de su relación, y sus ojos adoptaron una expresión tan frágil, tan nostálgica, que le hicieron parecer una niña pequeña. Gero le tomó la mano y en ese mismo instante se enamoró un poco más.

Sonrió satisfecho en la oscuridad del bosque sin hacer ningún ruido. Era evidente que valía mucho la pena poner en práctica aquel truco: esperar sin dejarse distraer. Así que se reconvino, se centró y se recordó que estaba allí por sí mismo.

Pasó una hora. Al principio, solo unos crujidos, y luego, ahí estaba. Trotando sin sospechar que iba hacia su perdición. De nuevo una mirada entre Gero y Ludwig, con cierta satisfacción. Ludwig apartó una rama que molestaba. Lo observaron un instante más y le concedieron un par de segundos de gracia en los que sentirse seguro e

invulnerable. Después, Gero levantó la escopeta. Apuntó. Disparó. Y venció. Como a cámara lenta, las patas cedieron antes de que el tronco se desplomara en el suelo del bosque con un ruido sordo.

—Buen tiro, hijo —dijo Ludwig, y le dio unas palmadas a Gero en el hombro.

Palabras y gestos que habría deseado recibir de su propio padre, pero que nunca había tenido.

Sacaron el ciervo del bosque a rastras y lo dejaron en el terreno colindante de la casa de vacaciones de Ludwig. Allí, en su antiguo hogar entre Polonia y Alemania, imperaban otras leyes. Nadie molestaba cuando alguien salía de caza mayor. Colgaron el ciervo de la rama más gruesa del viejo roble del jardín por la cornamenta. Así era más fácil destriparlo que colgándolo boca abajo. En la hierba ya tenían preparadas varias herramientas, un hacha y un cuchillo de deshuesar. Ludwig dio el primer tajo. Las entrañas brotaron del tronco abierto, la sangre manó a raudales. Tenían que darse prisa, con cada grado que subía la temperatura aumentaba el peligro de que la carne se echara a perder. Y lo consiguieron, trabajaron deprisa, puesto que formaban un equipo muy bien sincronizado. Antes del desayuno ya tenían el ciervo eviscerado y limpio.

—Deberíamos hacer esto más a menudo —comentó Gero cuando estaban sentados en los escalones del porche, contemplando la hierba teñida de rojo de debajo del roble mientras se bebían un café.

Le hacía falta un fin de semana así. Desconectar el cerebro, limitarse a una actividad completamente arcaica, pura. Porque, por muy bien que fueran las cosas con Laura, en esos momentos, el frente profesional resultaba agotador.

—Todavía recuerdo la primera vez que te traje —dijo Ludwig, que con su sonrisa disipó la momentánea melancolía de Gero—. Tenías los brazos tan enclenques que apenas podías sostener la escopeta. Y cuántos remilgos… —Elevó la voz una octava para convertirla en un lamento de muchacha—: «No puedo hacerlo, pobre animal».

—Pero, aun así, no me enviaste a casa.

—Porque presentía que dentro escondías algo más. —Ludwig se llevó la taza a los labios y sorbió un trago de café entre los dientes—. Firmeza. Y justo eso es lo que se necesita en este mundo: firmeza. Y coherencia. Como en la caza. Si dudas y el disparo solo roza al animal, consigues más sufrimiento para él y más trabajo para ti. —Dejó la taza a un lado y volvió a sacar la petaca—. O lo haces bien o no lo haces; esa es la única regla.

Gero asintió.

—Pero ¿quién sigue siendo tan coherente en estos tiempos?

—Casi nadie —coincidió Ludwig entre dos tragos de whisky—. Hatajo de cobardes. Por cierto, ¿cómo se presenta ese asunto de Heger?

—Sin cambios, en el mejor de los casos —respondió Gero con un tono apagado.

Todo había sucedido tal como él había previsto. La prensa se había enamorado de la víctima y le había puesto rostro. También habían publicado ya el suyo, el de Gero, bajo el titular de «El hombre que defiende al monstruo». Hasta él mismo se veía frío en esa fotografía, en la que salía con traje y gafas de sol, subiendo a su Porsche delante del bufete. Algún paparazzi debía de haberlo acechado después de que «mujer (22)» se convirtiera en «la preciosa Nelly»; «padre de familia (41)», en «el monstruo de la A24», y «cadáver», en «víctima de asesinato con alevosía». Gero soltó un suspiro de resignación.

—Heger sigue negándose a confesar —prosiguió—, así que iremos a juicio y lo lanzaremos a las fauces del fiscal.

—Cosa que no te gusta.

Gero soltó una risotada. «Pillado.»

—Como sabes, hace años que no pierdo ningún caso. Heger va a fastidiarme la estadística. Las pruebas son absolutamente abrumadoras.

—Tal vez deberías probar a abordarlo de una forma diferente —reflexionó Ludwig—. La víctima ya está muerta, y el hecho de que tiene una familia que sufre tal vez sea demasiado abstracto para él. En lugar de eso, deberías hacerle ver lo que significaría para su propia familia que lo condenaran. Para su hija. Sería la hija de un asesino a sangre fría.

—Eso lo es de todas formas.

Ludwig negó con la cabeza.

—Pero también podría ser la hija de un hombre que, en un momento excepcional, cometió un error. Quizá no estuviera en su sano juicio cuando le echó las manos al cuello a la chica. Es probable que pretendiera incluso ayudarla, dándole una muerte más rápida y menos dolorosa después de que se hubiera partido la nuca al caer por la pendiente. Un acto de misericordia. —Se encogió de hombros—. Tal vez confiese si tiene la sensación de que lo entiendes de verdad, tanto a él como sus actos, y que no solo pretendes mantener tu tasa de éxitos.

—Dime, ¿te crees todo eso de verdad o me estás echando por tierra una estrategia de defensa porque en realidad solo te preocupa la reputación del bufete?

—Ay, hijo —suspiró Ludwig, y le puso una mano en la espalda—.

Perder un caso no es plato de buen gusto, pero como empresa, en última instancia, no nos perjudica. Seguiremos siendo el número uno de todo Berlín, no temas.

—¿Qué ocurre, entonces? ¿Te has ablandado con la edad? —Gero sonrió—. ¿No acabas de darme una charla sobre la coherencia?

Ludwig sonrió también, aunque, a diferencia de Gero, con cansancio. En su mirada flotaba algo que este interpretó como nostalgia.

—Seguramente es solo el día, que me ha puesto sensible. Hoy es el cumpleaños de una mujer a la que conocí. O lo habría sido, por lo menos. —Miró a lo lejos, hacia la hierba ensangrentada—. Se llamaba Marta.

Gero estaba asombrado. Ludwig nunca le había mencionado el nombre de ninguna de sus amistades femeninas, y de todos modos no habría merecido la pena recordarlo, ya que cambiaba de mujer más que de camisa.

—¿Un gran amor? —supuso, por tanto.

Ludwig negó con la cabeza.

—Solo un idiota podría amar a una mujer así.

Fragmento de: carta n.º 30

Ese día, siempre ese día. ¡Estaba enferma, por el amor de Dios! Le había dado una bajada de tensión en la bañera. La llevé a la cama y me tumbé a su lado. Lo siguiente que recuerdo es que llamaron al timbre. Me levanté de la cama y fui a abrir. En la puerta estaba la tía Evelyn con su floreada bata sin mangas, y de su mano regordeta llevaba a un niño rubio con unos ojos azules y muy redondos. Ese eras tú.

—¡Bueno, a ver! —protestó—. ¿Cómo es que no me abrías la puerta? He tenido que ir a recoger a Janek al jardín de infancia antes de tiempo porque ha vuelto a pelearse con otro niño. La maestra ha intentado llamaros por teléfono, pero…

—Todavía no hemos pagado la factura —repliqué.

La tía Evelyn puso los ojos en blanco y suspiró.

—Como siempre… El caso es que luego me ha llamado a mí y he ido a buscarlo.

Intentó entrar en el piso, pero se lo impedí. Le dije que no podía dejaros pasar porque Marta estaba enferma. Que seguramente era una gripe fuerte, no fuera a ser que tú te contagiaras. La tía Evelyn puso cara de preocupación al instante.

—No pasa nada, tía Evelyn. —Sonreí y le di unas palmaditas en el brazo—. Yo cuido de ella, lo tengo todo controlado, de verdad. Le he preparado una infusión y le he puesto la bolsa de agua caliente.

—Venga, déjame entrar un momento —insistió ella, que te soltó de la mano y te indicó que la esperases en la puerta.

Antes de que pudiera impedírselo otra vez, ya se había abierto paso a mi lado.

—Por favor, tía Evelyn. ¡Necesita descansar!

Corrí tras ella y la agarré del hombro justo cuando iba a entrar en el dormitorio. Marta detestaba que la despertaran. Además, nunca dormía lo suficiente, porque sus invitados no tenían consideración y la reclamaban a las horas más intempestivas.

—Está… muy pálida —dijo la tía Evelyn con la voz entrecortada, y entonces me miró con una expresión muy diferente.

Yo me limité a asentir apenas, la agarré del brazo y tiré de ella hacia el pasillo y la puerta de casa. De camino echó un vistazo por la puerta abierta del cuarto de baño y vio el caos de ahí dentro. La gente hablaba mucho de nosotros, desde siempre. De lo descuidada que era Marta como ama de casa y de que ni siquiera era capaz de prepararnos los bocadillos para el colegio. De que trabajaba por las noches y dormía durante el día, o de que, como había ocurrido esa mañana, se daba baños de espuma como si lo normal no fuese bañarse solo por las noches. Hablaban tanto que al final se les agotaron las palabras y, en lugar de eso, nos enviaron a la mujer de Protección de Menores.

—Niña —oí decir a la tía Evelyn, aunque ya la había echado del piso—. Niña — la oí de nuevo, esta vez a través de la puerta cerrada.

Regresé al dormitorio y volví a tumbarme. Con Marta, que seguía dormida.

Nadja

Es posible que, antes, la casa de la abuela de Laura fuese un lugar lleno de sol y calidez donde ella iba a pasar las vacaciones, donde olía a bizcocho recién hecho, donde se daban abrazos, se sentía la cercanía de los demás, se contaban historias. Me imagino a una niña pequeña sentada aquí, a la mesa de la cocina. Hace un momento estaba fuera, saltando por la maleza con su precioso vestidito de verano, o sentada en el puente de madera, con los dedos de los pies metidos en el agua fría antes de que la abuela la llamara adentro, porque tenía que ayudarla a preparar la cena.

«Pero ándate con ojo con ese cuchillo», oigo que le dice la abuela a la niña antes de que una despiadada grieta desgarre la escena de mi cabeza. La imagen que aparece tras ella da la sensación de haber perdido los colores; resulta fría, amenazadora. Es la realidad. Los tres —el señor Van Hoven, Laura y yo— estamos sentados a la mesa de la cocina. Cada uno tiene una taza de café delante e impera un silencio opresor desde lo que parece una eternidad. Laura, derrumbada en su silla de la cabecera de la mesa, mira el techo apática; en los labios del señor Van Hoven se aprecia una sonrisa torcida, una alegría depravada que, por lo que se ve, no logra ocultar del todo. Yo cuento mis inspiraciones en silencio, noto mi nerviosismo por cómo me laten las venas del cuello. La espera me está volviendo loca, quiero que pase algo y al mismo tiempo no, porque intuyo que, en retrospectiva, estar aquí sentados, exhaustos, será la parte más agradable de todo este asunto. La menos peligrosa.

—Pues bueno. —Dos simples palabras que pulverizan el silencio como golpes de timbal—. Se abre la sesión. Primero, los datos personales. —El señor Van Hoven se aclara la garganta—. Laura van Hoven, de soltera Brehme. Fecha y lugar de nacimiento: 29 de abril de 1985, Uraniemburgo. Nacionalidad: alemana. Estado civil: casada. Ocupación actual: ama de casa, madre… —Mira a su derecha, hacia Laura, que se ha erguido con sobresalto. Ahí sentada con ese fino camisón embadurnado de la sangre de Aron Bruckstätt, vuelve a temblar y se echa a llorar. Laura, que tiene miedo porque no sabe qué está pasando. También yo tiemblo—. Y todas las demás cosas que hace en cuanto su esposo da la vuelta.

—Señor Van Hoven… —intervengo yo, pero callo al instante porque su mano se levanta con brusquedad.

—No, Nadja, todavía no te toca —dice con un tono como el que a veces le oigo usar por teléfono, cuando Laura deja que Vivi lo llame después de la hora de cerrar para preguntarle si llegará a casa a tiempo para leerle un cuento al acostarse—. ¿Los datos personales son correctos por el momento?

Laura farfulla entre lágrimas.

—Te he hecho una pregunta, Laura.

Ella asiente, creo que con gran esfuerzo.

—Por favor, señor Van Hoven. —Vuelvo a intentarlo—. Todo esto es un poco…

Ahora es su puño lo que golpea la mesa. El café tiembla en las tazas, yo me sobresalto, Laura lanza un aullido.

—¡He dicho que todavía no te toca, Nadja! —Se vuelve de nuevo hacia su mujer—. ¿Todo correcto por el momento?

—Sí —susurra ella con voz ronca.

—Bien. ¿Querrías informarnos ahora, por favor, de cómo conociste a la posterior víctima, el fotógrafo Aron Bruckstätt?

—Tú ya lo sabes.

Con un suspiro, el señor Van Hoven se reclina en su silla y nos mira por turnos a Laura y a mí.

—Veo que todavía no lo habéis entendido. —Se cruza de brazos y fulmina con la mirada a su mujer, que solloza en voz baja—. ¿Dudas de mí? ¿De verdad dudas que me lo esté tomando en serio? Sin este juicio, tu sentencia está muy clara, cariño.

Ella se tapa la boca con la mano para reprimir un lamento.

—Pobre Vivi… —prosigue él con fingida lástima—. ¿Cómo voy a explicarle que su mamá no volverá a casa nunca más?

—Por favor, vuelve a casa. Sin ti me pasaré todo el día llorando.

—Eso no va a poder ser, cielo.

—¿Por qué no?

—Porque la gente cree que he hecho algo muy muy horrible.

—¡Pero si tú no has hecho nada!

—Todavía eres demasiado pequeño para entenderlo. Cuando la gente cree que has hecho algo horrible, ya no te dejan volver a casa. Las cosas son así.

Al rascarme la frente me toco la herida y aspiro entre dientes porque me escuece mucho. «Quiero despertar», es lo único que pienso. En

casa, en mi piso pequeño y sobrio, con ese olor a Ajax que tanto me tranquiliza. Quiero hacer la cama, y treinta sentadillas. Quiero ir a trabajar y ver allí a ese hombre simpático que es mi jefe y que me enseña fotografías de Vivi.

Su mirada es dura. No parpadea mientras observa a Laura. Tiene los ojos fijos en ella.

—Así pues, ¿dónde os conocisteis?

—En la fiesta de Navidad del Club de Tenis —responde ella con la voz entrecortada.

El señor Van Hoven balancea la cabeza.

—Con más detalle, por favor.

Me doy cuenta del esfuerzo que hace Laura por mantener la compostura, veo cómo intenta controlarse. Toma aire un par de veces, abre la boca y vuelve a cerrarla. Sé lo que se siente, cómo es cuando te gustaría explicarte pero al mismo tiempo sospechas que con cada palabra que digas solo te hundirás más.

—Tú inténtalo —la animo, sin embargo, y le ofrezco una mirada que debería infundirle valor.

Me digo que, mientras el señor Van Hoven esté dispuesto a escuchar, no ocurrirá nada peor, y es probable que Laura también lo haya entendido así. Respira hondo una vez y entonces empieza a hablar.

—La fiesta de Navidad fue el 18 de diciembre. Me llevaste tú. Yo hacía varios días que estaba muy contenta porque al fin íbamos a pasar otra vez una velada juntos sin la niña. Hacía muchísimo que no salíamos los dos solos. Tú siempre trabajas mucho y, cuando llegas a casa, estás cansado. Pero en cuanto llegamos al club te olvidaste de mí. Me quedé allí plantada, sola, mientras tú charlabas animadamente con el fiscal Mertens y un par de personas más. Aron se me acercó en la barra y nos pusimos a hablar.

—¿Sobre qué?

Ella niega con la cabeza.

—Nada en especial. Cuando se enteró de que era tu mujer, me dijo que solíais jugar al tenis. Comentó que tenías muy buen revés. También me dijo que trabajaba de fotógrafo y que acababa de sacar un libro con sus fotografías. Me pareció interesante.

—¿Qué más?

—Nada más. Eso fue todo.

—Esa noche.

—Esa noche, sí.

—¿Aron Bruckstätt te pareció atractivo?

Laura empieza a removerse en la silla.

—Gero…

—O sea que sí.

—Eso no tiene nada que ver —señalo yo.

—¡Ah! —El señor Van Hoven sonríe—. ¡Una objeción! Buen intento, Nadja. Por desgracia, debo denegártela, ya que es evidente que tiene mucho que ver, puesto que, como de todos es conocido, poco después empezaron a tener una aventura. Y yo quiero saber cómo, y si mi mujer iba incluso buscando eso desde el principio, quizá.

Laura se pone blanca de repente, más que antes.

—¡No, no lo buscaba! ¡Lo juro!

—¿Y cómo es, entonces, que volviste a ver a Aron Bruckstätt?

Ella baja la mirada.

—Su libro de fotos —responde a media voz.

—Su libro de fotos —repite el señor Van Hoven sin inflexión alguna.

Ella asiente y sigue contando. Sucedió dos días después de la fiesta de Navidad, entrada la tarde. Llamaron a la puerta de casa. Aron Bruckstätt, menuda sorpresa. Ella dejó que la abrazara al saludarla, inhaló el aroma de su cazadora de cuero y el perfume de su loción de afeitado. Me retuerzo por dentro; no sé si quiero oírlo. El señor Van Hoven, por el contrario, se inclina hacia delante con interés. La anima.

—¿Su olor te pareció seductor?

Contengo el aliento y oigo contestar a Laura entrecortadamente.

—Creo…, creo que sí.

El señor Van Hoven enseña los dientes como un animal.

—Sigue.

Laura cuenta que Aron le había llevado un ejemplar. El libro de fotos del que habían hablado durante la fiesta de Navidad del Club de Tenis. *Lugares perdidos en el tiempo,* sonríe al mencionar el título, creo que sin darse cuenta. Ella le dio las gracias y le ofreció un té, por cortesía. Se hizo cargo de la cazadora y lo acompañó al salón. La situación le resultaba incómoda, pero al mismo tiempo…

—En fin —dice entonces, y en lugar de terminar la frase sonríe de nuevo—. El caso es que también me resultó simpático que hubiera ido a verme. ¿Entiendes lo que quiero decir?

El señor Van Hoven no responde, solo sigue enseñando los dientes. Un depredador que observa a su presa desprevenida.

Laura sigue contando que preparó té. Preparó té, le sirvió una taza a Aron, se sentó con él y le preguntó por su libro, por los viajes que documentaba en él, por cuáles de esos lugares perdidos en el tiempo lo habían impresionado más. Y él le relató cosas de su trabajo y sus

andanzas. Sonaba muy emocionante.

El señor Van Hoven suelta una risa.

—Dios mío, qué penoso.

—Sí —dice Laura, y se sorbe la nariz—. Seguramente lo fue. Pero, no sé… En presencia de Aron cobré conciencia de las cosas más ridículas. De repente me pregunté si me había imaginado mi vida así. Siendo ama de casa y madre nada más. Preparando desayunos. Haciendo bocadillos para la guardería. Limpiando, lavando, cocinando, planchando camisas, esperándote a ti… ¡Siempre esperándote! En cuanto él se sentó en nuestro sofá, fui consciente del tiempo que hacía que no iba a la peluquería a cortarme el pelo por fin, o a teñirme las raíces. Comprendí lo dejada que debía de parecerle con mis pantalones de yoga y mi camiseta holgada, que por lo general me resultaban tan cómodos y prácticos. ¿Cuándo había dejado de ponerme vestidos, faldas, joyas? —Baja la mirada hacia el fino camisón ensangrentado.

—Soy todo oídos. —El señor Van Hoven.

«¿Tienes idea de lo guapa que eres?», le preguntó entonces Aron Bruckstätt. Sin duda fue eso. Se lo preguntó así, sin venir a cuento, en mitad de una explicación sobre su siguiente proyecto fotográfico. Lo guapa que era… Sí, se le había olvidado. Hacía mucho tiempo que nadie se lo recordaba.

Sonríe ensimismada, y el señor Van Hoven sigue mostrándole los dientes. Noto una sensación desagradable que me cierra el estómago. Laura está haciendo justo lo que él quiere: explicar detallada e implacablemente, consciente del hecho de que cada frase, cada una de sus palabras sobre Aron Bruckstätt, lo es también contra su marido. Por quien, al parecer, se sentía desatendida. Y que, sin embargo, no deja de sonreír.

—Creo que nos hacemos una idea —me obligo a decir—. Son cosas que pasan. El matrimonio, la rutina…

—Cállate, Nadja —sisea el señor Van Hoven.

No lo consigo. No sé lo que está pasando aquí, solo que debo impedirlo.

—Les ocurre a millones de parejas en todo el mundo.

—¡Que te calles!

Le refulgen las pupilas.

—Da igual, Nadja —dice Laura, y se esfuerza por sonreír—. Le debo la verdad.

Aron Bruckstätt, por tanto, le había dicho que era muy guapa. «Sí, claro», había contestado ella y, vergonzosa como una colegiala, se había apartado un mechón de pelo tras la oreja y, al hacerlo, había

comprobado que los dedos todavía le olían a cebolla. La noche anterior habían cenado osobuco.

—Tu plato preferido —le dice al señor Van Hoven, cuya sonrisa animal se agranda más aún.

—Sigue.

Me encantaría poder taparme los oídos. Igual que hacía siempre cuando era pequeña y las paredes de nuestro piso, demasiado finas, no contenían los fuertes ruidos del dormitorio. Igual que se tapaba los oídos Janek, más adelante.

Laura obedece y sigue contándolo.

Aron Bruckstätt le propuso llevarla un día a hacer un poco de estudio de campo, y ella accedió.

—O sea que pensabas acompañar a un completo desconocido a un —el señor Van Hoven dibuja unas comillas invisibles en el aire— «estudio de campo».

—No, la verdad es que no —responde ella con ciertas dudas—. Pero la idea de que podría hacerlo, no sé, me…

—¿… excitó?

Me estremezco.

—¡No, Gero! —Laura sacude la cabeza, presa del pánico—. Fue más bien… la perspectiva de salir un día, de no tener que ser siempre yo misma, lo que…

—… te excitó —termina su frase el señor Van Hoven.

—Aunque así hubiera sido, no se trata de nada en absoluto reprochable —señalo—. Es algo que nos pasa a todos a veces, ¿verdad? —Río como una tonta.

Pienso en mi madre y en cómo se evadía con la música de Johnny Hallyday. Pienso en mí, que los sábados por la tarde me siento junto a la ventana abierta de la cocina de mi piso y, mientras oigo las risas de al lado, a veces miro abajo. Cinco plantas; echar a volar y evadirme para siempre. Qué fácil sería, cuantísimo más fácil a veces.

—En fin, después me dio su número de teléfono.

—Que luego tú marcaste.

—Poco después de las fiestas —confirma ella con la cabeza gacha —. Tú y yo habíamos discutido, ¿recuerdas? Yo les había prometido a tus padres que iríamos a verlos con Vivi el día de Navidad, pero a ti no te apetecía.

—Porque había estado trabajando como un condenado —aclara el señor Van Hoven—. Solo quería un poco de tranquilidad. ¿Era demasiado pedir?

—No —responde Laura—. Claro que no. Yo te entendía, pero tu madre había comprado un ganso para la ocasión, y ya sabes el

esfuerzo que le supone estar tantas horas de pie en la cocina desde que la operaron de la cadera.

—De todos modos fuimos, por si no te acuerdas. Te saliste con la tuya.

—Pero tú te pasaste toda la comida sin decir una sola palabra.

—Me había dejado convencer, nadie habló de repartir buen humor. —Carraspea—. Continúa. De manera que llamaste a Aron Bruckstätt y te desahogaste con él llorando porque tenías un marido horrible y un matrimonio espantoso.

Laura asiente.

—Sí, seguramente así fue —reconoce en voz baja.

—¿Y luego?

La oigo tragar saliva.

—Quedamos para ir a tomar una copa.

—¿Cuándo y dónde?

Laura no responde. Entonces me mira a mí.

—¿No le parece que ya es suficiente, señor Van Hoven? —pregunto con cautela—. Ahora ya sabe cómo empezó la relación con Aron Bruckstätt. El resto puede imaginarlo.

—No, Nadja. No es suficiente.

Claro que no. Siento que mis manos se tensan y se convierten en puños. Laura está sollozando.

—¿Podríamos descansar un momento?

—Sí, por favor, déjenos descansar un poco —secundo yo, aunque no tengo ninguna esperanza de que el señor Van Hoven acceda.

Sin embargo, lo hace. Sonriendo y con voz alegre.

—¡Claro, cómo no! —Se lleva la taza a los labios y dice—: Vamos a tomarnos ahora el café.

Veo acechar al depredador por encima del borde de su taza. Laura y yo no tocamos las nuestras, solo cruzamos una mirada.

—He dicho —gruñe él— que nos tomamos el café ahora.

Me va a estallar la cabeza. No sé si será a consecuencia de la caída o si es que el intento de comprender la conducta del señor Van Hoven me está fatigando en exceso. Laura lo ha engañado, él está furioso; hasta ahí llego. Solo que yo imagino la furia como una avalancha que, una vez desencadenada, es imparable. «¿Quién demonios eres?», le pregunto en silencio. Un hombre que, según parece, es capaz de plantarse delante de una avalancha y dejarla en pausa mientras disfruta de un café. Casi preferiría que gritara, que perdiera los estribos, que nos amenazara. Me resultaría más natural, más humano. Puede que incluso más predecible. En lugar de eso, de repente se ha

transformado. Está simpático. Tranquilo. Pregunta si queremos más leche con el café.

—No, gracias. Así está bien —dice Laura con voz temblorosa.

Yo también bebo un sorbo. Apenas consigo tragar nada, pero no me atrevo a rechazar el ofrecimiento. No me fío de esta tregua.

—Debo disculparme —profiere tan de repente que, al dejar la taza, derramo un poco de café—. Los recesos son importantes, tenéis toda la razón, pero es que veces se me olvida. Soy un adicto al trabajo, como dice Laura, ¿verdad, cariño? —Ella no responde, solo me mira a mí. El señor Van Hoven suelta una risa—. Bueno, vaya par de muermos estáis hechas. ¿Es que ninguna tiene alguna anécdota que compartir? ¡Nadja! —Me estremezco—. ¡Cuéntanos algo de ti! ¿Cuánto hace que vives en Berlín? —No respondo—. Como quieras, también podemos seguir con el juicio, desde luego.

—Cinco años y medio.

Satisfecho, se reclina en su silla.

—¿Y te gusta?

Asiento con la cabeza.

—Sí —dice él—. Berlín es una ciudad bonita. Es mi ciudad. Tú, ¿de dónde eres?

—De Zabrew, en Polonia.

—Sí, es verdad. ¿Y tu familia? Tenías un hermano, si no recuerdo mal.

El corazón se me detiene un instante.

—No estamos en contacto.

—Vaya —dice el señor Van Hoven con una voz repugnantemente afectada—. Lo siento mucho, no quería reabrir viejas heridas.

Tengo ganas de gritar, pero en lugar de eso bebo café.

—Gero —dice Laura, y su tono delata que quiere intentar otra estrategia—. ¿No podríamos arreglar todo esto de otra manera? Comprendo que estés enfadado, pero, para empezar, Nadja no tiene nada que ver, y además…

—¿Quieres irte, Nadja? —Ladea la cabeza. Vuelve a sonreír.

Me muerdo el labio inferior. Pienso en John Haigh, el asesino en serie inglés con el plan perfecto, pienso en sus crímenes y en sus víctimas, esas que solo tuvo que tirar por el retrete. En que al final lo atraparon, pero solo porque llamó la atención de la policía a causa de sus antecedentes penales. Al registrar su piso encontraron el recipiente de ácido sulfúrico, y dentro todavía había un pie a medio disolver, tres cálculos biliares y una dentadura. Todo mi cuerpo se tensa al pensar que el señor Van Hoven no tiene antecedentes penales sospechosos. Que podría saber cómo encubrir sus actos mejor aún que John Haigh.

Que se conoce al dedillo todos los trucos legales y el trabajo policial. Que el fiscal es uno de sus mejores amigos. Que Berlín, como acaba de subrayar, es su ciudad y la tiene absolutamente controlada.

—¿Nadja?

—Si me voy, matará a Laura.

—Es posible.

Repaso mis posibilidades. Solo encuentro una. Jamás sería lo bastante rápida para lograr pedir ayuda.

—Sigamos con el juicio.

Julio de 2015
(cuatro años antes)

Fue un martes cuando el joven se presentó en el despacho de Gero van Hoven. Puesto que esa tarde Laura había ido al bufete para presentarles a todos a la recién nacida Vivi, el visitante pudo cruzar la antesala vacía y entrar en el despacho de Gero. Este acababa de levantarse de su sillón para ir al comedor de empleados, donde el personal ya se había reunido para brindar por la niña, cuando el joven cruzó la puerta.

—¿Es usted Gero van Hoven? —preguntó. Le temblaban tanto la voz como las manos. En la derecha llevaba un periódico doblado; en la izquierda, un sobre.

—¿Sería tan amable de presentarse usted? —preguntó Gero a su vez, mientras evaluaba a su interlocutor.

El tipo debía de tener veintipocos años y seguramente su madre nunca le había dado suficiente de comer, o eso hacía pensar su raquítica figura vestida con una desgastada camiseta negra de Metallica y unos pantalones cortos que le llegaban justo por encima de las huesudas rodillas. Y eso a pesar de que, aun desde la distancia que separaba la puerta del escritorio, parecía sacarle a Gero una cabeza. Tenía la cara pálida y con la piel plagada de imperfecciones, además de unas ronchas nerviosas rojizas que su pelo rubio claro realzaba más aún.

—Sí que es Gero van Hoven —dijo el joven, y asintió con ímpetu, como para confirmarse a sí mismo que había acertado—. Lo he visto en el periódico.

Para demostrarlo, lo abrió y lo sostuvo en alto. En una mitad de la portada se veía a Paul Heger saliendo de los juzgados el día anterior, con la cara llorosa y Gero a su lado; en la otra, una fotografía de Nelly Schütt. Por encima, el periódico titulaba: «Ocho años para el monstruo de la autopista».

Homicidio, ese había sido el fallo del juez. Por fin, pues la muerte de Nelly Schütt ya llevaba un año en la prensa. Había sido un juicio difícil, no solo para Gero, sino también para su nuevo amigo, el fiscal Fred Mertens, que contaba con muchos indicios pero ninguna prueba

incontestable contra Heger. Tal como sospechaba Gero, sin embargo, Mertens se había servido de la ayuda de una opinión pública unánime. Paul Heger era un padre de familia bien situado, a quien las cosas le habían ido siempre demasiado bien, que lo había tenido todo y no había sabido valorarlo como debía. Alguien que había abierto un agujero en el hielo fino y había arrastrado a una inocente chica de pueblo hasta las frías y negras profundidades. El resultado del proceso había dejado a Gero tranquilo en cuanto a la reputación del bufete y a su propio renombre como abogado; al fin y al cabo, la pena de Heger podría haber sido notablemente superior y, de no haberlo tenido a él como abogado, sino como juez, eso habría ocurrido. Despreciaba a Heger, y más aún desde que este, al oír su sentencia, se había echado a llorar y había gritado, en lugar de agradecerle que el asunto se hubiera resuelto de una forma tan leve. Al contrario, hasta el último momento había insistido en su inocencia y había afirmado que Gero era «un demonio que está conchabado con el fiscal». Para entonces ya lo habían sacado de la prisión preventiva de Moabit y lo habían trasladado al centro penitenciario de Tegel, donde cumpliría su pena.

—A ver —le dijo Gero al joven—. No tengo ni tiempo ni ganas para jugar a las adivinanzas, así que acortemos. ¿Quién es usted y qué desea?

—En el periódico dicen que tendrá que estar ocho años en la cárcel.

«Este es de los sensibles», pensó Gero. Uno de esos que no soportaban que alguien pudiera quitarle la vida a otra persona por la ridiculez de ocho miserables años, y que consideraban que a veces el sistema era tan injusto que clamaba al cielo.

—Oiga —empezó a decir, y levantó las manos mostrando comprensión.

—Yo pensaba que saldría libre.

Gero se quedó de piedra.

—¿Cómo?

—Pensaba que tenían muy pocas pruebas y que, por eso, seguro que saldría libre.

—¿Quién es usted? —volvió a preguntar Gero, sin levantar tanto la voz esta vez.

Alcanzó a ver la nuez del joven subir y bajar cuando tragó saliva enérgicamente un par de veces seguidas. Pareció requerir un gran esfuerzo para acercarse a Gero y entregarle un sobre.

—Aquí tiene mi confesión.

El asombro de Gero fue tal que ni siquiera se dio cuenta del alboroto que se había formado en la antesala. Sin embargo, Laura entró entonces corriendo en el despacho. Sacudía los brazos y gritaba.

Como la pelota de un juego infantil, así había ido pasando la niña de unos brazos a otros entre todos los trabajadores. Una mano tras otra había acariciado su pelo suave y delicado, la fina curvatura de su nuca. Una nariz tras otra había inhalado el dulce aroma único que solo un recién nacido podía desprender… Hasta que todos saciaron su repentina necesidad de pureza e inocencia y quisieron tener las manos libres de nuevo para sostener la copa de champán con que beberían a su salud. Debió de producirse entonces una interrupción en la cadena, alguien que no se la había pasado al siguiente, puesto que de pronto la niña no estaba y reinaba la conmoción. Nadie recordaba en brazos de quién la había visto por última vez. Vivi había desaparecido y Laura estaba destrozada. Después de sufrir un ataque de histeria, se derrumbó en el sillón de Gero como un saco de harina, apática, y dejó que un par de trabajadoras del bufete se ocuparan de ella con pañuelos y abrazos. Gero apenas podía soportar verla. Fue como si de repente se hubiese abierto entre ambos un abismo insalvable. Él era el más fuerte de los dos, por supuesto —siempre lo había sido y eso le gustaba—, pero tratándose de Vivi habría esperado que Laura se comportara como una leona, y no como un gnomo cobarde que se retiraba a un rincón seguro y se limitaba a poner cara de compungida. Era una actitud que le había molestado ya en su propia madre, algo que siempre le había resultado doloroso. Pero eso tendría que aclararlo más adelante; de momento, lo que había que hacer era encontrar a la niña. De modo que organizó equipos de búsqueda para las tres primeras plantas y la recepción del bufete. Él mismo se asignó la planta superior, la cuarta. Quienes lo acompañaban lo perdieron de vista enseguida. Al contrario que a ellos, a Gero le bastaba con echar un raudo vistazo en una sala para saber que Vivi no se encontraba dentro. No tenía que buscar detrás de escritorios ni de puertas; habría sentido su presencia al instante, aunque hubiera estado escondida dentro de un archivador. Por la escalera abierta de la antigua fábrica de calderas se oían chillidos asustados que rebotaban como pelotitas de goma descontroladas por entre las viejas y gruesas paredes. A Gero le habría encantado hacerlos callar de un grito; ya estaba lo bastante nervioso sin todo ese alboroto, que no hacía más que subrayar la gravedad de la situación. No debía dejarse arrastrar por ellos, debía mantener la cabeza despejada. Sin embargo, cuantas más salas dejaba atrás, más empezaba a sudar. Sentía una ira abrasadora hacia Laura, que evidentemente no había vigilado lo suficiente a Vivi, que se había dejado distraer como una niña por las atenciones de los demás, que había sostenido su copa de champán charlando con alegría mientras alguien, a saber quién, había osado llevarse a su hija. «Te encontraré»,

masculló Gero en silencio, aunque ni él mismo sabía si con ello se refería a Vivi o al secuestrador. Por la cabeza se le pasaron mil posibilidades. Un cliente descontento, o el familiar de alguna víctima. Incluso pensó en Paul Heger y en la propia Laura. Heger, que lo odiaba porque no lo había librado de la cárcel, y Laura, que se había echado a llorar al enterarse de que estaba embarazada, porque, según dijo, todavía no se sentía preparada para tener hijos. En ese mismo instante, Gero supo que ambas opciones eran ridículas. Heger estaba encerrado en su celda de Tegel, y Laura se había acostumbrado enseguida a su papel de madre y quería a su hijita por encima de todas las cosas. «A no ser que haya permitido que alguien secuestre a Vivi.» Gero abrió de golpe la última puerta del pasillo; ni rastro de la niña. Se frotó la frente. Se sentía como si le estuvieran comprimiendo el cráneo en un tornillo de banco. Comprendió que debía informar a la policía. Era grave, era real: alguien se había llevado a Vivi y cada segundo contaba. En los secuestros de niños, las primeras cuarenta y ocho horas eran decisivas. Gero se encogió por dentro. No quería pensar en su hija como en una víctima, no podía convertirse en eso. Al apartarse la mano de la frente, su mirada recayó en una puerta más: la puerta metálica que llevaba a la azotea. Fue hacia allí como accionado por control remoto, la abrió, subió los primeros peldaños de la escalera de acero. Y de pronto sintió la presencia de Vivi. La sintió antes aún de verla en brazos de una mujer que se acercaba peligrosamente al borde del tejado. Solo la barandilla, de una rejilla fina, se interponía entre ella y el vacío, entre Vivi y por lo menos quince metros de caída libre.

—Nadja —dijo sin pensar, y alargó la mano—. Por favor, no haga nada precipitado.

Fragmento de: carta n.º 31

El mundo me resulta tan extraño que me arrastro por él como un fantasma. No soy más que el aliento de una existencia, algo así como traslúcida. Transparente. Y eso que nadie sabe toda la verdad, ni siquiera mi terapeuta. Algunos días hablo con ella y escupo a sus pies pedazos sin digerir, otros solo me quedo ahí sentada y respondo parca, con un sí o un no, o un gesto indeterminado de los hombros, porque pienso que de todas formas no servirá de nada. ¿Cómo va a ayudarme? ¿Puede hacer que el tiempo retroceda, que las cosas no hayan pasado? Claro que no.

Incluso tú conoces solo una parte de la verdad y lo que te han ofrecido como «hechos». Pero no sabes cómo fue en realidad ese día, ese 17 de junio. No tienes ni idea de lo que sentí… ¿Cómo ibas a saberlo? No hay manera de que consiga escribir esta maldita carta, de que encuentre palabras que puedas comprender. Seguramente jamás lograré acabarla, y aun así lo intento una y otra vez. Cojo una nueva hoja en blanco y escribo para ti. El 17 de junio de 1999. Ese día, ese día, ese condenado día.

Nadja

En la cocina de la casa del bosque del Spree, Laura encoge las piernas y las sube al asiento de su silla. Se rodea las rodillas con los brazos y se mece, no sé si por malestar o para regresar al pasado. A su primera cita con Aron Bruckstätt. Tuvo que buscar a quien cuidara a la niña y también algo que, sin darle demasiadas vueltas, llama «coartada». Tiembla mientras lo explica.

Primero llamó a su marido al despacho. Le dijo que había quedado con una amiga. Mientras hablaba por teléfono, levantó los hombros y cerró los ojos con fuerza, casi esperando que él descubriera sus intenciones al instante. «¿Qué amiga?», habría tenido que preguntar, consciente de que apenas había salido sin él desde la boda y, desde que Vivi había nacido, ya ni eso. Una amiga… ¿Cuál? ¿Qué amiga podía quedarle? Igual que Gero, sus antiguas amigas y conocidas trabajaban todo el día. Para salir con ellas solo le quedaban las tardes, pero ese rato prefería pasarlo con él porque, si no, no se veían nunca. Al principio, justo después de que Laura dejara su trabajo de secretaria, había sido agradable. Podía dormir hasta tarde, despertar sin prisas en el elegante piso de Gero y, más adelante, en su casa común, sentarse en la terraza con un capuchino hecho en su lujosa cafetera cromada y compadecerse de quienes a esas horas corrían para ir a trabajar y hacerse cargo de sus vidas. Por entonces, Laura estaba ocupada con los preparativos de la boda, iba a darse masajes, a la peluquería o a comprar. Pero después…

—Me encantaban nuestras noches juntos —comenta como para justificarse—. ¿Te acuerdas? Nos sentábamos delante de la chimenea, bebíamos vino, hacíamos planes de viajes que disfrutaríamos cuando Ludwig te hubiera traspasado el bufete por completo y, así, pudieras decidir sobre tu tiempo con más libertad. Nos imaginábamos cómo sería vivir en el campo. Tú trabajarías solo un par de días a la semana, irías y vendrías. Siempre estábamos de acuerdo, a veces incluso decíamos la misma palabra a la vez, y entonces nos reíamos y chocábamos los cinco como dos tontos. Todo aquello era mucho más bonito que la perspectiva de quedar con alguna amiga en un bar y estar de cháchara insustancial con ella. En aquella época dije muchas veces que no, hasta que llegó un día en que ya nadie me preguntaba si

me apetecía hacer algo. Seguramente tenían muy clara mi respuesta. «No puedo. Velada con mi amorcito.» Emoticono de guiño. —Una sonrisa ensimismada muere en sus labios—. En el fondo, deberías haber sabido de sobra que te mentía cuando te llamé para decirte que iba a salir con una amiga. Puede que incluso deseara en secreto que descubrieras mis planes y me los echaras a perder. Así, habría sabido que todavía era importante para ti.

Pero no hubo nada. Ninguna pregunta, ninguna palabra que expresara duda, solo un gruñido que le hizo intuir que su marido, para variar, estaba ocupado en otras cosas. Debía de estar estudiando el informe de un caso o firmando correspondencia mientras hablaba con ella. Al final de la llamada, él le deseó que lo pasara bien con una frase que sonó a fórmula de cortesía, y colgó antes de que ella tuviera tiempo de contestarle con un «Gracias, cariño».

—Sigue —murmulla el señor Van Hoven.

Laura asiente.

Llevó a Vivi a casa de los padres de él, que se alegraron de dar cobijo a su nieta por una noche. «Qué lástima que tuvierais que marcharos tan pronto el día de Navidad», le dijo su suegra, sonriéndole con tristeza. Ella repuso que Gero iba muy estresado en el bufete, y le acarició el brazo a Irma para consolarla. «Siempre está igual, Laura», comentó la mujer con un suspiro.

Y entonces… lo hizo. Se subió al coche y programó el GPS. Tanto Aron como ella opinaban que no debían quedar en la ciudad; demasiada gente, si tenían mala suerte podían toparse con un rostro conocido y eso conllevaría la necesidad de explicarse. ¿Quién iba a creerlos si decían que habían quedado para charlar? Así que condujo treinta kilómetros, solo por él. Hasta un bar de camioneros de una carretera nacional. Allí no se encontrarían con nadie que los conociera. Que pudiera chismorrear sobre ellos y delatarlos. Sin embargo, el sitio era sucio y espantoso. Alguien se había tomado la molestia de construir una metáfora en ladrillo, madera y carteles luminosos de las cosas sucias y espantosas que ella estaba a punto de hacer. Paredes con revestimiento oscuro, luz tenue, un aire cargado de humo de tabaco, una clientela como salida de otro mundo. Personajes consumidos, camioneros, prostitutas. Y, por supuesto, él. Aron Bruckstätt, que estaba apoyado en la vieja gramola cuando ella entró y se sintió como una idiota con el vestido rojo ceñido que llevaba debajo del abrigo. Aron, que al saludarla la abrazó unos segundos más que dos semanas antes, en la puerta de su casa. Aron, que no le quitaba los ojos de encima, como si fuera una posible modelo para una nueva serie fotográfica. «¿Quién habría pensado que podías estar

más guapa todavía? —dijo—. Me gusta tu nuevo peinado.»

«¿Por qué hemos quedado justamente aquí?», preguntó ella mientras él la ayudaba a quitarse el abrigo.

«Estudio de campo para mi próximo proyecto.» Sonrió. Le dejó el abrigo en un taburete de la barra, regresó a la gramola y apretó un botón. Frank Sinatra y su hija cantaban una tontería, *Somethin' Stupid*. Aron alargó el brazo hacia ella, tiró de su mano y bailaron. Eran los únicos que lo hacían en ese cuchitril, bajo las miradas de los curiosos personajes. «Qué vergüenza —pensó ella—. Qué mal.» Y aun así, apoyó la cabeza en su hombro y se dejó llevar. Notaba los latidos del corazón de él, el calor de su cuerpo, el gesto firme con que le rodeaba la cintura, y entonces cobró conciencia de que no había ido allí solo para charlar. Había organizado el canguro y una coartada. Se había depilado las piernas y había sacado del armario el vestido rojo que se puso por última vez la Nochevieja de hacía dos años. Se había pintado los labios y había introducido en su GPS la dirección que él le había enviado por mensaje de texto. También fue consciente de que habría podido dar media vuelta. Habría podido girar con el coche en el aparcamiento y regresar a casa, junto al hombre a quien cinco años antes había prometido fidelidad eterna.

—Sí —dice el señor Van Hoven, y asiente con prudencia—. Justo eso deberías haber hecho, Laura. Y en cambio, ¿qué hiciste?

Ella mira al suelo. Calla.

El señor Van Hoven me mira a mí.

—Creo que me engañó esa misma noche. ¿Fue así, Laura? ¿Tuviste relaciones sexuales con Aron Bruckstätt esa noche? ¿Os buscasteis un hotel enseguida?

Laura niega con la cabeza y sigue explicando.

Aron Bruckstätt y ella en el servicio de señoras. Ella, inclinada y apoyándose con las manos en el borde del lavabo. La sensación de debilidad de las rodillas le subió hasta lo más alto de los muslos. Sintió vergüenza. ¿Qué había esperado? Un polvo en los servicios sucios de un bar cutre, de pie, incómodo y doloroso en todos los sentidos. «Estudio de campo», se dijo. Tal vez ella misma fuera también una especie de estudio de campo para él. Tal vez solo había querido comprobar hasta dónde estaba dispuesta a llegar. Si de verdad podía conseguirla tan fácilmente. Una pizca de atención, un bailecito con una canción cursi, media cerveza y ya tenía lo que quería. Lo miró de reojo y lo vio de pie junto a la otra pila, lavándose las manos y la cara, lavándosela a ella de encima. Visualizó su honor desapareciendo por el desagüe y susurrando por las viejas cañerías mugrientas hasta llegar al alcantarillado, con las ratas. Por la puerta cerrada del servicio

llegaban retazos de AC/DC. Seguro que algún camionero había cambiado la canción de la gramola, asqueado del espectáculo azucarado y lamentable que se había visto obligado a presenciar. La horrorizaba tener que salir del servicio y enfrentarse a las miradas de esos personajes, pero tendría que hacerlo, porque su abrigo se había quedado junto a la barra.

«¿Te encuentras bien?» No se había dado cuenta de que Aron había cerrado el grifo y se había colocado tras ella. La asió de las caderas y ella levantó la mirada sin querer y se vio en el espejo cochambroso de encima del lavabo. Conque esos eran ellos: una pena de mujer con las mejillas encendidas, el rímel corrido y varios cabellos pegados en la frente a causa del sudor, y tras ella un hombre con pinta de estar la mar de fresco y satisfecho. Aron posó el mentón en su hombro y susurró: «Mi putita». Laura aún no se explicaba cómo su rostro emborronado en el espejo había podido sonreír al oírlo.

Llora. Tiembla entre sollozos. Se disculpa, pide clemencia. Fue una tonta. Una desagradecida. Mientras tanto, me he hecho con el manual de derecho penal y lo hojeo nerviosa. En algún lugar tiene que haber algo acerca de la reducción de pena en situaciones excepcionales. Las letras se me difuminan, parpadeo sin control.

—Caíste la primera noche —resume el señor Van Hoven sacudiendo la cabeza, y luego suspira.

—Tras años de desatención por parte de su marido, buscó algo que le levantara la autoestima —alego mientras cierro el libro. Esa letra diminuta me ha mareado—. Se sentía sola.

—Sola —repite el señor Van Hoven—. No me digas.

Se pone de pie, mete la mano en el bolsillo del pantalón y saca el móvil. Laura y yo cruzamos una mirada mientras sus dedos se deslizan por la pantalla y, un momento después, en la cocina se oyen unos acordes de guitarra. *Somethin' Stupid*. Satisfecho, el señor Van Hoven deja el móvil en la mesa, la rodea y alarga la mano. Hacia mí.

—¿Me permites?

Estoy atónita. Quiere sacarme a bailar. A mí.

—Vamos, levanta. —Agita la mano delante de mi cara.

—¿A qué viene esto, Gero? —pregunta Laura en voz baja.

—¿No te gusta esta canción, Nadja?

No respondo.

—Ay, eso no puede ser. A todo el mundo le gusta el viejo Frankie.

Sigo sin decir nada, estoy completamente rígida, pero él me agarra de un brazo y me arranca del banco.

—Gero, por favor. —Laura.

Sus manos. Cierra la derecha alrededor de mi muñeca, la izquierda

la posa en la parte baja de mi espalda y me empuja hacia sí. Me resisto, pero él me lleva sin piedad. No puedo hacer otra cosa que seguirlo, tropezando, mientras se mueve al ritmo de la música como si este bailecito y la insoportable cercanía entre ambos fuese lo más normal del mundo. Tararea la melodía, tiene los ojos cerrados. Por encima de su hombro miro a Laura, que se ha deslizado hasta el borde de su silla y está tan erguida como si un corsé de acero le ciñera el torso. Veo la expresión de desconcierto de su cara pálida y comprendo que debate consigo misma entre hacer o no hacer algo que podría acabar resultando un error. Reúno todo mi valor y tiro de la mano firme que me sujeta la muñeca. El señor Van Hoven abre los ojos y sonríe.

—¿Ya sientes algo, Nadja? ¿Sientes lo que debió de sentir Laura esa noche?

—¡Suéltala, Gero! —Laura se ha levantado bruscamente de la silla.

—Así es como bailaron, Nadja.

Me hace girar. Me mareo, la cabeza me retumba, ante mis ojos estallan lucecitas de colores, mis piernas quieren ceder como dos cerillas consumidas. El señor Van Hoven me sostiene erguida entre sus brazos inflexibles y me coloca en una posición que le permite mirar a Laura.

—Así fue como bailasteis, ¿verdad? ¿Dónde tenía él la mano, Laura? ¿Aquí? —Siento un movimiento en mi espalda: su mano derecha, que se desliza un poco hacia abajo y me aprieta aún más contra su cuerpo—. ¿O así?

Gimo. Me retuerzo. No consigo zafarme.

—¡Suéltala, Gero, por favor! ¡Te contaré todo lo que quieras saber!

—Ay, Nadja, esto se pone divertido. —Oigo su voz junto a mi oído, demasiado cerca, su aliento es cálido y húmedo—. A lo mejor tienes un par de detalles más de vuestra primera noche que compartir con nosotros, Laura.

No hay respuesta.

De repente, una sacudida. Ese movimiento súbito hace que me tropiece de espaldas con las cajas de cartón que hay junto a la ventana. Se tambalean, caen haciendo ruido, y yo me desplomo sobre ellas como una marioneta a la que han cortado los hilos. Durante un instante reina un silencio sobrecogedor. De pronto lo veo todo oscuro. Siento que mis párpados se cierran para entregarse al desmayo y ya quiero desvanecerme en él, pero, entonces, gritos.

—¡Dame eso, Laura!

Pestañeo con insistencia para recuperar la visión. Distingo a Laura, aunque borrosa. Está de pie en mitad de la cocina y no se mueve. Ni

siquiera retrocede cuando él se yergue ante ella, todo lo alto y corpulento que es. Laura tiene el móvil de su marido en la mano, debe de haberlo cogido de la mesa. Reparo ahora en que la música ha dejado de sonar justo un segundo antes de que el señor Van Hoven me apartara de golpe.

—Esta locura se acaba ya mismo —dice Laura con una voz sorprendentemente firme—. Voy a llamar a la policía.

Ese ha sido su error.

Debía de tener yo cinco años, puede que seis. Janek no había nacido aún. A los hombres los llamábamos «invitados», y como tales venían de visita, casi siempre después de acabar el turno en la acería. Mi madre decía que había que ser amable con los invitados, así que yo sonreía cuando les abría la puerta y dejaba que me acariciaran la cabeza para saludarme. Les comunicaba que ella saldría enseguida, los acompañaba a la cocina y allí les sacaba una cerveza de la nevera. Los hombres también eran amables. Al principio, los sonidos que procedían de la puerta cerrada del dormitorio me molestaban tanto como luego molestaron a Janek, pero al ver que después mi madre salía de allí exhausta, cierto, pero sana y salva, comprendí que en esa habitación no ocurría nada malo. Además, los invitados nos pagaban el alquiler y el pan, así que debíamos estarles agradecidas. A veces ella lloraba, eso sí. Su precioso cuerpo habría podido bailar en un gran escenario parisino, bajo los focos y unos aplausos ensordecedores. A veces soltaba una risa gutural: «Bah, a la mierda. Así es la vida, ¿no?». Yo había aprendido a disculparme cuando lloraba y a reír cuando reía.

Pero entonces… Cuando yo tenía cinco o seis años, una noche fue de visita un hombre que era amable, casi más amable que los demás. «Hola, Nadja. Soy el tío Fedor», se presentó, y me dio una tableta de chocolate. No le vi nada extraño; como mucho, parecía tener algo de prisa por desaparecer con ella en el dormitorio, aunque eso ya lo había visto otras veces, porque entre el final de la jornada laboral y la cena en familia no les quedaba mucho tiempo. Me senté a la mesa de la cocina y desenvolví el chocolate con un cuidado enorme para no romper el bonito papel de plata, tan brillante. Oí sus gritos, pero no pensé nada raro. Alisé el precioso papel; lo guardaría y lo conservaría como un tesoro. Más gritos, y yo que dejaba que el primer trocito de chocolate se me derritiera en la lengua, delicado, dulce, maravilloso. Más gritos, que de pronto me molestaron. Porque sonaban diferentes a otras veces. Más fuertes, sí. Más reales. Y, entonces, otra cosa. Un extraño estrépito, un estruendo. Eso no había sido el armazón de la cama golpeando la pared. Me bajé de la silla, todavía con un trocito

de chocolate pegado en el interior de la mejilla. Tenía la boca seca, la garganta también. Salí de la cocina sin hacer ruido y crucé el pasillo hasta su habitación. Tiré de la manija. La puerta se abrió y contuve la respiración. El hombre, el tío Fedor. Erguido sobre ella. Como un gigante. Descargando su puño mientras ella estaba tirada en el suelo. Dándole patadas mientras ella gritaba.

Lo mismo sucede ahora, solo que el gigante es el señor Van Hoven y la que está tirada en el suelo, gritando y retorciéndose, es Laura. Y yo, yo vuelvo a tener cinco o seis años, no consigo respirar y quiero volverme ciega y no ver nada. Cierro los ojos con fuerza, como entonces. Quiero que pare. «Por favor, por favor, Dios mío, haz que pare ya. Haz algo.»

«No —dice Dios; o, por lo menos, así lo imagino—. No, Nadja —dice con una rotundidad dolorosa—, eres tú quien debe hacer algo. Levántate, ayúdala, sálvala. ¿No ves que va a matarla a golpes? Aquí, ante tus propios ojos, le está dando una paliza de muerte, y tú, tú no haces nada, estás permitiendo que ocurra.»

«Marta», gemí entonces.

—Laura —gimo ahora.

Ha derribado a Laura cuando ella le ha cogido el móvil y ha amenazado con llamar a la policía. Intento moverme, librarme como sea de este tenaz estupor que me tiene paralizada. No consigo ponerme en pie, solo de rodillas. Da igual, lo importante es que me muevo. Me arrastro hacia ellos, alargo un brazo, lo agarro de la pernera del pantalón, tiro de la tela, le suplico que pare con una voz miserable.

«¡Deja en paz a mi mamá, cerdo!»

Él se vuelve, me mira a la cara. Alarga la mano hacia mi brazo y tira de mí para levantarme.

—Eso, mírala bien —dice, y señala a Laura, que en estos momentos se vuelve hacia un lado.

Se ha tapado la cara con las manos, no puedo ver si está sangrando. Quiero ocuparme de ella, pero él no me deja. Agito los brazos, aprieto los puños para golpearlo con ellos, pero solo se debaten en el vacío. Me saca a rastras de la cocina. Tropiezo al subir la escalera, creo que grito. Le grito a Dios, a Laura; grito pidiendo socorro. Una de sus manos me tapa ahora la boca. Vuelvo a tropezar y sigo gritando. Me lanza al interior del dormitorio y aterrizo en el duro suelo, ante la cama. Saca el rollo de cinta de embalar de la mesilla de noche, de nuevo me ata las manos a la espalda y con otro trozo me tapa la boca, que no deja de gritar.

—Habéis tenido la oportunidad de un juicio justo.

Gruño contra la cinta adhesiva.

—Pero ahora… ¿Cómo es eso que se dice? «Se han agotado los recursos legales.»

Sacudo la cabeza, gruño más, intento levantarme, detenerlo, salir de la habitación. Soy demasiado lenta, demasiado débil. Cuando llego a la puerta, él ya ha girado la llave por fuera. Lanzo el hombro contra la madera, que no cede ni un centímetro. Aun así continúo, primero con el hombro izquierdo y luego con el derecho, hasta que en mi retina vuelven a danzar puntitos. Me desplomo en el suelo. Lo imagino bajando la escalera y desearía que tuviera mil escalones. Pero solo son diecisiete; los he contado. No quiero pensar que a Laura le quedan solo diecisiete escalones de vida. Quiero pensar que él ha cambiado de opinión. Pasan los segundos y yo escucho en tensión. Mi cabeza, la conmoción cerebral, el esfuerzo agotador… Podría quedarme dormida aquí mismo. Una extraña luz crepuscular me separa del mundo. Empiezo a acostumbrarme a ella cuando un ruido repentino me sobresalta y lo destroza todo en un solo segundo. El silencio, mis pensamientos, mis creencias.

Ha sido un disparo.

Fragmento de: carta n.º 32

Lo que recuerdo: ruidos. Una especie de pataleos o de puñetazos furiosos. Un sueño. Desperté sobresaltada. A mi lado estaba Marta, dormida. Le toqué la frente. Al principio todavía me pareció que la bolsa de agua caliente le había hecho subir un par de grados la temperatura corporal; gracias, Dios. Pero entonces volvió a llamarme la atención ese olor, y sobre todo reparé en otra cosa. Aunque ya estaba despierta, seguía oyendo esos ruidos, el pataleo y el golpeteo. Mi corazón quiso emularlos y empezó a golpetear igual. Incluso me dolía el pecho. Aparté la manta con cuidado y me levanté de la cama. Salí del dormitorio en silencio y recorrí el pasillo, siempre siguiendo los ruidos, que eran cada vez más fuertes e iban cogiendo ritmo, acompañados de unos gritos: «¡Abran! ¡Policía!».

Me quedé petrificada. Me tapé la boca con la mano y ahogué un jadeo. «La policía.» No la tía Evelyn, ni esa exasperante mujer de Protección de Menores; la policía. Tragué con fuerza antes de caminar los últimos metros hasta la puerta del piso, girar la llave y abrir. Al principio solo lo vi a él: el tío Fedor, el comisario de policía de la ciudad. No sé si te acordarás de él. Era un hombre grande y orondo, siempre preocupado por ocultar su calvicie, por lo que se peinaba el poco pelo que tenía de derecha a izquierda, tapándose la piel brillante y rosada del cuero cabelludo, aunque nunca lo conseguía del todo. También era uno de los invitados de Marta. Venía siempre los lunes y los miércoles, al terminar el turno. De repente me quedé toda fría y rígida. Por detrás de su hombro derecho asomaba la tía Evelyn, que tenía la cara hinchada y roja. Iba a preguntarle si había llorado, pero decidí no hacerlo. Por supuesto que había llorado. Todavía sollozaba. A su lado y detrás de ella había varios agentes de uniforme; cuanto más miraba, más agentes veía. Aturdida, retrocedí un paso mientras el tío Fedor daba uno hacia delante para entrar en el piso, muy despacio, casi como si se acercara a un animal peligroso. Con ese mismo espíritu alargó una mano hacia mí, y la levantó y la bajó en el aire con cuidado.

—Estate tranquila —dijo—. Ahora voy a entrar, ¿de acuerdo? Solo quiero echar un vistazo rápido. ¿Vale, Nadja?

Retrocedí otro paso y me topé con la pared, junto a la puerta de la cocina.

—Solo quiero saber si todo va bien en vuestra casa, ¿me oyes?

—Marta está enferma —repuse con voz mecánica.

Ese olor… De nuevo me extrañó el olor que había notado antes de echarme a dormir junto a ella. Levanté las manos de golpe y me apreté las sienes, que me palpitaban. Marta era una mujer guapa, con su larga melena rubia oscura, su figura esbelta, sus rasgos de filigrana; y las mujeres guapas no olían. Las mujeres guapas desprendían un aroma, y el aroma de Marta era de lavanda y rosas, siempre. Daba igual lo que hiciera, lo mucho que se cansara o sudara. Ni siquiera el humo de sus numerosos cigarrillos parecía adherirse a ella. Su aroma era el del baño de espuma

de lavanda y el champú de rosas. Me dio hipo.

El tío Fedor echó a andar por el pasillo.

—Maldita sea —dijo al pasar por delante del cuarto de baño.

Y entonces, como si esa fuera la señal para su entrada, la tía Evelyn y los agentes cruzaron la puerta del piso. La tía me estrechó entre sus brazos mientras los policías uniformados se repartían por todas las habitaciones. La mayoría fue al baño. Alguien empezó a tener arcadas.

—¡Aquí! —vociferó el tío Fedor desde el dormitorio, y de pronto lo supe con certeza.

Si Marta ya no desprendía su aroma era porque algo metálico y muy penetrante había tapado la lavanda y las rosas. Yo conocía ese olor, lo había percibido en la cocina de la tía Evelyn un día que sacrificó una gallina en el patio y la dejó en el fregadero para seguir trabajándola después. Era el olor de la sangre.

Encerrada en el abrazo de la tía Evelyn, sentí que me fallaban las piernas y un telón negro caía ante mis ojos. Lo último que oí fue la voz del tío Fedor.

—Tiene el cráneo abierto —dijo mientras se acercaba—. Por si acaso, Evelyn, será mejor que le busques un abogado a la chica.

Julio de 2015

Gero van Hoven la había encontrado en la azotea del bufete con Vivi en brazos.

—Nadja —le dijo—. Por favor, no haga nada precipitado.

Ella dejó que le quitara a la niña sin ofrecer resistencia. Lo miró como si acabara de despertar. Sacudió la cabeza como si ni ella misma diera crédito. Y Gero, que por fin había recuperado a su hija y la estrechaba en sus brazos, se puso a vociferar. Que qué narices se había pensado que estaba haciendo. Que aquello tendría consecuencias. Le indicó con un gesto del mentón que se apartara del borde de la azotea. Ella asintió con docilidad. Trotó un poco hacia delante sin decir nada, con la cabeza gacha y llorando, hasta uno de los bancos de madera, donde se desplomó y hundió la cara en las manos. Gero no se lo podía creer. Nadja, su secretaria. Una mujer que con su discreto traje gris, su blusa blanca bien planchada y su moño tirante nunca llamaba la atención, una mujer que siempre era prudente y cautelosa, que ocupaba poco espacio, que en el año y medio que hacía que estaba allí contratada jamás se había quejado cuando él le exigía horas extras, que era amable y obediente, la secretaria perfecta… «Una enferma mental.»

—¡Explíquemelo! —le escupió—. ¿A qué ha venido esto? ¿Pretendía saltar? ¿Con mi hija en brazos?

Como si supiera que hablaban de ella, Vivi profirió un gritito de descontento y retorció su cuerpecillo. Él le acarició la espalda y bajó la voz hasta un murmullo.

—Exijo una explicación.

Temblando, Nadja se apartó las manos de la cara. Las frases de disculpa se le entrecortaban como si tuviera hipo. Gero perdió la paciencia.

—Voy a llamar a la policía.

—¡No! —exclamó ella, y se puso en pie de un salto—. ¡No, por favor, señor Van Hoven! ¡No quería hacerle nada! Jamás le haría daño.

—¿Qué pretendía, entonces?

Gero casi esperaba oír algo relacionado con el amor maternal de una mujer que había perdido a su propio hijo años atrás y que, puesto

que un dolor así no se superaba nunca, había decidido buscarle reemplazo. Le parecía plausible; no sabía mucho sobre ella, solo que era originaria de Polonia, igual que Ludwig, quien la había contratado en su época. Gero recordaba haberle preguntado en algún momento si estaba casada, a lo que ella contestó que no —un simple «no»; nada de «Tengo novio» o «No tengo novio», o «novia», o «Soy viuda», o «soltera convencida»—, y a él se le pasaron las ganas de charlar y la envió a por un café.

—No he podido evitar pensar en mi hermano —dijo ella, y volvió a sentarse en el banco—. Vivi me ha recordado a él cuando aún era pequeño. Sus grandes ojos azules, esa cabecita tan pequeña… —Sonrió un instante, ensimismada, luego sacudió la cabeza con fuerza, como para volver a colocar en su sitio los pensamientos desordenados de ahí dentro—. Abajo, en el comedor, un par de personas se han puesto a fumar cuando han repartido el champán. Mi hermano tenía asma. Sé que es una tontería, pero he pensado que a Vivi le sentaría bien que la sacaran a tomar un poco el aire.

—No se atreva a llamarla Vivi —gruñó Gero, y dio media vuelta con intención de irse—. No quiero que ese nombre salga de su boca.

—Por favor, señor Van Hoven, no avise a la policía —la oyó suplicar a su espalda—. No soy peligrosa, de verdad que no quería hacerle nada.

—Está usted enferma.

Nadja se puso a llorar.

Gero echó a andar.

—Recoja sus objetos personales y desaparezca —dijo mientras se alejaba—. Informaré a Ludwig de su despido.

*

A Ludwik Abramczyk le fascinaba esa visión. Primero el dolor y, con él, el horror y el miedo. Un instante después, la obstinación, la expresión de su firme disposición a resistirse. Luego la comprensión de que no servía de nada. De que se estaba dejando la piel innecesariamente. De que más le valía relajarse y soportarlo. Y por fin: la paz. Paz en su mirada, una paz que inundaba su cuerpo desnudo y marchito.

Le sonrió al espejo con la mordaza puesta. En él se veía el reflejo de un hombre de sesenta años con el pelo canoso y revuelto, las extremidades extendidas, las manos atadas al cabecero, los tobillos a los postes de la cama. Al descubrir el enorme espejo del techo, las mujeres a las que había llevado a su dormitorio solían soltar una

risilla tímida, alguna se había indignado directamente y casi todas habían insistido en apagar la luz o, por lo menos, correr las cortinas de los grandes ventanales de la villa de Grunewald. La madame era diferente. Cuando estaba ella, se encendían todas las lámparas y, si alguna vez Ludwig osaba ponerle los ojos encima, le oía murmurar: «No me mires, perro miserable. Mira al espejo». Y él obedecía. Se dejaba fascinar por su propia imagen, por su cuerpo estremecido y la expresión de su rostro.

—¿Todo bien? —La madame se levantó el largo vestido negro de encaje para sentarse en el borde de la cama.

Con cuidado, le quitó la mordaza de la boca y le puso su cálida mano de dedos largos y finos, con las uñas pintadas de rojo, en el torso, que subía y bajaba. En cuanto había puesto fin a sus servicios y guardado los utensilios era una mujer afable, casi cariñosa. Ludwig podía imaginarla siendo enfermera en una vida anterior, tal vez.

En lugar de responder, solo suspiró complacido. Dos veces a la semana, todos los martes y los viernes, la madame iba a proporcionarle alivio. Necesitaba el dolor, lo inhalaba como otros inhalaban oxígeno. Había personas como él, pero sin recursos, que tenían que pillarse los dedos en la puerta o presionarse una plancha caliente contra la cara interior de los muslos para vivir ese extático ciclo emocional de penitencia y redención, y Ludwig sentía lástima por ellas. Él podía permitirse un dolor profesional, a alguien que se lo infligiera sin daños colaterales, lo cual ofrecía el atractivo adicional de verse en manos ajenas. La madame era cara y discreta; su relación comercial se remontaba a años atrás. Nadie más que ella sabía que, dos veces por semana, el gran Ludwig Abramczyk prefería ser la presa en lugar del cazador. Y nadie debía saberlo.

—¿Le apetece quedarse a cenar? —le preguntó.

—La próxima vez, querido —repuso la madame, como siempre.

Se levantó de la cama, le desató las muñecas y le alcanzó la bata. Después recogió sus utensilios y los guardó en esa gran maleta negra de ruedas que la hacía parecer una viajera. A veces, Ludwig se preguntaba quién sería su próximo cliente, o si sencillamente regresaría a su casa, junto a un marido y una familia.

—Hasta el viernes, querido —se despidió la madame, pero Ludwig insistió en acompañarla a la puerta, desde donde la siguió con la mirada y le vio recorrer el camino de entrada arrastrando su maleta, ya con un discreto abrigo encima del vestido de encaje, y luego desaparecer por la esquina, justo cuando un estruendo teatral en el otro extremo de la calle anunciaba ya el Porsche de Gero van Hoven.

Ludwig aguardó en la puerta mientras Gero aparcaba, se ciñó el

cinturón de la bata un poco más y se alisó el pelo canoso.

—¡Hijo! —saludó a su visitante, con tanta amabilidad como sorpresa.

Este, en cambio, pasó junto a él sin decir nada y entró en la casa.

No fue hasta que Ludwig hubo cerrado la puerta cuando Gero estalló.

—¿A qué clase de perturbada me has metido en el despacho? —Los orificios de la nariz se le dilataban como a un toro salvaje. Al ver que Ludwig no reaccionaba, añadió indignado—: ¡Esa Nadja!

Ludwig había tenido una vista en los tribunales y no había pasado por el bufete en todo el día, así que no sabía nada de los acontecimientos de la tarde. Al principio no dijo nada más que «Oh», e invitó a Gero a pasar a la biblioteca, donde le sirvió un vaso de whisky. Se sentaron el uno frente al otro en los mullidos sillones de piel marrón; entre ambos, el globo terráqueo cuyo hemisferio norte se abría para ofrecer una selección de botellas.

—Fuiste tú quien la contrató —dijo Gero, y vació su vaso de golpe —. Cuando vi que no tenía referencias de trabajos anteriores y te pregunté, dijiste que ponías la mano en el fuego por ella. Dijiste que la conocías y que necesitaba una oportunidad.

Ludwig se frotó la frente.

—No esperaba que ocurriera nada semejante —dijo en voz baja.

—Pues ha ocurrido —replicó Gero.

—Pero ya está en tratamiento psicológico y toma medicación.

—Que está en… ¿qué?

Gero dejó su vaso y se deslizó hasta el borde del sillón. Un surco cruzó su frente, en sus ojos refulgió una mezcla de ira e incredulidad. Ludwig compartía lo segundo, al menos.

—Se encuentra bastante bien —dijo, aunque casi pareció una pregunta más que una afirmación—. Está en las mejores manos. Yo mismo le busqué a la terapeuta, y me informa después de cada sesión.

Las manos de Gero salieron disparadas hacia delante sin previo aviso, agarraron la solapa de la bata de Ludwig y tiraron de ella.

—No me estarás diciendo en serio que eras plenamente consciente de que me habías metido a una enferma mental en el despacho. ¿Te has vuelto loco?

—No está enferma —protestó Ludwig mientras, tembloroso, intentaba apartar los dedos de Gero de su bata—. Es una chica que ha tenido muy mala suerte en la vida. Hijo, por favor. —Sintió una tirantez en el corazón; un dolor agudo y amenazador, nada bueno—. Deja que te lo explique.

Gero lo soltó de repente, recuperó su vaso y alargó una mano al

interior del globo terráqueo para sacar la botella y servirse otro whisky.

—Te escucho.

Ludwig cerró los ojos. Un secreto más que nunca había querido que saliera a la luz.

—Fue un jueves, el 17 de junio de 1999 —empezó con un suspiro —. El día que Marta…

Nadja

Ángel mío:

Te he escrito decenas de cartas y nunca he lamentado más que hoy no haberte enviado ninguna de ellas. Ojalá lo hubiera hecho. Debería haberlo hecho. Tienes derecho a saber lo que ocurrió de verdad. Y saberlo por mí, con mis palabras, aunque siempre he pensado que las palabras no bastarían. No sé cuánto recordarás, si en algún recoveco de tu memoria se esconderá todavía algún retazo de la última vez que nos vimos. Cuando te prometí que atraparía al malo. Cuando te ilusioné con la idea de ver el mar y tú debiste de pensar que podías confiar en mí. Que todo se arreglaría y que sería yo quien se encargara de ello.

De nada sirven ahora todas estas palabras, porque ya solo puedo escribirte mentalmente esta, la que tal vez sea mi última carta.

Todo ha terminado, ángel mío.

Hoy voy a morir.

Igual que ella. Laura. Él le ha disparado. Cuando cobre conciencia de lo que ha hecho, cuando comprenda lo que significa, se dejará llevar por el pánico y concluirá que también debe librarse de mí. Ya no me necesita como abogada defensora de Laura para su juego enfermizo, y menos aún como testigo. Ahora mismo creo que jamás tuvimos ninguna oportunidad. Un juicio… Qué ridiculez. Para él, lo importante nunca ha sido el asesinato de Aron Bruckstätt, sino únicamente que Laura lo había engañado. Había decidido su muerte hacía tiempo. Todo el juicio, este juego, estaba pensado solo para torturarla. Otros psicópatas disfrutan cortando a sus víctimas con un cuchillo, despacio, siempre a cierta distancia de las venas y arterias principales, para que los agonizantes presencien su propia muerte durante el mayor tiempo posible. Porque quieren verlos sufrir, les divierte ver sus ojos, el miedo, el espanto y la incredulidad que se debaten en ellos, pero también la absurda esperanza que los ilumina unos segundos. La esperanza de que el monstruo comprenda su equivocación y se detenga a tiempo. Aunque, al final, todo es en vano.

Ha ganado él.

Ha abierto a Laura en canal con su humillante interrogatorio. Y a mí con ella. Todo ha vuelto a resurgir, toda la historia con Marta. El 17 de junio de 1999, el día que no estaba en la cama por una bajada de tensión provocada por el agua demasiado caliente del baño ni por una gripe, sino porque le habían abierto la cabeza. El día que el tío Fedor me encerró acusándome de ser su asesina y nos separó a ti a mí.

Todavía me recuerdo en nuestro piso, abarrotado de policías que no dejaban de

hablar —de verdad, había tantos policías que las paredes habrían tenido que dilatarse—, recuerdo que me sentía como si acabaran de abrirme la tapa de los sesos y me hubieran revuelto el cerebro con uno de los cucharones de la tía Evelyn. Tenían razón al suponer que el caos reciente de nuestro cuarto de baño era muy diferente al caos habitual, con el que ya se había encontrado la mujer de Protección de Menores. Yo estaba en la puerta del baño —no me dejaron entrar para que no estropeara los rastros— y pensé: «Sí, claro que tienen razón».

La sangre. Cuánta sangre, por todas partes. En el suelo. En la alfombrilla. En la pared. Incluso había salpicado en el techo. Y luego el agua de la bañera, que debí de olvidarme de vaciar después de sacar a Marta de allí a rastras: roja. En mi cabeza enseguida destelló la imagen del calendario con las salinas de Aigues-Mortes. Y, sin embargo, lo que mis ojos presenciaban en la realidad me parecía del todo nuevo. Habría podido jurar que esa sangre no estaba allí antes.

—Ahora cuéntame qué ha pasado exactamente —oí que decía la voz severa del tío Fedor.

Al contrario que a mí, a él sí le habían permitido entrar en el baño, aunque se había puesto guantes de látex y unas fundas de plástico azul en los zapatos. Abrí la boca; no salió ni una palabra. Ni yo misma sabía cómo había conseguido mi mente borrar toda esa sangre, y menos aún…

—Marta está muerta —añadió el tío Fedor.

«Muerta, no enferma.»

Había sacado su cadáver de la bañera, lo había arrastrado por el pasillo, le había puesto un camisón y, por lo visto, incluso había intentado cepillarle el pelo. La había metido en la cama y me había tumbado a su lado. Le había señalado las formas del techo de la habitación y me había acurrucado junto a ella.

«Que duermas bien, Marta.»

Jadeé, nada más. El tío Fedor, resignado, negó con la cabeza. Noté la mano de la tía Evelyn en el hombro; estaba detrás de mí y no dejaba de sollozar. Había visto la sangre del baño en su visita, por supuesto, y también había visto a Marta, cuya palidez no podía deberse a una simple gripe. Justo después, por supuesto, había avisado a la policía. Levanté una mano hasta la suya, en mi hombro, y apreté con fuerza. Se me partía el corazón solo con pensar en el suyo. Ese pobre corazón viejo que debía de haberse llevado un buen susto algo antes, al entrar en nuestro piso.

—Lo siento mucho, tía Evelyn —susurré.

Ella, en respuesta, solo sollozó quizá algo más fuerte.

Percibí un movimiento a mi espalda. Uno de los agentes se acercaba por el pasillo desde el dormitorio. En la mano llevaba una bolsa de plástico en la que había metido un cepillo del pelo. En él se veían mechones que solo eran rubios en las puntas, porque el resto estaba embadurnado de rojo. Y bajo el brazo sostenía una almohada envuelta también en plástico transparente. La almohada de Marta, que había sido blanca pero ahora presentaba un feo estampado rojizo justo donde se había apoyado su nuca abierta. El agente pasó de largo y justo después oí la puerta del piso. Imaginé que aquello solo sería el principio. Que todas esas personas se llevarían de nuestra casa montañas de cosas metidas en cajas, y luego encenderían las luces azules para trasladarlas a algún laboratorio de la primera ciudad digna de tal nombre. Imaginé que más tarde harían lo mismo con Marta, se la llevarían del piso, y que luego yo tendría que explicarte a ti que nuestra madre había muerto. Me

quería morir.

—Ajá. —El tío Fedor se inclinó hacia la alfombrilla, que antes había sido beis, al ver en ella un objeto manchado de sangre—. Parece que aquí también tenemos el arma del crimen —constató, y llamó con un gesto a uno de sus hombres, que pasó por delante de mí para entrar en nuestro reducido baño.

Yo solo oía retazos de palabras, poco más que una algarabía, mientras miraba fijamente el objeto que Fedor sopesaba en sus manos. «El arma del crimen», menuda locura. El arma del crimen que salía siempre en las películas era un cuchillo. Un cuchillo con una hoja larga y afilada. O una pistola. Pero eso no podía serlo… Me habría gustado acercarme de un salto al tío Fedor y quitársela de las manos: la bailarina de bronce, con sangre de Marta seca en los pliegues del tutú. Tenía el brazo derecho estirado hacia arriba y el izquierdo hacia un lado, a la altura del pecho. Sus piernas estaban montadas sobre una base de mármol negro con forma de pequeño ladrillo plano. Trzecie miejsce, decía la inscripción de la plaquita, 'tercer puesto' en polaco. Marta había ganado un concurso de ballet con dieciséis años, había sido el tercer mejor cisne en morir. Eso no era un arma del crimen. La bailarina de bronce había sido el mayor tesoro de Marta.

—Esto siempre te ha gustado —dijo el tío Fedor, y me acercó la figura—. Desde pequeña. Te encantaba jugar con ella.

Lo que no dijo fue que solía sentarme a jugar con ella en la cocina, sobre las frías baldosas, para entretenerme mientras él estaba con Marta en el dormitorio, disfrutando de lo que daban de sí veinte marcos o cincuenta eslotis. Después entornó los ojos y dejó que su mirada hiciera efecto antes de preguntar:

—¿Qué demonios has hecho, chiquilla?

Me quedé de piedra. Mi cerebro confuso solo conocía una respuesta correcta:

—Yo no he sido.

Pero no me creyó, por supuesto. Estaba en sus manos, y en las de sus hombres, igual que ahora estoy en manos del señor Van Hoven.

Ahora mismo no puedo hacer más que tirar de mis ataduras. Si consiguiera soltarme las manos, al menos podría intentar atrancar la puerta con la cómoda. Así abriría la ventana, saltaría y correría para salvar la vida. No puedo rendirme sin más, y ¿sabes qué? Eso me sorprende. Siempre he pensado que no me importaría morir. Que incluso me parecería lo correcto, tal vez lo justo. Pero, ahora que tengo la muerte tan cerca, me invade una extraña determinación, y sé que tiene que ver contigo. Tú lo eres todo para mí, siempre lo has sido. Quiero salir de esta, Janek, por ti. Siempre has sido lo más importante. En todos los momentos de mi vida…

Julio de 2015

Ludwig Abramczyk respiró hondo.

—Has venido un par de veces a cazar conmigo a mi antiguo hogar, Gero. Lo que conoces es la naturaleza salvaje, los bosques sin dueño, el silencio, la parte idílica. Lo que no conoces es la ciudad en sí. Zabrew, sucia, pobre, alcoholizada, no es tanto un lugar como una condición. La condición de la desesperanza, y en aquella época más aún que hoy. La mayor parte de la población acababa trabajando en la acería, una generación tras otra. Nadie se lo planteaba, era así y punto. La fábrica dictaba el día a día, era uno más de la familia, como una madre que ofrecía alojamiento y comida. Pero también era severa, y exigente. En público y con una cerveza en la mano lo celebrabas, pero luego te desquitabas en secreto con las putas. No era una buena vida, para nadie. Allí crecieron Nadja y su hermano pequeño, Janek, prácticamente abandonados a su suerte. Su madre, Marta, era… — Ludwig interrumpió la frase negando con la cabeza.

El mero hecho de pronunciar su nombre le provocaba dolor, la clase de dolor que solo era soportable porque la madame iba a verlo dos veces por semana y se lo sacaba de dentro.

—Mi prima Evelyn vivía en su mismo edificio —prosiguió Ludwig, retomando la narración en un punto menos doloroso—. Se quedaba con los niños siempre que podía, pero no se lo ponían fácil. Nadja, sobre todo, le complicaba bastante la vida. Apenas aprendió a caminar, no hacía más que trepar a la barandilla y bajar las diez plantas deslizándose sobre ella. A Evelyn le daba un susto de muerte cada vez. A menudo me decía por teléfono: «Un día, esa mocosa se va a partir la crisma y tendré que ir yo a limpiar la sangre». En cuanto creció un poco, Nadja empezó a recorrer el edificio y robar tarros de conservas de los alféizares de la planta baja, o cazuelas enteras que las vecinas dejaban allí para que se enfriaran. Más adelante, la pillaron un par de veces intentando salir de la ciudad en autobús o a pie, con su hermano, y siempre le echaba la culpa al pequeño, que según ella tenía que ir al mar lo antes posible para curarse el asma. Una vez, con doce años, la encontraron borracha como una cuba en el patio trasero. Se había bebido la cerveza de la nevera de su madre porque, según dijo, tenía una sed espantosa. Todo cosas así.

Gero no parecía impresionado.

—Cortó el cordón umbilical de su hermano con unas tijeras de cocina —añadió Ludwig para que comprendiera la dimensión de la tragedia.

En efecto, el rostro de Gero se demudó un tanto. Ludwig asintió.

—Marta decía estar enferma, con una gripe fuerte que sufría desde hacía meses y que por lo visto no había manera de quitarse de encima. Al final resultó que la enfermedad había sido un embarazo oculto.

Se cubrió el torso con la solapa de la bata. Imaginar a una niña de diez años separando a su propia madre de un recién nacido con un tajo de tijera seguía dejándolo helado.

—Y aun así, pese a todos esos antecedentes, nadie esperaba que ocurriera algo semejante. Fue una tragedia, aquel 17 de junio en Zabrew… Evelyn había tenido que ir a buscar a Janek al jardín de infancia porque Marta estaba ilocalizable. Se lo llevó a casa, pero cuando llamó a la puerta de los Kulka no fue Marta quien abrió, sino Nadja. La niña dijo que Marta estaba enferma y no quiso que Evelyn entrara en el piso. Ella lo hizo de todas formas, y vio a Marta tumbada en la cama. También vio la sangre en el cuarto de baño y enseguida alertó a la policía, que consiguió entrar en el domicilio y se encontró con Nadja, que por lo visto acababa de despertarse y estaba bastante confusa. Todo el rato repetía que Marta estaba enferma. Pero no estaba enferma, Gero. Estaba muerta.

Ludwig se llevó instintivamente una mano al corazón, donde Marta había hecho nido muchos años antes de la tragedia, un corazón que seguía lamentando su ausencia con tirones y pinchazos cada vez que pensaba demasiado en ella. Tomó otro trago de whisky, su medicina.

—Fedor Botzki, el comisario de policía de la ciudad, le recomendó a mi prima que buscara enseguida un asesor legal para Nadja, así que se puso en contacto conmigo. El tío Adwo, me llamaban. —Sonrió un instante—. «Adwo», de *adwokat,* 'abogado' en polaco. —Entonces se puso serio—. Al principio no podía creer lo que me decía por teléfono. Que Marta estaba muerta y que parecía que la había matado la pequeña Nadjeschka. El lugar de los hechos había sido el piso, sin lugar a dudas. Gracias a los rastros de sangre pudieron concluir que la habían matado de un golpe mientras estaba en la bañera. Yo mismo fui a verlo algo después. Cuánta sangre, Gero… Hasta el techo estaba salpicado.

Gero negó con la cabeza, pero no dijo nada.

—También la posible arma del crimen se encontró en el baño —siguió Ludwig—. Un trofeo que Marta había ganado de joven en un concurso de ballet. Nadja reconoció haber arrastrado el cadáver del

baño al dormitorio, donde le había puesto un camisón y lo había metido en la cama. Sin embargo, seguía afirmando que no se había dado cuenta de que Marta estuviera muerta. Ella creía que estaba enferma y había querido ayudarla. Incluso le había preparado una infusión.

—Eso es ridículo.

—No, es muy posible. La terapeuta de Nadja me explicó después que podía tratarse de un mecanismo de defensa de su psique. No era capaz de asimilar el hecho de que Marta hubiera muerto, así que le puso otro escenario ante los ojos.

—Pero tuvo que ver toda esa sangre.

—Lo borró —dijo Ludwig, sucinto—. Simplemente lo borró.

—O quizá se tratara más bien de una excusa, para protegerse.

Ludwig suspiró.

—También es posible, claro. El caso es que, después de la llamada de Evelyn, fui a Zabrew enseguida y me reuní con Nadja en una sala de interrogatorios de la comisaría local. La tenía sentada delante de mí como un alma en pena y no dejaba de repetir: «Juro que no he sido yo». Y aún dijo más: que había sido un hombre, uno de los invitados de Marta.

Nadja

Hace años que intento encontrar las palabras adecuadas. Hace años que intento poner por escrito lo que ocurrió aquel 17 de junio de 1999, porque tú nunca lo has oído de mi boca; siempre te lo han contado otros para quienes la historia quizá no sea más que una sucesión de hechos terribles: dos niños que se crían solos, una madre ignorante que ni siquiera permite que la llamen «mamá» porque le hace sentirse vieja y seguramente espantaría a sus «invitados». Un hogar que no lo es, la suciedad, los gritos, las noches en vela, la violencia física. Y un día, de pronto, esa mujer aparece en su cama con la cabeza abierta, encuentran la bañera llena de sangre y la supuesta arma del crimen al lado. Lo sucedido resulta muy evidente: la hija, que por lo visto era la única que se encontraba en el piso cuando se produjeron los hechos y que, además, hace años que soporta esa terrible situación en casa, debe de haberla matado en un acto irreflexivo. Pero ¿de verdad es siempre tan sencillo?

Marta estaba muerta. Muerta, no enferma, como mi mente enajenada me hizo creer en un principio. Rogué que me dejaran verte, pero no me lo permitieron. Dijeron que de momento te quedarías con la tía Evelyn, y a mí se me llevaron a comisaría. Solo pensaba en ti. Alguien tenía que explicarte lo que había ocurrido con Marta, y lo mejor era que esa persona fuera yo. Aunque ¿qué te habría dicho? Ni yo misma lo sabía.

La tía Evelyn llamó al tío Adwo y lo contrató como mi abogado, así que vino de muy lejos, de Berlín, y se presentó allí. De pronto estábamos sentados el uno frente al otro en una sala de interrogatorios de la policía.

«Haré cuanto esté en mi mano por ayudarte», me dijo, y esa promesa y la cariñosa mirada que la acompañó me hicieron pensar algo que borró momentáneamente todo lo demás. Recordé que, de pequeña, siempre imaginaba lo que sucedería si Marta moría: que las mujeres del vecindario me traerían pasteles —cosa que, dadas las circunstancias, no ocurrió, desde luego—, pero también que aparecería él, mi padre, con una promesa. ¿Te acuerdas? A menudo nos preguntábamos quién sería nuestro padre. Teníamos bastante claro que seguramente no sería el mismo; nos parecíamos, eso sí, los dos habíamos heredado los ojos y la boca de Marta. Pero había otros rasgos en los que éramos muy diferentes y que no podían venir de ella. De repente lo comprendí y tuve que exclamarlo.

—¡Eres mi padre!

No podía creer que hubiera tardado tanto tiempo en ver lo evidente. El tío Adwo, a quien conocía de toda la vida, que aunque no vivía en Zabrew siempre volvía a aparecer por allí, como una sombra que se formaba cíclicamente según la posición del sol. El tío Adwo, que a veces le llevaba flores a Marta en sus visitas. Y que tenía el pelo oscuro. Igual que yo. La emoción me hizo temblar como si me hubieran

inyectado en vena adrenalina pura.

Pero el tío Adwo negó con la cabeza.

—Te equivocas, Nadjeschka. Si fueras mi hija, no estaríamos aquí sentados. —Bajó la mirada; la situación resultaba incómoda, tanto para él como para mí.

Me derrumbé por dentro, ya no me quedaba ni una pizca de adrenalina, solo vergüenza. ¿De verdad había creído que el peor día de mi vida podía convertirse en una bendición? ¿En serio había dudado un instante de la respuesta que me daba Marta cuando volvía a preguntarle por nuestro padre? «A vosotros os trajo la cigüeña.» O algún invitado. Podía ser cualquier hombre de la ciudad; cualquiera o ninguno.

—Lo siento —añadió el tío Adwo en voz baja.

Me limité a asentir. Crucé los brazos sobre la mesa y apoyé en ellos mi boba y pesada cabeza. De repente estaba cansada, increíblemente cansada de todo. Pensé en la botella de refresco de cola que se había quedado junto a la cama, la que había usado para enjuagarme la boca en algún momento de la mañana porque no había llegado a lavarme los dientes. Pensé en los pequeños copos blancos que se habían posado en el fondo. Me pasé la lengua por los dientes y noté una película viscosa.

—¡Eh! —El tío Adwo hizo chascar los dedos en el aire deprisa, delante de mi cara, como si fuera un cliente impaciente llamando a un camarero lento—. ¡Despierta, Nadjeschka! Mírame.

Levanté la cabeza con muchísimo esfuerzo.

—¿Podría tomarme una cola? Estoy muy cansada —pregunté.

—Está bien —suspiró el tío Adwo—. Voy a buscarte una.

Su silla rechinó en el suelo cuando se levantó para, un instante después, abandonar la sala. Volví a apoyar la cabeza en los brazos cruzados y cerré los ojos.

Verás, no fuiste el primero en la familia con problemas para dormir. A Marta siempre le había costado muchísimo acostarme cuando aún era pequeña. Me contaba cuentos y me cantaba nanas. Hasta que me aprendí todo su repertorio.

«¡Que te duermas ya, por Dios!»

Nada me habría gustado más en ese momento. Caí en un duermevela, entré en ese estado en el que los sueños pueden dirigirse a voluntad. Vi a Marta. No como a ella le habría gustado más verse, sobre un escenario, como una hermosa y grácil bailarina con un moño apretado y extremidades y movimientos perfectos, que pese a todo su garbo seguían teniendo algo de maquinal. La vi tal como era cuando se olvidaba de que en realidad le habría gustado ser bailarina. Cuando bailaba y cantaba Retiens la nuit. ¿Te acuerdas de cómo era entonces? Estaba guapísima, feliz.

La puerta se abrió y el tío Adwo regresó con mi refresco. Aunque estaba muy cansada, enseguida noté que algo había cambiado. Debía de haber hablado otra vez con el tío Fedor, fuera, en el pasillo. Me erguí en la silla.

—Vale, la cosa está así: Fedor parece decidido a zanjar el asunto cuanto antes. Eso quiere decir que su gente y él nos echarán toda la caballería encima. Interrogarán a personas que os conocían a Marta y a ti. Analizarán las pruebas que han encontrado en vuestro piso y en el cadáver de Marta. Determinarán cuál fue el arma del crimen y la examinarán. ¿Sabes lo que es el ADN?

Asentí a duras penas.

—Se trata de cierto procedimiento de análisis que la policía utiliza desde hace más de diez años y cada vez está más perfeccionado —explicó—. Pueden estudiar

todo el material extraño que encuentran en un cadáver. Escamas de piel, cabellos, esperma o flujo vaginal, tejido celular extraído de debajo las uñas mediante un raspado, fibras de ropa…

Guardé silencio.

—Escucha, Nadjeschka, no pretendo intimidarte. Lo único que quiero de ti es la verdad. No podré ayudarte hasta que sepa realmente lo que ha ocurrido esta mañana en vuestra casa. ¿Lo entiendes?

—Sí.

—Bien. Entonces, ¿qué recuerdas?

Me puse a pensar. Tenía que recuperar algún recuerdo. Algo debía de quedar en mi cerebro revuelto. Al menos había recordado que no me había lavado los dientes. Que me había acabado el refresco de cola. Tenía que haber algo más. Esa mañana…

Sí que había algo más.

—Nos hemos despertado tarde —empecé a contar con inseguridad—. He enviado a Janek con la tía Evelyn para que lo llevara al jardín de infancia y luego he regresado a nuestro cuarto porque estaba muy cansada. Pensaba saltarme las clases, prefería tumbarme otra vez.

—Vale, eso está bien. Sigue.

—No me acuerdo de mucho.

—Piensa.

Lo intenté, en vano.

—No lo sé. Ha desaparecido.

El tío Adwo respiró haciendo ruido.

—Marta era una persona difícil. Todos lo sabíamos. ¿Te ha provocado? ¿Os habéis peleado y luego ha pasado eso? Has salido del baño y has cogido la figura de bronce, has tomado impulso y le has golpeado con ella. Son cosas que pasan, Nadjeschka. Algunas veces hacemos cosas que en realidad no queremos hacer.

Intenté imaginar que pudiera haber sido así, pero no lo conseguía. En mi cabeza, esa escena parecía del todo equivocada. Y tú también lo sabes, Janek, ¿a que sí? Tú sabes lo mucho que la quería, a pesar de todo. Ay, Dios mío, espero que lo sepas.

—No, así no fue. Ni hablar.

—¿Cómo puedes estar tan segura, si no te acuerdas de nada?

No respondí.

—Homicidio, diez años —dijo el tío Adwo—. Siete, siempre que el juez tenga un buen día y por algún motivo se compadezca de ti.

—¿Qué? ¡No! —Me levanté de un salto.

—Está muerta, Nadja.

—¡Yo no le he hecho nada!

—¡Entonces, dime lo que ha pasado!

Me desplomé en mi silla. Tenía que pensarlo. Comprenderlo. Conseguir comprenderlo de una puñetera vez. «Piensa, piensa…» Esa mañana. Marta en la bañera, viva. El aroma de lavanda del baño de espuma y el champú de rosas. ¿Por eso había salido de nuestra habitación y había recorrido el pasillo de puntillas hasta el cuarto de baño? ¿Había oído los chapoteos, el cuerpo de Marta meciéndose en el agua de la bañera? ¿A Marta tarareando en voz baja de buen humor?

No.

No, había sido de otra forma.

Al principio oí ruidos de chapoteo, eso sí. Pero luego… Golpeé la mesa con la mano abierta, cuatro veces. Pam-pam-pam-pam. Había oído ese ruido sordo cuatro veces seguidas. Los golpes en el cráneo de Marta.

Una revelación. Una sombra que se materializaba en los susurros de mi memoria. La silueta de una persona ahí de pie, con el brazo levantado. Con algo en la mano. La bailarina de bronce. La imagen de mi cabeza parecía impresa en papel secante, algo rojo le goteó encima y, en cuestión de segundos, se extendió formando una mancha enorme. Hasta que eso fue lo único que se veía: rojo, todo rojo. Sangre.

Me estremecí.

—Había alguien. Un hombre.

—¿Un hombre?

Asentí con insistencia. De repente todo cobró sentido. Un hombre. Un hombre en nuestro cuarto de baño. El hombre que había golpeado a Marta, que la había matado.

—¿Lo has reconocido?

—Solo lo he visto un momento por detrás. —De nuevo golpeé la mesa con la mano abierta, cuatro veces. Pam-pam-pam-pam—. Puede que fuera un invitado.

—¿Quién?

—No lo sé. Estaba muy asustada y me he escondido detrás de la cómoda del pasillo.

El tío Adwo ladeó la cabeza.

—¿Estás segura?

—Sí.

—¿Eso es lo que ha pasado?

—¡Que sí!

Las mandíbulas del tío Adwo se movieron, durante un momento pareció que estaba masticando algo.

—Haré lo que pueda —dijo. Se levantó y abandonó la sala.

Julio de 2015

—Sabía que mentía —siguió contando Ludwig Abramczyk—, y que tenía que convencerla para que se olvidara cuanto antes de esa historia del cliente que había matado a Marta. Su extraña conducta en el piso, que afirmara no haber visto la sangre, aún podría haberse explicado por el estado de shock. Todo lo demás, sin embargo, podía suponerme serias dificultades en su defensa. De pronto había aparecido un hombre. ¿Cómo había entrado en el piso? ¿Quién le había abierto si Marta estaba en la bañera en ese momento? ¿Y por qué no lo había recordado Nadja hasta que le pregunté varias veces por los sucesos de esa mañana? No. —Negó convencido con la cabeza —. Mi teoría era otra. Nadja se había despertado muy tarde y eso había provocado una pelea con Marta. Tal vez Marta le dijera que era una vaga rematada, una holgazana. O le pintara un futuro en el que acabaría en un lugar no muy diferente a ese: un piso cutre en un edificio venido a menos, con constantes problemas de dinero y hombres que la trataban como a una mierda. Un futuro en el que acaba como su madre. Eso la enfureció, quiso que Marta se callara, y entonces…

—… algo hizo clic —terminó Gero—. Nadja se abalanzó sobre su madre y la mató en un arranque de ira.

—Exacto. —Ludwig apuntó con el índice en dirección a Gero para señalar que había comprendido los hechos—. Pero Nadja seguía empeñada. La policía la interrogó durante horas y, aun así, insistía: había sido uno de los clientes de Marta. Al final interrumpí el interrogatorio. Ya se había hecho tarde, era de noche. Quería que la niña durmiera; tal vez entrara en razón a la mañana siguiente. Defender un crimen pasional era una cosa. Sin embargo, cuanto más se obstinara en sus mentiras, más perjudicial resultaría para el juicio. Claro que, en aquella época, las posibilidades técnicas de la criminología no estaban tan avanzadas como hoy en día, desde luego… —Ludwig hizo una pequeña pausa para servirse más whisky, momento en que recordó una conversación mantenida hacía poco con su viejo amigo Ansgar, que trabajaba como catedrático en el Instituto de Medicina Forense de la Charité. Por él había sabido que, recientemente, seis células epiteliales habían bastado para que los

científicos obtuvieran un perfil genético determinante de un criminal. Seis ridículas células de la piel que, según le explicó Ansgar, eran más o menos la cantidad que quedaba pegada en un interruptor de la luz cuando lo accionabas de pasada—. Pero, aun así —Ludwig dio vueltas a su vaso recién servido—, sus métodos alcanzaban para resolver sin dificultad un asesinato con semejante acumulación de pruebas. La verdad saldría a la luz, de eso estaba seguro.

Nadja

Todavía recuerdo que me senté en el colchón de la celda con las rodillas encogidas y me quedé mirando fijamente al frente. Desde la pared contraria me devolvía la mirada una superficie de hormigón desnudo, calculé que de un tamaño de por lo menos medio metro cuadrado. En el suelo, sobre un fino lecho de polvo de cemento gris, había trocitos de pintura desconchada; polvo de cemento y partículas de pintura también bajo mis uñas.

La celda en la que me encerraron no guardaba ni un lejano parecido con las que había visto en las series de televisión. En Zabrew no había catre, solo un colchón desnudo tirado en el suelo, que tenía unas baldosas enormes. Un colchón en el que más de uno había dormido la mona y, a juzgar por el olor y las manchas, se había aliviado en varios sentidos. No había ningún retrete de aluminio pulido, solo un cubo cuya tapa debía impedir las emanaciones más intensas, aunque fracasaba estrepitosamente, y tampoco ninguna ventana, ni siquiera un estrecho tragaluz con barrotes que me dejara ver el cielo y calcular la hora del día. Lo que sí había era un lavabo colgado de la pared, con un grifo del que de vez en cuando, si la sed se hacía insoportable, bebía un trago de agua teñida de óxido. La noche fue larga, fría e insomne. Despiadada conmigo y con mis pensamientos. Mis puños se estrellaron decenas de veces contra la inamovible puerta metálica; quería que me dejaran ir contigo. Grité tu nombre hasta quedarme sin voz.

En algún momento oí una llave en la cerradura y volví la cabeza hacia la puerta. Era el tío Adwo, que entró. Me limpié la nariz con el dorso de la mano y me levanté.

—¿Dónde está Janek?

—Evelyn lo está cuidando —me dijo.

En la mano izquierda tenía un plato con una rebanada de pan con mermelada doblada sobre sí misma, en la derecha llevaba una gruesa chaqueta amarilla de punto y unos pantalones de chándal. Enseguida entendí lo que significaba eso.

—Tengo que quedarme aquí.

—Lo siento —repuso el tío Adwo, y me acercó el brazo con la ropa como un caballero que me invitara a pasear—. Evelyn me ha dado esto para ti.

Sabía que esas prendas eran de la tía Evelyn, lo cual me hizo deducir que habían precintado nuestro piso para buscar rastros. Acepté la ropa y me la puse, aunque tuve que tirar varias veces de la pretina de los pantalones para que la cinturilla no resbalara por mi huesuda cadera. También la chaqueta de punto me iba varias tallas grande; las costuras de los hombros me llegaban casi por los codos. Cuando acabé, alcancé el plato, me senté con él en el colchón y empecé a devorar el pan.

—Zabrew es una ciudad difícil —dijo el tío Adwo, a quien le crujieron las rodillas cuando se sentó a mi lado—. Sé lo que es crecer aquí, y también sé lo que es

sentirse diferente. Como si no acabaras de encontrar tu lugar.

Dejé el pan con mermelada en el plato, a medio comer, y cambié de postura para poder mirarlo a la cara.

—Por favor, tienes que creerme, no fui yo. Ese hombre…

—¿El último invitado de Marta?

—Sí.

—¿Cómo era?

Negué con la cabeza.

—Verás, Nadja: Fedor Botzki y su gente han ido esta mañana a tu colegio antes de que empezaran las clases y han tomado declaración a algunos testigos. Entre otros, a un chico al que la semana pasada casi le rompiste el pómulo. Milosz Nowak. No era la primera vez que te peleabas.

—Tampoco era la primera vez que él insultaba a Marta. Me provocó.

—¿Igual que te provocó Marta?

Volví a negar con la cabeza.

—En estos momentos está en una mesa de autopsias del Instituto Forense, Nadja.

Visualicé la escena: la raparían para poder examinarle el agujero de la cabeza. Su precioso pelo largo caería flotando al suelo y sonaría como un aliento, una última espiración. Luego le irían aplicando una cinta adhesiva especial por todo el cuerpo con la esperanza de que, al arrancarla, se le hubieran pegado rastros útiles. Le cortarían el tórax con un escalpelo y le abrirían un tajo de punta a punta del tronco. Le extirparían los órganos. La destriparían como a una res en el matadero. Se me escapó un eructo, pero no fue el sabor del pan con mermelada lo que me vino a la boca. Fue otra cosa, mucho más dulce. Empecé a temblar. Oía ruidos en mi cabeza. Golpes, pam-pam-pam-pam, golpes y un crujido como de papel de plata. Un recuerdo.

—¿Nadja?

«Hola, Nadja. Soy el tío Fedor.»

El tío Adwo hizo chascar la lengua.

—Creo que no comprendes la gravedad de la situación, Nadjeschka. Fedor y su gente han hablado también con tu amiga Aniela en el colegio. —Se levantó y me miró desde lo alto—. Es tu amiga, ¿verdad?

Asentí con ganas y me puse de pie también.

—Y ¿no te imaginas lo que les ha podido contar Aniela?

Seguramente sonreí. Seguramente les di gracias a Dios y a todas las fuerzas que se me ocurrieron porque el tío Fedor y su gente hubieran hablado con Aniela. Ella les habría contado lo mucho que nos divertíamos, lo mucho que nos reíamos cuando pasábamos la tarde juntas. Como en el prado de detrás de las vías abandonadas, donde nos tumbábamos y nos dedicábamos a señalar las formas de las nubes mientras escuchábamos viejos casetes de Marta en el walkman de Aniela, ella con el auricular izquierdo y yo con el derecho, y el cable uniéndonos como si fuera un fino cordón umbilical negro. Aniela les habría dicho que yo aún le daba un abrazo todos los días porque ella siempre, desde segundo, me llevaba un bocadillo al colegio para el recreo, y que seguía dándole las gracias aunque hacía tiempo que se había convertido en algo normal. Los habría informado de que yo solo pegaba porque me dolía que otras personas hablaran mal de Marta. Sí, seguramente sonreí, y mi sonrisa quizá fuera la respuesta más torpe y menos adecuada que habría podido darle al tío

Adwo en ese momento.

—Le has pedido muchas veces a tu amiga Aniela que robara dinero del monedero de su madre. Dice que te tiene miedo, que teme que puedas ponerte agresiva también con ella…

Se interrumpió de repente. Sus ojos acababan de fijarse en la superficie pelada de la pared. Ya me extrañaba que no la hubiese visto todavía.

—¿Qué narices has hecho con la pared?

Al principio acarició el hormigón desnudo con incredulidad, después se puso en cuclillas, recogió un puñado de polvo de cemento, lo contempló y lo dejó caer al suelo con una expresión de perplejidad. Cerré un momento los ojos y pensé en la arena del mar. Y luego en ti, Janek.

—A las once vendrá a prestar declaración la mujer de Protección de Menores —oí que decía el tío Adwo, aunque sonaba ausente. Lo de la pared parecía haberlo descolocado—. Por lo que me han dicho, ya habíais tenido contacto con ella en alguna ocasión.

Ese fue el momento en el que me rendí. Sospechaba que no tenía ninguna oportunidad. Nadie iba a creerme. Mi camino estaba claro. Pero por lo menos tú, Janek, podrías ver el mar algún día. Sin embargo, para eso primero tenía que dejarte marchar.

Julio de 2015

—Me pidió que le dijera a Fedor que parara, que ella declararía todo lo necesario. Solo ponía una condición: quería ver a su hermano una vez más para poder despedirse.

Ludwig Abramczyk iba ya por su cuarto whisky; él mismo notaba que balbuceaba un poco mientras Gero volvía a dar un trago después de un buen rato sin beber. No obstante, el alcohol no pareció sacarle más que un gesto negativo de la cabeza y un susurro de «Increíble».

—Jamás explicó lo que había ocurrido exactamente —siguió relatando Ludwig—. Solo aceptó la reconstrucción de los hechos que se realizó siguiendo los indicios, pero tampoco tuvo que hacer más. Resultaba evidente: una adolescente rebelde, conocida por buscarse problemas, había matado con un trofeo de ballet a su madre, que trabajaba de prostituta y los tenía descuidados a su hermano pequeño y a ella.

—Y la condenaron —concluyó Gero.

Ludwig asintió.

—Siete años en un centro para menores. El juez aceptó como atenuante que los hermanos habían vivido mucho tiempo en circunstancias intolerables. El piso estaba hecho un asco, los niños mismos estaban muy dejados. De no haber sido por mi prima Evelyn… —Se interrumpió e hizo ruido al tragar—. Es probable que a Marta también se le fuera la mano a menudo.

Gero lo miraba estupefacto.

—No era mala del todo —aclaró Ludwig, siguiendo los designios de su corazón roto—. Por lo menos antes. —Una sonrisa ensimismada asomó a su rostro envejecido.

—O sea que estabas enamorado de ella.

—Sí. Fui el idiota que amó a esa mujer de verdad. Era la chica más guapa y dulce de toda la ciudad.

—Y luego, un monstruo.

—Muchos de nosotros lo hemos sido —repuso Ludwig con sinceridad—. También yo.

—¿Qué quieres decir?

—Salí con Marta de joven. Tendría que haberme casado con ella sin pensarlo, pero quería irme a Berlín a toda costa para ser abogado.

Marta, en cambio, deseaba ir a París, a bailar. No nos poníamos de acuerdo, así que después de muchas discusiones acabamos rompiendo. Después de eso, me pasé casi tres años sin volver a Zabrew, porque temía que allí todo me la recordaría. Incluso dejé de contestar las llamadas de mi prima por miedo a que pudiera pasarme con Marta. No supe que no había llegado a marcharse hasta un día que regresé por fin de visita. En cambio, había tenido una hija y se ganaba la vida de… —Bajó la mirada a su vaso—. Bueno, ya sabes.

—Crees que todo habría sido diferente si no la hubieses dejado.

—No solo lo creo, lo sé. Y saberlo me tortura todos los días.

—No importa lo que hiciera esa Marta —dijo Gero tras unos instantes de reflexivo silencio—. ¿De verdad crees que una chica de quince años sería capaz de matar a su propia madre? —Se deslizó hasta el borde del asiento—. ¿Nunca te has planteado que Nadja, tal vez, pudiera estar diciendo la verdad? ¿Que el culpable sí fuera uno de los clientes de Marta?

Ludwig sintió que se le endurecían las facciones.

—No.

—¿No?

—Fue ella —se limitó a decir; no confesó que a lo largo de los años sí había dudado alguna vez de la culpabilidad de Nadja, porque entonces habría tenido que reconocer que se había equivocado y había cometido el mayor error de su vida—. En cualquier caso —prosiguió para desviar la conversación—, gracias a mis contactos conseguí que la trasladaran a un centro penitenciario para menores de Fráncfort del Óder. Una suerte para ella. Lo normal habría sido que tras el juicio fuese a parar a una cárcel polaca, y no quieras saber las condiciones en las que se encontraban por entonces. Me permitieron llevarla a Fráncfort personalmente, en mi coche. Todavía recuerdo que me pidió que me encargara de que su hermano estuviera bien cuidado. Antes de bajar del coche le ofrecí mi petaca, dejé que diera un buen trago de whisky y le dije: «Aguanta, niña. Lleva tu condena con humildad y tómate la cárcel como una oportunidad». —Ladeó la cabeza—. Te lo juro, Gero, de verdad: ahora es inofensiva. Los años de cárcel la han transformado. Ni siquiera es capaz de ir en metro sin que le dé un ataque de nervios. Ya ha pagado suficiente.

Gero se frotó la frente. Ludwig creyó poder leer los pensamientos que se debatían ahí dentro.

—Te digo que es inofensiva —repitió con vehemencia—. Pongo la mano en el fuego. Y otra cosa: quiero que sigas tratándola bien, como si este incidente con Vivi no hubiera ocurrido nunca.

—Pero sí ha ocurrido…

—Basta —zanjó Ludwig con aspereza—. Sabes que te quiero como a un hijo, Gero, pero en este punto no me andaré con medias tintas. Sigue siendo mi bufete, soy el socio fundador. ¿Nos hemos entendido? Esa muchacha ya lo ha pasado bastante mal.

*

Gero van Hoven estaba sentado en su Porsche, cuyo interior había quedado invadido por una sensación que involuntariamente se había llevado consigo de la casa de Ludwig. Él mismo había sido un niño incomprendido, con un padre para quien nunca nada era suficiente y una madre que, en lugar de intervenir, prefería retirarse a la cocina a preparar la comida o al sótano a planchar. Si se concentraba, todavía podía oír el ruido que hacía el cinturón de su padre cuando lo sacaba de las trabillas del pantalón, y el del cuero que atravesaba cortante el aire antes de golpear la espalda desnuda de Gero como castigo por una mala nota en el colegio. Oía a su madre, que le prometía por milésima vez abandonar al viejo y marcharse con él a empezar una nueva vida en otro lugar. Una promesa que nunca cumplió, lo cual casi le había dolido más que los golpes de su padre. Y entonces se oyó a sí mismo, años después, sentado a pesar de todo en la cama de su padre convaleciente, sosteniéndole la mano y comunicándole que había decidido estudiar Derecho y llegar a ser juez algún día para imponerles su merecido castigo a personas como el conductor distraído que no había visto a su padre y había sellado su destino dejándolo inválido. Los hijos querían a sus padres incondicional y desesperadamente, así lo dictaba la naturaleza. ¿Qué clase de persona había que ser para quebrantar una ley natural y matar a la propia madre? Por otro lado, la gente cometía errores…

«Errores», se burló él mismo. Un asesinato no era un error; un asesinato era un asesinato. ¿O no? De nuevo pensó en su primer gran amor, Lilly Kössling, y en aquella noche en la que también él había estado lo bastante furioso para cometer algo más que un simple error. Había confiado en Lilly, había creído que su «para siempre» era sincero. Sin embargo, ella lo había engañado, igual que su madre con sus inútiles promesas, y después de eso pasó varias semanas sufriendo como un perro. Se encerró en su habitación sin comer nada, solo a emborracharse y llorar. Hasta que tuvo suficiente. Porque aquello no estaba bien y punto, no era justo. Era Lilly quien debía sufrir las consecuencias de su conducta, no él. En cuanto tomó esa decisión, salió en plena noche directo hacia la residencia donde vivía ella y comprobó que su cuarto tenía la luz encendida. La luz especial. Lleno

de rabia, se dirigió al aparcamiento de la parte de atrás, donde Lilly dejaba su pequeño Polo azul. Para comprárselo había tenido que renunciar a muchas cosas y hacer más horas extras aún en la cafetería donde trabajaba como camarera para pagarse las clases. El pequeño Polo azul, su más preciada posesión. Gero se acercó una última vez a los labios la botella de cerveza que se había llevado para el camino, bebió hasta que no salió más que espuma y luego la estampó contra el guardabarros derecho. Con el borde afilado del cuello de la botella arañó la pintura de las puertas y del capó, una y otra vez, una y otra vez. Y disfrutó de los chirridos del cristal, desde luego que sí. Cómo disfrutó cada uno de esos penetrantes chirridos… Mientras tanto, se imaginaba los lamentos de Lilly cuando, al día siguiente, descubriera lo que le había pasado a su coche. No paró hasta que se abrió una ventana del edificio y una voz masculina le gritó desde allí. Entonces echó a correr. Cosas como esa sí que eran errores, sobre todo porque luego Lilly lo denunció por ello.

Aun así, ¿qué otra opción tenía, más que acceder al deseo de Ludwig? «Ninguna», decidió. Encendió el micrófono del ordenador de a bordo, pronunció el nombre de ella y escuchó los tonos de llamada. El primer intento acabó en una llamada perdida; al segundo, la chica contestó.

—Soy Van Hoven —anunció tras su vacilante «¿Diga?».

Nadja Kulka, que había estado encerrada y apartada del mundo hasta los veintidós años por el asesinato de su madre. Que, después, había regresado a su ciudad natal de Zabrew y se había ocupado de la prima de Ludwig, Evelyn, enferma del corazón. Que, tras la muerte de Evelyn, se había trasladado por decisión de Ludwig a Berlín, donde él le había procurado los cimientos de una vida normal: una terapeuta con quien podía hablar regularmente y que le recetaba medicación, su propio piso y un trabajo con el que ganarse la vida. Ludwig, que había acabado abandonándola a su suerte porque, como él mismo había dicho, tampoco podía pasar demasiado tiempo con ella. Le recordaba demasiado a su madre, a quien había amado, odiado, perdido.

—Retiraré el despido —le comunicó Gero, pero no que había hablado de ella con Ludwig—. Creo que lo de hoy solo ha sido un desafortunado malentendido. He exagerado mi reacción.

—Ah —repuso ella con inseguridad, y añadió—: Gracias, señor Van Hoven.

—Bueno, pues hasta mañana, Nadja.

Se propuso vigilarla de cerca. Ponerla a prueba. Enseñarle de vez en cuando una foto de Vivi para ver cómo reaccionaba. Decidió que, en cuanto algo raro le llamara la atención, volvería a acudir a Ludwig

y se enfrentaría a él. Después regresó a casa.

En el salón hacía frío —Laura, sentada en el sofá, sostenía a Vivi envuelta en la agradable mantita de felpa que había tenido la prevención de comprar ya para el otoño que se acercaba— y, sin embargo, la sala irradiaba una calidez especial que enseguida penetró el pecho de Gero y le alcanzó el corazón. El olor de la comida que estaba en los fogones llegaba desde la cocina abierta y se mezclaba con la delicada nota floral de las velas aromáticas que estaban encendidas en la mesa de comedor, junto con la vajilla puesta. Se detuvo un instante en la entrada del salón y contempló maravillado el sinfín de milagros que lo rodeaban. Un hogar precioso, una familia de verdad; justo lo que había deseado de pequeño. Laura levantó la mirada y le sonrió cuando se acercó a ella.

—Menudo día, ¿eh? —Tiró de la mantita de Vivi para que él pudiera verle la carita.

Su hija. Todos los días de su vida sería para ella el padre que él mismo habría necesitado. Se lo había prometido cuando nació.

—Y todo por una loca que se ha acordado del asma de su hermano pequeño —comentó Laura meneando la cabeza.

Gero asintió. Se sentó en el sofá junto a ella y le hizo un resumen de lo que le había contado Ludwig. No solo porque a él le preocupaba de verdad, sino también para darle algo que pensar. Ese día no había cuidado lo bastante bien de Vivi. A ojos de él, había fallado un poco como madre, y le parecía saludable hacerle ver con esa historia los peligros que acechaban en el mundo de ahí fuera. Peligros que a menudo no se veían venir, provocados por personas a las que considerabas inofensivas. Solo si se mantenían unidos y empezaban a funcionar como un todo indivisible podrían hacerles frente.

Al final, Laura se quedó casi tan perpleja como lo había estado él.

—Siempre me dio la sensación de que había algo extraño en ella. Pero esto… —No consiguió terminar la frase.

Aun así, Gero la entendió.

No, eso no lo había esperado nadie. Nadja Kulka era una asesina convicta.

Nadja

¿Recuerdas la última vez que nos vimos? Lloraste. Los dos lloramos cuando el tío Fedor cumplió su parte del trato y te llevó a verme para que pudiéramos despedirnos.

—¡Me habías dicho que pronto iríamos al mar!

La agitación hacía que respiraras mal; temí que fuera a darte un ataque de asma. La tía Evelyn, que te tenía en el regazo mientras estábamos sentadas frente a frente en la sala de interrogatorios de la comisaría, sacó tu inhalador del bolso. Tú pataleaste y sacudiste los brazos cuando quiso metértelo en la boca.

—¡Me dijiste una mentira, Nadja! ¡Me dijiste una mentira! —gritabas.

—¡No, no, no!

Te pedí que vinieras conmigo y abrí los brazos, pero tú diste la vuelta y apretaste el rostro lloroso contra el pecho de la tía Evelyn. Ella ya te había anunciado que yo no volvería a casa contigo. No estaba segura de si debía odiarla o darle las gracias por ello. Empezaste a toser, justo como había temido. Tu cuerpecillo se estremecía tanto que a la tía Evelyn le costaba seguir teniéndote en brazos. Salté de la silla. El tío Fedor, que estaba en la puerta como un perro guardián, carraspeó. Enseguida volví a notar el sabor del chocolate en la boca, pero intenté contener las náuseas. Tú eras lo único que importaba en ese momento. Él no podría impedir que me acercara a ti, y al final ni siquiera se atrevió a intentarlo. Me acuclillé delante de vuestra silla y alargué una mano para acariciarte la espalda. La tía Evelyn me hizo una señal con el inhalador. Yo asentí.

—Escucha, ángel mío —te dije—. Es verdad que durante un tiempo no podré ir a casa, y que algunas cosas van a cambiar. —Jadeaste, y la tía Evelyn agitó el inhalador, cada vez más asustada—. Pero verás el mar, eso no es mentira. Te lo juro.

Volviste la cabeza hacia mí, vacilante.

—¿Y Marta?

—Marta no puede volver, está dormida. Tiene que descansar. El último invitado la agotó demasiado. —No hice caso de la mirada de la tía Evelyn y seguí hablando, tal como me parecía correcto—. Primero irás a ver el mar tú solo, y luego, cuando yo vuelva, iremos los dos juntos para que me lo enseñes, ¿vale? ¿Lo hacemos así? —Le cogí el inhalador a la tía Evelyn y te lo acerqué—. Aquí dentro hay aire de mar, Janek —dije, y sonreí—. Para que empieces a acostumbrarte.

Entonces lo miraste indeciso.

—Vuelve a casa, por favor. Si no estás, lloro todo el día.

Volví a explicarte que tendrías que arreglártelas sin mí durante una temporada.

—¿Y cuánto es exactamente «una temporada», Nadja? —preguntaste después de haber hecho por fin dos inhalaciones profundas—. ¿Cuándo vendrás conmigo?

—En cuanto las personas que creen que he hecho algo malo vean que se equivocan y atrapen al hombre malvado.

—¿Y si no lo atrapan?

—Pues lo atraparé yo, cielo. Volveré a casa, te lo prometo.

—Y entonces iremos a ver el mar.

—Sí. Entonces iremos a ver el mar.

Ahora ya has ido a verlo. El mar. Has estado allí de verdad, lo sé. El verano pasado, por ejemplo, fuiste al Báltico con tu mujer. Este año queréis ir al Adriático en agosto, por primera vez los tres. Ahora ya sabes si las gaviotas gritan o más bien graznan, y qué se siente al respirar aire salado.

Cuánto me gustaría que me hablases de todo eso. Cuánto desearía tener algo más que mis pensamientos sobre ti. Haberme atrevido a enviarte mis cartas. Pero he sido cobarde, Janek, cobarde y egoísta. Me daba miedo que me rechazaras. Solo pensaba en mí. Precisamente yo, que había jurado hacerlo siempre todo por ti, y que tú para mí eras lo más importante. Por eso tengo que salir de esta con vida. Tengo que conseguirlo.

Así que tiro de mis ataduras como una loca y le grito con todo mi esfuerzo, mi tristeza, mi dolor, a la cinta adhesiva que me tapa la boca. Quiero tirar con más ganas aún, esforzarme más aún, solo que ocurre todo lo contrario. Cada vez estoy más débil. Y cansada, cansada a más no poder. La sensación de vértigo que noto en la cabeza se extiende por todo mi cuerpo. Al principio no es desagradable, quiero abandonarme a ella; es bonito que todo se desvanezca. Sin embargo, de pronto las cosas se aceleran tanto que me da miedo. Intento pensar con claridad, pero me doy cuenta de que cada vez es más difícil. Recuerdo que hace un rato, en la cocina, he intentado leer el manual de derecho penal y se me desdibujaban las letras. Quería impedir que el señor Van Hoven le diera una paliza a Laura, pero no he conseguido ponerme en pie y he tenido que arrastrarme. Las fuerzas solo me han alcanzado para tirarle de la pernera del pantalón. Veo a la tía Evelyn ante mí, con las manos clavadas en sus anchas caderas y reconviniéndome con la voz de Annelies, la cajera de la gasolinera: «Ya te decía que era una conmoción cerebral y que tenías que ir al médico. Si me hubieras hecho caso, ahora no estarías aquí. La culpa es tuya». La culpa, siempre la culpa…

No puedo más, me entrego a la penumbra, me dejo ir. No sé qué sucederá cuando despierte otra vez. Solo una cosa: si así debe ser, si hoy de verdad muero, entonces lo único que deseo es que algún día puedas perdonarme. Perdóname, por favor, Janek.

Te quiero mucho.

Julio de 2015

El joven había vuelto a aparecer. Lo estaba esperando en el aparcamiento subterráneo del bufete. No debía de haber sido difícil localizar el coche de Gero van Hoven. El periódico, en su artículo sobre el caso Heger, había publicado una foto de él subiendo a su Porsche con traje y gafas de sol, delante del bufete. Gero lo reconoció ya de lejos y aminoró el paso. Eran más de las diez de la noche, el aparcamiento estaba oscuro, el portero no había solucionado todavía el problema de la iluminación y los fluorescentes parpadeaban lastimeramente en el techo de hormigón.

—Hola, señor Van Hoven —dijo el muchacho.

Con la confusión que causó el supuesto secuestro de Vivi, Gero ya había olvidado su repentina aparición de dos días antes. Sobre todo porque, cuando regresó de la azotea con la niña, el joven se había esfumado tan misteriosamente como había entrado.

—Está bien. —Gero se dio por vencido y se acercó a él—. Voy a preguntárselo otra vez: ¿qué quiere de mí?

Su interlocutor se metió la mano en el bolsillo interior de la holgada cazadora vaquera que llevaba encima de la misma camiseta de un grupo que dos días antes y sacó aquel sobre de nuevo.

—Tiene que ayudarme a arreglar todo esto, señor Van Hoven.

Gero lo recordó. «Mi confesión», le había anunciado cuando quiso hacerle entrega del sobre.

—¿O sea que conocía a Nelly Schütt, señor…?

—Hannes Liewert —dijo el muchacho, y alargó una mano temblorosa hacia Gero. Este se la estrechó; estaba húmeda, carecía de nervio—. Sí, conocía a Nelly. Íbamos juntos al colegio. A veces me dejaba que le llevara la cartera, pero aparte de eso nunca quiso saber nada de mí.

Al ver la sonrisa de medio lado que iluminó su cara picada de acné, Gero levantó las cejas, un gesto con el que pretendía expresar su deseo de que el joven fuese al grano, porque ya era tarde y él quería irse a casa. Con su adorada Vivi y con Laura, que tras el susto por la supuesta desaparición de su hija estaba muy cambiada y ya era otra vez la de antes. Mientras que hasta entonces no hacía más que quejarse de que, por un lado, se aburría durante el día y, por otro, se

sentía desbordada —oír llorar a la niña, llevar la casa, no tener tiempo para sí misma, no poder contar con Gero si alguna vez lo necesitaba; algunas noches ni siquiera lo esperaba con la cena lista, y entonces él tenía que llamar para pedir comida a domicilio, por no mencionar lo poco interesada que se mostraba cuando él le hablaba de su jornada mientras estaban a la mesa—, de pronto volvía a sonreír. Cocinaba. Lo abrazaba sin ningún motivo en concreto y le decía cosas como: «Qué suerte tenemos de estar juntos».

Hannes, sin embargo, pareció interpretar su expresión como un juicio de valor en cuanto a Nelly y levantó la voz para defenderla:

—Pero ella tampoco tenía nada con ningún otro, era una chica independiente. —Y luego, más calmado, añadió—: Hasta que llegó ese Heger.

Lo que el joven le contó a continuación ya no sorprendió a Gero. Hannes había pensado que, después de que Nelly cortara con Paul Heger, él por fin tendría una oportunidad con ella, pero al final comprendió que la chica solo lo había usado para consolarse hasta que Heger volvió a aparecer en escena.

—Esa mañana fui a verla, le llevé flores, pero ella me echó. Dijo que lo nuestro había sido un error —explicó, y se secó las lágrimas de la cara. Como enseguida había intuido que el cambio de opinión de Nelly debía de estar relacionado con Heger, esa tarde la siguió hasta el hotel de la A24, donde la interceptó en el aparcamiento para hablar con ella—. Al principio negó que hubiera quedado con él. Me dijo que tenía una amiga que trabajaba en el hotel. —Sacudió la cabeza con vehemencia—. Conozco a todos sus amigos. En el pueblo nos conocemos todos. —Al final, Nelly comprendió que Hannes no se dejaría despachar así como así, esa vez no. De manera que, para aclarar las cosas y por deseo de Nelly, fueron al bosque cercano en el coche de ella—. Seguramente no quería que su ligue llegara al hotel y nos viera allí juntos. —Miró al suelo—. Se avergonzaba de mí.

Gero abrió la boca para decir algo amable, pero no se le ocurrió nada. «Sí, es probable que se avergonzara», pensó mirando con desprecio al flaco joven granujiento, comparado con el cual hasta un idiota como Heger parecería un hombre con personalidad, por lo menos a ojos de una muñequita de pueblo como Nelly Schütt.

—Y en el bosque —añadió el joven sin dejar de mirar sus gastadas y mugrientas deportivas— fue donde pasó.

Según él, solo había pretendido hacerle entender lo mucho que la quería, y que el tal Heger no le convenía, pero Nelly se había reído.

—Entonces la empujé. No para hacerla caer por la pendiente, solo quería que dejase de reírse, pero resultó que la pendiente estaba ahí.

Enseguida intenté agarrarla para sostenerla, pero no lo conseguí y cayó. Y luego, cuando la vi tirada ahí abajo, con las extremidades dobladas de esa forma tan rara, mirándome… —Hizo el gesto de levantar las manos tal como había hecho al estrangular a Nelly Schütt.

Gero asintió con comprensión, no preguntó nada más. El resto de los detalles podría leerlos en la confesión que Hannes le había entregado por escrito. La pregunta que sí se hacía, en cambio, era la de cómo actuar con esos nuevos datos. Podía informar enseguida a su amigo el fiscal Fred Mertens y hacer que detuvieran a Hannes. Podía convertirse en un héroe, ante Heger y ante los medios: el abogado estrella de Berlín, que tras toda una odisea había logrado un final feliz para un cliente al que habían condenado injustamente. O podía enviar a Hannes a casa y punto, ordenarle que quemara la carta de confesión y que viviera su vida. La muerte de Nelly Schütt era una tragedia, sin duda, pero hasta cierto punto ella misma había sido responsable de lo sucedido. No tendría que haberse liado con Heger, y mucho menos haber vuelto con él. Porque ¿cómo era eso que decían? «Puedes cometer un error una vez, pero a la segunda ya no es un error, es una elección.» Nelly Schütt había elegido y había acabado muerta.

Gero sintió un temblor en las comisuras de los labios. Sentaba bien ser juez por una vez.

Nadja

El tiempo pasa, he caído en él como en un agujero negro. Estoy tumbada en el colchón desnudo del dormitorio de la abuela de Laura, que desprende un ligero olor a humedad. La cinta de embalar que me tapa la boca se ha corrido; la saliva, los mocos y las lágrimas la han despegado. Sigo teniendo las muñecas atadas; ahí, en cambio, la cinta se ha retorcido en algunos puntos y se me clava en la piel. Por la ventana entra una noche negra, en algún lugar de la habitación brilla una débil luz parpadeante: velas. Alcanzo a ver una estela de un blanco grisáceo en el cielo oscuro, una estrella fugaz. Estoy demasiado cansada para desear nada. Tengo el cerebro hecho papilla.

Laura… El duelo es una criatura de garras afiladas. Me abre un tajo despiadado a lo largo del torso, igual que en una autopsia. Me separa las costillas y rebusca dentro del tórax expuesto para estrujar mi corazón como si fuese un estropajo viejo. Sé que duele, que en otras circunstancias sería un dolor prácticamente insoportable, que sin duda se trata incluso de algo más que del duelo. Se trata de la toma de conciencia de mi fracaso. Laura está muerta, y me es imposible convencerme de que no podría haber hecho nada para impedirlo. Tendría que haberle seguido el juego al señor Van Hoven durante el juicio. Tendría que haberme esforzado más. No he estado a la altura de mi papel como abogada defensora, tal como él esperaba de mí.

«La habría matado de todas formas.»

Pero, al menos, podría haber ganado algo de tiempo.

Ahora ya es tarde. Fracaso en mi intento de incorporarme y quedar en una posición erguida, la cinta de embalar que me ata las muñecas a la espalda me deja muy poco margen de maniobra. Aun así, me retuerzo un buen rato como un pez fuera del agua, hasta que mi cuerpo cae inmóvil a causa del agotamiento. Sin embargo, el colchón sigue moviéndose. Me giro con brusquedad. Jadeo. El señor Van Hoven está sentado a mi lado y me mira atentamente. Asiente como si le hubiera hecho una pregunta. Podría hacerle muchas, y la mayoría empezaría con un «¿Por qué…?».

—Estás despierta —afirma, y añade—: Eso es bueno.

Vuelvo a notar que el colchón se mueve, y es él, que se ha inclinado sobre mí para manejar mi debilitado cuerpo y enderezarlo con

movimientos toscos. Me coloca con la espalda apoyada en el cabecero de la cama. Mi cráneo pesa toneladas y se balancea sin control sobre mi cuello, tengo la sensación de estar borracha, puede que incluso babee. Lo veo todo borroso. Debo concentrarme para comprender qué sostiene el señor Van Hoven en las manos cuando se sienta a mi lado, con la espalda contra el cabecero de la cama, igual que yo.

Es un vaso. Distingo un líquido transparente, agua. Seguro que le ha echado algo. Puede que las pastillas de mi bolso. Demasiadas, quizá, una sobredosis. Sacudo la cabeza con pánico, toda yo me zarandeo y el colchón ondea con fuerza. El agua se derrama por el borde.

—Shhh, shhh, shhh —hace el señor Van Hoven, y se cambia el vaso de mano—. Cálmate.

No tengo ninguna intención de calmarme. Sigo agitándome todo lo que me permite mi débil cuerpo, lo cual acaba provocando que él deje el vaso en la mesilla de noche y me agarre de ambos brazos.

—He dicho que te calmes.

Las cuencas de sus ojos quedan ocultas por las sombras, pero aun así le veo las pupilas dilatadas. Su mirada me asusta y paraliza mi cuerpo inquieto.

—Eso. Así está mejor.

—¿Qué ha pasado? —pregunto con temor.

—Te has desmayado —responde—. Pero ya has recobrado el conocimiento. Por suerte, porque aún hay trabajo que hacer.

—¿Qué hay que hacer?

—Antes que nada, tienes que recuperarte del todo. Toma. —Me suelta los brazos y alcanza el vaso de la mesilla.

Aprieto los labios con fuerza cuando me lo acerca a la cara.

—Solo es agua, por el amor de Dios, Nadja.

Tengo los labios bien cerrados. Con la mano izquierda me agarra las mejillas y aprieta como si fueran de arcilla blanda. Me hace daño al abrirme la mandíbula, y toso cuando, con la mano derecha, vierte el contenido del vaso en mi boca.

—Así me gusta —dice, y luego añade—: Bebe para ponerte buena otra vez.

—¿A mí también va a matarme?

—Claro que no.

—Quiero irme a casa. Por favor.

—A casa —repite despacio—. Laura me contó que, cuando todavía erais compañeras de trabajo, una vez te llevó a tu casa. Me dijo que en tu piso apenas había muebles, ninguna alfombra, ningún cuadro, solo paredes blancas. Aséptico como un hospital, así lo describió. ¿Es así

como vives, Nadja?

Asiento de forma mecánica. Así es como vivo.

—Entonces, ¿por qué quieres ir allí? Eso no es un hogar. Y tampoco tienes a nadie que te esté esperando.

—Sí. —Asiento como si mi vida dependiera de ello, y tal vez así sea —. Sí que me espera alguien. Mi hermano me espera desde hace veinte años. Tengo que volver con él, después de hoy lo veo más claro que nunca.

—Veinte años. Has tenido tiempo de sobra para hacerlo. —La suavidad de su tono me hace temblar; tiene razón. Siento un cálido reguero de lágrimas en la mejilla. Él me lo enjuga—. Todo saldrá bien —dice, y que nunca ha roto ninguna promesa.

Después se levanta de la cama y se acerca a la cómoda donde están las velas, que ya se han consumido y son poco más que cabos. Oigo un susurro, una bolsa de plástico. Alargo el cuello, pero no distingo nada; su espalda me tapa la vista. Cuando vuelve a girarse, en la mano izquierda tiene la peluca que llevaba en el trayecto hasta aquí, y en la derecha, un tubo. No lo entiendo. O, al menos, no enseguida.

Octubre de 2017
(dos años antes)

La plantilla al completo se había reunido ese viernes en el comedor de trabajadores para brindar todos juntos. Por Ludwig Abramczyk, que en los treinta últimos años había convertido la vieja fábrica de calderas de Kreuzberg en el mayor y más exitoso bufete de abogados de Berlín, y también por él: Gero van Hoven, el más digno sucesor imaginable. Aquel que un día fuera un joven y larguirucho licenciado en Derecho que le llevaba el portafolios a Ludwig y le preparaba cafés. Aquel que, con el tiempo, no solo se había convertido en un importante engranaje de la maquinaria de Ludwig, sino en un eje fundamental. Hacía ya ocho años que habían brindado por el ascenso de Gero a socio, y ese día, ese día iba a dar el último paso. El príncipe relevaba al viejo rey y ocupaba su trono.

—Estoy orgulloso de ti, hijo —dijo Ludwig, y levantó su copa de champán hacia él, que brindó con su predecesor y, al hacerlo, volvió a pensar en su padre.

—¿De verdad quieres regresar a tu antiguo hogar? —preguntó Gero para dejar de acaparar la atención. Su padre no estaba allí para compartir con él ese momento, claro que no.

Ludwig se encogió de hombros.

—Mi pequeña casa en Polonia, el bosque agreste, cazar cuando me apetezca. Creo que hay peores perspectivas.

—Pero ¿no echarás de menos esto?

—¡Por supuesto! —Ludwig rio—. ¡El trabajo, desde luego! Tanto que cada dos o tres días me presentaría aquí con la excusa de que pasaba por casualidad, y luego os diría a ti y a todos cómo tenéis que hacer vuestro trabajo. —Negó con la cabeza—. Hay que saber cuándo un capítulo ha llegado a su fin.

—Iré a verte —dijo Gero en voz baja.

Una extraña mezcla de sentimientos le había formado en la garganta un nudo que le impedía tragar. Sentimientos alimentados por los años y los momentos compartidos, y siempre con la misma constatación: que Ludwig había sido el padre que no había tenido nunca.

—Ven, sí —pidió este con una sonrisa, y le puso una mano en el hombro—. Todas las veces que quieras, hijo.

«Estoy orgullosa de ti», le había dicho también Laura hacía un rato, aunque ella solo por WhatsApp. Vivi se había puesto enferma —el sarampión— y, de todas formas, a ella le incomodaba la idea de brindar con Nadja en la despedida de Ludwig. El incidente de dos años atrás aún la afectaba, cosa que, según lo veía Gero, no era del todo negativa: Laura había comprendido lo valiosa que era la vida y cómo a veces todo podía cambiar en cuestión de segundos. Ahora era una madre más atenta y mejor esposa. Gero cobró entonces conciencia de que verdaderamente lo tenía todo. Había heredado el imperio del gran Ludwig Abramczyk. Su mujer era maravillosa y tenía una hija de dos años que estaba sana. Tenía una casa bonita. Tenía dinero. Su vida era perfecta. Se tocó la cara, se rozó el rabillo del ojo derecho y notó allí una lágrima.

—Ni se te ocurra —dijo Ludwig riendo.

—Jamás —rio Gero en respuesta, y en silencio se juró proteger esa vida a toda costa.

Nadja

Me resisto. No al principio, porque antes tengo que entender lo que implica. Porque mi cerebro sigue siendo una papilla y va muy lento. En la mano izquierda, la peluca; en la derecha, el tubo. El señor Van Hoven ha dejado ambas cosas sobre la cama y se ha sentado frente a mí con las piernas cruzadas. Después ha acercado las manos a mi cabeza y me ha alisado el pelo. Ha sido al ver que desenroscaba la tapa del tubo y aplicaba el líquido blanco y lechoso por el interior de la peluca cuando mi cuerpo se ha estremecido —y ahora se retuerce, se debate y patalea y, si no tuviera las muñecas atadas, alargaría las manos y clavaría las uñas en el antebrazo del señor Van Hoven, hundiría los dientes en su carne— al comprender que solo tendría una oportunidad. Solo el atisbo de una posibilidad.

Pero el señor Van Hoven es más fuerte que yo. Su fuerza resulta insuperable. Me rechaza sin dificultad al tiempo que me coloca la peluca en la cabeza y aprieta, y yo creo notar cómo el pegamento impregna mi cuero cabelludo. Pegamento para pelucas. Grito hasta quedarme sin aliento. Me suelta y me contempla en silencio, sin dejar de sonreír.

—Te queda mucho mejor así —comenta cuando dejo de gritar.

Vuelvo a chillar. Está loco.

—Tranquila, Nadja —dice, implorante.

Es evidente que está loco, quiere matarme. Tiene un arma. Tal vez la haya dejado abajo, en la cocina, o quizá la lleve en la parte trasera de la cinturilla del pantalón, oculta por la camisa, como a veces hacen en las películas. El caso es que tiene un arma y hoy ya la ha disparado. Ha matado a Laura de un único tiro.

—Tendría que haberme dado cuenta de que ocurría algo raro —dice mientras sigue sosteniendo mi cuerpo, que no deja de agitarse—. Verás: antes, Vivi lo era todo para Laura, pero con el tiempo empezó a dejarla cada vez más a menudo en casa de mis padres, supuestamente porque había quedado con amigas o, desde hacía poco, para ir al gimnasio. Y yo, idiota de mí, me lo creía. Se compró ropa nueva y se cambió el corte de pelo. Incluso volvió a usar perfume. La clase de cosas que suelen leerse en esas revistas estúpidas. Primeras señales de que tu pareja te engaña: se preocupa por su aspecto y se apunta a

actividades nuevas en su tiempo libre. Aun así, no me di cuenta. Siempre he trabajado como un animal porque quería ofrecerle algo más a mi familia. Nunca se trató de mí. Nadie se ha interesado nunca por mí. Por saber qué se siente al ocupar el lugar del gran Ludwig Abramczyk. Cuánta presión lastra a su sucesor. Cómo es saber que el empleo de más de cien personas es responsabilidad únicamente mía. Y luego está la hipoteca de nuestra casa. Un millón trescientos mil que hay que pagar. ¿Y mi mujer? —Escupe con escarnio el título del libro de Aron Bruckstätt—: *Lugares perdidos en el tiempo*…

Mi cuerpo se desmorona en sus brazos, no le quedan fuerzas. Gimoteo.

—¿Por qué ha montado este juego, señor Van Hoven? ¿Por qué la pantomima del juicio? Su sentencia estaba clara desde el principio. ¿Por qué tenía que defender yo a Laura?

—La vida entera es un juego, Nadja. Hay vencedores y vencidos. Venga, vamos, que aún no hemos terminado.

Endereza mi cuerpo, me retira la cinta adhesiva de las muñecas y me levanta de la cama.

—¿Qué quiere decir? ¿Qué significa eso de que no hemos terminado? ¿Qué pasará ahora?

—He buscado un lugar bonito —es lo único que contesta.

Justo detrás de la casa, con vistas directas al canal inundado de vegetación, que en la oscuridad de la noche tiene un halo aún más misterioso. Donde no hay nadie y nada molesta. Donde se oyen los susurros del viento y del agua, donde puede sentirse uno en comunión con la naturaleza, con el ciclo de la vida. Ahora, en plena noche, el aire está despejado y fresco y me alivia un poco la somnolencia, mientras que durante el día las temperaturas hace semanas que alcanzan más de treinta grados. El calor ha provocado que algunos árboles hayan perdido sus hojas antes de tiempo, y ahora cubren el suelo como un manto oscuro. Antes de desmenuzarse o acabar pudriéndose con la siguiente y anhelada lluvia, hacen que todo vuelva a emitir un último crujido.

La tierra está dura, la pala pesa, me duelen las manos a causa de la madera tosca del mango. El sudor me produce picores en la espalda y en la frente, el cuero cabelludo me tira bajo el pelo falso y, cada vez que cierro los ojos al pestañear, tras mis párpados destella la imagen de Laura. Laura… y cómo en cuestión de segundos, sobre las manchas de sangre vieja y marrón de su camisón, brota otra sangre de un rojo más claro, hasta que la fina tela de satén ya no empapa más y se forma un charco de sangre en las baldosas de la cocina. Un charco que

se hace más y más grande, un estanque, un lago, un mar; Laura flotando en un agua roja. Jadeo al clavar la punta de la pala en el suelo. De alguna forma funciono, voy como en punto muerto, mi cabeza se desborda de pensamientos, son demasiados, ninguno se distingue claramente de los demás. Sigo cavando con todas mis fuerzas, como poseída por la idea de llegar al centro de la Tierra. O al nudo de la historia. Aquí hay algo enterrado, una imagen o un pensamiento; no alcanzo a descubrirlo, no alcanzo a entenderlo. Interrumpo mi movimiento y me froto la nuca. El señor Van Hoven está un par de pasos por detrás de mí y mueve la linterna.

—Sigue.

Obedezco. Está loco y tiene un arma. Hundo la pala en la tierra y, sin querer, me pregunto para quién estoy cavando esta tumba. ¿Para Aron Bruckstätt? ¿Para Laura? «No», me respondo. Si es por el señor Van Hoven, al final yaceremos aquí los tres. Sigo cavando más hondo, descendiendo y sumergiéndome en esta extraña sensación de que ahí hay algo más. Algo que está en mi cabeza. Casi puedo notar cómo lo libero, capa a capa, pero todavía no lo alcanzo del todo.

El hoyo me llega por los tobillos.

—No puedo más.

—Sigue cavando.

«Sigue cavando y entonces morirás, igual que los otros dos.» Aron Bruckstätt, que seguramente solo buscaba un poco de diversión. Laura, que buscaba autoestima y la encontró en los brazos de otro hombre. Y por último yo, Nadja Kulka, una niña no deseada, sin padre, madre putativa de su hermano pequeño, encerrada siete años por el asesinato de Marta. Revuelvo en el agua de mi vida y encuentro suciedad, gritos, sangre y oportunidades perdidas. Un piso que no es un hogar. Un puesto de trabajo que no es más que una coartada para aparentar normalidad. Ahora comprendo que no he hecho nada por vivir mi vida. Nunca he hecho más que existir. Me he escondido. He huido de las personas y, sobre todo, de mí misma.

—Por favor. —Me vuelvo y alargo una mano con la palma rasguñada extendida hacia el señor Van Hoven—. Solo cinco minutos de descanso.

No dice nada. Imagino qué pasaría si de verdad tuviera el arma en la cinturilla del pantalón. Si ahora se llevara una mano a la espalda y la sacara. Si aquí y ahora, de repente, todo terminara. Si esto de verdad hubiera sido mi vida y tuviera que morir sabiendo que siempre he sido una cobarde y nada más.

El señor Van Hoven se mueve. Se agacha. Deja la linterna en el suelo. Da un paso hacia mí, alarga la mano para quitarme la pala. Por

fin dice algo:

—Está bien, trae. Te relevo.

«Ya basta.» Es lo único que pienso. Basta de sufrimiento, basta de lamentos. He luchado demasiado poco, ni siquiera lo he intentado. «Ya basta, joder.» Profiero un grito, doy rienda suelta a mi dolor de esas últimas horas, al dolor de esos últimos años, y el grito rasga el silencio de la noche. En ese mismo instante, el extremo de la pala golpea con fuerza la sien izquierda del señor Van Hoven, que cae igual que un árbol talado, como Milosz Nowak aquella vez, en el recreo. Me quedo inmóvil un momento. No puedo hacer otra cosa: quedarme aquí de pie, viéndolo ahí tirado, entre la hojarasca y los islotes de tierra que he formado en la hierba al cavar la tumba. De la sien izquierda le brota sangre, que bajo la escasa luz de la linterna parece negra y se vierte sobre las hojas, sobre la hierba. Su pecho no se mueve. Reprimo el instinto de buscarle el pulso. Podría estar muerto o vivo todavía. Salgo de mi estupor. Me hago con la linterna. Corro y al mismo tiempo me tiro de la peluca; está bien pegada. Rodeo la casa a la carrera sin hacer caso de cómo me retumba la cabeza otra vez, sin hacer caso de los relámpagos que veo en mis retinas, de las náuseas. Cruzo el puente. Tengo que llegar al coche. Con suerte, mi bolso seguirá en el asiento del copiloto. Con suerte, mi móvil seguirá dentro y podré llamar a la policía. Les diré lo que ha hecho. Que ha matado a Laura de un tiro y que quería matarme a mí también. Después iré en coche hasta el pueblo y allí buscaré refugio, esperaré a los agentes. Corro, ya alcanzo a ver el Land Rover, estoy a pocos metros, casi a salvo.

«Vuelvo a casa, Janek.»

Un instante después, el motor ruge y el coche sale a toda velocidad. Tras de mí, gritos. El señor Van Hoven, que le grita al vehículo como un animal enloquecido.

Julio de 2019
(anteanoche)

Conducía demasiado deprisa. El carril se desdibujaba en la negrura de la noche. Gero van Hoven parpadeaba con violencia. Aquello no podía ser cierto. La llamada.

El móvil le había sonado poco después de la medianoche. Lo había despertado en su habitación de hotel de Magdeburgo. Después de la última conferencia del congreso de abogados, había salido un poco por el centro histórico de la ciudad con algunos compañeros de profesión. Habían cenado algo y habían brindado a la salud unos de otros.

—Diga — masculló al contestar.

Al principio, nada, solo el tenue crepitar de la línea. Luego, la voz de una mujer que en un primer momento le resultó por completo desconocida. Podía deberse a que quizá él no estaba aún del todo despierto o a que ella estaba histérica, aunque seguramente fuera por ambas cosas.

—¿Laura? —preguntó, desconcertado, y se separó un momento el móvil de la oreja para comprobar desde qué número llamaban. No lo reconoció—. Laura, ¿eres tú?

—Sí —dijo ella entre sollozos.

Y que fuera enseguida, cuanto antes. Que había ocurrido algo terrible. Que necesitaba su ayuda. Gero había recibido esa clase de llamadas de innumerables clientes, y en su mayoría eran exageradas. Esa no.

—Creo que lo he matado —dijo Laura.

—¿Qué? ¿A quién?

—A Aron… Lo siento mucho, Gero.

Por algún motivo, enseguida supo que la disculpa no se refería a ese hecho en concreto, sino que iba dirigida a él, a su marido. Tal vez fuera por el tono de voz, que al instante le recordó a Lilly y al día en que esta, muchos años antes, le había confesado que salía con otro.

—¿Qué ha ocurrido? —gruñó al teléfono con la mandíbula tensa.

Algo de una pelea y sangre, mucha sangre. Al principio no entendió más, ella no hablaba con claridad. Casi parecía que tuviera hipo. Sin

embargo, Laura volvió a intentarlo, empezó una y otra vez, hasta que algo se desgarró en el interior de Gero y le siseó un «¡Calla!» al teléfono. Ella aulló como si la hubiese pisado. Él respiró hondo. Recuperó su tono de voz anterior.

—Solo dime dónde estás. Voy para allá.

No en un motel escondido. No en una habitación cutre, con la moqueta desgastada y llena de manchas, muebles desconchados y sábanas que, de tanto haberlas lavado, estaban tan finas que hasta tenían agujeros en algunos puntos. No en un lugar de evidente ignominia. Cuando le dijo dónde estaba, Gero creyó notar que cada uno de los huesos y músculos de su cuerpo se empequeñecían hasta que, durante un instante, sintió que había desaparecido por completo.

—¿Qué tengo que hacer ahora? —preguntó Laura con un hipido.

—Nada —decidió él—. No hagas absolutamente nada hasta que llegue yo, ¿me oyes? —Calló y escuchó. No recibió ninguna respuesta —. ¿Me has entendido, Laura? —insistió.

—Pero es que está…

—¡Que si me has entendido! —Fue como una patada.

Al fin y al cabo, ella había sido la primera en golpear y casi lo había matado con su confesión. Lo había dejado derribado en el suelo, desangrándose por dentro.

—Sí —oyó que contestaba en voz baja pero firme.

«Algo es algo…»

—Bien —resolló él—. Salgo con el coche.

—Cariño, yo…

Después de colgar, la pantalla del móvil le mostró brevemente la duración de la llamada. Dos minutos cuarenta y siete segundos. Dos minutos cuarenta y siete segundos que habían desbaratado su vida. Dos minutos cuarenta y siete segundos y la promesa que se habían hecho cinco años antes se había vuelto tan fútil como un globo de chicle que estalla. «Dos minutos cuarenta y siete segundos…» Gero sacudió la cabeza sin poder creerlo. Se vistió y salió a toda prisa de la habitación.

Arrancó el Porsche y condujo con la espalda rígida y los dedos tan hundidos en la piel del volante que acabaron doliéndole. El coche dio un bandazo en una curva. Pensó en el bueno de Ludwig, que ahora le diría: «¿De qué sirve el mejor abogado si está muerto?».

«De nada», se contestó Gero, y moderó la velocidad. Al final decidió detenerse del todo allí mismo. Vomitó en el arcén.

«Laura y Aron.»

Había recibido una llamada de ella al mediodía, entre dos conferencias. Para avisarlo de que esa noche había decidido salir y

seguro que se le haría tarde, por si intentaba localizarla. Era posible que incluso se quedara a dormir en casa de una amiga. Él la escuchó solo a medias. Le importaba más lo que pensaba hacer con Vivi.

—No te preocupes, pasará el fin de semana con tus padres.

Eso no le había hecho demasiada gracia a Gero. Vivi pasaba bastante tiempo con sus padres últimamente. Lo único que lo reconfortaba hasta cierto punto era tener que reconocer que el viejo hacía mejor trabajo como abuelo que como padre. Así que había mascullado un «Como quieras» y le había deseado a su mujer que disfrutara de la salida con palabras amables.

Ya volvía a encontrarse mejor. Se le había calmado el estómago. Se sacó un pañuelo de la chaqueta y se limpió la boca. Después se inclinó contra el capó, respiró hondo para recuperarse del todo y miró al cielo. La luna parecía el recorte de una uña de pulgar. A su alrededor, millones de motas, las estrellas. Gero intentó recordar cuándo había sido la última vez que había contemplado las estrellas en su vida. Si es que algún día había sido la clase de persona que encontraba belleza y significado en algo así… Probablemente no. Se le habían pasado por alto muchas cosas. Se le había pasado por alto cómo perdía a su mujer. Habían sido felices, sin duda. Lo habían tenido todo… «No te hundas», se advirtió. Subió al coche y siguió camino. Ante sí tenía el horizonte frío y negro. Gero decidió tomárselo como una lección. No lo consiguió. En lugar de eso, una idea empezó a rondarle con insistencia.

«¿Y si…?»

Le zumbaba la cabeza. La vaga sensación de que ahí había algo que no encajaba le atenazaba la nuca. Intentó imaginarse a Laura, la delicada y dulce Laura, abalanzándose sobre un hombre adulto. De repente tenía en la mano un cuchillo de cocina, pero en la siguiente visión ya se había convertido en una escopeta de caza. Visualizó un jarrón rompiéndose sobre una cabeza, visualizó un cráneo abriéndose. Sin embargo, daba igual en qué escenario situara la acción: el hombre a quien mataba Laura no tenía el rostro de Aron Bruckstätt, sino siempre el suyo. El de Gero.

Y entonces lo supo. De pronto ya no era una sensación vaga, soslayada. De pronto lo vio claro. Una trampa. Un plan. No había ningún amante muerto. La llamada de Laura solo había sido un pretexto teatral para atraerlo. Era él quien debía morir esa noche. Querían deshacerse de él porque se interponía en su felicidad. Habían decidido matarlo.

Nadja

Lo he derribado con la pala. Estaba ahí tirado, en el suelo, junto a la tumba a medio cavar, inmóvil. He rodeado la casa corriendo, he cruzado el puente, ya podía ver el coche. Me he detenido bruscamente. Al principio solo se han encendido las luces traseras del Land Rover. Un instante después, el motor ha rugido y el coche ha salido a toda velocidad. Sin mí.

De repente, gritos a mi espalda. El señor Van Hoven, que llegaba corriendo y vociferando en dirección al vehículo. Me ha pasado de largo gesticulando con los brazos, maldiciendo, chillando.

—¡Laura! —ha gritado—. ¡Laura! —grita otra vez ahora, y el coche se detiene a cierta distancia.

Fantaseo.

Lo que pasa es que se me ha ido la cabeza. Ha tenido que asimilar demasiado en estas últimas veinticuatro horas. La niña loca que hace veinte años no vio toda esa sangre de su madre, ahora ve un fantasma. Laura, que baja del Land Rover. Laura, que no es más que una visión, igual que Marta, que flota en el agua roja de mis sueños. Laura, que no puede ser otra cosa: tiene que ser una visión.

—¡Maldita sea, Laura! —El señor Van Hoven se lanza en pos de ella, la alcanza, la agarra del brazo, la zarandea.

Laura es real.

Cuando lo comprendo es como si me golpearan en la corva con el canto de una mano dura como una piedra. Suelto la linterna y me desplomo en el suelo. Miro boquiabierta. La voz del señor Van Hoven llega amortiguada hasta mí, suena áspera.

—¿Te has vuelto loca? ¿Adónde ibas? —le pregunta.

Se me escapa lo que responde ella; de donde estoy yo al coche habrá unos cincuenta metros. Solo veo que se quita de encima la mano de él y gesticula con el brazo libre, luego él señala con la cabeza en dirección a la casa. En dirección a mí. Intento levantarme como buenamente puedo, pero el duro golpe de comprender lo que está pasando me ha partido las piernas. Soy incapaz de moverme.

Laura.

Laura, que ya no lleva puesto el camisón manchado de sangre, sino un pantalón y una camiseta clara. Laura, que está viva. Durante un

segundo siento el alivio de la mayor idiota del mundo. El disparo que he oído debía de ser solo una advertencia. El señor Van Hoven ha disparado para intimidarla. Después la ha encerrado en alguna habitación, igual que a mí, y me ha hecho creer que la había matado, porque también a mí quería intimidarme. Y entonces, mientras él estaba fuera conmigo, cavando la tumba, ella ha conseguido escaparse de alguna forma misteriosa.

Un segundo después, hasta la mayor idiota del mundo comprende que Laura no habría detenido el coche si efectivamente hubiese estado huyendo. Habría dejado a su marido correr, maldecir y bramar, y habría seguido conduciendo lo más deprisa posible para alejarse de él. Es más: al verme por el retrovisor, me habría abierto la puerta y habría huido conmigo. Me doy cuenta de que no puedo cerrar la boca, que quiere gritar pero en lugar de eso empieza a atragantarse. Todo da vueltas y deja de tener sentido.

La revelación no es que Laura siga con vida. La revelación es que Laura y su marido están del otro lado del juego. Juntos.

«La vida entera es un juego, Nadja», ha dicho él hace un rato, arriba, en el dormitorio.

Sospecho que he perdido, solo que no lo entiendo. No entiendo nada de todo esto.

El señor Van Hoven me señala con el índice, y entonces ambos echan a andar hacia mí.

«¡Levántate! —me ordeno mentalmente—. ¡Corre!»

«¡Corre!», grita también la voz de Janek en mi cabeza.

No soy capaz. Estoy paralizada. Caigo desde lo alto del precipicio blanco, solo que no grito, tampoco me estrello. Solo caigo, caigo por siempre jamás. El tiempo no existe. Nada existe ya, todo ha terminado.

Llegan, están aquí. Se colocan a mi espalda, uno a cada lado, tiran de mis brazos para ponerme de pie, me arrastran al interior de la casa, a la cocina. El señor Van Hoven vuelve a sentarme en el sitio del banco que me había asignado.

—¿Por qué estoy aquí de verdad?

Sin darme respuesta, también ellos toman asiento. El señor Van Hoven frente a mí, Laura en la silla que hay a mi izquierda. La misma distribución que este mediodía en la supuesta sesión judicial.

—Es por Aron Bruckstätt, ¿verdad?

Siguen callados mientras Laura, con la cabeza gacha, se quita primero la goma que le sostiene la trenza y luego también la diadema. Tiene una melena rubia, por la barbilla, y con flequillo. Me toco instintivamente la peluca que llevo pegada a la cabeza con adhesivo.

Y por fin lo entiendo.

Julio de 2019
(anteanoche)

No quería arriesgarse a que el ruido del motor les anunciara su llegada, así que dejó el Porsche a doscientos metros por lo menos, en el cruce siguiente. Pensó en el cofrecillo de madera que guardaba en el compartimento superior del armario ropero, detrás de varias sudaderas viejas que siempre decía que se pondría para trabajar en el jardín. La cajita barnizada en un tono oscuro, con una gastada inscripción dorada que decía: «Memories». Una de esas cajas para conservar cosas que ya no necesitabas, pero que tampoco podías tirar. Fotos, conchas de las últimas vacaciones junto al mar, postales, viejas entradas de eventos importantes a los que te invitaron en algún momento y con ello te hicieron sentir orgulloso. O incluso la pistola de calibre 22 que le había regalado Ludwig después de que, en una de sus cacerías, lo atacara un jabalí macho al que solo había rozado con el tiro de su escopeta. Un artefacto viejo pero todavía operativo que a Gero van Hoven le habría gustado llevar en esos momentos en la cinturilla del pantalón. Solo que, para eso, antes tenía que entrar en su casa. ¡Su casa! No podía creer que Laura hubiera tenido la desfachatez de mancillar ese lugar con sus sucios escarceos. ¡Su hogar! En la entrada estaba aparcado el Mini Cabrio de ella, con la sillita infantil de Vivi instalada en el asiento del copiloto, como siempre; Gero notó que le latía la vena del cuello. Sin embargo, no vio el viejo Land Rover de Aron por ninguna parte. Seguro que, igual que el propio Gero, lo había aparcado a cierta distancia para que no lo viera ningún vecino curioso. No querían testigos.

Echó a andar hacia el parque de Grunewald. Se acercaría a la casa desde atrás, no pensaba caer de lleno en la trampa entrando por la puerta delantera, como sin duda habrían calculado ellos. La iluminación del parque ya estaba apagada a esas horas, pero, siendo cazador, no le resultaría difícil moverse en la oscuridad, siempre que no pensara en nada más que en eso: la caza. No debía caer en la tentación de preguntarse si sería capaz de matar a Laura en caso de confirmar sus sospechas. Imaginaría que estaba disparando a un animal, porque, si aquello era cierto, si era tal como él temía, entonces

Laura y Aron eran precisamente eso: unos animales. Unas bestias dementes, enfermas, rabiosas, de las que había que librar al mundo. A veces, del «tres es multitud» sobraban dos. «No —se dijo—, nada de dudas.» Actuar y punto, ser coherente. Quien dudaba estaba perdido.

Igual que aquel joven, el tal Hannes Liewert, el pobre desgraciado que sin pretenderlo se había convertido en el asesino de Nelly Schütt. Gero lo había enviado a su casa, le había dado una segunda oportunidad. ¿Y la había aprovechado Hannes? En absoluto. Sin embargo, en lugar de rechazar desde el primer momento la generosa oferta de Gero e insistir en que había que dejar a Heger en libertad, el joven había regresado a su pueblo como un corderito obediente y se había dedicado a vegetar. Hasta que un día de mayo, en el quinto aniversario de la muerte de Nelly Schütt, sus padres lo encontraron ahorcado de la rama de un árbol de su jardín. Que siempre había sido muy sensible y nunca había superado la muerte de su primer gran amor, eso fue lo que declaró de su madre y pudo leerse en el periódico. Por lo visto, el dolor le había provocado incluso fantasías enfermizas y a veces oía la voz de Nelly. «Menudo idiota.» Al menos no había dejado ninguna carta de despedida en la que afirmara que había querido entregarse en su momento, pero que solo Gero le había impedido hacerlo.

«Nada de dudas», se dijo otra vez. Se detuvo un momento detrás del seto de boj que separaba su jardín de los terrenos del parque, como un corredor de fondo que tuviera que recuperar un instante el aliento. O como alguien que sospechara que tenía una última oportunidad para cambiar de opinión antes de que todo se precipitara sin remedio. Se permitió una mirada más hacia el cielo negro, donde unos jirones de nubes grises se movían a toda velocidad iluminados por la luz de la luna. Se preparaba una tormenta. En las volutas de las nubes se adivinaba un cuento de los de irse a dormir, formas cambiantes, tiempos felices. Laura y él, y el primer beso. Laura y él, y su primera Navidad juntos, cuando salieron a caminar de la mano por aquel paisaje cubierto de una blanca capa algodonosa, ella con la gorra de él, que le iba grande y se le resbalaba y le tapaba los ojos todo el rato. Laura, sentada en el borde de la bañera con la barrita de plástico en cuyo display se veían dos rayas azules, llorando primero de desesperación y luego, cuando él se arrodilló ante ella, le levantó el jersey y le besó la tripa, de felicidad. Sacudió la cabeza. La tormenta tenía que llevarse consigo esas imágenes; cuanto más fuerte fuera, mejor.

«Nada de dudas», se advirtió una tercera vez.

Abrió con cuidado la portilla del jardín y se aproximó sigilosamente

a la casa. Luz. Se veía por las cortinas corridas del salón. Tras ellas, movimiento. Una silueta oscura que se deslizó por la tela clara de las cortinas como una sombra chinesca, primero de derecha a izquierda, luego de izquierda a derecha. «Me están esperando.» Se dirigió a la puerta trasera sin hacer ruido, tiró de la manija, tuvo suerte. Como siempre, Laura se había olvidado de cerrar con llave. Ante sí tenía el pasillo oscuro que llevaba al dormitorio. Aguzó el oído, no percibió nada. Entró, sacó la pistola del cofre y salió de la habitación. Estaba preparado. Con el arma bien empuñada, avanzó por el pasillo en silencio, pasó de largo por la cocina y llegó al cono de luz amarillenta que se derramaba a sus pies desde la entrada abierta del salón.

Ahí estaba ella. De espaldas. Llevaba un camisón. Y también él, Aron Bruckstätt. Su desvalido rival.

*

Laura van Hoven carecía de experiencia con la muerte. Las pocas personas a quienes había perdido en su vida habían sido de edad avanzada, o no lo bastante cercanas como para que su desaparición le supusiera un dolor real.

Su primer recuerdo vago se remontaba al entierro de una tía abuela. Todavía se veía de la mano de su madre mientras un ataúd decorado con un arreglo de azucenas descendía hacia la tumba. La madre de Laura lloraba con tal desconsuelo que parecía vibrarle todo el cuerpo. También ella sollozó, pero no por la tía abuela difunta, cuyo nombre ni siquiera conocía, sino porque la ponía muy triste ver llorar a su mamá. Recordaba gente vestida de negro, y el salón de una casa ajena que quedó ocupado por el cortejo fúnebre al salir del cementerio. Había café, pastel y zumo de manzana, también un álbum de fotos que pasaba de mano en mano. Laura estaba sentada en una alfombra gruesa con su vestidito azul oscuro, jugando con un perro salchicha. Su madre se había negado a comprarle un vestido negro, como si así quisiera impedir que el dolor de los adultos alcanzara también a su pequeña. Recordaba que le explicaron cosas sobre el Cielo, aunque ella no había preguntado en absoluto. Le aseguraron que en el Cielo las personas estaba mejor. Que allí no existía el dolor, ni el hambre, ni la sed, nada que pudiera hacer sufrir. Que el Cielo era una especie de jardín maravilloso en el que siempre brillaba el sol. Pero a Laura, por mucho que le gustaran las historias y los cuentos, aquello le pareció muy absurdo. ¿Cómo iban a crecer flores en las nubes? ¿Y cómo iba a poder dormir allí la gente, si siempre brillaba el sol y nunca era de noche? Eso, en cambio, nadie fue capaz de

aclarárselo, así que prefirió seguir jugando con el perro. Más tarde, cuando ya estaban de vuelta en casa, su madre quiso hablar otra vez con ella sobre la muerte. Probablemente para aplacar un miedo que Laura no sentía. Pero así eran las buenas madres, ¿verdad? Previsoras, a veces incluso demasiado. Abrazó a su hija, y esta prestó atención, porque en los brazos de su madre se estaba muy bien. Le explicó entonces que, cuando morías, veías pasar tu vida por delante de los ojos como en una película marcha atrás. Que veías todos los lugares bonitos en los que habías estado y los grandes momentos que habías vivido. Quizá también las oportunidades perdidas. Todo aquello que podría haber sido bello y grandioso si hubieras sido un poco más valiente. «O más cuidadosa.»

«Y así es, en realidad —pensó entonces Laura, treinta años después —. Sí, justo así es.»

Lo primero que le acudió a la mente fue el rostro de su hija. Esa carita preciosa y de mofletes mullidos, la bonita naricilla respingona, las cejas claras y finas, los redondísimos ojos azules y la boca con forma de corazón. Antes, Laura solía entrar en la habitación de la niña por las noches, se sentaba en el borde de la cama y, sin hacer ningún ruido, contemplaba con veneración ese rostro, ese pequeño gran milagro que habían creado Gero y ella. Antes… Cuando todavía saltaba en los charcos con Vivi y se arrastraba por la hierba sin que le importara ensuciarse. Cuando se entregaba a batallas espaciales con su hija, como si de verdad le fuera la vida en ello. Cuando se desplomaba en el suelo resollando, apretándose el pecho con ambas manos, justo donde la había alcanzado la espada láser, y luego se quedaba tumbada con los ojos cerrados y la lengua medio fuera porque sabía que así la haría reír. Antes… No podía haber pasado tanto tiempo y, sin embargo, parecía una eternidad. ¿Cuándo había dejado de encontrarles sentido a esas cosas?

Comprendió que ya no volvería a sentarse en el borde de la cama de Vivi, que ni muchísimo menos había contemplado ni admirado lo suficiente a su hija, y que ahora rara vez se ensuciaba con ella en el barro o perdía la vida en una batalla espacial. También pensó en Gero, y de repente, sin previo aviso, supo que tampoco a él se había cansado de verlo ni de amarlo. Por muy distanciada que se hubiera mostrado últimamente, en ese momento recuperó sus sentimientos por él.

Sí, era cierto. En el momento de la muerte veía uno toda su vida, e incluso de una forma muy distinta. Y eso que ni siquiera era la propia Laura la que estaba muriendo. Ella solo miraba. Ella era la culpable.

Bajó los ojos hacia el cuerpo de Aron Bruckstätt, que yacía inerte en el mármol blanco. Laura no solo había acabado con la vida de él,

también les había traído la desgracia a todos ellos. Cuando comprendió ese hecho, empezó a gritar y no paró hasta que su propio bramido le provocó náuseas. Entonces rebuscó en su bolso hasta encontrar el móvil, el teléfono de prepago que en realidad solo había comprado para comunicarse con Aron, y llamó a Gero, a quien ahora estaba esperando. Incluso había llegado a plantearse esperar delante de la casa para oírlo en cuanto se acercara con su Porsche. Sin embargo, la perspectiva de verse sola en la oscuridad de ahí fuera, en esa noche negra y acusadora, se lo impidió. Así que se quedó en la sala con ese hombre que ya no era Aron, sino solo un trozo de carne muerta.

De pronto, un carraspeo. Laura dio media vuelta. Gero estaba en el paso hacia la cocina.

—Ay, Dios —se le escapó, y corrió hacia él para apretarse contra su cuerpo de manera que él tuviera que abrazarla, y que ese abrazo significara que todo se arreglaría de alguna forma.

Gero se tensó. La miró desde arriba. El camisón blanco que llevaba estaba lleno de sangre de Aron. Ella, avergonzada, se echó los brazos alrededor del cuerpo, no solo para cubrir la sangre, sino sobre todo su desnudez. La expresión de él seguía siendo dura; su marido era de piedra. Laura se tambaleó hacia atrás, jadeante. Su marido era de piedra y empuñaba una pistola.

—¿No irás a…? —suplicó, y levantó las manos en actitud conciliadora.

—Dime un motivo por el que no deba. —Se abalanzó hacia ella y la agarró—. ¿Por qué no?

Sin esperar su respuesta, Gero le dio un bofetón. Laura, del ímpetu, cayó al suelo y gritó. Él volvió a acercársele, pero se detuvo a mitad de gesto. Las miradas de ambos se dirigieron a la vez hacia el otro extremo de la sala. Hacia Aron Bruckstätt, que estaba tirado en el suelo y acababa de proferir un tenue pero claramente comprensible «Socorro».

Nadja

Que yo era tonta hasta decir basta. Una mocosa tonta, tonta e inútil. Eso decía Marta, eso decía mucha gente en Zabrew sobre mí. Ahora sé que tenían razón, todos tenían razón.

Ahí está. Lo que me daba la sensación de guardar enterrado. Por lo visto, el momento en que Laura se ha soltado el pelo ha sido la última palada invisible que faltaba por dar en mi cabeza. Ahí está, solo que ahora ya es demasiado tarde, porque siempre es demasiado tarde para nosotros, los tontos, los vencidos.

«El tiempo no existe.»

Estoy en un lugar perdido en el tiempo.

—Aquí vivía él, ¿verdad?

Lo recuerdo. El raudo vistazo que he echado al salón cuando el señor Van Hoven me ha hecho bajar la escalera este mediodía para llevarme a la cocina, al juicio de Laura, y lo que he visto: la parte de atrás de un sofá de cuero, una lámpara de pie con una pantalla metálica semicircular, un perchero torcido que me recordaba al tallo encorvado de una flor que había crecido demasiado, una librería con todos los estantes vacíos menos uno. El único estante ocupado, con varios ejemplares repetidos de un mismo libro. Un volumen grueso, un libro de fotos, y en su lomo, en letras grandes, el título *Lugares perdidos en el tiempo*.

—No —dice Laura en voz baja, sin mirarme a los ojos—. Vivía en Berlín, en un apartamento que da a la Potsdamer Platz, pero heredó esta casa. Gero lo ayudó a vaciarla y a desmontar la parte superior de la cocina cuando murió su abuela. Aron tenía pensado mudarse aquí, este sitio le encantaba. Un día le pregunté cuál de los lugares de su libro de fotos lo había impresionado más, y me dijo: «El bosque del Spree, donde está la casa de mi abuela». Me preguntó si me apetecería ir con él algún día. —Sonríe con tristeza.

—Estuvieron aquí un par de veces —añade el señor Van Hoven, y la sonrisa de Laura se desvanece.

Asiento y me tiro de un mechón de falso pelo rubio como para explicar algo.

—Por lo que parece, podría haber quedado también conmigo.

El señor Van Hoven asiente a su vez.

—Todos los testigos que pudieron verlos entonces a Laura y a él recordarán a una mujer rubia con flequillo. La clientela del bar de camioneros, los vecinos de Aron, algún que otro habitante de por aquí.

—Y el matrimonio de la gasolinera de esta mañana —añado despacio—. Parecería que iba de camino a nuestro supuesto nidito de amor. Solo que la mujer de la gasolinera ha apuntado la matrícula de tu coche.

Miro hacia Laura, pero mi triunfo es breve, porque me explica que el Land Rover que he sacado de Berlín es de Aron Bruckstätt. El coche de Aron Bruckstätt y mis huellas dactilares en él.

—La policía también nos interrogará a nosotros, claro —dice el señor Van Hoven—. Declararemos que siempre has estado un poco obsesionada con Laura. Hace unos años, incluso estuviste a punto de secuestrar a nuestra hija. Con esos antecedentes, nadie se extrañará de que te compraras una peluca que imita su corte de pelo. Y mucho menos de que te liaras precisamente con un hombre que ella conocía. Siempre habías querido ser como ella, ¿verdad?

Me llevo una mano al cuello y noto una soga invisible que me aprieta un poco más con cada una de sus palabras.

—En tu apartamento también encontrarán un vestido rojo y varios objetos personales de Aron. —El señor Van Hoven se levanta—. Voy a sacar el cadáver del maletero.

—Porque lo he matado aquí —deduzco.

—Exacto.

Niego con la cabeza. Pienso en el cubo y la esponja con los que ayer limpié el suelo del salón de los Van Hoven. Pienso también en el bloque de cuchillos de la cocina de Laura, otro detalle enterrado más. Recuerdo que pensé que de la única ranura libre era de donde había salido el arma del crimen. Que no me llamó la atención que Laura tuviera otro cuchillo en la mano para cortar los tomates. Que me pidió que cortara la carne y me indicó exactamente con qué cuchillo debía hacerlo. Y un cuerno, que había escondido el cuchillo debajo de un saco de sustrato vegetal en la caseta del jardín.

—He tenido el arma del crimen en la mano, ¿verdad?

—Verdad.

—Y la habéis traído, supongo. —Igual que han traído el cubo y la esponja y los colocarán en la casa—. Pero no encontrarán rastros de sangre.

—Has limpiado a fondo, por supuesto, para eliminar todas las pruebas —dice el señor Van Hoven, que entretanto se ha acercado a la puerta de la cocina—. También tenemos un par de productos de limpieza de tu piso. Tu manía con la limpieza ha resultado muy

práctica, sabes ser minuciosa. Incluso habrás metido el cuerpo de Aron Bruckstätt en la bañera para lavarlo y eliminar todo rastro de ti. Lo cual es una lástima, pero resulta un mal menor teniendo en cuenta que también Laura y yo hemos estado en contacto con el cadáver. Así que será mejor borrar tus rastros y no arriesgarnos a que encuentren también alguno nuestro. —Mira al techo—. El baño se encuentra en la primera planta, cierto, pero tú tienes fuerza suficiente para haberlo subido a rastras. Al fin y al cabo, con quince años ya transportaste los… ¿cuántos kilos?… de tu madre muerta por todo vuestro piso, así que seguramente esta vez habrás podido apañártelas de alguna manera. Qué coincidencia más bonita que también ella yaciera muerta en una bañera, ¿no crees?

Gimo.

—¿Cómo…?

—¿Cómo sé lo de tu madre? Por Ludwig, claro.

—Él jamás habría…

—Pues sí. Si no, yo no sabría nada.

Me doy cuenta de que abro la boca un par de veces sin decir nada y vuelvo a cerrarla antes de conseguir pronunciar la siguiente frase:

—Pero también encontrarán huellas de Laura y suyas aquí, en la casa. En la cocina y arriba, en el dormitorio…

—Es evidente —me interrumpe, y ríe—. No olvides que estuvimos ayudando a Aron a vaciar este sitio y desmontar la cocina.

Entonces sale de la habitación.

—Lo siento, Nadja. —A la voz de Laura le falta fuerza.

La mía está ronca a causa de la soga invisible que me atenaza la garganta.

—Ahórratelo —digo.

—Habrías tenido que marcharte en cuanto te enseñé el cadáver de Aron. O llamar a la policía.

—Claro. Qué tonta he sido por querer ayudarte.

—Nadie te ha obligado. Al contrario. Prácticamente te has metido tú sola en esto.

La miro sin dar crédito.

—¡Eras mi amiga, Laura!

Mueve la cabeza con nerviosismo.

—No había más remedio. Tú misma llegaste a esa conclusión: no puedo ir a la cárcel, tengo una hija de la que debo ocuparme.

No puedo creer que sean mis propias palabras las que ahora aprietan más aún la cuerda invisible que me rodea el cuello y me impide respirar.

—¿Por qué habéis tenido que meterme? ¿Por qué no os habéis

deshecho del cadáver y punto?

Laura me mira con lástima.

—Porque el noventa y cinco por ciento de los cadáveres acaban reapareciendo en algún momento, en algún lugar.

—No queríais correr ningún riesgo innecesario. —Me paso la mano por los ojos, me sorbo la nariz—. Déjame adivinar cómo termina vuestro plan: la loca asesina muere también. —¿De qué otra manera iba a acabar? No puedo salir viva de aquí y dar una versión que los lleve a un lugar donde no quieren estar: la cárcel—. ¿Cómo voy a morir, Laura? ¿Me suicido con una sobredosis de mis propias pastillas?

Niega con la cabeza, parece sinceramente sorprendida.

—Claro que no. Después cometer el crimen, llamas a Gero y le pides ayuda, desesperada.

No puedo evitar reír.

—¿Y qué ayuda es esa?

—Nadja… —se limita a decir Laura y, con mi nombre, mi sentencia de muerte queda flotando en el aire, sin pronunciar.

Julio de 2019
(anteanoche)

—¡Está vivo! —Laura van Hoven se puso a temblar como si todo su cuerpo hubiese quedado instantáneamente cubierto por una fina película de hielo—. ¡Gero, está vivo!

Ella fue la primera en correr junto a Aron Bruckstätt, Gero la siguió un momento después. Ambos estaban de pie a su lado; él había abierto los ojos y movía una mano en el aire con debilidad.

—Socorro —volvió a decir mientras se miraba la mano. Al darse cuenta de que la tenía llena de sangre, puso los ojos en blanco.

Laura miró a Gero. Esperaba que se arrodillara junto a Aron, pero permaneció erguido, así que ella también.

—Tenemos que llamar a una ambulancia y… —susurró.

—¿Cómo ha pasado? —interrumpió su marido sin apartar la mirada del hombre ensangrentado del suelo, que empezaba a retorcerse de dolor.

—¿Qué?

—Que me digas cómo has llegado a este punto.

—Nos hemos… peleado —explicó ella, indecisa y vacilante.

—Ayudadme —pidió Aron mientras intentaba incorporarse, aunque sin conseguirlo.

Gero seguía sin hacer ademán de moverse. Laura lo entendió.

—Le he dicho que iba a cortar con él. Por ti. Porque te amo a ti y a nadie más. Entonces se ha puesto hecho una furia y se me ha echado encima. He huido a la cocina. Lo primero que he visto ha sido el bloque de los cuchillos. —Intentó no hacer caso de los ojos de Aron, que con cada una de sus frases se abrían cada vez más, hasta que pareció que iban a salírsele de las cuencas.

—¿Eso es lo que quieres, Laura? —No sonó a pregunta, en la voz de Gero no se percibía ni rastro de emoción. Ni siquiera la miraba a ella, sino que seguía con los ojos clavados en Aron. Que necesitaba ayuda urgentemente. Que les suplicaba en silencio que hicieran algo y llamaran a emergencias de una vez —. ¿Quieres estar conmigo? ¿Amarme a mí y a nadie más? ¿Tal como nos prometimos el día de nuestra boda?

—Sí —contestó Laura, y asintió repetidas veces con la cabeza—. Eso es lo que quiero. Ninguna otra cosa. Hasta que la muerte nos separe.

Fue entonces cuando Gero, por fin, apartó la mirada de Aron y la miró a ella, en cambio.

—Tendrás que perdonar que en este preciso instante tenga serias dudas sobre tu amor.

—Lo sé.

Sin decir una palabra más, Gero apartó la pistola que todavía tenía en la mano y se la metió en la cinturilla del pantalón. Abandonó el salón y, un momento después, Laura oyó que abría el grifo de la cocina. Por los sonidos siguientes dedujo que estaba preparando café. Bajó la mirada hacia Aron, que, dentro de lo que le permitían sus graves heridas, negaba con la cabeza.

—Laura —susurró con súplica. Y otra vez—: Laura… —Cuando ella se inclinó para recoger el cuchillo que estaba en el suelo, a un par de metros de él—. Laura… —Cuando se levantó y se le acercó de nuevo —. Laura… —Cuando se arrodilló junto a él. Y una vez más—: Laura… —Una última vez.

Nadja

—¿Te lo ha contado tu marido?

—¿El qué?

—Lo que pasó con mi madre.

Laura guarda silencio.

—Claro que te lo ha contado. Por eso me escogisteis como chivo expiatorio, ¿verdad?

Sigue callada.

—Pero ¿te ha contado también que no hubo ni una sola prueba? Indicios sí, pero ¿pruebas? Ninguna. Me presionaron para que confesara y al final fue lo que hice: confesé el asesinato de mi madre. Tenía quince años y estaba muerta de miedo. No solo porque el tío Fedor, el comisario responsable del caso, fuese conocido por ser un hombre violento. Lo único que quería era evitarle a mi hermano que siguieran arrastrando a nuestra familia por el fango. Quería que por lo menos él tuviera la oportunidad de vivir una vida normal. —Recuerdo aquel momento en la celda de la cárcel, cuando el tío Adwo dejó caer el polvo de cemento por entre sus dedos y yo no pude evitar pensar en la arena del mar. El momento en que decidí dejar de luchar. Contra esas personas que de todas formas jamás habían visto nada bueno en mí. Y sobre todo contra el tío Fedor, que tenía la sartén por el mango y estaba decidido a declararme culpable del asesinato de Marta a toda costa. Es probable que a los indicios que tenía les añadiera unos cuantos más, preparados a medida para conseguir su objetivo. Yo iba a perder de una forma o de otra. Si me empeñaba, solo retrasaría dolorosamente lo inevitable, y Janek sufriría. Me arrepiento de muchas cosas, pero no de la decisión que tomé en aquel momento, en aquella celda. Lo hice por mi hermano —resumo con vehemencia.

Y entonces sucede algo.

Los hombros de Laura empiezan a estremecerse de manera casi imperceptible; está temblando. Noto su inseguridad y es como una revelación, un minúsculo desgarrón en la red de los Van Hoven; Laura es un cabo suelto. Tiene miedo. Es cobarde. Pienso en que hace un rato ha estado a punto de huir con el Land Rover de Aron, seguramente al creer que yo había abatido al señor Van Hoven con la pala. Iba a dejar a su marido allí tirado. Ni siquiera se ha acercado a

comprobar si de verdad estaba muerto o si aún vivía.

—Ah, veo que mi versión de la historia es nueva para ti… —constato—. No sabías que estuve siete años en la cárcel por un crimen que tal vez no cometiera. Y ahora pretendéis que muera por otro con el que no he tenido nada que ver.

Laura tiembla más, se ha quedado blanca.

—¿Qué ha sido ese disparo que he oído esta tarde? —sigo—. ¿Solo queríais asustarme u os habéis peleado por el arma porque no os poníais de acuerdo?

De nuevo calla; solo tiembla.

—Tal vez, cuando has conseguido hacerte con su móvil mientras él bailaba conmigo, sí querías llamar a la policía. —Me inclino un poco por encima de la mesa—. Esto que está pasando aquí está mal. Y lo sabes.

Por fin abre la boca.

—Todo lo que has hecho, lo que te ha traído hasta aquí, lo has hecho voluntariamente.

—Pero no moriré voluntariamente, de eso puedes estar segura. Eso debes recordarlo siempre. Sobre todo cuando seas muy feliz. Cuando te encuentres en tu bonita casa de lujo, viendo cómo juega tu hijita. Cuando vayáis de vacaciones y visitéis todos esos lugares que yo jamás veré. Con cada comida deliciosa y cada copa de vino…

—Calla.

—Así funciona la culpa, Laura.

—¡Que te calles!

—La llevarás contigo como una enfermedad incurable, como una úlcera que te va comiendo, hasta que un día te habrá consumido por completo.

Parece que quiera abalanzarse sobre mí, pero pasa el instante y de nuevo queda ahí Laura, desmadejada en la silla con los hombros caídos, como si le hubieran dado una paliza.

La puerta de la casa. El señor Van Hoven ha vuelto a entrar. Oigo que jadea.

—Jamás me olvidarás —le susurro a Laura.

—¡Gero! —Salta y se pone en pie con tal brusquedad que la silla amenaza con volcar, pero llega a sostener el respaldo justo a tiempo.

En el pasillo se oye un ruido sordo, probablemente el cuerpo sin vida de Aron Bruckstätt, que el señor Van Hoven ha dejado caer en el suelo con rudeza.

—Pensarás en mí el resto de tu vida.

—¿Qué pasa? —El señor Van Hoven está en la puerta de la cocina.

—Laura ya no está segura de que su plan sea tan bueno —traduzco

antes de que ella pueda decir nada.

El señor Van Hoven parece molesto. No puedo contener una sonrisa al verle la herida en la sien. La que le he abierto yo. Eso le molesta más aún, me doy cuenta. Le tiembla la mirada, se lleva la mano a ese punto en un acto reflejo y tuerce el gesto un instante, cuando lo toca y estalla el dolor.

—No nos lo pongas más difícil, Nadja —consigue decir al final—. Pronto todo habrá terminado.

Se dispone a salir de la cocina otra vez.

—¡Gero! —Laura, con los ojos desorbitados.

Estoy convencida de que va a pedirle que no la deje sola conmigo, pero por lo visto no quiere decirlo en voz alta delante de mí.

—Vuelve a sentarte, Laura. —Parece cabreado—. Tengo que subirlo a la bañera y prepararlo todo allí. No nos queda mucho tiempo —dice mientras se va.

«Para matarme a mí», añado mentalmente.

Julio de 2019
(ayer por la mañana)

Laura van Hoven estaba cansada. Le retumbaba la cabeza, sentía el pulso en todas sus venas. Eran las seis de la mañana. Estaba duchada y vestida con ropa de salir a correr, junto al fregadero, sosteniendo el cuchillo bajo el chorro de agua e intentando no mirar mientras unos regueros rojos se colaban por el desagüe. Gero acababa de marcharse otra vez a Magdeburgo, lo cual era indispensable si querían aparentar normalidad.

La noche anterior.

«Hasta que la muerte nos separe», había dicho ella, repitiendo el juramento de su boda antes de dejar caer el cuchillo al suelo, en la entrada de la cocina, y desplomarse. Gero soltó la cucharilla con la que estaba poniendo café molido en la cafetera y corrió hacia ella. La agarró de las axilas, estrechó su débil cuerpo entre los brazos y le cubrió la cabeza de besos. Así estuvieron un rato, en el suelo, aferrados el uno al otro, llorando, y por muy atroz e irrevocable que le pareciera a Laura aquel momento, de todas formas no quería que terminara nunca. Acabó siendo él quien le puso fin para decir algo.

—Ahora tenemos que pensarlo bien.

Acto seguido, él se había puesto a recorrer la casa como un animal enjaulado, una visión que la afectó tanto como la del trozo de carne muerta que hasta hacía poco había sido su amante, aunque de una forma diferente. A Laura le habría gustado participar de las consideraciones de Gero, pero sabía que no tenía sentido. Era él quien debía encontrar la solución. Él, quien tomaría las decisiones y enderezaría las cosas, como siempre. «Como antes.» Aquel, a fin de cuentas, había sido el motivo que la había enamorado. Ella era hija de una madre que la había criado sola; sus padres se habían divorciado muy pronto. Y mientras que su padre, con su segunda mujer y los nuevos hermanos de Laura, solo había representado un papel de figurante poco entusiasta, todo lo demás había recaído siempre sobre los hombros de su madre. Era ella quien había hecho horas extras como enfermera para poder pagar el alquiler al mismo tiempo que se ocupaba de la casa, ayudaba a Laura con los deberes, le leía y le hacía

trenzas. Una madre buena y sacrificada a quien muchas veces oía llorar por las noches, porque cargaba con demasiado peso para llevarlo ella sola. Laura había comprendido a una edad muy temprana que no deseaba una vida así. Ella quería un marido en el que poder apoyarse, que se encargara de todo lo que ella no tenía fuerzas para afrontar, que la cuidara. Un marido como Gero. ¿Cómo podía haberse olvidado tan fácilmente de todo eso y haberlo puesto en peligro? Laura se atormentaba mientras lo veía recorrer el salón, absorto en sus reflexiones. Lo oía hablar. Decía que llamar a la policía y alegar un trágico accidente era demasiado arriesgado. Aunque él la defendiera —y por supuesto que lo haría—, lo considerarían un homicidio y, por tanto, en el mejor de los casos pedirían cinco años por lo menos.

—Además, no podrías defenderme, por implicación personal —señaló Laura.

—Sí, sí —insistió él, y asintió con la cabeza—. Se permitiría. Puede que no esté aconsejado en todos los casos, porque los sentimientos a menudo hacen perder la objetividad, pero de todos modos soy abogado y, por tanto, siempre me posiciono del lado de mis defendidos, esté emparentado con ellos o no. Solo representaría un problema si yo fuera el juez competente y hubiera de juzgar a mi propia esposa. Entonces sí podrían retirarme del proceso por parcialidad. —Suspiró—. Así que nuestro problema no es ese, Laura. Nuestro problema son esos cinco años como mínimo.

—No —dijo ella, nada más.

Vivi no podía prescindir de su madre durante cinco años y, además: la cárcel. Laura en una cárcel, Laura encerrada en una de esas espantosas moles de hormigón. Allí se marchitaría como una plantita mal cuidada. Ella no era tan dura, no era un diente de león capaz de penetrar cualquier clase de suelo sin inmutarse siquiera, una planta que podía arrancarse todas las veces que hiciera falta y que, aun así, aprovechaba hasta el menor resquicio para poco después salir de nuevo a la luz. Laura era una orquídea. Delicada, sensible, exigente, dependiente.

—No puedo ir a la cárcel.

—Ya lo sé —repuso Gero, y se frotó la frente—. Y no tienes por qué.

A continuación sopesó la idea de hacer desaparecer el cadáver de Aron, aunque solo unos segundos, porque sabía algo: que el noventa y cinco por ciento de los cadáveres acababan reapareciendo en algún momento, en algún lugar. Y con lo exacto y preciso que era el análisis de pruebas en la actualidad, esa opción los llevaría muy probablemente al mismo sitio que la anterior: a la cárcel. Y a los dos,

además, porque él se habría convertido en cómplice, con lo que Vivi ya no tendría a ninguno de sus padres.

—No —lloró Laura—. De ninguna manera. A la cárcel no.

—Te he dicho que no vas a ir a la cárcel —repuso Gero con brusquedad.

Laura intentó no tomárselo a mal. Si estaban en esa situación, era solo por culpa de ella.

—Lo siento mucho. —Se tapó la cara con las manos—. Lo siento mucho.

—Escucha.

No era capaz. Lloraba y gritaba. No podía ir a la cárcel, aquel no era sitio para ella. Ella era una persona normal, una madre, una esposa. Jamás en la vida había hecho nada malo, de niña nunca había robado un caramelo, de adulta no le habían puesto una sola multa. Ella no era como los asesinos de verdad, los locos de este mundo, los perturbados, los malos, los psicópatas, las Nadjas, los…

—Un momento —dijo Gero, y levantó la mano para indicarle que se callara.

Empezó a pensar en voz alta.

Se había cometido un asesinato y eso ya no se podía cambiar. ¿O sí? ¿Qué pasaría si el asesinato se cometiera otra vez, solo que de otra manera? Con otra cadena de acontecimientos, otra autora. Una a la que cualquiera creería capaz de un crimen semejante. Una que ya había cometido un crimen así: una loca, una perturbada… Una Nadja. ¿Y si la amante y asesina de Aron Bruckstätt no había sido Laura, sino Nadja?

—¿Y si le pasamos tu papel a ella?

Al principio, Laura creyó que era una broma. De mal gusto, claro. Pensó que él estaba delirando, como le sucedía a menudo a la gente que perdía la cabeza por pura desesperación. Pero Gero parecía decirlo en serio.

—La muerte de Aron es un hecho —dijo—. Todo lo demás podemos tergiversarlo. ¿Quién merece más estar en la cárcel, a tu entender? ¿Nadja o tú?

Laura recordó que Gero había encontrado a Nadja en la azotea con Vivi hacía varios años. Y el susto que se había llevado con la desaparición de la niña. La responsable de aquello había sido Nadja. Pasado el incidente, muchas veces se había preguntado qué habría podido pasar si su marido no hubiese aparecido en la azotea a tiempo. Y había odiado a Nadja.

—Ella —reconoció.

—Yo también lo creo —dijo Gero, y puso en marcha el plan.

Si querían ofrecerle a la policía una sucesión diferente de hechos, Aron Bruckstätt no podía haber muerto en casa de los Van Hoven. El apartamento de Aron también quedaba descartado como escenario del crimen; trasladar su cadáver a un edificio de varias plantas y con más de doscientos vecinos sin que los viera nadie era misión imposible.

—¡La casa! —se le ocurrió a Laura—. ¡La casa del bosque del Spree!

Aron la había llevado allí un par de veces, la última hacía dos semanas, cuando su marido estaba pasando el fin de semana en Polonia, de caza con Ludwig.

—Muy bien. —Gero parecía un profesor hablándole a una alumna que lo había sorprendido dando la respuesta correcta.

En la versión que empezaba a tejer, no era Aron, sino Laura, quien había heredado la casa.

—Nadja no debe relacionarla con él —explicó—. No puede sospechar absolutamente nada…

Las seis y cinco. Laura cerró el grifo del fregadero. Frotó bien el mango de acero inoxidable del cuchillo con papel de cocina. La hoja la agitó en el aire en lugar de secarla; estaría bien que, más adelante, los técnicos de criminalística aun encontraran en ella un mínimo rastro de la sangre de Aron. Después volvió a meter el cuchillo en la ranura del bloque. Tendría que asegurarse de que las huellas de Nadja acabaran en él, y luego dejarlo en la casa del bosque. El bloque, junto con los demás cuchillos, lo haría desaparecer para que la policía no descubriera en algún momento de las investigaciones que el arma del crimen pertenecía en realidad a los Van Hoven. Miró varias veces el reloj. En cuanto abrieran las tiendas, se acercaría a la ciudad y compraría una peluca en unos grandes almacenes. «En metálico», había insistido Gero.

La idea de la peluca se les había ocurrido después de llegar a la conclusión de que en los últimos meses, por mucho que Laura hubiera intentado llevar su aventura en secreto, seguro que alguien la había visto alguna vez en compañía de Aron. La clientela del bar de camioneros. Los camareros de una cafetería de Potsdam en la que habían quedado una vez. El barquero del bosque del Spree con el que, hacía justo dos semanas, habían dado un romántico paseo en barca, y seguramente también otras personas que en ese preciso instante no se le ocurrían.

—En lugar de verte a ti, tienen que haber visto a Nadja —dijo Gero —. De manera que nos encargaremos de que Nadja se te parezca. — Entusiasmado, alzó el dedo índice en el aire—. ¡Irás a comprar también una camiseta! ¡Y que tenga un diseño lo más llamativo

posible!

Laura asintió; lo había entendido. En psicología lo llamaban «efecto pavo real», y se basaba en el hallazgo de que el cerebro humano, al ver un pavo real, solo retenía en la memoria sus plumas. De igual manera, la gente debía fijarse solo en detales muy vistosos y, así, después nadie recordaría nimiedades como la cara o la estatura de Nadja. Si conseguían eso, daría lo mismo que Laura fuese más baja, que su nariz fuese más fina o que tuviera los pómulos más marcados. La gente, los posibles testigos, se concentrarían exclusivamente en el peinado y la parte de arriba de la ropa.

Por último —«¡Y ahora escúchame con mucha atención»—, Laura se pondría la camiseta nueva y llevaría el Land Rover al piso de Aron en Potsdamer Platz. La llave estaba en el bolsillo de su cazadora. Allí, limpiaría a fondo, se desharía de cualquier rastro que hubiera dejado ella en esos últimos meses y recogería un par de objetos personales de él.

—No te preocupes si te cruzas con algún vecino. Al contrario, piensa esto: estarán viendo a Nadja, no a ti. Cuantos más testigos, mejor.

El reloj de la cocina marcaba ya las seis y diez; el tictac sonaba muy fuerte, demasiado. Laura se apretó las sienes con las palmas de las manos.

«Socorro», llegó desde el salón. La voz de Aron, que no era real, que solo estaba en su cabeza. «¡Laura, ayúdame!»

No era capaz, le resultaba imposible. No lo conseguía. No aguantaba estar sola en casa con el cadáver.

—¿Y no podemos llevarlo al garaje por lo menos? —había preguntado la noche anterior, en mitad de la enunciación de Gero, al darse cuenta de que cada vez le costaba más seguir su complicado plan.

Él negó con rotundidad. Todo —el cadáver, la sangre— tenía que quedarse tal cual estaba. Así era como debía encontrarlo Nadja más tarde; solo así parecería auténtico.

¡Porque lo era, joder! Laura se golpeó la cabeza. Tenía que mantener la mente clara, no perder de vista el plan ni, sobre todo, el objetivo: Vivi.

«Vivivivivivivivi.»

Respiró hondo. De modo que iría al piso de Aron disfrazada con la camiseta nueva, limpiaría y se llevaría varias cosas de allí. Después volvería a cambiarse y seguiría camino hacia el bufete para meter a Nadja en el juego. Hacía años que no se veían. Desde el incidente con

Vivi, Laura la evitaba. Solo esperaba tenerla bien calada, que siguiera siendo tan solitaria y deplorable como para hacer cualquier cosa con tal de volver a ser su amiga. Porque, en definitiva, poco importaba cómo se las arreglara: tenía que conseguir llevar a Nadja hasta la casa del bosque a toda costa.

—Pero ¿de verdad es tan importante que sepa lo de Aron y su muerte? También podría invitarla a pasar un fin de semana de chicas como excusa para retomar nuestra amistad, y entonces dejamos el cadáver allí a escondidas.

—No —zanjó Gero—. Es una mujer miserable, pero no tonta. ¿Por qué querrías tú, después de todos estos años, reconciliarte de pronto con ella? Tienes que ceñirte a la verdad todo lo posible, solo así saldrá bien. Necesitáis una misión compartida: el cadáver. Y un enemigo en común: yo. Hazle creer que tomáis las decisiones entre las dos, y no olvides que tiene dos puntos débiles: la muerte y su inseguridad. Intenta replicar su propia historia. Cuanto más le recuerdes a ella misma, más dispuesta estará a hacer lo que sea por ti.

Laura había mirado a Gero y se había echado a llorar otra vez. Cuántos detalles para ese guion imaginario que había escrito en un tiempo récord y que de pronto iba a decidir el resto de sus vidas… Corrió al baño y vomitó. Él la siguió, se arrodilló a su lado, le apartó el pelo de la cara.

—Oye. Lo hacemos por nuestra familia, ¿de acuerdo? Lo hacemos por nuestra hija y por nuestro matrimonio. Hasta que la muerte nos separe. No lo olvides.

Ella asintió y volvió a sentir náuseas al pensar en su crimen, en su miedo, en el plan y en la incógnita de qué sucedería si algo salía mal. Cualquier detalle pasado por alto podía acabar poniéndoles la soga al cuello. ¿Y si Nadja salía antes del bufete y ya no estaba allí cuando llegara ella? ¿Y si algún otro empleado se enteraba de la visita de Laura? ¿Y si Laura, en un momento crucial, se salía del papel y se venía abajo?

—Funcionará —dijo Gero con el tono de voz de un hipnotizador—, siempre que no pierdas de vista por qué lo haces.

Luego continuó con su exposición: Nadja debía pasar la noche siguiente en casa con ellos. Por un lado, para tenerla controlada y que no se le ocurriera cambiar de opinión, y por otro, para que Gero pudiera coger las llaves de su bolso esa noche, ir a su piso de la Marchlewskistrasse y dejar allí el vestido rojo, además de varios objetos personales de Aron.

—Y a la mañana siguiente, le encasquetas la peluca y la camiseta y luego os vais al bosque del Spree.

—¿Y cómo llegaremos allí?

—Tú concéntrate en la primera parte del plan. Lo demás te lo explicaré a su debido tiempo. Y no te preocupes, ¿de acuerdo? Lo tengo todo bajo control —repuso él, y sonrió.

Las seis y cuarto. Laura se dejó resbalar deslizando la espalda contra el fregadero. Volvía a tener retortijones en el estómago. El dolor llegaba en tandas, como si fueran puñaladas. «Cuchilladas.» ¿Qué había hecho? Le había clavado el cuchillo a Aron una última vez, la definitiva, para demostrarle su amor a Gero. Se imaginó que iba a buscar el teléfono, llamaba a la policía y confesaba. Todavía no era demasiado tarde. En su mano estaba poner fin a esa pesadilla antes de que abriera por completo sus frías garras negras y los arrastrara a todos a las profundidades.

«Funcionará, siempre que no pierdas de vista por qué lo haces.»

Laura quiso asentir al vacío, pero no consiguió mover la cabeza. Tenía el cuello rígido, toda ella estaba paralizada. Gero había asegurado tenerlo todo bajo control. Pero, por algún motivo que ni ella misma era capaz de identificar, esa idea le pareció cualquier cosa menos tranquilizadora.

Nadja

Pienso en Zabrew. En un día de verano. En un cielo que parece cubierto por una niebla amarillenta a causa del polvo de la acería. Pienso en las risas infantiles del patio, en unas manos pequeñas que se alargan hacia un tarro de conserva que hay en el alféizar de una ventana, y en unos pies descalzos y veloces que desaparecen por la primera esquina. Pienso en unos dedos estirados que, entre risillas, intentan pescar los mirabeles confitados mientras una furiosa voz adulta resuena por el patio, quejándose de la desaparición del tarro y maldiciendo a los ladrones. Pienso en que, donde estamos, nada nos atrapará. Ni el dolor, ni un reproche, ni los gritos. Tenemos nuestro pequeño mundo particular y nos tenemos el uno al otro. Pienso en los abrazos, en nuestro vínculo, en cómo echamos a andar cogidos de la mano, con un tarro de ciruelas y mucha determinación, rumbo al mar. Ya casi podemos oír las gaviotas, levantamos la cara al aire y olemos la sal, y nos da lo mismo haber llegado solo a la calle mayor y que dentro de unos minutos vayan a atraparnos y a llevarnos de vuelta a casa, porque eso todavía no lo sabemos, en ese momento aún no. Pienso en algo todavía más antiguo, de muy al principio. Me veo sosteniendo en brazos esa cosita diminuta y resbaladiza, y pienso en la primera mirada de sus ojos, que no despierta en mí miedo ni vergüenza, sino solo confianza. Pienso en esas manitas que se aferran a las mías, en las piernecillas inseguras y temblorosas, en los primeros intentos titubeantes de dar unos pasitos. Pienso en obcecadas y coloridas muestras de amor en DIN-A4, una Nadja de monigote y un Janek de monigote que corren juntos por una playa. Pienso incluso en una mujer que baila ensimismada por todo el salón, y en dos niños que se le unen y bailan con ella.

Y si ahora separo recuerdos como quien separa guisantes y me fijo solo en los que han acabado en la olla, compruebo que mi vida no ha sido mala de principio a fin. Que he sido feliz y que sé mucho más, y no únicamente de qué son capaces las personas.

Sé lo que es el amor.

Sé que va siendo hora de hacer las paces. Merezco vivir.

Así que vuelvo a respirar hondo, inclino el torso sobre la mesa y le hago una señal a Laura para que se acerque.

«¿Queréis jugar? Pues yo también juego.»

—Tengo que decírselo a alguien, Laura —pronuncia mi voz amortiguada—. Tengo que quitármelo de encima antes de morir. Debes saber quién mató a mi madre.

Y entonces… despliego mi jugada.

Mi brazo sale disparado hacia delante, mi mano agarra la cabeza de Laura. Apenas un pequeño gesto decidido, con fuerza y sin vacilación. Solo un breve instante, igual que aquella vez que no pensé en las pastillas y me di con la cabeza en el tablero de la mesa de la cocina.

El cráneo de Laura produce un ruido sordo, oigo que algo ha crujido. No grita, solo emite un extraño sonido. La sorpresa, la conmoción, la gran cantidad de sangre; se queda paralizada un par de segundos. Aprovecho la oportunidad para saltar de mi sitio y colocarme a su espalda. Vuelvo a levantarle la cabeza y le rodeo el cuello con un brazo desde atrás, de manera que queda inmovilizada entre mi abdomen y mi codo. Jadea. Mientras tanto, en la planta de arriba, el grifo se cierra y justo después percibo pasos en la escalera. Respiro entrecortadamente; la agitación. Ahora será el momento, dentro de nada.

Ya. El señor Van Hoven entra en la cocina y retrocede al instante. Casi puedo ver el efecto que provoca el sobresalto en todo su cuerpo. Le late la vena del cuello, tiene los ojos desorbitados y nos mira a Laura a mí una y otra vez.

Abro la boca, el triste peón sacrificable tiene algo más que decir:

—Cree que culpar a alguien como yo es aceptable. Porque, con mi historia, de todas formas no valgo nada. A nadie le sorprenderá, ¿verdad? Solo soy una asesina que ha cometido otro asesinato. Y usted habrá salido del apuro.

Es evidente que el señor Van Hoven no se ha recuperado aún. La visión del rostro ensangrentado de su mujer hace que se tambalee junto al marco de la puerta.

—Por favor —consigue decir.

De la nariz de Laura mana una sangre cálida que gotea en mi brazo.

—Pues a lo mejor incluso tiene usted razón, señor Van Hoven. Quizá haya algo que llevo dentro. En el colegio ya me peleaba con chicos más fuertes que yo cuando se atrevían a insultar a mi familia, y que no haya vuelto a hacerlo en estos últimos veinte años no quiere decir que no sea capaz. Con su mujer, por lo menos, puedo ponerme al día con calma.

—Por favor, Nadja, suéltala. —Entra en la cocina muy despacio—. Laura, ¿estás bien?

Bajo mi brazo, ella intenta asentir miserablemente.

—Siéntese.

Señalo un sitio con un gesto brusco. La silla rechina, el señor Van Hoven toma asiento. Suelto el cuello de Laura con cuidado, pero, por seguridad, me quedo justo detrás de ella. Laura se lleva la mano a la nariz y gruñe al retirarla de nuevo y ver la sangre. «Sin compasión —me advierto en silencio—. Sin compasión, igual que ellos no la han tenido conmigo.»

—¿Dónde está la pistola?

—En el salón.

—Bien.

El señor Van Hoven hace ademán de levantarse.

—Sentadito.

Se echa a reír. Eso me molesta.

—No creerás en serio que vas a mantenerme a raya con ese numerito de la llave inmovilizadora. —Y entonces lo hace: se levanta —. La chica mala del recreo. Qué monada.

—¡Que se siente! —Se me quiebra la voz; vuelvo a apresar el cuello de Laura con el brazo en un acto reflejo.

Ella me agarra, tira, me clava las uñas en la carne. Yo no cedo ni un milímetro, pero esta vez el señor Van Hoven nos mira sin inmutarse.

—Piénsalo bien, Nadja. Todo lo que pretendes hacerle a Laura solo conseguirá que el asesinato de Aron Bruckstätt sea más creíble aún.

Vacilo. Tiene razón y, aun así, no puedo creer que esté ahí sentado, contemplando tan tranquilo cómo hago sufrir a su mujer, para quien ha organizado todo esto. Ella gime y resuella sin parar. Tiene el cuello completamente estirado hacia atrás, le veo los ojos desorbitados, el pánico en la mirada.

El señor Van Hoven se acerca.

—Igual que en los tribunales, Nadja, hay que saber cuándo se ha perdido.

Arranco a Laura de la silla, la levanto con el brazo todavía alrededor de su cuello; es mi escudo.

—¡No se acerque más!

Ni se lo piensa. Salta hacia nosotras al tiempo que yo aparto a Laura, que cae hacia su marido y choca de lleno con él. No dudo, me abalanzo hacia ellos, los golpeo una vez más y corro para salir de la cocina al pasillo. La llave aún está en la cerradura, el señor Van Hoven ha olvidado quitarla después de meter el cadáver de Aron Bruckstätt a rastras en la casa. Tengo que decidirme: coger el arma que supuestamente está en el salón o salir fuera.

Me decido.

El llavero tintinea sin parar, la puerta se abre de golpe. Corro,

tropiezo; la noche oscura y el suelo irregular bajo mis pies, ramas que crujen. Vienen tras de mí, los oigo. Al principio quiero cruzar el puente corriendo, hacia el Land Rover, con la esperanza de que Laura haya dejado la llave en el contacto. Pero ella parece pensar justo lo mismo.

—¡El coche, Gero! —grita justo entonces.

Así que giro con brusquedad. Hacia el bosque, hacia la negrura absoluta.

Julio de 2019
(esta tarde)

—¿A qué narices ha venido eso?

Laura van Hoven descargó los puños contra el pecho de su marido. Primero él la dejó hacer, pero al ver que no paraba, que seguía y seguía, la agarró de las muñecas y la sostuvo con fuerza hasta que su firmeza le agotó los movimientos. Gero había utilizado también a Laura. Había jugado a su propio juego y la había convertido en una ficha, igual que a Nadja. Y ella no se había dado cuenta de nada.

Al principio, todo había ido según lo planeado. A las ocho en punto de la mañana, el fiscal Fred Mertens había pasado a recoger a Gero para ir a jugar al tenis. La idea era que, para tener coartada, Gero debía pasar el día entero con Mertens y esperar a que Laura lo llamara con el móvil de Nadja. Esa sería la llamada en la que supuestamente Nadja le pedía ayuda. Por si la policía comprobaba los datos de la línea, a esa hora el teléfono de él tenía que encontrarse en la zona de cobertura de una antena de Berlín. Según su historia, entonces él se dirigiría a toda prisa al bosque del Spree, encontraría a Nadja y el escenario del crimen, y alertaría a la policía. Era muy importante que él también estuviera allí cuando llegaran los agentes. Imprescindible, incluso.

Gero se había ocupado asimismo de la coartada de Laura. Ella habría estado con Vivi en casa de sus suegros. Desde que el padre de él iba en silla de ruedas, Gero contribuía con generosidad para pagar sus gastos. Sin él, hacía tiempo que tendrían que haber dejado la casa; bastaría con recordárselo cuando les pidiera que, llegado el caso, declararan ante la policía que Laura había pasado el día con ellos.

Laura, mientras tanto, debía reunirse con Nadja en el bosque del Spree. En el maletero del Porsche tenía el arma del crimen y los utensilios de limpieza del día anterior, además de algunos productos que Gero había sacado esa noche del piso de Nadja. Tendría que conseguir que esta cavara la tumba y dejara la pala, y sobre todo también la casa, llena de huellas.

Solo que Gero no había seguido el plan. Como estaba previsto, Laura había llegado a la supuesta casa de su abuela mucho antes que

Nadja y había entrado sin sospechar nada. Él, sin embargo, había interrumpido su partido de tenis con Mertens y había ido al bosque del Spree con el Mini de su mujer. Había sido el primero en llegar. Sentado en la cocina, la saludó con un «Hola, Laura». Ella comprendió al instante que el hecho de que él hubiera cambiado el plan sin avisarla no podía significar nada bueno. Vio la expresión de satisfacción de su marido, los dientes de depredador que le enseñaba, y solo pudo pensar en una cosa: escapar. Escapar de allí, y deprisa. Intentó huir, pero él se le adelantó.

—Ahora vamos a jugar tú y yo —le dijo mientras le tapaba la boca con la mano cuando intentó gritar.

La metió en el segundo dormitorio, la obligó a quitarse la ropa y ponerse el camisón manchado de sangre. Después la maniató y la amordazó, la encerró en la habitación y no volvió a sacarla hasta el juicio.

—¿Por qué haces esto? —quiso gritar ella entonces, pero él volvió a ponerle la mano en la boca.

—No chilles, joder. Que nos oirá.

Nos oirá: Nadja. Nadja, que después de que Gero se abalanzara sobre Laura para recuperar el móvil, se había desplomado en la cocina del bosque del Spree. Nadja, a quien él había llevado al dormitorio de arriba, donde la había encerrado por segunda vez en el día.

Laura asintió con insistencia para indicar que podía quitarle la mano de la boca. Él lo hizo.

—¿A qué ha venido ese paripé del juicio? —siseó—. ¡Casi me matas del susto!

Él hizo un breve gesto con la cabeza y sonrió.

—Era el precio por haberte ofrecido mi ayuda, Laura. Mis honorarios como abogado por librarte de la cárcel. Quería saber la verdad. Descubrir cómo empezó lo tuyo con Aron Bruckstätt.

—Pues podrías habérmelo preguntado, ayer, hoy, mañana, cuando fuera. —Gesticula con exageración—. ¡Ahora no tienes coartada!

—Algo se me ocurrirá. Ya ves que siempre se me ocurre algo.

Cambiar el plan y darle a ella un susto de muerte, por ejemplo. Laura se estremeció.

—Es tu ego, ¿verdad? No podías soportar que te hubiera engañado con Aron. Querías torturarme.

—En la vida, todo tiene consecuencias.

—¡Y, por si fuera poco, el numerito del baile con *Somethin' Stupid*! He llegado a creer que te habías vuelto loco.

Él sonrió.

—¿De verdad querías llamar a la policía cuando has cogido el

móvil de la mesa?

Laura tembló.

—Gero… —dijo entrecortadamente—. A lo mejor deberíamos olvidarnos de todo esto. Es evidente que el asunto se nos ha ido de las manos.

—¿Qué dices? Pero si ha sido muy auténtico. Cómo me he abalanzado sobre ti y te he quitado el móvil. Nadja ha temido por tu vida y ahora hará todo lo que le pida.

«No solo ha sido auténtico —corrigió ella en silencio—. Ha sido real.» La forma en que se le había plantado delante, con esa expresión tan extraña, tan impredecible. Cómo le había arrebatado el móvil, retorciéndole la muñeca, y luego la había tirado al suelo. Gero había estado a punto de pegarle una patada, o eso había creído Laura, que se había hecho un ovillo para protegerse y se había tapado la cara con las manos. Para nada, al final, pero poco importaba eso ya. Se llevó una mano temblorosa al esternón.

—He sentido miedo… de ti.

Gero seguía impasible.

—A lo mejor eso tampoco es tan malo, cariño. Así, la próxima vez te lo pensarás mejor antes de decidir si de verdad quieres engañarme.

—Sabes lo que he hecho para demostrarte mi amor. —Agitó la cabeza con incredulidad.

Aron. Podría haber ingresado gravemente herido en la unidad de cuidados intensivos después de una pelea que se había descontrolado. En lugar de eso, estaba en el maletero de su coche, muerto. Por Gero.

—Y yo te demuestro el mío haciendo lo que estoy haciendo aquí.

—Por favor, Gero. —Se apretó contra él y le rodeó las caderas con los brazos. Notó algo en la parte trasera de la cinturilla del pantalón. Supo lo que era antes aún de que su mano lo agarrara y tirara para sacarlo—. ¿Has traído la pistola?

Laura retrocedió. La calibre 22 temblaba en su mano.

—Dame eso, Laura.

Gero quiso quitársela.

—¿Para qué has traído la pistola?

—Es solo por seguridad. Dámela ya, por favor.

Se acercó a ella, que volvió a retroceder.

—¿Es que quieres pegarnos un tiro a cada una? ¿A Nadja y a mí? ¿Ese es el nuevo plan?

—No digas tonterías. Dame el arma antes de que pase algo.

Gero meneó los dedos en el aire. Laura lo apuntó con la pistola. No quería imaginarse de qué sería capaz su marido si llegaba a sospechar por qué se habían peleado Aron y ella en realidad. Que no era ella,

sino él, quien quería cortar. Porque, para Aron, ella nunca había sido más que una «putita». Un pasatiempo.

—No. Esto se acaba aquí. Llamaremos a la policía y diremos lo que ha pasado.

—Entonces, irás a la cárcel.

—Pues que así sea. Míranos, Gero. ¿En qué nos hemos convertido? ¿Qué estamos haciendo aquí?

—Salvar nuestra vida —dijo, y movió la mano en un gesto que ella no vio venir.

El disparo estalló y la bala se hundió en la madera del armario del fregadero. Laura dejó caer el arma, se tapó los oídos, cayó al suelo de la cocina. Gero recuperó la pistola.

—Te quiero, Laura. Y, como te quiero, harás lo que yo te diga. Casi lo hemos conseguido, casi hemos alcanzado nuestra meta. Venga, contrólate de una vez, joder.

Ella levantó la mirada hacia su marido. Y lloró, de nuevo.

—No puedo hacerlo.

Gero la ayudó a levantarse.

—Sí que puedes. Ahora subirás arriba, te cambiarás de ropa y esperarás, nada más. Yo voy a ver a Nadja. —Le acarició el brazo desnudo—. Todo saldrá bien.

—¿Me prometes que no utilizarás la pistola?

Gero asintió. Le recordó que nunca había roto una promesa, tampoco la más importante de todas, la que le había hecho a ella cinco años antes: «En la prosperidad y en la adversidad». Hasta que la muerte los separara.

Nadja

En el bosque, la noche no tiene contornos, ya no puedo correr, me muevo solo paso a paso y con los brazos extendidos hacia delante. Es como si me hubieran puesto una venda en los ojos y me hubieran hecho girar varias veces. Avanzo a tientas entre obstáculos, de tronco en tronco. Las ramitas se rompen bajo mis pies, las hojas susurran; en mis oídos, la sangre murmura como el agua cuando cae por una pendiente. Contengo un grito; me he equivocado y he resbalado por un terraplén que va a dar a un canal. El agua está helada y en cuestión de segundos me cala la tela de los vaqueros hasta la rodilla. En la negrura, alargo las manos sin saber adónde en busca de un asidero, agarro la raíz de un árbol, tiro de ella para conseguir trepar y regresar a suelo firme.

—¡Ahí atrás! —oigo exclamar al señor Van Hoven. Un instante después, algo más fuerte, grita—: ¡Nadja! ¡Entra en razón! ¡No podrás salir del bosque!

Un punto de luz blanca que danza, la luz de una linterna o de un móvil. Aprovecho la oportunidad para ubicarme, distingo las siluetas de los árboles a mi alrededor, sigo avanzando a gatas.

—¡Soy cazador, Nadja!

Un cazador que tiene un arma. Que se orienta con facilidad hasta en el bosque más oscuro. Un cazador que sigue el rastro de su presa. Que me sigue a mí. En algún lugar, el chistido de un mochuelo despierta a un carpintero verde que un momento después ríe cacareante en respuesta.

—¡Nadja! —Laura, un grito penetrante.

Me enderezo. Los crujidos que provoco con las manos y las rodillas hacen demasiado ruido. Me quedo de pie, pensando si meterme en el agua, donde no se oye nada y no hay nada que se rompa.

—¡Nadja, por favor! ¡Solo queremos hablar contigo!

La voz de Laura y el punto de luz danzarín se alejan. Respiro. Tengo que conseguir cruzar el bosque hasta la siguiente casa. Me visualizo golpeando una puerta con los puños para pedir ayuda. Visualizo una luz azul intermitente, y cómo se llevan a Laura y al señor Van Hoven esposados, y noto que una sonrisa breve y exhausta hace temblar mis labios. Tengo que conseguir cruzar el bosque. De

repente, un nuevo crujido justo detrás de mí. Doy la vuelta y al mismo tiempo una luz destella y me deslumbra. Me tapo los ojos con una mano para protegerlos de la luz cegadora, parpadeo. Y distingo la silueta del cazador ante mí.

—¡La tengo, Laura! —grita.

Me tambaleo hacia atrás, choco contra un árbol.

—Déjalo ya, Nadja. Tú misma ves que no saldrás de aquí.

La luz de la linterna hace que me lloren los ojos.

—Y usted no saldrá bien parado de esta —digo con voz ronca—. Aunque coloque todas esas pruebas en la casa y haya lavado el cadáver, seguro que el forense determinará que Aron Bruckstätt murió antes. No cuadrará con la versión que les dará usted.

—El calor de estos días puede haber acelerado el proceso natural —replica él sin dejarse impresionar.

De nuevo cruje una ramita, la luz de la linterna se mueve; el cazador se acerca. Levanto las manos para protegerme. Es el fin, lo sé. Es el momento en que el destino me hace oír voces. La del tío Adwo, que dice: «Has tenido una segunda oportunidad, Nadja. Has tenido una segunda vida y no la has aprovechado». La de la tía Evelyn: «Todos están al tanto de cuál es tu verdadera naturaleza, Nadja Kulka. Eres la desgracia personificada». Y, por último, la voz de Marta, que no dice nada, solo se ríe. Es el fin, lo sé. Lo único que todavía no tengo seguro es cómo se producirá.

—O sea que he metido el cadáver en la bañera y le he lavado todo rastro de mí, ¿no? ¿Y qué hago ahora, según su versión?

El señor Van Hoven suspira.

—Eres muy terca, ¿lo sabías? En fin… Después de lavar el cadáver, empiezas a cavar una tumba. Pero resulta ser demasiado esfuerzo para ti, y comprendes que no lo conseguirás. Comprendes, sobre todo, lo que has hecho: has matado a una persona. Otra vez. Llevada por la desesperación, me llamas y me ruegas que venga.

—¿Por qué iba a hacer eso?

—Porque soy abogado y una de las pocas personas que consideras de confianza. —Que siempre ha sido buena conmigo. Que me ha tratado con normalidad y me ha enseñado fotos de Vivi.

Estallo en un llanto. Su argumentación tiene sentido. Es el fin, y así es como se producirá:

—Usted llega, encuentra el cadáver, me dispara y luego afirma que ha sido en defensa propia porque iba a atacarlo. De esa forma se asegura de que yo jamás pueda dar mi versión de los hechos…

Mis piernas ceden, caigo al suelo.

«Lo siento mucho, Janek.»

—Tengo que decirte algo, cielo. Soy la chica gris pizarra por dentro.

—Menuda tontería. Yo también puedo ver el interior de las personas, y estoy seguro de que eres de otro color.

—¿De cuál?

—Amarillo mirabel.

—Qué dices, Janek…

—Sí, en serio. Lo veo perfectamente. Eres muy amarilla.

—Y tú eres muy dulce, por lo menos tanto como los mirabeles de la tía Evelyn. Ven aquí, que quiero abrazarte.

«Por desgracia, te equivocabas, Janek.»

Y Marta tenía razón, en todo. Soy lo que soy. Y ahora soy una persona muerta, puede que merecidamente.

Julio de 2019
(esta noche)

Han seguido a Nadja hasta el bosque, solo que en algún momento se han separado sus caminos. Ella ha perdido a Gero, que en ese entorno, aun en la oscuridad, es mucho más rápido y hábil que ella, que ahora tropieza sin saber por dónde va. Hasta hace un momento, el crujir de alguna ramita le daba de vez en cuando una pista de la posición de él, pero no importa en qué dirección apunte la linterna, el cono de luz solo le muestra la noche y árboles oscuros. De pronto todo está en silencio, un silencio inhóspito y amenazador. Laura van Hoven llora. Todo ha salido mal, joder, de la peor forma posible, las cosas han desarrollado una dinámica propia; desearía poder dar marcha atrás en el tiempo hasta la noche de la muerte de Aron y simplemente avisar a la policía y a una ambulancia. Al fin y al cabo, había artículos legales para defender los hechos cometidos en un arrebato de pasión, y ante todo estaban las leyes no escritas de la moral y la conciencia. En lugar de eso, Gero y ella habían urdido un plan y habían arrastrado al cadalso a una inocente.

—¿Y qué hacemos con ella cuando lo tengamos todo listo en la casa? —le había preguntado en susurros a Gero la noche anterior, mientras Nadja dormía al lado, en la habitación de invitados, sin sospechar nada.

Temía su respuesta.

Gero, que se estaba vistiendo ya para ir al piso de Nadja y colocar allí los objetos personales de Aron y el vestido rojo de Laura, la miró con fastidio.

—¿A qué te refieres?

Laura no dijo nada, solo se miró las manos, que no hacía más que retorcer en su regazo mientras estaba sentada en la cama conyugal, la misma cama en la que Aron y ella habían hecho el amor ni veinticuatro horas antes. Justo después fue cuando él le anunció que había sido la última vez y que quería cortar con ella.

—No pensarás que tengo intención de matarla. —Gero dejó la sudadera a un lado, se agachó junto a la cama y le asió las manos temblorosas—. ¿Por qué debería morir, Laura? Ya es más que

suficiente con que nadie la crea. Al contrario: así será incluso mejor. Explicará su historia absurda sobre lo que supuestamente ha vivido en la casa del bosque del Spree. —Su boca se torció en una sonrisa compasiva—. Ya me veo sentado con Fred Mertens, tomando una copa, los dos negando con la cabeza al pensar en ella, del todo estupefactos. Qué sistema más imperfecto, este que, después del asesinato de su madre, no ha sabido identificar lo mal que estaba Nadja en realidad y no ha logrado prestarle a tiempo la ayuda que habría necesitado. Pero, sin duda, no habrá sido la primera vez que el sistema falla, ¿verdad que no?

—Aun así, la policía tendrá que comprobar su declaración —objetó Laura—. Se nos meterán en casa. Lo rociarán todo con… ¿Cómo se llama eso? Luminol. Pasarán la luz negra por todas partes y encontrarán rastros de sangre de Aron en nuestro salón.

Gero negó con la cabeza.

—¿Apostamos algo a que no? No es más que una asesina que ha cometido otro asesinato. Hace años que se encuentra en tratamiento psiquiátrico. No, Laura, créeme. A nadie le sorprenderá que haya hecho lo que dice nuestra versión. Y menos aún teniendo en cuenta que ya después del asesinato de su madre trató de despistar a la policía inventándose la historia de un último cliente malvado. Y no lo consiguió, como es sabido. —Sonrió de nuevo y le apretó las manos un poco más—. Tal vez tenga suerte y acabe internada en una institución, en lugar de ir directa a la cárcel. Piénsalo: quizá incluso le venga bien. Por fin descansaría y no tendría que seguir torturándose para intentar llevar una vida normal, cosa que de todas formas jamás conseguirá.

Laura asintió y volvió a convencerse de que era lo mejor, para todos. Sin embargo, ahora, tropezando en el bosque a oscuras, sabiendo que Gero ya ha cambiado el plan una vez, que ha escenificado ese terrible simulacro de juicio y además tiene la pistola, después de que Nadja le haya demostrado con su ataque que no está dispuesta a dejarse sacrificar tan fácilmente, Laura no ve otro final que este: Gero matará a Nadja en cuanto la encuentre. ¿Por qué, si no, habría ido a buscar la pistola al salón antes de salir a perseguir a Nadja e impedir que huyera?

—¡Nadja! —grita en la oscuridad, sin saber muy bien adónde—. ¡Solo queremos hablar!

En realidad, sus palabras son más bien un recordatorio para Gero. «Me habías prometido aclarar las cosas sin utilizar el arma. Solo hablar, Gero —le implora desde la distancia—. Negocia su silencio, ofrécele dinero. Deja que se vaya a casa.»

El estómago se le retuerce a cada paso. Es el miedo. Lo de Aron es

una cosa, reflexiona. Lo atacó en un arrebato de pasión. Darle la última cuchillada fue pura desesperación, para no perder también a Gero. Pero esto de ahora, lo de Nadja, es algo premeditado, planeado. Algo completamente perverso. Y Laura sospecha que han cruzado un límite. Ese ha sido el motivo por el que antes ha intentado escapar con el Land Rover de Aron, después de que Nadja golpeara a Gero con la pala junto a la tumba.

«No finjas —se entromete su conciencia—. Querías marcharte porque temías por tu propia vida. Temías que Nadja pudiera haber matado a Gero con la pala y ser tú la siguiente. ¿Qué clase de persona eres, Laura van Hoven?»

¿Así empieza? ¿Lo que Nadja le ha profetizado antes, en la cocina? «Así funciona la culpa, Laura. La llevarás contigo como una enfermedad incurable, como una úlcera que te va comiendo, hasta que un día te habrá consumido por completo.»

Sacude la cabeza, sigue tropezando.

Por fin encuentra a Nadja y a Gero, que le está explicando que su muerte nunca ha formado parte del plan. En lugar de eso, se suponía que Nadja llamaba a Gero tras el asesinato de Aron Bruckstätt para pedirle ayuda. Él se apresuraba a acudir al bosque del Spree, la convencía de que alertara a la policía y le aseguraba que lo tendría a su lado. Los agentes llegarían y detendrían a una Nadja en un estado de absoluta confusión mental. No, no tenía por qué morir —Gero ríe —, bastaba con el hecho de no resultar verosímil. La falta de credibilidad de una asesina convicta. A la luz de la linterna, Laura ve el rostro satisfecho de su marido, y a Nadja, que cae al suelo y se echa a llorar. Puede que acabe de comprender que habría sido más sencillo luchar por salvar su vida que por salvar su reputación. Porque carece de ella. Nadja es lo que dice Gero: una asesina a la que nadie creerá. Volverá a la cárcel y no puede hacer nada por evitarlo. No, ella no.

—Se acabó —interviene Laura, y apunta el haz de luz de su linterna directamente a los ojos de Gero.

—Exacto, se acabó, Nadja —coincide Gero, y mueve la mano para apartar la linterna de su mujer—. Ahora puedes decidir si quieres llamar a la policía tú misma y confesar tu crimen, o si prefieres que lo haga yo por ti.

—No, Gero. —Laura vuelve a deslumbrarlo—. Se acabó para nosotros. Ya te lo he dicho antes: hemos llegado demasiado lejos.

—Y yo te he dicho que…

—No —interrumpe—. No me entiendes. No quiero seguir con esto. Si hace falta, confirmaré la absurda historia de Nadja.

—Laura…

Ella niega con vehemencia, se aparta de su marido y se sienta en el suelo del bosque junto a Nadja, que se estremece cuando le da la mano.

—O llamamos a la policía y contamos lo que ha ocurrido de verdad, o tendrás que matarnos a las dos, a Nadja y a mí, aquí y ahora. —Qué firme suena su voz en un momento en que todo lo demás parece tan incierto…

Es verdad que Gero jamás ha roto ninguna de las promesas que le ha hecho, y le ha prometido que no utilizaría el arma. Sin embargo, ahora que la oscuridad se ha tragado su rostro y ella no logra ver la expresión de su marido, duda.

El tiempo pasa, mueve los hilos. Parece que Gero se lo está planteando. «Tenemos que salir de aquí —es lo único que piensa Laura —. Tenemos que salir de aquí antes de que tome una decisión.» Así que tira de Nadja para levantarla.

—Venga, vamos.

Tiene que repetirlo otra vez antes de que Nadja comprenda que lo dice en serio. Echan a andar. Caminan de la mano a la luz de la linterna, regresan cruzando el bosque y sin dejar de volver la cabeza, esperando ver a Gero salir disparado tras ellas, fuera de sí y furioso al comprobar que su mujer se ha puesto del lado de Nadja y ha aniquilado su plan. Laura tira de la mano de Nadja y cada dos o tres metros suelta un «¡Más deprisa!», hasta que ya están corriendo.

—¡Laura!

En efecto. Por lo visto, Gero ha tardado un poco en recomponerse, pero ahora las está siguiendo.

El crujir de las ramas bajo sus raudos pasos suena como balas, balas que parecen llegar desde todas partes, silbar por encima de sus cabezas, alcanzarlas por la espalda. Aceleran. En cualquier momento podría abatirlas una bala de verdad, primero a una y luego a otra. «Nadja —piensa Laura—. Primero Nadja.» Gero querrá que Laura vea de lo que es capaz. Primero Nadja, luego ella.

—¡Laura! —El bramido de su marido resuena por el bosque y espanta a un par de pájaros.

Ella da un traspié. Nadja le aprieta más la mano, pero de todos modos trastabilla y cae. Grita. Nadja se lanza sobre ella, la agarra de los hombros. Laura gime de dolor. Se ha equivocado, la primera ha sido ella. No la ha abatido de un tiro, sino que solo la ha rozado para hacerla caer pero manteniéndola aún con vida, para que se entere de lo que piensa hacerle a Nadja.

«Ay, Gero… ¿Cómo hemos podido llegar a esto? ¿Qué ha sido de nosotros y de la promesa más importante de todas?»

Parpadea y un instante después ve que alguien agarra desde atrás a Nadja, que desaparece de su campo de visión. Gero cae de rodillas y toma el torso de Laura entre sus brazos.

—¡Laura! Ay, Dios mío, ¿qué te ha pasado?

Justo entonces comprende que no la ha herido la pistola de él. Que seguramente ha tropezado con la raíz de un árbol y, a juzgar por el dolor, se ha fracturado una costilla.

Llora. Los tres lloran. Se sienten agotados, casi aliviados y tal vez unidos por la idea de que por fin todo ha terminado. Y que ha tenido un buen final. Quieren creerlo a toda costa, aunque solo sea un momento, aunque Laura sepa —como lo saben todos— que ese momento es pasajero. Porque nada va bien, nada ha terminado. En la bañera de la casa sigue estando el cadáver de Aron Bruckstätt.

—Ayúdeme un poco, Nadja, por favor —oye Laura que pide Gero mientras desliza las manos por debajo de sus axilas e intenta ponerla en pie con cuidado.

«Vuelve a tratarla de usted», le llama la atención. Como antes, antes de este día, antes de todo esto. Y Nadja accede a su petición, se acerca enseguida a ayudarlo para llevar a Laura, herida, de vuelta a la casa a través del bosque. Ella ve relámpagos que estallan en su retina, el dolor de la región costal es implacable, jadea a cada paso. Tiene el brazo izquierdo echado por los hombros de Nadja, el derecho por los de Gero.

—¿Y ahora qué hacemos? —pregunta la voz temblorosa de Nadja.

Laura no consigue oír la respuesta de su marido, el dolor la hace caer inconsciente. Aún nota cómo su cuerpo se relaja y, luego, nada más.

Nadja

Laura está tumbada con los ojos cerrados en el sofá del salón de la casa del bosque. Inmóvil. Como muerta. Me he sentado a sus pies, en el reposabrazos, no puedo apartar la mirada y siento una extraña gratitud cada vez que veo cómo se le mueve el tórax, cómo se eleva y vuelve a descender a unos intervalos regulares que se me hacen interminablemente largos. El señor Van Hoven está de pie delante de la librería, vuelto de espaldas, justo frente al estante que contiene los libros de fotos de Aron Bruckstätt. Es como si la habitación estuviera ocupada por un vacío gélido que no acepta ningún sonido y se traga todos los sentimientos. Incluso yo estoy del todo vacía, salvo por el alivio que me sobreviene de repente al ver respirar a Laura.

«¿Y qué hacemos ahora?», acabo de preguntarle al señor Van Hoven. Aún me debe la respuesta. Veo a un hombre con los hombros caídos y la mirada gacha. Alguien que ha puesto todas sus energías en resolver un complicado puzle de mil piezas y, ahora, poco antes de que pueda colocar la última, voy yo —precisamente yo, la pieza del puzle que parece encajar en la imagen mejor que ninguna otra— y le tiro todo el trabajo de la mesa. Las piezas han quedado esparcidas por el suelo, las mil que hay, y todo ha sido en vano.

—Señor Van Hoven… —empiezo a decir.

Mi voz atraviesa el vacío a muy poco volumen, casi parece que me avergüence. «¿De qué? —pregunta mi obstinado cerebro—. ¿De haberles estropeado el plan? ¿De haberte negado a ofrecer tu cabeza para encubrir su crimen? ¿De haber querido responsabilizarte de ti misma por primera vez? Sí que estás loca, Nadja Kulka. Estás loca y eres tonta.» Debería levantarme del sofá. Erguir bien la cabeza, caminar con paso firme y salir de esta casa. Sacar mi móvil del coche de Aron Bruckstätt, llamar a la policía y a una ambulancia para Laura. Y, sin embargo, no hago nada. Nada en absoluto. Me quedo aquí sentada sin moverme.

—Laura estará dolorida cuando despierte. —Más no se me ocurre.

El señor Van Hoven se vuelve hacia mí. Asiente como si hubiera tomado una decisión. Me da mala espina.

—Aún tengo un último encargo para usted —dice, y parece que me esté hablando como en un día normal de trabajo en el bufete, como el

hombre al que conocía, el que fue mi jefe durante muchos años.

Y yo, yo no pregunto. Escucho su petición y luego digo:

—Está bien. —Igual que antes. Como si todavía fuera su secretaria, una última vez.

—¿De verdad? —Por mucho que su voz sigue sonando segura, también resulta sorprendida—. ¿Después de todo…? —El resto se lo ahorra.

—Sí —confirmo.

«Después de todo», de pronto me ha asaltado un sentimiento al verlo con ese brillo febril en los ojos, con ese labio inferior que le tiembla un poco, y sus manos, que resultan rígidas mientras se las retuerce ante el pecho. Al principio creo que es compasión, pero me equivoco. No soy capaz de sentir compasión por una persona que ha intentado destruir mi vida. Es otra cosa, quizá peor. Es… un vínculo. Comprensión. Igual que comprendí que Laura hiciera cualquier cosa con tal de no perder a Vivi, también entiendo a su marido. No sería el primero que intenta hacer pagar a otro por sus propios actos, o los de su mujer.

Laura no vuelve en sí hasta que ya estoy entrando en la ciudad con su Mini. La mayor parte del trayecto he tenido que ir secándome la cara y conteniendo como podía las lágrimas que me humedecían los ojos y emborronaban el carril.

—¿Qué está pasando? —pregunta sobresaltada después de orientarse y comprender que está sentada en su coche, conmigo al volante y sin su marido.

Antes de que pueda responderle, profiere un sonido cargado de dolor.

—¿Te duele mucho? —pregunto como una boba.

Niega vehemente con la cabeza.

—¡Dime qué está pasando!

Intenta quitarme el control del volante, pero el dolor se lo impide. Por lo menos eso creo, porque a medio gesto vuelve a llevarse la mano al cuerpo y gime otra vez.

—Tranquilízate —digo al comprender que tal vez crea que hemos vuelto a poner el juego en marcha, con la diferencia de que ahora soy yo quien la secuestra a ella, o que estoy haciendo algo movida por mi sed de venganza—. Solo sigo las instrucciones de tu marido.

—¿Qué?

Asiento.

—¿Qué ha pasado con él? ¿Qué ha pasado con Gero?

—Se ha quedado en la casa del bosque. Ha dicho que…

«… Verá, Nadja: ya de niño sabía que, si algún día me veía bendecido con una buena familia, haría todo lo que estuviera en mi mano para protegerla. Jamás quise ser como mi padre, y jamás quise a una mujer que fuera como mi madre; ambos, a su manera, tan dolorosamente inestables e ignorantes. En lugar de eso, en nuestra boda le juré a Laura mi apoyo en la prosperidad y en la adversidad, y a Vivi, cuando nació, que el resto de mi vida sería para ella el padre que siempre deseé para mí. Con todo lo que eso supusiera, y aunque me costara la vida…»

—¡No! ¡No, no, no, no! —Laura se deja llevar por el pánico, empieza a retorcerse en su asiento, oigo cómo se desabrocha el cinturón.

—Laura —digo. Mi voz transmite la extraña tranquilidad que llena mi fuero interno. Me pregunto si de verdad es posible que haya puesto fin a este día y a todo lo que lo ha precedido. Aunque intuyo que no es eso, que probablemente solo estoy demasiado agotada para muchos aspavientos. O quizá sea a causa de ese sentimiento. Ese vínculo. Detengo el Mini junto a la acera y alargo la mano por delante del pecho tembloroso de Laura para alcanzar el cinturón de seguridad y volver a ponérselo—. He tenido que prometerle que lo haríamos todo tal y como me ha indicado…

«… Soy abogado. Desde hace casi veinte años, mi existencia ha consistido en hablar. Hablo con jueces y fiscales, hablo con mis defendidos para apelar a su conciencia, hablo para convencerlos o disuadirlos, hablo para arreglar las cosas. También las promesas que le he hecho a mi familia son solo eso a fin de cuentas, palabras. Palabras vanas, si no las acompaña uno de actos. De los actos correctos. Pero para eso necesito su ayuda. Lleve a Laura a casa y llame a emergencias. Hágase pasar por ella y diga que se ha caído por los escalones del salón y se ha hecho daño en las costillas. Es importante que desaparezca antes de que llegue la ambulancia. Usted vuelva a su piso, duerma y descanse…»

Laura llora con las lágrimas mudas que yo he agotado en el último tramo del trayecto. El señor Van Hoven ha decidido quedarse en el bosque del Spree. En la casa de Aron Bruckstätt, con su cadáver en la bañera. Delante del puente está el Land Rover de Bruckstätt, y en algún lugar de por allí cerca, el Porsche del señor Van Hoven. Podría parecer que el señor Van Hoven ha querido hacerle una visita al amante de su mujer. Una visita con consecuencias.

Guardamos silencio. No sospechamos lo que tiene planeado. Solo sabemos una cosa: que esta vez no sacrificará a ningún desconocido, esta vez realizará el mayor sacrificio de que es capaz. Se ofrecerá a sí mismo. Aun así, me pregunto qué estará sucediendo ahora mismo en el bosque. Si llamará a la policía. Si la policía, tal vez, encontrará dos cadáveres en la casa. Dos cadáveres y una carta de despedida con una confesión falsa. De reojo, veo que Laura niega con la cabeza y sé que está preguntándose lo mismo que yo.

—¿Ha dicho algo más aparte de eso? —profiere al cabo de un rato.

Asiento con debilidad.

«… Dígale a mi mujer que la he perdonado.»

Ahora, Laura guarda silencio. Solo de vez en cuando la oigo sollozar en voz baja. Cumplo mi encargo y la llevo a casa. Aparco el Mini en el garaje, la ayudo a bajar del coche y a entrar en la casa. Después llamo a emergencias.

—Necesito ayuda, me he caído… —Doy el nombre de Laura y la dirección de los Van Hoven.

Cuelgo. Salgo de la casa sin despedirme, sin una última mirada. Una vez fuimos amigas, en una vida anterior.

Agosto de 2019
(dos semanas después)

—Vivi…

Laura van Hoven aspira apretando los dientes; el dolor en la zona costal le sirve de recordatorio constante. Dentro de media hora tiene cita para un control de seguimiento. El médico que la trata está satisfecho con el proceso de recuperación, pero ella nota las magulladuras cada vez que se mueve, así que sigue tomándose los analgésicos que le recetaron después de esa noche en el bosque. Y, por si fuera poco, Vivi le tira de la mano, lo cual no hace más que avivar la intensidad de los pinchazos de las costillas. Laura se pasa a su hija a la otra mano y le pide que vaya algo más despacio mientras se dirigen a la parada del metro. A Vivi no le gusta el habitual gentío de ahí, pero ir en coche sigue sin ser posible a causa de las heridas de Laura.

Son casi las ocho de esta mañana, la número dieciséis después de la noche del bosque, la número dieciocho después de la noche en que mató a Aron Bruckstätt. A veces se pregunta si siempre será así, si contará de esta manera el resto de sus días: la mañana número dieciocho después de. La veintitrés. La quinientos trece. Y, sin embargo, al mismo tiempo la vida continúa. La tierra gira sin descanso, el sol vuelve a salir cada vez. Laura no sabe si eso le ofrece consuelo o le parece una burla descarada. Por otro lado, jamás tendrá que preguntarse si de verdad Gero era el hombre adecuado para ella. Recuerda los anestesiados días de camisetas holgadas y cómodos pantalones de chándal, la espera eterna cuando él llegaba tarde del trabajo una vez más, las vacaciones que siempre quedaban aplazadas, todas esas cosas que a partir de cierto momento le hicieron dudar de su gran amor. Era el mayor de los amores, ahora lo sabe. Y lo sigue siendo, lo será siempre. Gero cumplió su promesa. Lo hizo todo por ella; realizó el sacrificio definitivo. Laura todavía no es capaz recordarlo sin que se le humedezca la mirada. Se seca los ojos enseguida. Vivi no debe verla llorar.

—¡Date prisa, mami! —exclama su hija, dulce e inocente, cuando la parada de metro aparece ante ellas, y le suelta la mano—. ¡Si no, perderemos el tren!

*

Jan Spenger ríe cuando una niña pasa saltando por delante de él. No quiere perder el tren.

—Buenos días —le dice a la mujer que intenta seguirle el paso a la pequeña como buenamente puede.

Ella no le devuelve el saludo; Jan se encoge de hombros. Gira la manivela para bajar el toldo de rayas verdes y blancas, algo descolorido por la lluvia y el sol, y proteger los productos que a primera hora ha ido a buscar con su furgoneta al terreno de un agricultor. En el ambiente matutino de Charlottenburg se respira aún la pureza pasajera del chaparrón de la noche anterior; el asfalto mojado humea. Jan parpadea mirando al sol, que todavía asoma tímido tras las fachadas de las casas de enfrente, luego gira el cartel de la puerta para que diga «Abierto» y entra.

La pequeña tienda de alimentación la heredó de su padre, y para él nunca ha existido nada más. Sus amigos son ingenieros, médicos, artistas; a Jan lo llaman «el verdulero», y a él le gusta, está orgulloso de ello. Ya de niño iba allí nada más salir del colegio, hacía los deberes entre cajas de patatas y melones gigantescos, y observaba a su padre mientras trabajaba. Qué amable era con los clientes, cuánto se reía, qué bonito era ver pasar el tiempo en la tiendecita, donde los productos se pesaban aún con una anticuada balanza y los precios se calculaban a ojo de buen cubero, donde la vida era más lenta que en el resto de la bulliciosa gran ciudad. Eso es algo que Jan, con la edad, valora cada vez más. Se siente afortunado. Ha tenido «suerte». Si el tío Adwo no se hubiera ocupado de su adopción en aquel entonces, ahora no estaría en su pequeña tienda, sino en una acería polaca. Puede que incluso le hubiese empeorado el asma y ni siquiera estuviera con vida.

—Buenos días, señora Kaiser —saluda a la vieja dama que, como todos los sábados, es la primera en llegar. Se interesa por los achaques de su marido mientras le prepara medio kilo de judías, un brócoli y un puñado de cerezas en una bolsa de papel—. ¡Ah, señorita Müller! —exclama riendo al ver a la siguiente clienta habitual, que ha entrado en la tienda mientras tanto, seguida del señor Jasper, que como siempre va acompañado de su hijo pequeño, Mats, para proveerse de un opíparo desayuno familiar.

La señorita Müller compra una coliflor, un pomelo, un par de manzanas y mirabeles. Mientras se los cobra, el señor Jasper ya espera tras ella con su compra. Jan le devuelve el cambio a la joven con una mano, y con la otra le acerca una nectarina por encima del mostrador a Mats, que está dando la lata.

—¿No has dormido bien, colega?

—¿Dormir bien? No ha dormido nada —informa el señor Jasper, y ríe—. Seguro que es por la emoción. Mañana nos vamos de vacaciones.

—Vaya, qué bien —dice Jan, dirigiéndose a Mats—. ¿Y adónde vais?

—Al mar *Blático* —responde el niño, masticando y con zumo de nectarina cayéndole por la barbilla.

—Y estás contento, ¿a que sí?

Mats asiente con tanto entusiasmo que se le cae un mechón a la cara. Jan sonríe. A él siempre le ha encantado el mar. Todavía ahora. Sus padres siempre lo llevaban a la costa, y también su mujer y él pasan allí las vacaciones todos los años. Dentro de dos semanas será la primera vez que viajen a Italia siendo tres de familia. La pequeña ya ha cumplido cuatro meses y es lo bastante mayor para ver el mar, el lugar más bonito del mundo.

—Yo tenía seis años la primera vez que estuve en el Báltico —explica Jan y, al oír eso, la sonrisa de Mats crece. Dice que él solo tiene cuatro, y Jan añade—: Qué bien. Nunca es demasiado pronto para empezar con el mar.

Solo cuando Mats ha salido por la puerta con su padre, Jan repara en que en el mostrador hay algo que no debería estar ahí. Es una carta. La ha dejado la señorita Müller.

Nadja

Un ataque de pánico es estar al borde de un precipicio blanco. Por encima de mí se extiende un cielo de color lavanda. Un paso en falso, solo un pequeño resbalón, y caeré. Miro a las profundidades, espero ver a Marta, flotando boca arriba en el agua salada y roja de Aigues-Mortes, con un vestido blanco que el agua ha vuelto casi transparente y ya solo despide un ligero brillo rosado. Sé que abrirá de golpe sus ojos azules y me mirará con ellos. Respiro y retrocedo un paso. Todavía es un lugar peligroso, este en el que estoy, pero hoy me siento con pie firme. He sobrevivido. Soy libre. He conseguido regresar a casa y sé que aprovecharé esta oportunidad cueste lo que cueste.

No estoy al borde de ningún precipicio.

Estoy delante de un edificio de cinco plantas de Charlottenburg, con el dedo en el timbre que hay junto al apellido de «Spenger».

*

Querido Janek:

Vengo todos los sábados a tu tienda para ver cómo te va. Al principio no me atrevía. Lo cierto es que todavía eras muy pequeño entonces, en Zabrew. Acababas de cumplir cinco años. Aun así, no estaba segura de cuánto recordarías, de si tienes muy presente el rostro de nuestra madre y si tal vez lo reconocerías en el mío. De modo que me quedé merodeando fuera, junto al escaparate, cogí una manzana para no llamar la atención y me quedé mirándola. En ese momento saliste de la tienda y me preguntaste si podías ayudarme. Durante unos segundos me olvidé de respirar.

Tú.

Mi hermano pequeño, que se había convertido en un hombre adulto. Tenías muy buen aspecto, te brillaban los ojos, tu voz sonaba amable. Miré al suelo, creía que me reconocerías y me echarías de allí. Poco antes de entrar en la cárcel, el tío Adwo ya me había dicho que te había encontrado unos padres buenos y que pronto te irías a vivir a Berlín. Más adelante, que estabas muy a gusto con tus nuevos padres, que te trataban como si fueras su hijo de verdad y te habías adaptado sin problemas. Que eras un alumno excelente, que en tu tiempo libre te gustaba jugar al fútbol y tenías varios amigos simpáticos. Creo que, al explicarme todo eso de ti, pretendía motivarme para que tomara las riendas de mi propia vida, pero solo lo consiguió a medias.

Debes saber que, cuando salí del centro penitenciario para menores, regresé a

Zabrew. Me ocupé de la tía Evelyn, que estaba muy enferma, seguro que en parte también por mi culpa, por todos los quebraderos de cabeza que le di. Tras su muerte, el tío Adwo me convenció para que viniera a Berlín y me dio tu dirección. «Ve a verlo —me dijo—. Habla con él.» Pero tuve miedo. Sé que no has vuelto a Zabrew desde que te adoptaron, y habrá un motivo para eso. Sin duda el de más peso soy yo.

Sin embargo, aquel día delante de tu tienda no me reconociste, y la mayor parte de mí se alegró. Así, podía ir a comprarte algo todos los sábados. Siendo la señora Schmidt, la señorita Wagner o Müller, o cualquiera de esos nombres que te inventabas para mí, riendo, sin sospechar nada. Podía verte. Estar contigo. Escucharte charlar con los demás clientes. Así me he enterado de que estás casado y eres padre. Me he enterado de adónde iréis de vacaciones. Me he enterado de muchas cosas que me han alegrado. Llevas una vida del todo normal, feliz, como siempre deseé para ti.

Hace poco viví una experiencia trascendental, gracias a la que he comprendido que todavía te debo algo: la verdad sobre el 17 de junio de 1999 y el hombre que mató a nuestra madre. Aunque nunca hayas regresado a Zabrew, sé por propia experiencia lo mucho que el pasado te persigue. Puedes reprimirlo, pero de todos modos hay momentos en los que viene a por ti y te desgarra. Con esto solo quiero darte una oportunidad, Janek. Si has cerrado la herida y vives libre de esa carga, no quiero presionarte. Sin embargo, si alguna vez tienes la sensación de que te gustaría saber lo que pasó de verdad, ten la certeza de que aquí estoy yo para responder a tus preguntas. Te prometo que no volveré a acercarme a tu tienda, pero aquí te dejo mi número de teléfono. Puedes llamarme a cualquier hora, no importa lo que tengas que decirme.

Te quiero mucho, ángel mío.

Tu hermana, Nadja

P. D.: ¿Sabías que mi nombre, Nadja, en realidad significa algo así como ‘esperanza’?

*

Solo me enviaste un mensaje de texto con una dirección y una hora. «El domingo a las 15.»

Mi dedo aprieta el timbre. Mientras espero el zumbido del portero automático, me arreglo el pelo con nerviosismo. Tuve que lavármelo tres veces para deshacerme por completo del pegamento para pelucas. Los síntomas de mi conmoción cerebral han remitido, y la herida de la frente ya solo es una tenue marca rosada. La «experiencia trascendental» de la que te hablaba en mi carta me ha vuelto muy reflexiva. Todavía pienso a menudo en ella, una antigua amiga que estuvo involucrada en esa experiencia, y en su marido. Pienso que puedo perdonarlos porque hay algo que sé de primera mano: sé de qué son capaces las personas, por amor o por miedo. Aun así, no volveré a verla nunca. En lugar de eso, ayer por la tarde llamé al timbre de mi

vecina para presentarme. Tenía a un par de amigos de visita en casa, pero aun así me invitó a pasar. Fue una velada bonita.

Suena un zumbido desagradable y empujo la puerta para entrar en un vestíbulo de baldosas blancas y negras. Debajo de la escalera hay un cochecito de bebé. Me pregunto si será vuestro. La pequeña, por lo que oí en una conversación en tu tienda, tiene cuatro meses ya. Traigo un regalo para ella. El perrito de peluche rosa que compré para la hija de esa antigua amiga. No tiene por qué estar más tiempo en el cajón de mi cómoda sin razón de ser. Subo la escalera y los viejos peldaños crujen a cada paso, hasta que llego a la tercera planta. Tu mujer está en la puerta abierta del piso. Lleva unas largas rastas rubias y sonríe con inseguridad.

—¿Nadja?

—Sí —digo, y le sonrío con la misma inseguridad que ella a mí.

—Soy Kati, la mujer de Jan.

Me estrecha la mano y me invita a pasar.

Vuestro recibidor es todo de colores. En una pared pintada de verde sobresale una tumefacción hecha de chaquetas colgadas. Bajo una guirnalda de lucecitas veo varias fotografías enmarcadas en las que salís Kati, la niña y tú. Una estampa bonita, y que al mismo tiempo me hace cobrar conciencia de lo que estoy haciendo aquí. De que he venido a verte, a tu casa, con veinte años de retraso. Bajo mis pies, el suelo se mece un instante como el agua roja; casi preferiría dar media vuelta y salir corriendo. Pero entonces te asomas desde una habitación y me quedo petrificada. Te observo, igual que tú a mí. Noto que estás buscando algo familiar. Algo que relacione a la desconocida de treinta y cinco años con tu hermana de quince. No sé si lo encuentras, ni qué podría ser. Tu expresión es un misterio.

—Pasa —dices, y entras en el salón antes que yo.

Te sigo.

—Si queréis algo, estaré en la cocina, ¿vale? —dice Kati a mi espalda.

Nadie le contesta.

Te sientas en un sofá tapizado en pana verde; yo me hundo sin querer en un sillón de cuero, frente a ti. Estamos callados un rato, mirándonos nada más. Entonces te aclaras la garganta.

—El 17 de junio de 1999.

Asiento con la cabeza. La bolsa de plástico con el perro de peluche rosa que tengo en el regazo susurra cuando la retuerzo.

—¿Nadja? —añades entonces—. ¿Por qué hizo lo que hizo el último invitado de Marta?

Vuelvo a asentir. Me había preparado las palabras especialmente y

rebusco para encontrarlas, pero las he olvidado. No importa, la verdad no necesita preparativos. Empiezo sin más.

—Verás: cuando yo tenía los mismos años que tú entonces, me costaba mucho quedarme dormida. A Marta la sacaba de quicio, pero, aun así, se sentaba en el borde de mi cama, me contaba un cuento y me cantaba canciones hasta que en algún momento perdía la paciencia. «Duérmete ya, por el amor de Dios», decía entonces, y por las razones que fuera, aquello funcionaba. A ti nunca te cantó, y eso que te costaba dormirte mucho más que a mí. Marta echaba pestes. ¿Cómo iba a explicarles a sus invitados que en la habitación de al lado había un niño llorando y quejándose? ¿Cómo iban a relajarse sus huéspedes, cómo iba a hacer ella su trabajo? —Me sorbo la nariz—. Al final, fue una gota lo que acabó colmando el vaso, como suele decirse. Esa mañana, tú y yo estábamos cansadísimos. Habíamos apagado varias veces el despertador y nos costó horrores levantarnos de la cama. Te dije que debíamos darnos prisa. Tú dijiste que te dolía la cabeza y querías quedarte en casa, pero no me dejé convencer. Te vestí y te envié con la tía Evelyn para que te llevara al jardín de infancia. Cuando ya estabas de camino, regresé a nuestro cuarto y me metí en la cama. Alcancé el refresco de cola que estaba en el suelo, en tu lado, y me enjuagué la boca. Me llamaron la atención unos extraños copos blancos que se habían posado en el fondo de la botella. Enseguida lo entendí. Un par de días antes había visto la caja de somníferos en la cocina y no le había dado mayor importancia. Pero Marta no se tomó esas pastillas, sino que las mezcló con el refresco que te había dado la noche anterior. Fue una casualidad que también yo bebiera. Estuve sentada en la cama una eternidad, no podía creerlo: lo vi desfilar todo en mi cabeza. Cómo vivíamos, cuántas cosas iban por el mal camino, la cantidad de veces que nos habíamos propuesto cambiar algo y, sin embargo, nunca lo conseguíamos. Ni siquiera después de que la tía Evelyn nos echara encima a la mujer de Protección de Menores y ya no pudiéramos seguir ocultando la gravedad de la situación. Cómo me mirabas todos los días con tus preciosos ojos llenos de esperanza, cómo me creías cuando te decía que las cosas mejorarían. Cómo te mentía yo de nuevo todos los días. Y entonces oí unos ruidos en el baño. Marta se había levantado y estaba llenando la bañera. Yo, sentada en la cama, me eché a llorar. Oí que se metía en la bañera, y los chapoteos del agua. Oí que canturreaba contenta, *Retiens la nuit.* Alcancé la botella de refresco de cola y me fui al baño con ella. Le grité. «¿No te basta con que tenga asma por culpa de lo mucho que fumas? ¿Encima le das somníferos a un niño de cinco años para que no te moleste mientras follas?» No

reaccionó. Solo me miró y me preguntó por qué no estaba en el colegio. Me llamó vaga rematada y holgazana, y dijo que no tenía por qué ponerme así. «Eres lo que eres, Nadja.» Que, para empezar, yo no era mejor que ella: ya de pequeña se había asomado a mi interior y había visto que por dentro era gris pizarra, y que algún día, cuando cargara con mi propio mocoso no deseado, sabría valorar truquitos como ese de los somníferos en el refresco. Salí del baño, di un portazo y no tenía pensado regresar, de verdad que no. Pero ella no se callaba, seguía y seguía. Fui a la cocina y llené un vaso de agua del grifo. A través de la puerta cerrada del baño oí que ella empezaba con que si Francia, que si habría podido irse a París para bailar. En ese momento, mi mirada recayó en la bailarina de bronce del alféizar. Dejé el vaso y cogí el trofeo como accionada por control remoto. Fui al baño y grité: «¡Ya no eres una bailarina, joder, eres una madre!».

»Y entonces ocurrió. Mi brazo se estiró y tomó impulso. Y golpeó. Pam-pam-pam-pam. Oí ese ruido sordo cuatro veces seguidas. Los golpes en la cabeza de Marta. —Levanto la mirada hacia tu rostro impasible—. No fue ningún invitado. Fue una chica gris pizarra. El monstruo soy yo, Janek.

—Lo sé —replicas—. Siempre lo he sabido, incluso cuando tenía cinco años. —Te inclinas hacia mí con los antebrazos posados en las rodillas, las manos entrelazadas—. ¿Por qué te inventaste la historia de ese hombre?

Niego con la cabeza.

—Es muy complicado, Janek. Al fin y al cabo, yo también la quería, a pesar de todo. No solo era mala. A veces… todo lo contrario. ¿Te acuerdas de lo guapa que estaba cuando bailaba canciones de Johnny Hallyday con nosotros? ¿O cuando, en uno de sus días buenos, se subió a la escalera de mano y se puso a arrancar el viejo papel de las paredes? Su risa gutural cuando decía: «Bah, a la mierda. Que les den por el culo. Somos una familia, ¿a que sí?». Y luego nos abrazaba. Los tres contra el resto del mundo. —Me seco las lágrimas de la cara—. No mentí a conciencia. Al principio no tenía ningún recuerdo de lo que había ocurrido en el baño. Mi cerebro debió de cerrarse herméticamente. Creía lo que decía: que pensaba que Marta estaba enferma, que había visto a un hombre. Tal vez así me resultaba más fácil obviar lo que había hecho.

—¿Y cuándo volviste a recordarlo?

—Estando en prisión preventiva en Zabrew, mientras rascaba la pintura de la pared. Fue como si retirara capas de mi memoria. Después, cuando el tío Adwo fue a explicarme en qué punto se encontraba la investigación y dejó caer el polvo de cemento entre sus

dedos, de repente tuve la certeza de que jamás iría al mar. Y también supe por qué. El mar no era para mí. Marta estaba muerta. Yo, su hija, a todas luces la única que se encontraba también en el piso en el momento de los hechos, y que durante años también había padecido la situación que se vivía en esa casa, debía de haberla matado en un acto irreflexivo. Pero ¿de verdad fue tan sencillo? Sí, Janek. Fue así de sencillo. Fue tal y como lo resumieron en la querella criminal. Por eso el mar ya no era para mí. Mi sitio estaba en la cárcel. Yo maté a nuestra madre.

Es la primera vez que pronuncio esas palabras. Son pesadas, saben a bilis y hacen que se me hinche la lengua. Y aun así, son ciertas. Esa es la verdad. La que el tío Adwo, mi terapeuta, la policía y absolutamente todos sospecharon siempre. Lo que creían, lo que habían deducido pero nunca oyeron de mis labios con tanta claridad. «Yo maté a nuestra madre.»

—Aun así, jamás retiraste la mentira del último invitado.

—Es posible… Me avergüenza decirlo, pero… es posible que tuviera la pequeña y boba esperanza de que me creyeran y me dejaran en libertad. Así, me habría ocupado de ti y habría intentado enmendarlo todo. Creo que hay muy pocas personas dispuestas a reconocer lo que han hecho cuando se trata de un acto tan terrible. En lugar de eso, intentan soslayarlo. Debe de depender de la naturaleza de cada uno.

Haces ruido al respirar.

—Creo que eso fue lo que más me decepcionó, Nadja. Que fueras cobarde. Nunca te vi así. Para mí, eras mi valiente hermana mayor. La que se pegaba con los niños más fuertes para defendernos. La que estaba dispuesta a llevarme al mar como fuera, si no nos hubieran detenido antes.

No puedo evitar reír.

—Junto con el tarro de mirabeles del alféizar de la tía Evelyn.

—«¡Hatajo de ladrones!» —exclamas imitando su voz, y también te ríes.

Casi me parece que estás relajado.

Yo río más fuerte. No porque haya nada gracioso, en realidad. Porque nuestra historia haya quedado contada o porque con una simple risa, de pronto, todo lo ocurrido ya no tenga importancia. No sé si el hombre adulto que está sentado frente a mí ahora mismo volverá a ser algún día mi hermano pequeño. Tal vez, en cuanto terminemos de reír, me eches de tu piso y me grites que no quieres volver a verme nunca más. Aun así, río. Por mucho que este momento no sea más que eso, un momento. Río, y tú también. Qué bonito suena

cuando ríes.

—¡Eh! —Kati aparece en la puerta del salón, que está abierta, con un dedo sobre los labios y una mirada severa—. ¡La niña!

—Perdona, sí —le dices, y me indicas con las manos extendidas que tenemos que bajar el volumen—. Marta está dormida.

Me quedo muda al instante y te miro con una interrogación.

Le has puesto Marta a tu hija.

Asientes.

—Un nuevo comienzo —dices sonriendo.

Abogado estrella de Berlín atacado por un compañero de prisión

Un incidente sangriento tuvo lugar ayer en el centro penitenciario de Berlín-Tegel. El antiguo abogado estrella berlinés Gero van Hoven (47), que cumple una pena de seis años, resultó gravemente herido a causa de un ataque con arma blanca por parte de otro recluso, Paul H. (46). Según ha declarado el director del centro, Dietmar Jungblut, tras ser preguntado al respecto, H. atacó con un cuchillo a Van Hoven y estuvo a punto de alcanzarle el corazón.

Van Hoven confesó en julio que había apuñalado a su compañero de tenis, el fotógrafo Aron B. († 39), en un arranque de ira. En aquel momento afirmó que la causa era una cantidad de dinero que le había prestado a B. para un proyecto artístico y que este, sin embargo, no le había devuelto como habían acordado. H., por su parte, se dio a conocer en 2015 como «el monstruo de la autopista de Zervenwald» y cumple una condena de ocho años por el homicidio de su joven amante, Nelly S. († 22). Parece que fue este último punto lo que causó la sangrienta pelea: Van Hoven fue en su día el abogado defensor de H., quien siempre ha sostenido su inocencia y considera a Van Hoven responsable de su encarcelamiento. Por el momento, según informaciones de la dirección del centro penitenciario, se desconoce la procedencia del cuchillo que H. utilizó en la trifulca.

Tal como ha comunicado esta mañana la abogada de Van Hoven, Tabea Lenggries, su defendido ya se encuentra estable. «El señor Van Hoven no le guarda ningún rencor al señor H. y renuncia a perseguir judicialmente el incidente. Espera pasar en paz el tiempo que le queda en el centro penitenciario de Tegel, y se alegrará de poder regresar junto a su familia cuando todo haya terminado», ha declarado Lenggries. Según ha trascendido por fuentes diversas, en la actualidad Lenggries está negociando con la fiscalía una reducción de la pena para su defendido. La abogada, sin embargo, no quiso hacer ningún comentario al respecto.

También la esposa de Van Hoven se ha pronunciado sobre el incidente de ayer en el centro penitenciario: «Me alegro mucho de que todo este asunto haya terminado sin consecuencias graves. Gero es el mejor marido y padre que nadie podría desear. Siempre estaré a su lado, igual que él al mío. Es nuestra más profunda convicción que precisamente en eso consiste un buen matrimonio: en la prosperidad y en la adversidad».

Epílogo

Todo pasa de largo. Creo que estoy cayendo.

«Déjate caer. Como un salto en paracaídas. Coge aire y déjate caer.»

Lo hago, cierro los ojos. Y caigo; hacia tu interior. Ahora formo parte de ti, para siempre. Tal como tú siempre habías deseado, aunque de una forma distinta, que maldecirás cuando comprendas lo que ha ocurrido, lo que has hecho. Lo que significa de verdad que a partir de ahora, y por el resto de tu vida, vaya a acompañarte.

«¿Tú crees que una persona del pasado, un muerto, pueda tomar posesión de un ser viviente?», le pregunta Tom Helmore en el papel de Gavin Elster a su viejo amigo Scottie (James Stewart) en *Vértigo* (1958, dirigida por Alfred Hitchcock). Scottie responde: «No»… Pero eso es irrelevante, porque no es mi asesino.

Lo fundamental es que lo que tú creas, Hannes.

¿Crees que algún día podrás levantar la mirada hacia un cielo azul sin pensar en mí? ¿De verdad crees que algún día volverás a dar un paseo por el bosque sin que yo sea tu sombra, sin oír mi voz susurrante en los árboles, en el más leve crujido, en el más delicado soplo de viento? ¿Que podrás caminar por las calles de nuestro pueblo sin recordar cómo corrimos juntos por ellas una vez? ¿Que podrás mirar a mis padres y soportar sus rostros marcados por el dolor?

Ay, Hannes…

Al final, poco antes de dejarme caer, te he oído sollozar. «Perdóname, Nelly. Perdóname, por favor.» Eso ya lo he hecho, ya te he perdonado. Claro. ¿Por qué no? ¿Por qué habría tenido que sentir odio en mi último segundo, cuando de igual modo podía ser feliz una última vez? Con el amor hacia Paul dentro de mí, con la cálida voz de mi abuelo en el oído, con el recuerdo de mis queridas películas y una última mirada hacia un mágico cielo azul.

No, Hannes. No te odio. Y te perdono. Por mucho que no te sirva de nada, y que mi perdón no vaya a protegerte de lo que pasará contigo a partir de este momento. Deberías perdonarte tú a ti mismo —esa sería tu salvación—, aunque seguramente no lo conseguirás.

No, no te odio. Me das pena, como me la has dado siempre. Porque «culpa» no es más que un sinónimo de «muerte»: la muerte más terrible, la más angustiosa. Pobre Hannes…

¡Gracias!

Probablemente se reirían si supieran la cantidad de tiempo que hacía que este libro estaba terminado mientras yo no dejaba de escaquearme una y otra vez para no escribir los agradecimientos. No porque no tuviera a quien agradecerle nada, sino al contrario: «gracias» es una palabra tan pequeña y, por desgracia, tan manida, que dudo que alcance para acercarse siquiera a expresar mi asombro y mi respeto por lo que ha ocurrido estos dos últimos años. Ahí está usted, Claudia Baumhöver, que en dtv me dio el mejor hogar que una autora podría desear (por eso querría hacer aquí oficial su ascenso de «casa editorial» a «palacio editorial»). Ahí estás tú, Bianca Dombrowa, que no solo eres mi maravillosa y listísima editora, sino también mi siempre despierta Big Sister y, por tanto, una bendición de persona que consigue conmoverme hasta lo más hondo. Ahí estáis vosotros, Andrea Seibert y el resto del equipo, que enviáis mis historias por todo el mundo y hacéis con ellas algo auténtico, algo que yo ni siquiera me habría atrevido a soñar. Igual que todos los de dtv: no solo cumplís con vuestro trabajo, también vivís los libros de corazón y comprendéis de verdad a las personas que hay tras ellos. Espero que sepáis lo magnífico —y no tan habitual— que es eso. También a ti, Caterina Kirsten, te doy las gracias —una y mil veces—, no solo por representarme como agente y respaldar mi escritura de una forma tan profesional, sino por decir las cosas adecuadas en las situaciones adecuadas (o enviar chocolate). Lala, mi pirada bobalicona y eterna compinche: gracias por tu amistad y por los muchos y buenos y dolorosos y necesarios pisotones. Tim: «Si lo dejas ahora, jamás sabrás lo cerca que habrías estado de conseguirlo», leí una vez en uno de tus artículos, mucho antes de haber empezado yo misma a escribir para *mymonk,* y jamás he olvidado esa frase. Trabajar contigo me ha dado valor para seguir adelante en muchas situaciones y confiar en lo que late dentro de mí. Christian: te digo demasiado poco lo contenta que estoy de que nos hayamos encontrado…, pero lo estoy, porque eres un gran regalo para mí. Mamá y papá: es sobre todo en los tiempos difíciles cuando se comprueba lo profundas que son las raíces. Gracias por lo más valioso de todo, la incondicionalidad. Karl: este libro va dedicado a ti para recordar que nada tendría sentido si tú no

existieras. Quiero que sepas que, por muchas cosas raras, bellas y, a veces, crueles que te depare la vida, siempre tendrás a alguien dispuesto a alcanzarte la espada láser en tus batallas: tu anciana madre. Y por último, a vosotros y vosotras, lectores y lectoras, redactores y redactoras de blogs, libreros y libreras, promotores y promotoras, mi fiel pandilla de las redes sociales, que me leéis, me difundís, me invitáis y participáis: ¿dónde estaría yo sin vosotros? Gracias por acompañarme en este emocionante viaje y recordarme a diario que ningún sueño es vano ni, al contrario, demasiado loco para soñarlo.

Romy Hausmann
Febrero de 2020

Título original: *Marta schläft* by Romy Hausmann

Edición digital: 2022

© 2020 by DTV VERLAGSGESELLSCHAFT MBH & CO. KG, München
Por mediación de Ute Körner Literary Agent.
© de la traducción: Laura Manero Jiménez, 2022
© AdN Alianza de Novelas (Alianza Editorial, S. A.)
Madrid, 2022
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15
28027 Madrid
www.AdNovelas.com

ISBN ebook: 978-84-1362-955-1

Está prohibida la reproducción total o parcial de este libro electrónico, su transmisión, su descarga, su descompilación, su tratamiento informático, su almacenamiento o introducción en cualquier sistema de repositorio y recuperación, en cualquier forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, conocido o por inventar, sin el permiso expreso escrito de los titulares del Copyright.

Contenido

Nadja

Nadja

Abril de 2014
(cinco años antes)

Nadja

Mayo de 2014

Nadja

Mayo de 2014

Nadja

Mayo de 2014

Nadja

Mayo de 2014

Nadja

Mayo de 2014

Nadja

Junio de 2014

Nadja

Junio de 2014

Nadja

Junio de 2014

Nadja

Julio de 2014

Nadja

Julio de 2014

Nadja

Agosto de 2014

Nadja

Julio de 2015
(cuatro años antes)

Nadja

Julio de 2015

Nadja
Julio de 2015
Nadja
Julio de 2015
Nadja
Julio de 2015
Nadja
Julio de 2015
Nadja
Octubre de 2017
(dos años antes)
Nadja
Julio de 2019
(anteanoche)
Nadja
Julio de 2019
(anteanoche)
Nadja
Julio de 2019
(anteanoche)
Nadja
Julio de 2019
(ayer por la mañana)
Nadja
Julio de 2019
(esta tarde)
Nadja
Julio de 2019
(esta noche)
Nadja
Agosto de 2019
(dos semanas después)
Nadja
Epílogo
¡Gracias!
Créditos